

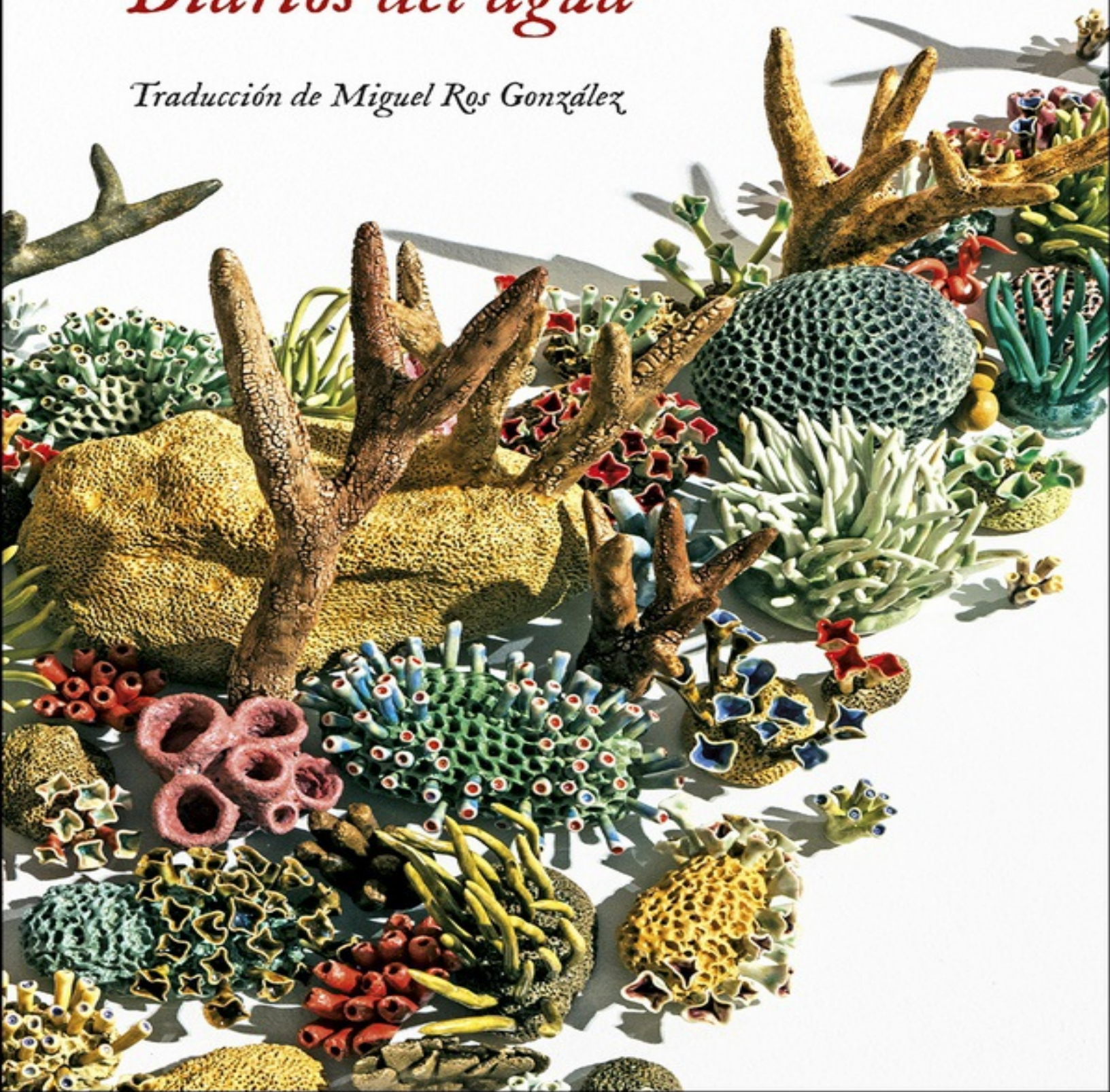


IMPEDIMENTA

ROGER DEAKIN

Diarios del agua

Traducción de Miguel Ros González



DIARIOS DEL AGUA



ROGER DEAKIN

*Traducción del inglés a cargo de
Miguel Ros González*



IMPEDIMENTA

En 1996, tras leer «El nadador» de Cheever, Roger Deakin decidió lanzarse a recorrer las islas británicas a nado. El diario de sus aventuras se convertiría en un clásico.

«Un libro delicioso, divertido, sabio y portentoso, lleno de energía y de vida. Me ha encantado.»

Jane Gardam

«Una historia maravillosa y romántica narrada por un auténtico excéntrico inglés. Me hace pensar en “El viento en los sauces”, en Adrian Mole, en “Tres hombres en una barca” ... Un libro encantador.»

Financial Times

*This summer I went swimming
this summer I might have drowned,
but I held my breath
and I kicked my feet
and I moved my arms around
moved my arms around.*

Loudon Wainwright III, *The Swimming Song*

*¿A quién no le afectaría ver un río, cristalino y dulce por la mañana, convertido en
un canal de agua turbia y fangosa al mediodía, y condenado a la salobridad marina
al anochecer?*

John Donne, *Devociones XVIII*

I

EL FOSO

La lluvia tibia caía por el canalón en uno de esos típicos chaparrones de mediados de verano mientras cruzaba a toda prisa el jardín trasero de mi casa de Suffolk para cobijarme en el foso. Empecé a nadar lentamente, recorriendo a braza los casi treinta metros de agua verde y clara, con los ojos al nivel de la superficie. Era magnífico ver la lluvia cayendo sobre el foso desde el punto de vista de una rana. La lluvia calma el agua, la refresca, hundiendo el polen, los abejorros muertos y demás partículas flotantes. Cada gota creaba una fuente efímera al caer, una fuente que se convertía en una burbuja y estallaba. Pero lo mejor era cuando la lluvia arreciaba, ahogando el canto de los pájaros, y se levantaba una especie de neblina desde el agua, como si el propio foso se elevara para unirse al cielo encapotado. Luego amainaba, y el reflejo del cielo quedaba repleto de bailarines minúsculos: espíritus del agua, como alfileres brillantes, de puntillas sobre la superficie. Llovían espíritus del agua.

Fue en el punto álgido de aquel aguacero de verano de 1996 cuando empezó a tomar forma la idea de recorrer Gran Bretaña en un largo viaje a nado. Quería seguir el sinuoso itinerario que realizaba la lluvia por nuestra tierra hasta reunirse con el mar, para evadirme de la frustración de haber pasado toda mi vida haciendo largos, volviendo infinitamente sobre mis brazadas como un tigre en su jaula. Empecé a soñar con pozas secretas, con hacer un viaje de descubrimiento por lo que William Morris, en el título de

una de sus novelas, llamaba «las aguas de las islas encantadas». Me había inspirado en *El nadador*, el clásico relato de John Cheever, donde el protagonista, Ned Merrill, decide recorrer los trece kilómetros que separan una fiesta en Long Island de su casa nadando por las piscinas de sus vecinos. Se me había quedado grabada una frase del relato que estimulaba mi imaginación: «Parecía ver, con ojos de cartógrafo, esa hilera de piscinas, esa corriente casi subterránea que atravesaba el condado».

Yo vivía solo, y triste, pues acababa de salir de una larga relación, y, como era escritor y director autónomo, tenía cierta libertad para emprender un viaje si me apetecía. Mi hijo, Rufus, también estaba de aventura por Australia, trabajando de camarero y surfeando en Byron Bay, y lo añoraba. Al menos, en el agua podría unirme espiritualmente a él. Al igual que el ciclo infinito de la lluvia, empezaría y acabaría el viaje en mi foso, partiendo en primavera y nadando durante todas las estaciones del año, y escribiría un diario con mis impresiones y peripecias.

Mi primer recuerdo de natación sería es de cuando me despertaba a primerísima hora de la mañana en vacaciones, en casa de mis abuelos en Kenilworth, con una lluvia repentina de piedrecitas que lanzaba contra la ventana de mi habitación el tío Laddie; era una estrella de natación de la zona y tenía la llave de la piscina descubierta municipal. A mis primos y a mí nos habían contado desde pequeños relatos míticos de sus hazañas —en carreras, trampolines o travesías en mar abierto—, por lo que era un honor nadar con él. Mucho antes de que llegaran los socorristas, abríamos el candado de la puerta de madera y, al zambullirnos, hacíamos vibrar las líneas rectas y negras refractadas en el fondo de la piscina verde. Casi siempre estaba helada, pero lo que mejor recuerdo es la magia de estar allí los primeros. «La teníamos toda para nosotros», decíamos luego, satisfechos, mientras desayunábamos. Nuestra comunión con el agua, por ser gratis, resultaba aún más deliciosa si cabe. Fue mi primera experiencia de natación extraoficial.

Varios años después, desesperado por el calor de una sofocante noche de verano, salté con un grupo de amigos la valla baja de la vieja piscina descubierta de Diss, en Norfolk. Otros bañistas sigilosos, que también se habían colado, saltando los torniquetes dormidos, pasaron nadando a nuestro

lado y desaparecieron en la oscuridad como los personajes de *Bajo el bosque lácteo*. Esos baños indelebles son como sueños, y tienen ese mismo y profundo efecto en la mente y el alma. En el mar nocturno de Walberswick he visto cuerpos en llamas de plancton fosforescente, atravesando como dragones las olas de neón.

Cuanto más lo pensaba, más me obsesionaba la idea del viaje acuático. El agua empezó a acaparar, de manera aún más exclusiva, mis sueños. Nadar y soñar se estaban convirtiendo en algo indistinguible. Me fui convenciendo de que seguir el agua, fluir con ella, sería una buena forma de trascender la superficie y comprender mejor las cosas, de aprender algo nuevo. Puede que hasta aprendiese algo sobre mí. En el agua, todas las posibilidades parecían extenderse infinitamente. Liberado de la tiranía de la gravedad y del peso de la atmósfera, me encontraba en ese estado de atención máxima que describió el poeta australiano Les Murray cuando dijo: «Solo me interesa todo». La empresa empezó a parecerme una suerte de cruzada medieval. Cuando Merlín convierte al futuro rey Arturo en un pez como parte de su formación en *La espada en la piedra*, T. H. White escribe: «Podía hacer lo que los hombres siempre habían anhelado: volar. Apenas hay diferencia entre volar en el agua y volar en el aire [...]. Era como lo soñaba la gente».

Cuando nadas, sientes tu cuerpo como lo que principalmente es, agua, y esta se empieza a mover con el agua que te rodea. No es de extrañar que las ballenas varadas nos den tanta lástima: también nosotros quedamos varados al nacer. Nadar equivale a experimentar lo que sentíamos antes de nuestro nacimiento. Al entrar en el agua, nos sumergimos en un mundo profundamente privado, como si estuviésemos en el útero. Esas aguas amnióticas son seguras y a la vez aterradoras, porque todo puede torcerse en el parto, y te encuentras a merced de fuerzas ignotas sobre las que no ejerces ningún control. Esto podría explicar la ansiedad que cualquier nadador ha sentido alguna vez en alta mar. Lanzarse de cabeza al vacío desde un trampolín es una imagen que aúna todas las contradicciones del nacimiento. El nadador experimenta el terror y la felicidad de nacer.

Así pues, nadar es un rito de iniciación, el cruce de una frontera: la orilla

del mar, el margen del río, el borde de la piscina, la propia superficie del agua. Cuando te zambulles se produce una especie de metamorfosis. Al atravesar el espejo acuático, dejas atrás la tierra y entras en un mundo nuevo, donde la supervivencia, y no la ambición o el deseo, es el objetivo principal. Los socorristas de la piscina o de la playa nos recuerdan la fina línea que existe entre chapotear alegremente y ahogarse. Al nadar, lo vemos y lo percibimos todo de un modo que no se parece en nada a ningún otro. Estás en la naturaleza, formas parte integral de ella, de una forma mucho más plena e intensa que en tierra firme, y la percepción del presente resulta abrumadora. En las aguas salvajes te encuentras en igualdad de condiciones respecto al mundo animal que te rodea: al mismo nivel, en todos los sentidos. Mientras nado, puedo toparme con una rana en el agua, y mostrará más curiosidad que miedo. Los caballitos del diablo y las libélulas que pululan por la superficie de mi foso pasan olímpicamente de mí: se limitan a elevarse un momento para no estorbar y vuelven a posarse en mi estela.

El agua natural siempre ha tenido un poder sanador mágico; y, quién sabe cómo, transmite su capacidad autorregeneradora al nadador. Puedo zambullirme con la cara larga y un aparente cuadro de depresión terminal y salir silbando como un idiota. La liberación pura de la desnudez y la ingravidez en el agua nos hace sentir una libertad absoluta, y nos lleva a establecer un profundo vínculo con el sitio en el que nos estamos bañando.

Casi todos vivimos en un mundo donde hay cada vez más cosas y lugares señalados, etiquetados e «interpretados» oficialmente. Eso convierte la realidad de las cosas en una realidad virtual, como quien dice; y por eso caminar, montar en bici y nadar siempre serán actividades subversivas: nos permiten volver a sentir la esencia antigua y salvaje de estas islas, porque nos sacan de las rutas establecidas y nos liberan de la versión oficial de las cosas. Un viaje a nado me daría acceso a esa parte de nuestro mundo que, como la oscuridad, la neblina, los bosques o las montañas más altas, aún conserva casi todo su misterio. Me daría un punto de vista diferente desde el que observar al resto de la humanidad, encerrada en la tierra.

Mi foso, el sitio donde el viaje se me insinuó por primera vez, y donde luego empezó, está alimentado por un potente manantial, a casi tres metros y

medio de profundidad, y purificado por un sistema de filtración completamente natural, muchísimo mejor que la tecnología más avanzada de las piscinas. Conserva la vida animal y vegetal que encontraríamos en cualquier estanque de agua dulce no contaminada, sin intervención humana y con muchas horas de sol. Al parecer, hubo una época, de finales de la Edad Media al siglo XVII, en que los fosos estaban tan de moda en Suffolk como las piscinas particulares lo están hoy. Hay más de treinta en un radio de seis kilómetros y medio desde la iglesia del cercano pueblo de Cotton. Muchos historiadores actuales, como Oliver Rackham, sostienen que los fosos constituían, entre otras cosas, un símbolo de estatus para los propietarios rurales que los creaban. El mío probablemente se excavara cuando se construyó la casa, en el siglo XVI, y se extiende por la parte delantera y trasera, pero no por los lados: no tenía más función defensiva que la de ser una barrera para el ganado. Constituiría una útil fuente de barro para las construcciones y una reserva de agua considerable, pero sin duda no se concibió para nadar. Las orillas se hunden de golpe y no hay ninguna zona que cubra poco. Un extremo, por donde se entra y se sale gracias a una escalerilla de madera sumergida que fijé a la tierra, está presidido por un enorme sauce, cuyas raíces pálidas y fibrosas ondean en el agua como anémonas.

Llevo años nadando en el foso, casi siempre a braza, mi estilo preferido. No soy un as, solo un nadador competente con bastante resistencia. Una de mis intenciones al emprender el viaje no era realizar hazañas espectaculares, sino intentar aprender algo del misterio al que se refiere D. H. Lawrence en su poema *El tercer elemento*:

El agua es H₂O, dos partes de hidrógeno, una de oxígeno, pero también hay un tercer elemento, que la convierte en agua, y nadie sabe cuál es.

Cheever escribe que, a Ned Merrill, estar en el agua «no le parecía tanto un placer cuanto un regreso a un estado natural». Mi intención era volver a un estado salvaje similar. Durante buena parte de un año, el agua sería mi hábitat natural. A veces las nutrias atraviesan el campo en busca de nuevos territorios de agua dulce, y llegan a desplazarse hasta veinte kilómetros en una noche.

Me imagino que, quien más, quien menos, todos envidiamos a la nutria, al delfín y a la ballena, nuestros parientes mamíferos que están mucho más adaptados al agua, y que también parecen disfrutar de la vida mucho más que nosotros. Si lograba aprender la mitad de la mitad de lo que ellos sabían, el viaje me habría compensado con creces.

Mientras preparaba la maleta, la noche antes de emprender el viaje, creí sentir el mismo temor y la misma euforia que imagino sentirá la nutria cuando se lanza a lo desconocido. Pero, como le ocurre a Ned Merrill en *El nadador*, el impulso de ponerme en marcha estaba demasiado arraigado: «Hacía un día precioso y le pareció que un buen baño podría aumentar y celebrar su belleza».

BUSCA Y ENCUENTRA EN LA PLAYA

Islas Sorlingas, 23 de abril

Saint Mary's Road y Tresco Flats podrían estar perfectamente en el East End de Londres, pero son los nombres de algunas de las aguas traidoras que tantos barcos han hundido en las islas y rocas de las Sorlingas. Había llegado al puerto de Saint Mary's desde Penzance a bordo del *Scillonian*, y ahora iba rumbo a la plácida isla de Bryher en una barca cuyo motor recordaba a un timbal giratorio. Cruzamos jadeando las tranquilas aguas de Appletree Bay bajo el sol de primavera, dejamos atrás las islas de Samson y Tresco y atracamos en un muelle de tablones improvisado, bautizado como el «embarcadero de Anneka» en honor de Anneka Rice, quien lo construyó (con alguna ayuda del Regimiento de Paracaidistas) en uno de esos programas de televisión en los que llevaba a cabo una gesta imposible antes de desayunar. Media docena de personas desembarcamos en la pasarela arenosa que llegaba al paseo marítimo, donde vi a la carterera con su bicicleta roja, esperando para repartir el correo. Me indicó el camino a un *bed and breakfast* y, en menos de veinte minutos, tenía una habitación con vistas a la bahía y ya iba de camino a la playa.

Después de cruzar la isla dando un paseo de un cuarto de hora, bajé por un tramo de piedras redondeadas hasta llegar a la arena blanca de Great Popplestones Bay. A excepción de un solitario amante del sol tumbado en la otra punta de la playa, que ahora quedaba fuera de mi vista, estaba solo. Aún

era abril, y no podía decirse que la temporada de baño hubiese empezado; de ahí mi migración a esas islas, famosas por su presunto clima templado, «bañadas por la cálida corriente del golfo», como decía el folleto. Hasta ahí, todo bien. Era mi primer baño en el mar, y decidí que lo mejor sería armarme de valor y empezar con un bautizo desnudo. Me quité la ropa y entré corriendo al agua, gritando para mis adentros al sentir su punzada intensa. Estaba helada, tan fría que quemaba, y siguió infligiéndome dolor hasta que empecé a moverme y di unas cuantas brazadas frenéticas, como los niños la primera vez que no hacen pie. Luego salí atropelladamente, incapaz de respirar por el frío; había sido un delirante momento de masoquismo. Ya había conocido la mítica caricia de la agradable corriente del golfo, pero tampoco quería abusar, así que me puse el traje de neopreno *ipso facto* y volví a meterme, ya cómodo, en el agua cristalina y tranquila como una balsa de aceite: crucé la pequeña bahía, maravillado por lo brillante que era todo, y volví sobre mis brazadas. La arena, blanca y fina, resplandecía a través del agua. Había cangrejos muertos flotando en la delgada capa de sargazo vejigoso y conchas diminutas que se mecían con la marea. Solo rompían el silencio las gaitas de la naturaleza, las implacables gaviotas. Salí del agua encaramándome a unas rocas con destellos dorados, de cuarzo y mica, me quité el traje de neopreno y me tumbé para secarme. Al verlo ahí, extendido a mi lado, parecía otra persona tomando el sol.

Ese traje de caucho negro, que recordaba al hombre de Michelin, me acompañaba como si fuera mi sombra. Supe desde el principio que tendría que afrontar «la cuestión del traje» y admitir que, si quería nadar en todas las estaciones y en todo tipo de aguas abiertas, necesitaría ponérmelo alguna que otra vez. Así pues, una noche pedí a dos amigos de Suffolk que me midiesen en su cocina para encargarme un traje. Después de cenar, me quedé en bañador al lado de la chimenea mientras me tomaban las medidas con una cinta de tela que habían sacado del cajón de costura. El sastre del traje de neopreno me había enviado una lista con las mediciones necesarias, y dudo que hubiera podido ser más exhaustiva si hubiese tenido que viajar al espacio: «de la base del cuello al principio de la pierna», «del cuello al final del hombro», «del centro de la espalda a la nuca», y así sucesivamente, hasta llegar a la

circunferencia del tobillo. Cuando acabamos, alguien reparó en que la cinta había encogido tres centímetros, y tuvimos que volver a tomar todas las medidas. Pero, cuando llegó, el traje me quedaba como un guante.

El problema de ponerse un traje de neopreno radica en la privación sensorial; es como una especie de condón para todo el cuerpo. Hay gente, huelga decirlo, a la que le gusta el caucho. El tacto les resulta agradable; hasta les parece bonito desde un punto de vista estético, pero nadie puede negar que el traje de neopreno es un anestésico que evita que sientas plenamente la intensidad de tu encuentro físico con el agua fría: en ese sentido, es antinatural y un poco aguafiestas. Por otra parte, siempre que me enfundo el traje me gusta recordarme que ni una sola gota de agua toca jamás la piel de la nutria. La capa exterior de su pelaje atrapa el aire y crea una especie de aislante, como un traje de neopreno, y la capa interior es tan densa que el agua no la atraviesa nunca. Así pues, decidí que, si las nutrias tenían derecho a llevar el equivalente de un traje seco, yo podía permitirme hacer un uso ocasional y sensato del traje de neopreno, y así aumentar mis posibilidades de supervivencia. Gracias al traje, se puede nadar un buen rato en agua fría y la experiencia es soportable, e incluso agradable; pero no se acerca, ni de lejos, a la sensualidad de nadar con tu propia piel.

En los triatlones casi todo el mundo lleva neopreno, y siempre me ha parecido que el mejor sitio para ver esas carreras es el punto en que los participantes salen del agua y corren cómicamente hacia sus bicicletas, quitándose el traje por el camino. Es muy fácil que te dé un tirón muscular mientras haces las contorsiones houdinianas que a veces se necesitan para escapar del traje. En cambio, dos de los artículos más útiles para el nadador salvaje son los escaupines y los guantes de neopreno: las manos y los pies serán lo primero que nos saque del agua.

Al hallarme prácticamente solo en el lado salvaje de aquella isla inocente, pronto noté que entraba en un estado mental parecido al de *La isla de coral*: había mucho que explorar. Pasé por la Great Pool, «la Gran Piscina», una laguna de agua dulce y somera junto al modesto hotel Hell Bay, único alojamiento de la isla, y subí a la colina de Gweal Hill, donde encontré una tumba de cámara de la Edad de Bronce en ruinas. De ahí bajé hacia la playa

de Stinking Porth. Una isleña con coleta estaba haciendo algún arreglo en una casita baja, cerca de la bahía, y en el último tendedero de Inglaterra ondeaba con la brisa, orgullosa, la ropa interior de la familia. Bordeé la playa, sin bajar a la arena, pasando entre las altas clavelinas de mar. Había bancos de rocas y tierra que protegían la costa atlántica de la isla, donde los lugareños habían plantado agapantos: sus raíces resistentes y aventureras unen la tierra y las rocas; y, cuando florecen en verano, deben de crear un majestuoso seto azul pálido que bordea el mar. Fueron las primeras de las muchas flores silvestres que encontré en Bryher y que hasta entonces solo había visto en terrazas interiores. El sargazo vejigoso seco, que probablemente bautizaba la «hedionda» playa de Stinking Porth, se rompía y crujía a mi paso mientras tarareaba, sumido en un agradable aturdimiento, al ritmo de un *walking blues*. Me detuve al ver a mis pies el cadáver de una marsopa, envuelta en algas y cubierta de aceite, cuyos cientos de diminutos dientes como sierras empezaban a quedar al descubierto debido a la descomposición. La cola pequeña y elegante, rizada por el sol, parecía querer quitarse el traje de algas pardas. La mayor emoción de vivir en esas islas ha de ser la increíble variedad de todo aquello que el mar saca a sus playas y rocas y la sorpresa constante que esto implica. Para una mujer que paseaba por la playa de Porth Hellick, en Saint Mary's, el 22 de octubre de 1707, la sorpresa fue sir Cloudesley Shovell, almirante de la Flota, cuyo buque insignia, el *Association* de Su Majestad, había naufragado en el islote de Gilstone Rock con otros tres barcos: murieron dos mil hombres. Sir Cloudesley había sobrevivido de milagro, así que la mujer lo mató de inmediato para quitarle los anillos de esmeraldas.

El encuentro con la marsopa me transportó al mundo de los libros de «busca y encuentra» *I-Spy* publicados por *News Chronicle*, en particular al primero de la serie: *En la playa*. Aún conservo mi colección original, escondida en una caja de puros reconvertida en archivo secreto, con la etiqueta: «Privado y confidencial: tribu *I-Spy*». Me convertí en un auténtico buscador piel roja cuando tenía unos siete años, y plasmaba meticulosamente los detalles de mis avistamientos con un lápiz. «Ir al mar —dice la

introducción— siempre es emocionante. Pero, cuando eres un I-Spy, es alucinante. Hay un sinfín de cosas que avistar, ¡y te lo pasarás bomba anotándolas en tu registro! Siente el gusanillo de ver cómo aumenta tu puntuación.»

Desde su tienda india de *News Chronicle*, en el centro de Londres, el Gran Jefe I-Spy te daba puntos por cada entrada de tu registro. Los avistamientos menos frecuentes puntuaban más que las cosas fáciles de encontrar. Resulta muy interesante ver qué se consideraba insólito o habitual en los años cincuenta y compararlo con la actualidad. En mi ejemplar de *Aves*, veo que el pardillo y el zorzal común daban tan solo veinte puntos, los mismos que el estornino o el gorrión. Sin embargo, la población de ambas especies ha sufrido un enorme declive en los últimos veinticinco años, y es probable que hoy puntuaran mucho más. En otro *I-Spy* de la serie, *En el campo*, una culebra de collar tan solo daba unos míseros doce puntos, poco más que una rana, un sapo o un espantapájaros, que valían diez, y menos que un guardaganado, que puntuaba quince. Una nutria solo te daba veinte puntos, los mismos que una señal de tráfico que dijese «Peligro, esta carretera puede inundarse», y cinco tristes puntos más que una pocilga con techo de paja. (He buscado por todas partes una pocilga con techo de paja y aún no he visto ninguna.) Entre los avistamientos que más puntuaban en el tomo *En la playa* se contaban, curiosamente, la marsopa y el delfín: ambos daban unos magníficos cuarenta puntos y, si veías uno, ya podías descorchar tu refresco Tizer. El delfín, según *I-Spy*, es «un nadador velocísimo, y puede desplazarse por el agua a una velocidad mayor de la que tú alcanzas con tu bici cuando vas a toda pastilla». Según el libro, vi mi primer banco de marsopas nadando frente a la costa de Portrush el 20/4/54. Y mi primera lombriz de tierra el 17/9/53, en Eastbourne.

El Gran Jefe I-Spy siempre acababa sus mensajes a los pieles rojas con una frase en clave: «Enaca/zabu». Si eres un rostro pálido, me temo que tendrás que descifrarlo por tu cuenta. Ojalá pudiera ayudarte con mi ejemplar de *Claves secretas de I-Spy*, pero es privado y confidencial, y «los pieles rojas tienen el deber de guardar este libro en un lugar seguro y secreto».

Las flores silvestres crecían por doquier en aquel paisaje de la Edad de

Bronce con senderos antiguos, setos, muros de piedra y pequeños campos de tulipanes, casi todos ya abandonados, convertidos en pastos o cortados para hacer heno. Ninguno tenía más de quinientos metros cuadrados, y estaban repletos de celidonias, jacintos, ajo de oso, violetas y margaritas, así como restos de narcisos. La economía tradicional de la isla, basada en el cultivo de flores, murió por culpa de los holandeses, que hoy día cultivan de todo en sus invernaderos en las cuatro estaciones del año. En cambio, hay turismo, y las flores silvestres abundan. La col marina y la silene rupestre adornan la costa, y el ombligo de Venus crece en los muros de piedra. En un prado, un par de vacas ruidosas comían de su cubo de plástico, al lado de quinientas trampas para langostas y una vieja cocina Rayburn. Los mirlos parecían confiados, sin miedo.

En el extremo sur de la isla, nadé en Rushy Bay, una preciosa y resguardada cala de arena frente a la isla de Samson. Estaba completamente desierta, y crucé la bahía de punta a punta. La intensidad del cielo, la arena blanca y las numerosas rocas que despuntaban del mar aquí y allá le conferían un aire onírico propio de Salvador Dalí. Más adentro, el soplo de la brisa alborotaba el mar con pequeñas olas de cresta rizada que recordaban al flequillo de Tintín. Alguien había estado allí antes que yo: encontré una serie de intrincados laberintos de arena y piedras —en uno habían escrito una leyenda con un palito: «El laberinto sorlingo»— que también evocaban claramente la Edad de Bronce. Mientras me alejaba de la orilla a nado, reflexioné sobre los laberintos y sobre una teoría que John Fowles propone en el libro *Islas*: que un laberinto de piedras situado en la cercana isla de Saint Agnes fue construido por visitantes vikingos, o incluso por un marino fenicio hacía dos mil quinientos años. Esos antiguos laberintos son bastante habituales en Escandinavia, pero su significado ritual es un misterio. Fowles cree que podrían estar vinculados con las tumbas, como una vía de escape hacia la reencarnación. También cree que Shakespeare concibió la laberíntica *Tempestad* en las Sorlingas. Cuando la corriente me devolvió a la orilla, entre las algas y la arena, me pregunté cuántos naufragos habrían llegado hasta allí, vivos o ahogados. Si había sirenas en algún lugar del mundo, debía de ser allí.

Pasé por otro laberinto formado por altos setos de escalonia, cineraria y pitósporo, una planta llegada de Nueva Zelanda que prospera en este clima sin heladas y protege de las tormentas atlánticas los cultivos de flores. Mientras cenaba en el Fraggie Rock Café, la dueña, Les, me contó que ella y un grupo de amigos *hippies* se habían mudado a Bryher hacía veinte años. No eran los primeros. En el año 387, un par de obispos paleocristianos, Instantius y Tibericus, llegaron a las Sorlingas y fundaron un culto basado en el amor libre, muy alejado de los tumultos de la Alta Edad Media.

En Bryher se vive el turismo con un espíritu extraordinariamente relajado. Los chiquillos montan sus puestos al lado de las tapias de los jardines y venden piedras pintadas o grandes esqueletos de erizo de mar rosas y violetas por unos peniques que se depositan en un *tupperware*. Todo está impregnado por una omnipresente cultura de la improvisación y de la economía mixta que parece sacada de *Whole Earth Catalog*.^[1] Lo reconocí de inmediato y me entusiasmó: me recordaba a una época, no muy lejana, en que el dinero no era el tema de conversación principal. Reparé en que las trampas para langostas de Bryher estaban hechas con una rejilla limpiabarros de acero como base, un armazón azul de tubos de polietileno, de centímetro y medio de diámetro, cubierto por una malla y una entrada improvisada con una maceta de plástico.

El saqueo de los barcos naufragados sigue siendo una parte importante de la economía de la isla. Hay gente que puede conseguir casi cualquier cosa, según la naturaleza del último cargamento arrastrado hasta la orilla o encastrado entre las rocas. El tesoro del momento era el carguero *Cita*, que había encallado frente a la costa de Saint Mary's; se trataba de una especie de centro comercial flotante para los alborozados isleños. De repente, en todas las casas había una flamante batería de coche, un recipiente de plástico para los cepillos de dientes (a elegir entre amarillo, rosa o azul), un fregadero de acero inoxidable nuevo, varias botellas de Jack Daniel's y una puerta de caoba. En cuanto me enteré, cobró sentido la abundancia de puertas de caoba que había visto desperdigadas por los jardines, un poco desportilladas en las esquinas por sus aventuras en el mar, o ya colocadas, incongruentes como

ellas solas, en cabañas, cobertizos y terrazas interiores. Aquello, huelga decirlo, contravenía radicalmente la Ley de la Marina Mercante de 1995, Parte IX, Sección 236, que estipula nuestro deber de dar parte al administrador de naufragios, el funcionario designado al efecto, de cualquier mercancía que encontremos y provenga de un buque naufragado. Los formularios correspondientes podían conseguirse en Falmouth, a solo dos días en ferri.

Una de las delicias de Bryher es que, en una isla de dos kilómetros y medio de largo, ningún sitio está a más de media hora andando. Me dirigí a la zona de Shipman Head Down para ver la puesta de sol atlántica desde los acantilados de Hell Bay. En todas las cornisas había mullidos cojines de clavelinas de mar, muy prácticos, y vi las rocas sobresalir poco a poco, como dientes afilados, a medida que bajaba la marea. La puesta de sol me parece más espectacular que el amanecer, porque sabes que el espectáculo mejora cuando llega a su clímax. El sol, en todo su esplendor, cayó como una bola de billar por el borde del mundo conocido, y yo lo vi en primera fila.

A primera hora de la mañana siguiente me despertó el canto agudo de los ostreros y enfilé uno de los senderos arenosos de la isla, rumbo a Green Bay, una bahía que mira al este, a la isla de Tresco. Se trataba de una zona más resguardada, y vi varios botes sobre basadas, listos para ser reparados, y la caseta de un constructor de barcas. A su alrededor, cerca de la costa, había una asombrosa colonia seminatural de plantas que debían de haber crecido en el jardín botánico de Tresco: viboreras azul oscuro (que pueden desarrollarse hasta treinta centímetros por semana), orquídeas amarillo intenso, grupos de agapantos azules y multitudes rastreras de coloridas y suculentas margaritas africanas.

Bajé a la playa para darme un baño en aquellos campos de la Edad de Bronce. Las islas Sorlingas son el último afloramiento de un batolito granítico que constituye la columna vertebral de Cornualles y, hasta hace unos cuatro mil años, eran los puntos más altos de una gran isla llamada Ennor. Sin embargo, el derretimiento de los casquetes polares que comenzó después de la última glaciación supuso que los valles y los campos de Ennor quedaran paulatinamente sumergidos con la subida del nivel del mar.

Me puse el traje de neopreno, las gafas y el tubo de respirar, y me adentré en la bahía arenosa y somera. Había marea alta y, a unos treinta metros de la orilla, vi en el fondo un par de muros de piedra en ángulo recto, y un círculo de piedras que en su momento sería un redil de ovejas. Las algas crecían sobre las piedras como setos, y caí en la cuenta de que aquellos eran los restos de las lindes de los antiguos campos, que se extendían por todo el valle hasta Tresco. En realidad, no son más que una continuación de las lindes de los campos que quedan en la costa. Quizá por eso algunas aguas que rodean las Sorlingas conserven nombres harto estafalarios, de «antes de la Inundación», como Garden of the Maiden Bower («Jardín de la Alcoba de la Doncella») o Appletree Bay («Bahía del Manzano»).

Mientras hacía largos en la bahía, escudriñando el fondo a través del agua salada y cristalina en busca de las líneas diagonales de otros muros de piedra, arrullado por el ritmo de mi respiración, amplificado por el tubo, sentí que me iba hundiendo en el mundo inconsciente del mar, adentrándome en la historia. Me había remontado cuatro mil años, y sobrevolaba el antiguo paisaje como un pájaro lento, recordando lo mucho que se parece un campo al mar: en los días de viento, las olas plateadas peinan el maíz joven, y la cosechadora atraviesa la cebada como un velero desgarrado. Me imaginé a los labradores arando esos campos con gaviotas en su estela, y pensé en la primera inundación, tras una tormenta durante una marea de sizigia; en las cosechas echadas a perder, en la tierra envenenada por la sal. Existe una relación íntima entre los campos que quedan y los que acabaron sumergidos. Buena parte del mantillo de la isla está formado por siglos de algas, cargadas en carretas con la marea baja y esparcidas a modo de abono. Los moluscos, por supuesto, estaban como en su casa en las piedras de los muros hundidos, y todos aquellos bígaros podrían haber sido perfectamente caracoles.

Estaba contorsionándome en la playa para quitarme el neopreno cuando me fijé en un abejorro que se disponía a atravesar el mar, directo a Tresco. Otros tres tomaron su rumbo, y los seguí con la mirada hasta bien avanzado el viaje de kilómetro y pico a la isla de enfrente. Tresco tiene un famoso jardín botánico que haría las delicias de las abejas, pero Bryher tampoco se queda corta en lo que a flores se refiere. ¿Sería ese un antiguo itinerario de vuelo

que seguían las abejas de hacía cuatro mil años y que, de algún modo, había quedado grabado en su memoria colectiva? ¿O es que alguna ambiciosa abeja recolectora habría olido las flores de Tresco y había descubierto una nueva ruta? Caminando por la línea de la marea alta vi miles de conchas preciosas y diminutas, muy parecidas a los caracoles, pero de colores variados: bermejas, naranjas, melocotón, blancas, moteadas, grises, plateadas. Cada una podría representar a uno de los marineros ahogados, cuyos espíritus pululan por el fondo marino de las Sorlingas.

Al día siguiente, por la tarde, me embarqué en el *Scillonian* y volvimos a Penzance cabalgando las olas del Atlántico. Unos cuantos hombres muy bronceados, con coleta y botas caras de cordoneras kilométricas, estaban desperdigados por la cubierta, acaparando todos los sitios en los que daba el sol, con la espalda apoyada en la base de la chimenea o en algún bote salvavidas, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y un semblante beatífico. (En Penzance los recibirían mujeres que agitaban los brazos, con pantalones de montar y Range Rovers.) Me senté apoyado en mi mochila, contemplando la estela nevada, y me sumí en mis ensoñaciones.

Uno de los recuerdos más intensos de mi niñez son los seis vagones reconvertidos en alojamientos que vi, recortándose contra el mar al amanecer, por la ventana del tren nocturno que nos llevaba de Paddington a Penzance. Alojarme en uno de ellos, con la playa a la puerta de casa, era lo que de niño concebía como unas vacaciones perfectas. Nunca lo hicimos, y siempre había querido echar un vistazo de cerca a aquellos objetos de mi deseo, con los colores desteñidos de la empresa Pullman, marrón, crema y dorado, como un budín de chocolate. A la mañana siguiente de pisar tierra firme me encaminé hacia allí, con mi termo y un bollo de grosellas para desayunar, el periódico y mi equipo de natación. Los vagones seguían en su sitio, aunque resultó impactante verlos tan destartados, en mitad de la larga playa de Penzance, al lado de la antigua estación de Marazion, ya en desuso, y mirando a la isla de St. Michael's Mount. En los años treinta, las empresas ferroviarias tuvieron la excelente idea de dar un nuevo uso a sus viejos vagones,

reconvirtiéndolos en alojamientos situados en apartaderos, en medio del campo o en la playa, por todo el Reino Unido.

La pintura marrón y crema estaba desconchada, y las letras ornamentales de los nombres que Pullman había dado a cada vagón, escritos con pan de oro, apenas se distinguían: *Mimosa*, *Alicante*, *Flora*, *Calais*, *Juno* y *Aurora*. La amplia gama de referencias te daba una idea de lo viajados que estaban aquellos señores jubilados. Perteneían a una época en que las vacaciones en Francia o el Mediterráneo estaban restringidas a las familias pudientes, cuando viajar era un asunto muy solemne que incluía porteadores, arcones y jefes de estación con reloj de bolsillo. La gente corriente ni siquiera soñaba con ir a esos sitios de vacaciones. La Riviera de Cornualles ya era lo bastante paradisíaca para ellos, y los vagones de Pullman debían de parecerles puro lujo, aunque la realidad fuera más austera. Tenían agua corriente y electricidad, y se entraba al vagón por un balcón techado de uno de los extremos, con una barandilla donde se colgaban las toallas después del primer chapuzón de la mañana. Ironías de la vida, fueron los ferrocarriles, y esos vagones de Pullman, los que permitieron los primeros viajes a los destinos turísticos del Mediterráneo, que acabarían seduciendo a los británicos para que dejaran sus pozas nativas y abrazaran los placeres y lujos de las aguas tibias. Los cubos y las palas pasaron de moda, sustituidos por los esquís acuáticos, los windsurfistas y los trajes de neopreno.

Me apoyé en una rueda y trepé por el chasis de hierro oxidado de *Alicante*. Hacía ya mucho tiempo que los vándalos habían pasado por allí: resultaba desgarrador ver toda aquella belleza artesanal destrozada por el abandono y el rencor gratuito. Los espejos ovalados y biselados de la sala estaban rotos, las lámparas y el revestimiento de la pared, arrancados, y las ventanas del vagón, de bordes redondeados, tapiadas con horrendos tableros de aglomerado. Atravesé la cocina diminuta, la sala alargada y un pasillo con dos pequeñas habitaciones, el baño y el retrete. La planta baja estaba a casi metro y medio del suelo. El trabajo y los materiales de las fábricas de vagones de Derbi y Hexham eran de una calidad inusitada. Por algunos huecos del falso techo, que había sido arrancado, se veían los tablonés del techo de los vagones, apoyados en bóvedas curvas de puro roble.

Caminé por la orilla de la playa, enfundado en mi neopreno, hasta la localidad costera de Marazion, y crucé a nado los ochocientos metros de bahía arenosa y somera que me separaban de St. Michael's Mount. Nadé por el lado oeste del camino de acceso, sumergido por la marea, y entré por la boca del pequeño puerto, donde me detuve a descansar al sol, al lado de una hilera de casitas. Aquello estaba casi desierto, pero no tenía ningún interés en explorarlo, habida cuenta de que cada palmo de terreno ya había sido evidente y excesivamente explorado. No faltaban los sellos distintivos de la industria turística: señales con indicaciones para todo y carteles en la puerta del pub que te dicen qué tipos de café sirven. El encanto de esa isla con castillo de aspecto mítico se había evaporado casi por completo, con la ironía habitual: resulta atractiva por su espectacular aislamiento, pero, en vez de ahuyentar a los visitantes, los seduce como una sirena. Antaño era el puerto principal de la bahía de Mount's Bay, antes del desarrollo de Penzance y Newlyn, y ahora su antiguo monasterio benedictino atraía a otra clase de peregrinos. Si viviera en una isla, me gustaría que lo fuese a tiempo completo, sin camino de entrada y con todo el encanto de la inaccesibilidad. Recomiendo que, para conferir cierta sensación de aventura a la visita, el trayecto de ida y vuelta se haga nadando.

Cuando volví al apartadero desierto, me senté en el balcón de uno de los extremos de *Alicante* y me serví un té. Quizá toda aquella destrucción solo fuera lo que Robert Frost definía como «una tosca muestra de respeto por la belleza». Esos seis vagones frente al mar resplandeciente siempre habían representado una especie de Xanadú para mí; siempre habían estimulado mi imaginación. Ahora me sentía como si me hubiesen robado, por así decirlo; como si el propio misterio hubiera acabado. Ceder aquellos símbolos de la vida del Orient Express o del Golden Arrow para que la gente de clase trabajadora pasara sus vacaciones en la humilde Riviera de Cornualles fue en su día un gesto práctico e igualitario; era como alquilar los castillos de Chatsworth o Cliveden por habitaciones. Esos vagones habían viajado por toda Europa, ida y vuelta, hasta Estambul. Eran fascinantes y glamurosos, además de preciosos, y durante tus dos semanas de vacaciones podías considerarlos tu casa. Sin embargo, ya solo representaban la extraordinaria

pobreza de la imaginación, capaz de dejar que se deteriorasen y se oxidaran hasta extinguirse.

[1]. Revista contracultural estadounidense publicada con regularidad entre 1968 y 1972, y de forma ocasional hasta 1998, cuyo objetivo era facilitar la vida cotidiana, con artículos sobre autosuficiencia, ecología, educación alternativa o bricolaje, además de ofrecer reseñas de productos variados, como ropa, libros, herramientas, máquinas o semillas. *(Todas las notas son del traductor.)*

LOS SEÑORES DE LA MOSCA

Hampshire, 6 de mayo

En cuanto llegué a Stockbridge oí el agua. Y, cuando apagué el motor, la oí. Llegar en coche parecía impropio: debería estar atando un caballo, o entregárselo a un mozo de cuadra. La localidad tenía un aire de elegancia desteñida y estaba dominada por el imponente hotel Grosvenor, a mitad de la calle mayor, que tendría algo menos de treinta metros de ancho, como en una escena del Salvaje Oeste. Antes de la Ley de la Reforma Electoral de 1832, este humilde pueblo aportaba al Parlamento dos diputados, que sin duda habían pagado para obtener ese privilegio: era el típico «burgo podrido». Hay una antigua casa parroquial georgiana, con dos enormes magnolias a cada lado de la puerta principal, y tienen la estación de servicio rural más bonita de toda Inglaterra, donde siguen usando los surtidores de gasolina originales. Casualidades de la vida, un clásico Morris Minor aparcó a mi lado justo mientras contemplaba las alegres puertas pintadas de rojo, blanco y azul, y el balcón adornado con geranios a juego, que crecían en neumáticos suspendidos en el aire.

La localidad es un tumulto de afluentes, una Venecia rural. Media docena de riachuelos —todos reivindican ser el auténtico río Test— fluyen por debajo de la ancha calle mayor y emergen, susurrando, entre los jardines, pastos, parcelas, cobertizos, viejos establos y edificios anexos que se esconden detrás de las fachadas de las tiendas y las casitas. El murmullo de la

corriente se oye en todas partes, y las ánades reales deambulan por las calles a su antojo, como las vacas sagradas en la India. Los patitos se ven arrastrados con asiduidad por los rápidos del río, y de fondo se oye el continuo y conmovedor lamento de los huérfanos y las madres afligidas, que parte el corazón de los viajeros que pasan por aquí.

Qué maravilloso es encontrar un sitio que valora, usa y disfruta tanto su río, en vez de ocultarlo a la vista, encorsetándolo en un canal de cemento: Stockbridge ha sacado el máximo partido al Test, aprovechándolo de cientos de formas. Y hay truchas por doquier, como gatos en las calles nocturnas de Estambul. El Test, el mejor río calizo del mundo, es una Meca para la pesca con mosca, sede del prestigioso Houghton Fishing Club. El derecho de pesca en estas orillas sagradas cambia discretamente de manos, a más de un millón y medio de libras por kilómetro, y un día pescando en el Test puede llegar a costar ochocientas libras. Si me pillaban nadando en su río, esa gente me comería con patatas, cocido y con un poquito de salsa tártara. Pero no hay mayor experta en agua dulce que nuestra trucha común, y estaba resuelto a compartir con ellas los placeres de las aguas del Houghton Club.

Me alejé del pueblo por un sendero paralelo al río, y a los cinco minutos me encontraba solo, en medio del campo, a orillas de una poza ancha y fría, fragorosa confluencia de los retoños dispersos de la Madre Test. Para mi sorpresa, no vi a ningún pescador, así que me zambullí a toda prisa. El agua me cortó la respiración. Para las truchas, cuanto más fría, mejor, pues la cantidad de oxígeno en el agua aumenta a medida que baja la temperatura. (Por eso hay tal abundancia de vida marina cerca de los polos.) Crucé una curva pedregosa del río, nadando en diagonal a la corriente, hasta llegar a la confluencia, una poza protegida por una barrera de juncos en la otra orilla. Las golondrinas madrugadoras descendían en picado y volaban a ras del agua. Los escuadrones de truchas oscuras, que pasaban como flechas, se recortaban contra el lecho pálido y rocoso, creando olas de proa al acelerar. Me giré y me dejé llevar por la corriente, acariciado por las frondas de ranúnculo acuático que ofrecían cobijo a las truchas, así como a las ninfas de las efímeras que pronto nacerían para seducirlas. No es de extrañar que a las truchas les encante el Test. Es un río rápido, asombrosamente cristalino, y va

alternando las aguas someras y agitadas y las pozas profundas. El lecho es de grava caliza, con algún que otro ladrillo desgastado aquí y allá, y ofrece multitud de escondites.

Los largos tirabuzones prerrafaelitas de ranúnculo acuático bailaban la danza del vientre en el río. Me agarré a las plantas, que flotaban con la velocidad de la corriente, y luego nadé unos doscientos metros río abajo, hasta una bahía turbosa donde suele abrevar el ganado. Un lateral estaba despejado de árboles y vegetación para que las cañas no se enredasen al tirarlas, y todas las plantas crecían en la orilla opuesta. Una pareja de sesentones enamorados pasó por el prado e intercambiamos un educado: «Buenas tardes». Hicieron lo posible por no parecer sorprendidos. Seguí nadando, cada vez más acostumbrado a la temperatura, o entumecido, esperando toparme en cualquier momento con un pescador con mosca, enfundado en su vadeador, con el agua por las rodillas, y preguntándome qué diablos iba a decirle.

La sede del Houghton Fishing Club está en el hotel Grosvenor de Stockbridge y no, como cabría imaginar, en el pueblo de Houghton, unos kilómetros río abajo: los caminos de la exclusividad británica son inescrutables. Al Houghton Club, que suele contar con entre doce y dieciséis miembros, solo se accede por invitación, tal y como se me informó en una concisa respuesta de una línea cuando escribí para preguntar si podía inscribirme. En su origen el club tenía un espíritu arcadio, con su carpa para eventos instalada en la pradera de Tent Meadow, al lado del río, y sus banquetes anuales con ocasión de la marea de sizigia para celebrar el primer vuelo de las efímeras, o moscas de mayo, y las *Brachycentrus subnubilus* (otra especie de mosca para trucha que eclosiona en abril). Fue fundado por el reverendo Canon F. Beadon en junio de 1822 como una filial del Longstock Fishing Club original, unos kilómetros río arriba, por lo que puede reivindicarse como el segundo club de pesca más antiguo del país. A la sazón, la cuota anual para los miembros era de diez libras. Desde el principio, los doce miembros, todos discípulos de Izaak Walton, tomaron por costumbre

registrar sus actividades, observaciones e ideas en el diario del club, las *Crónicas*, que se guardaba en el hotel Grosvenor, donde se hospedaban al llegar a la localidad en diligencia y, más tarde, en tren. Cuando Walton publicó *El perfecto pescador de caña*, casi doscientos años antes, en 1653, lo subtuló: «La recreación del hombre contemplativo». Las *Crónicas del Houghton Fishing Club* plasman esa misma atmósfera reflexiva, juguetona y festiva, de sociabilidad generosa, plena de canciones y versos, engendrada por el río.

El Grosvenor ha sido la sede del club desde su origen. Los pescadores acabaron comprando todo el hotel en 1918, que hoy día sigue estando lleno de peces disecados en urnas de cristal, grabados de caza con todo tipo de imágenes y moscas de pesca enmarcadas: la *Detached Badger*, la *Red Quill*, la *Gilbey's Extractor*, la *Blue Winged Olive* y la *Houghton Ruby*. El ambiente jovial y *pickwickiano* de esta «hermandad de pescadores» exclusivamente masculina fue descrito a la perfección por uno de sus miembros fundadores, Edward Barnard, en una de las primeras entradas de las *Crónicas*:

Que quede aquí constancia de que, en este club, el buen ejemplo de Izaak Walton, nuestro santo patrón, se ha seguido con tanta firmeza que jamás ha habido celos, envidias, conflictos ni riñas de ningún tipo. El deseo de cada individuo, ya fuera expreso o implícito, ha sido ley para todos; la felicidad del prójimo ha sido la brújula que ha guiado nuestros pasos; ni una mala palabra, ni un sentimiento egoísta ha anidado jamás en nuestro envidiable círculo. Cada reunión ha servido para unir con aún mayor solidez, si acaso es posible, esa amistad y compañerismo que se manifestaron desde el principio; que todos hemos contribuido a fomentar; que todos hemos sentido con auténtica y genuina satisfacción, y que, merced a nuestro corazón resuelto, habrán de seguir intactos. Nuestra sociedad podría disolverse por circunstancias que escapen a nuestro control, pero la amistad que estas reuniones han cimentado y el recuerdo de las muchas horas felices que hemos pasado en compañía solo se extinguirán con nuestra vida.

El club no tenía reglas, pero sí dos costumbres: una, que no se mataría ningún pez de menos de medio kilo; la otra, que «ningún miembro podía pescar antes del 1 de enero o después del 31 de diciembre de cualquier año, bisiestos incluidos». Los miembros del Houghton Club eran excéntricos como ellos solos, y afrontaban la desolación de las temporadas infructuosas, en las que apenas pescaban truchas, con ecuanimidad y buen humor. El diario recoge con gran lujo de detalles un ambiente literario donde predominaban el

ingenio y el pitorreo, combinados con cierta obsesión por todas las nimiedades del arte de la pesca con mosca y una auténtica pasión por la historia natural. El 2 de junio de 1860, un huracán arrasa la carpa donde comen los miembros del club, pero ese mismo día alguien registra «seis nenúfares blancos en flor, en una acequia al fondo del pantano», y los miembros siguen con el interminable debate sobre si permitir o no que el hermoso timalo se mezcle con la trucha en las aguas del club y pueda pescarse. (Había dos escuelas de pensamiento: la primera sostenía que el timalo era una excelente pieza para pescar y comer; la segunda afirmaba que el timalo reduciría el número de truchas, al alimentarse de su hueva y competir vorazmente por la comida.)

Estos señores de la mosca registraban sus pescas con la misma diligencia con que los aficionados a los trenes apuntan sus avistamientos, de modo que, cuando llegó el momento de celebrar su centenario con una cena en el Claridge's, el 7 de junio de 1922, lord Buxton pudo dar cuenta del número y del peso exacto de los peces pescados en los cien años de vida del club: 37 045 peces que pesaban algo más de 31,5 toneladas, de los que 30 483 eran truchas y 6562, tímalo. El peso medio de la trucha era de 879 gramos; el del timalo, de 794 gramos.

Todos los miembros tenían un interés singular y personal por «la historia natural de los peces y de los insectos de los que se alimentan», y pasaron más de un siglo registrando en el diario las fechas de la llegada al Test en primavera de determinadas aves e insectos: la golondrina, el avión zapador, el avión común, el vencejo, el cuco, el grillo topo, la luciérnaga y tres de las moscas para trucha más importantes de la zona: la *Brachycentrus subnubilis*, la efímera y la *Halesus digitatus*. Los pescadores tiraban sus cañas hasta bien entrada la tarde e incluso llegaban a quedarse en vela toda la noche, dando cabezadas frente a las brasas de la chimenea del salón del Boot Inn de Houghton, para intentar pescar en la concurrida hora que precede al amanecer. Cuando las condiciones eran menos propicias, pasaban los días y las noches escribiendo poemas, dibujando o pintando, haciendo trucos de magia o pensando en nuevas formas de disfrutar de su pesca: «Un lucio pequeño envuelto en papel húmedo y cocinado doce minutos bajo la ceniza

caliente de la chimenea del Boot resultó ser un auténtico manjar cuando lo llevamos a la mesa».

Sin embargo, dedicaban la mayor parte de su tiempo a debatir sobre la eclosión de las moscas, la metamorfosis de las larvas acuáticas en insectos capaces de conseguir que la precavida trucha cometa un desliz y acabe en el anzuelo de un pescador. Las dos reuniones principales del club, con banquetes en la carpa, se celebraban con motivo de la eclosión de la *Brachycentrus subnubilis* en abril y de la efímera a finales de mayo. En la época de las diligencias resultaba fundamental que los pescadores, hombres importantes cuyo tiempo era muy valioso, pronosticasen cada eclosión con exactitud y planearan muy bien su salida de Londres, para evitar perder dinero y pasarse los días en el hotel Grosvenor, impacientes, tamborileando con los dedos en la tapa de *Tácticas menores en los ríos calizos*, de Skues, u hojeando *El pescador con mosca y el punto de vista de la trucha*, del coronel E. W. Harding, mientras aguardaban el feliz advenimiento de la *Ephemera danica*.

En una entrada del diario del 17 de abril de 1830, presa de «un estado de pura incertidumbre» sobre la eclosión de la mosca por culpa del tiempo ventoso y encapotado, Edward Barnard anotaba «las observaciones que podrían permitirme, estando lejos de los ríos Itchen y Test, pronosticar el período exacto de la eclosión de la efímera en sus aguas». A Barnard, nieto y tocayo de un famoso rector de Eton, lo apodaban «Piscator» cuando estudiaba allí, pues era un discípulo obsesionado por el arte de Izaak Walton. Para Barnard, la floración del tulipán en los jardines de Londres era el primer indicio, al que se sumaban la florescencia del espino blanco, del saúco y del mundillo, y la presencia de semillas llenas en la aliaría. La confirmación definitiva de la eclosión inminente de la mosca de mayo en Hampshire era la floración completa de la peonía roja doble en Islington o Chelsea. El nacimiento del impredecible insecto podía adelantarse, como ocurrió el 18 de mayo de 1848, o retrasarse hasta el 11 de junio, como en 1855.

La obsesión del club por la metamorfosis de la *Ephemera danica* no solo era motivo de la comilona celebrada en su carpa, llamada sencillamente «la Efímera», sino también de una intrincada prosa en el diario del club: «Una

notable característica de determinadas criaturas (tanto vertebradas como invertebradas) consiste en su hábito de pulular, en cantidades anormales y a intervalos irregulares, estimuladas por la concatenación favorable de unas condiciones físicas cuya naturaleza no hemos podido reconocer hasta la fecha». Mientras los miembros del Houghton Club, en el banquete de la mosca de mayo, brindaban por «la generación eclosionante», se contaban batallitas de pesca y anécdotas de historia natural, que Barnard animaba con su «profunda querencia por el absurdo». Como cuando el coronel Wigram, al ver una rata en el río, tiró la caña, la enganchó de la pata delantera derecha y la sacó a la orilla. O cuando James Faithful, uno de los guardas del club, pescó una inmensa y escurridiza trucha, el 29 de julio de 1859, usando de cebo los intestinos de una gallineta. Ese mismo mes, la orquídea de los pantanos floreció en la pradera de Machine Meadow. En una ocasión, atraparon una anguila, toda cubierta de manchas amarillas, y el Museo Británico declaró que se trataba de un ejemplar semialbino; y, el 14 de julio de 1886, el deshollinador del pueblo cazó otra, de color rosa crema, con la aleta dorsal de un amarillo intenso. Cuando asfaltaron por primera vez y llovió, la efímera confundió la calle con el río y puso sus huevos en el asfalto reluciente. Y, el 17 de julio de 1853, el señor Warburton pescó un lucio de casi tres kilos y descubrió en su estómago otro lucio de medio kilo, una rata topera y un cangrejo de río vivo, «que se fue nadando alegremente cuando lo devolvió al agua».

En 1854 mataron nueve nutrias en aguas del club; el diario refleja con frialdad, año tras año, la continua guerra entre los guardas y ellas. Quién sabe por qué, quizá por costumbre, siempre se llevó un registro meticuloso de su peso: «Una buena nutria macho, 9,52 kg. Una hembra, 7,26 kg. Otro macho, 10,23 kg.». A veces las atrapaban, pero no las mataban; puede que las dejaran sueltas en otro sitio, para regocijo de los sabuesos. Ahora ya no quedan nutrias en el Test.

Cuando soplaban el viento del norte y los miembros se quedaban encerrados, el club se convertía en un salón literario. Escribían canciones, componían pareados épicos en el porche y apuntaban versos latinos en el diario. Se mofaban los unos de los otros y trataban con cariño y condescendencia a los

guardas del río, Faithful y Harris, por sus coloridas expresiones: «7 de mayo de 1862, Faithful *loquitur*: “Sí, ¡los leuciscos son unos fulleros escuchimizados! Se cuelan por las redes de cinco centímetros sin inmutarse. Pero los rutilos, con el gorgoteo ese que hacen, son los peores; canallas como ellos solos”». En otra entrada se recogen las observaciones de otro hombre de Stockbridge: «Ha sido una noche movidita y los remolinos de esta mañana no me gustan un pelo, vienen fatal para la pesca. Además, anoche oí a las anguilas dando coletazos: sabe Dios que eso nunca ha sido buena señal». De cuando en cuando, se cuele en el diario la carta de algún guarda, expresiones rocambolescas incluidas, ulterior motivo de hilaridad entre los bien nacidos: «Junio de 1830. Señor, tengo bien a escribirle a usted para ponerle a la corriente que la semana pasada los pescadores furtivos nos hicieron padecer lo que no está escrito, y el domingo en la mañana, que no serían ni las siete, habíamos unos cuantos vigilando y los vimos al lado nuestro».

La acogedora sensación que transmiten las *Crónicas del Houghton*, digna de *El viento en los sauces*, se intensifica merced al estrecho vínculo que existe entre los miembros del club y su tramo de río: absolutamente todos los lugares de este paisaje tienen nombre. Seguí avanzando río abajo, nadando si era lo bastante profundo, vadeando o chapoteando por las frecuentes zonas someras, asombrado por la abundancia de truchas. Los nombres locales que había leído en las *Crónicas* eran tan íntimos y evocaban tal familiaridad que tuve una sensación nitidísima de que ese no era mi sitio, de que era un intruso. Sin embargo, también me cautivaba el mundo descrito en el diario: la Isla de la Bota, el Tronco Quebrado, el Prado del Tonelero, el Puente del Borrego, el Tronco del Curtidor, la Charca de Goff o el Molino de Bossington me parecían tan desconcertantes como los apodos de la gente y los sitios cuando eres el nuevo del colegio. Sin embargo, y a pesar de su gran atractivo natural, me resultaba imposible obviar que ese río era un club muy selecto, gestionado artificialmente para beneficio de unos pocos afortunados.

Después de unos diez minutos en comunión con las náyades del Test, abandoné el curso del río y entré en otra ensenada poco profunda, turbosa y

agujereada por las pezuñas del ganado, que se había comido la parte superior de los juncos. Salí de esos veinticinco centímetros de agua con menos elegancia que la efímera y eché un vistazo a la pradera de riego: aún no había ni rastro de los pescadores de truchas. Tiritando, volví rápidamente a mi toalla por un sendero muy marcado, esquivando las plastas de vaca, que los auténticos pescadores del Houghton siempre habían considerado un buen augurio.

Las *Crónicas* también recogen varios chapuzones involuntarios. El 3 de junio de 1869,

[...] el general Dixon, insatisfecho con sus abluciones matinales, se dio un chapuzón de mediodía en el río; pero, en aras de la integridad, no se quitó la ropa. La señora Flowers desempeñó un papel fundamental en su rescate, y proponemos que el club le conceda una medalla por salvar una vida tan inestimable para su país y para el propio club, amén de pescar la pieza más pesada, con mucho, que ha salido de este río.

Bañarse en el Test siempre ha sido muy popular entre los lugareños. La actividad tiene incluso su propio bardo, Frank Cleverly, que ha pasado toda su vida en King's Somborne, a casi diez kilómetros. Su colección de poemas sobre la vida rural en los alrededores del pequeño arroyo de la localidad se titula, irónicamente, *Profundo fluía el Som*. De niño, el poeta y sus amigos hacían expediciones frecuentes para bañarse en el Test, con las pastillas de jabón que sus madres los obligaban a llevarse.

Lillies, el local donde me tomé un té y un chocolate caliente después de mi baño, acercando la cara a la taza humeante, se llama así en honor de Lillie Langtry, que se alojaba allí con el príncipe de Gales hace cien años, cuando se celebraban carreras de caballos en el popular hipódromo de Danebury Hill, a kilómetro y medio de Stock-bridge. Intenté imaginarme a los *paparazzi* de la época, cargando con sus cámaras de placas y colocándolas en posición para sacar una foto. Las carreras debían de despertar la pasión de Lillie por el drama, porque tenía su propio establo en Newmarket y acostumbraba a acudir a la Semana de Stockbridge con su amante. Obtuvo varios éxitos notables con sus caballos; y, cuando me enteré de que uno de ellos se llamaba Merman, «Tritón», me pareció buena señal. En una misma temporada ganó la Ascot Gold Cup, la Jockey Club Cup y la Goodwood Cup.

Había entrado en calor y estaba radiante por dentro, así que me dispuse a explorar las tiendas. Cerca de la oficina de correos había un estanque caudaloso: el agua brotaba desde debajo de la calle, formando un remolino que hacía girar a los patos como juguetes de bañera. Las truchas de a kilo pasaban a rebufo de sus sombras. En el escaparate de John Robinson, Carnicero Familiar de Categoría, había tres hurones, dos perdices y tres elegantes faisanes disecados. Y una ardilla gris, también disecada, en lo alto del especiero, y un bate de críquet donde se leía: «Robinson X1 vs. Broadway X1». El señor Robinson se había hecho famoso en todo el país por defender las libertades individuales cuando, con gran audacia, se negó a dejar de vender carne con hueso a sus clientes, como anunciaba en el mismísimo escaparate. Además, un discreto letrero indicaba que el señor Robinson también era «especialista en barbacoas particulares».

Calle abajo estaba la lujosa tienda de *delicatessen* de Stockbridge, For Goodness' Sake, que vendía empanadillas de venado de la casa, mermelada de cuatro frutas, confitura de uva espina y «jamón de millonario». Las «ofertas especiales del día» eran el caviar Sevruga, rebajado de 49,50 a 45 libras, y la langosta en conserva, de 2,65 a 2,30. En la puerta había un cartel que decía: «Por favor, llame con fuerza y sin cortarse, salgo en un minuto». Llamé con fuerza y sin cortarme y, al cabo de un minuto, un hombre con aspecto afable, ropa de *tweed* y más sano que un roble, gracias a todos aquellos manjares, apareció para atenderme. Me llevé varias conservas, especialidades de Stockbridge, pero, quién sabe cómo, pude resistirme al Sevruga.

Al otro lado de la calle descubrí un precioso carrito con libros antiguos y baratijas, en la puerta de una pequeña casa. Me puse a hojear un libro de consejos prácticos para guías *scouts*, como la construcción de un tendadero con ramas de avellano o la cocción del «pan montano», clavando una ramita verde en una bola de masa y colocándola sobre las brasas de una hoguera. Había un capítulo sobre casas en árboles y escaleras de cuerda, muy útil para quienes se manifiestan contra la construcción de nuevas carreteras. También se invitaba a las lectoras a coleccionar telarañas, e incluso a observar atentamente a las arañas mientras las tejían, como hizo Roberto I de Escocia

en su cautiverio. Hasta había un formulario para que las observadoras de telarañas lo rellenasen, con títulos como: «Primer hilo fijado», «Radios completos», «Comienzo del tejido» y «Fin del tejido». Me hice con ese volumen tan útil y con un par de hueveras.

Mientras compraba en Stockbridge me sentía un poco como Alicia en el País de las Maravillas: no había gente, solo breves mensajes con instrucciones, escritos a mano, por todas partes. No me habría extrañado lo más mínimo entrar en el pub y encontrarme con una nota de «Bébeme» en la barra. El cartel en el carrito de los libros y las hueveras rezaba: «Todo a cincuenta peniques. Introducir el dinero en el buzón de Mole Cottage. Para colaborar con los niños de la calle de Guatemala». Era evidente que, en Stockbridge, no existía el problema de los niños de la calle.

A la mañana siguiente, en Winchester, unos dieciséis kilómetros al este, me topé con una nube de periodistas a las puertas del Tribunal de la Corona: empezaba un nuevo juicio a Bruce Grobbelaar, Hans Segers y John Fashanu, acusados de amañar el resultado de partidos de fútbol en beneficio de varios sindicatos orientales de apuestas deportivas. Los fotógrafos merodeaban por allí, a la espera de Grobbelaar y compañía. La emoción se palpaba en el ambiente y no pude resistirme: me colé en los pasillos de la Sala 3 entre el variopinto grupo de gacetilleros que cubrían la noticia. Había al menos doce letrados con peluca trasegando en el tribunal, y también muchos oficiales del juzgado: me pregunté cuánto habría costado todo aquello. El primer juicio se frustró porque el jurado fue incapaz de llegar a un veredicto; las pruebas les habían parecido incomprensibles. El juez los remitió con deleite a las «abultadas carpetas con documentos que todos tenemos a nuestra disposición». El letrado de la acusación les explicó: «Algunas partes de esta historia son, si se me permite la expresión, bastante entretenidas. Otras resultan extremadamente rimbombantes». Y llevaba más razón que un santo: el interés radicaba en los detalles estrambóticos de la vida empresarial de aquellos futbolistas. La sede de la empresa de Fashanu, Fash Enterprises, estaba en la Warm Seas House, en St. John's Wood. Por su parte, Grobbelaar

tenía a su nombre la Mondoro Wildlife Corporation Ltd. Como se explicó al tribunal, *mondoro* significaba «dios león» en shona. Por aquel entonces, ingenuo de mí, pensaba que esas cosas nunca pasarían en natación. El escándalo de la selección china, presuntamente dopada hasta las trancas en el Campeonato Mundial de Natación de Perth, aún no había estallado. Ni tampoco una acusación similar contra la irlandesa Michelle Smith, campeona olímpica de natación, y su marido y entrenador Erik de Bruin.

Al cabo de un rato fui a desayunar a la René's Patisserie, y acto seguido hice un primer reconocimiento del motivo principal de mi vista, el Itchen, uno de los ríos predilectos de William Cobbett. Cobbett adoraba cada metro cuadrado del valle del Itchen, desde su nacimiento en Ropley Dean, cerca de Alresford, hasta su desembocadura en el mar en Southampton. «Este valle del Itchen merece especial atención —escribe en *Paseos rurales*—. Hay pocos lugares más fértiles o agradables en toda Inglaterra; y ninguno, creo, más saludable.» Ya en época de Cobbett, Winchester era «una mera sombra de lo que otrora fue»: residencia de los reyes de Inglaterra. Pero aún conserva la mesa redonda del rey Arturo en el Great Hall, el edificio contiguo al tribunal donde iba a juzgarse a los tres futbolistas descarriados. Y también las praderas de riego del instituto privado de Winchester College, donde Izaak Walton pasaría sus últimos años en compañía de su hija Anne. Murió en Winchester en 1683. Cuando pregunté en una librería por dónde se iba a las praderas, el dueño me dijo: «Vamos fuera y se lo indico con mucho gusto».

Me dirigí al río siguiendo las callejuelas flanqueadas por los edificios del instituto, llenos de carteles de SILENCIO - EXÁMENESS. Al parecer, todos los profesores vivían en casas adosadas de época, más o menos esplendorosas; como Mill Cottage, a la que se accedía por una pequeña cancela cerrada con pestillo y una pasarela blanca de hierro forjado, que cruzaba el caz del molino. La escena la completaban las rosas sobre la puerta, el gato pardo acurrucado al lado de las botellas de leche y el periódico de la mañana que sobresalía del buzón. Los márgenes del pequeño arroyo, un ramal del Itchen, estaban decorados aquí y allá con carteles de PRIVADO – NO PASAR. En otra casa, casi contigua a la portería del instituto, me llamó la atención un anuncio escrito en una postal pegada a la ventana: CASA DE PIEDRA DEL SIGLO XI EN

CRESPIANO, CERCA DE FIVIZZANO, LA LUNIGIANA, MASSA Y CARRARA, ITALIA. 9-12 HABITACIONES, 3 PISOS. 100 000 000 LIRAS = 36 000 LIBRAS, ETC. Ese anuncio contrastaba con otro cartelito que había visto unos minutos antes en un escaparate de la ciudad: OSITO DE PELUCHE BLANCO HECHO A MANO, CON PANTALONES BLANCOS, POR 6,50 LIBRAS.

Sentí una profunda compasión, que me acompañó el resto del día. Winchester era una ciudad de contrastes: el obispo en su palacio; los futbolistas invirtiendo cifras astronómicas en sus empresas en paraísos fiscales; un jardinero con una camiseta de los Madness dando vueltas alrededor de una morera, en los terrenos del instituto, montado en un cortacésped Atco; los estudiantes invisibles en sus exámenes; el creador del peluche esforzándose para subir los vaqueros blancos hechos a medida por las patas rechonchas del osito.

Seguí caminando por College Walk, rumbo al Itchen, hasta que por fin vi las praderas de riego y dos o tres caballos pintos pastando en el río. Salté una cerca baja, apoyándome en un cartel de Pesca restringida, y crucé la pradera hasta llegar a un cómodo sauce, donde me puse el bañador y los escaarpines de neopreno para el camino de vuelta, y escondí la mochila y la ropa entre las ortigas. Al llegar a la orilla de grava caliza, corroboré la observación que Cobbet hizo el 9 de noviembre de 1822: «El agua del Itchen es, según dicen, famosa por su transparencia». Me metí en el río, que tenía más o menos un metro de profundidad y algún que otro tramo somero de orillas arenosas y mullidas, merced al ranúnculo acuático. La corriente era lo bastante rápida para frenarme si daba la vuelta y nadaba río arriba. Me dejé llevar por ella, avanzando tranquilamente a braza, ojo avizor para no perderme lo que pudiese haber al tomar la siguiente curva. La recompensa fue ver a una rata topera cruzar el río y desaparecer en el cañaveral de la otra orilla. El Itchen giraba, trazando un arco amplio, muy plácido, a través de las praderas. Aquí y allá distinguía las siluetas oscuras de las truchas, y los piscardos levantaban minúsculas olas arenosas. Estaba siendo un baño excelente, y seguí nadando río abajo, hacia lugares antaño conocidos como Milkhole («Pozo de Leche») y Dalmacia, donde en su día se bañaban los estudiantes del Winchester College. A lo largo de su curso, el Itchen lo alimentan varias fuentes

naturales; de ahí que haya cultivos de berro en distintos puntos del valle. Según cuentan, en Gunner's Hole, una famosísima piscina situada río arriba, que tenía intención de explorar a su debido tiempo, a veces las fuentes crean corrientes peligrosas, y a principios del siglo XX un niño se ahogó allí. Lo que ahora se denomina en el instituto «natación propiamente dicha» no empezó hasta 1969, cuando construyeron una piscina cubierta.

Mientras avanzaba lentamente a braza por esas aguas de famosa transparencia, empecé a imaginarme el jardín de fresas de la residencia principal de los Ogle, una familia de la aristocracia rural de Martyr Worthy, río arriba, que Cobbett describía así:

Un precioso jardín de fresas, regado por un ramal del Itchen que pasa por ahí y que, imagino, encauzaron al efecto. Muy cerca, en el césped, hay una pérgola a la sombra de unos árboles preciosos, donde uno puede degustar las fresas del jardincito, acompañadas de los cuencos de nata que traen de la pequeña lechería, sombreada por otra arboleda, unos metros río abajo. ¡Qué delicia! ¡Qué paraíso terrenal!

Había salido del río y volvía caminando por las preciosas praderas de riego, aún sumido en mi imaginación, donde las lecheras me obsequiaban con cuencos repletos de fresas frescas y nata, cuando un grito irrumpió bruscamente en mi sueño color de rosa.

—¿Es que no sabe que esto es propiedad privada?

Los caballos levantaron la cabeza un momento, y siguieron pastando. Decidí hacer caso omiso de las dos siluetas furiosas que me gritaban desde el sendero cercado, y seguí andando con mucha dignidad, en bañador, hacia mi ropa escondida entre las ortigas. Se me pasó por la cabeza escapar cruzando el río, pero pensé en Cobbett y en lo que él habría hecho, y tomé una decisión: iba a defender mi derecho de nadar en libertad.

Me demoré todo lo posible mientras me cambiaba, volví a saltar la cerca como quien no quiere la cosa y empecé a alejarme tranquilamente por el sendero, silbando para mis adentros, como cualquier inglés que se precie.

—Perdone —dijo una voz—, ¿para qué cree usted que está la cerca?

Era un retintín académico, no cabía duda, y al volverme vi a dos personas que parecían sacadas de una obra de Dickens: un portero bajo y rollizo, con barba y un pastor alemán, y un tipo larguirucho en bici, que llevaba unos

prismáticos y estaba rojo fresa de rabia; el guarda del río del Winchester College. Después de presentarme, les pregunté por el motivo de su desasosiego. Me dijeron que el río era propiedad del instituto, y que estaba lleno de truchas para deleite de los antiguos alumnos que a veces venían a pescar. No estaba ahí, que no me cupiese la menor duda, para que se bañase la plebe.

—Es que las señoras de la biblioteca pública me han dicho que, hasta los años setenta, todo Winchester se bañaba en el río —dije.

—Precisamente por eso —respondieron—. Hace unos años, venían a bañarse seiscientas personas de la ciudad; se erosionaban los márgenes, y lo dejaban todo perdido de basura.

A mí aquello me pareció el paraíso.

—Pero convendrán conmigo —dije con voz afable— en que deberíamos tener libertad para bañarnos en nuestros ríos, como la tenemos para caminar por el campo. ¿Acaso no son de todos?

El guarda del río estuvo a punto de caerse de la bici. La cara del portero también se afresó, como la de su compañero, y soltó unos centímetros la correa para que el pastor alemán se me acercara un poco. Ambos me miraron con lástima.

—Si quiere nadar, tiene usted costas y playas de sobra no muy lejos de aquí —dijo el portero, por decir algo.

Entonces la cosa se puso fea de repente. Me acusaron de ahuyentar a las truchas y el portero masculló no sé qué de llamar a la policía. Yo respondí con resolución, y quizá imprudencia, que, si había ahuyentado a los peces, que lo dudaba, les estaría haciendo un favor, porque si se quedaban acabarían en los anzuelos de los antiguos alumnos. Les dije que llevo toda la vida nadando en el río Waveney, en Suffolk, en una zona donde los bañistas y los pescadores conviven felizmente desde hace al menos un siglo. Además, ¿por qué no delimitaban un tramo del río para bañistas y otro para antiguos alumnos pescadores con mosca?

—Eso sería imposible, porque la calidad del agua es muy poco fiable —respondió el portero—. Río arriba echan pesticidas en los cultivos de berro, y hay una depuradora que vierte al río agua que debería estar limpia, pero no

siempre es el caso.

Les cité a Cobbett y su famosa agua transparente, y se echaron a reír. No había ni rastro de la policía, pero el portero me instó a irme cuanto antes a ducharme con agua caliente y jabón para quitarme todos los contaminantes del río. Dijo que a la gente le salían sarpullidos. Me imaginé que eso era lo que a él le gustaría.

—Pero, si el agua está tan sucia y contaminada, ¿por qué no se mueren todas las truchas? —pregunté—. Y ¿por qué han cercado este sendero en línea recta, a mil metros del río, en vez de permitir que la gente disfrute de sus preciosas orillas serpenteantes? ¿No está un poco feo por su parte?

—No pienso perder más tiempo con esta historia —dijo el portero, y se marchó caminando torpemente mientras el pastor alemán me miraba por encima del hombro con cara de hambre.

El episodio planteaba algunas cuestiones delicadas sobre los baños en la naturaleza, si es que se puede decir que Winchester es «natural». Volví a acordarme de Cobbett y lo mucho que le disgustó que se ahorcara a dos hombres en Winchester, en la primavera de 1822, por plantar cara a los guardabosques del señor Assheton-Smith, en la cercana Tidworth. Ellos hicieron poco más de lo que yo acababa de hacer y, sin, embargo a mí no me llevaron por la fuerza, goteando, al juzgado, para sentarme con Grobbelaar y compañía en el banquillo de los acusados. En Winchester las cosas estaban cambiando, pero a su ritmo. En realidad, había disfrutado como un enano discutiendo con los alguaciles fluviales. Ese baño excelente ya me había tonificado, pero después de la divertida bronca me sentía aún mejor. Sin embargo, me parecía una pena, y una auténtica pérdida para la ciudad, que el Winchester College ya no permitiese que la gente se bañara en el río ni disfrutase de un picnic en la pradera. Me quedé con una sensación parecida a la de la nutria que fue «atrapada, y después soltada» por uno de los guardas del Houghton Club en diciembre de 1853.

La propiedad de los ríos es una cuestión muy sencilla: cuando un río pasa por una zona privada, el propietario del terreno ribereño también es dueño del

propio río. En materia de acceso, la legislación fundamental está recogida en la Ley del Territorio Natural de 1968, que declaró explícitamente las riberas y los bosques como «terrenos naturales abiertos», junto con las «montañas, páramos, brezales, acantilados, colinas y costas» enumeradas en la primera Ley de Parques Nacionales y de Acceso al Territorio Natural de 1949. En la definición de la ley, con «ribera» se abarca tanto el río como sus márgenes. Así pues, cuando los políticos hablan de «territorio natural», se están refiriendo a los ríos y sus márgenes, y también a otro tipo de terrenos, como montañas y páramos. Y, cuando la Comisión de Política Medioambiental del Partido Laborista prometió, en 1994, que «el compromiso laborista con el medio ambiente se reforzará con leyes que recogerán los derechos medioambientales: el derecho de acceso al territorio común y natural, las montañas y los páramos», también se refería a los ríos y sus márgenes.

Justo el mismo día de mi encontronazo en Winchester, Chris Smith, secretario de Estado del Patrimonio Nacional, había dicho: «Como secretario del Patrimonio, mi objetivo es colaborar estrechamente con la Asociación de Senderistas para garantizar el acceso a los terrenos naturales, a las montañas y a los páramos a todos los británicos de a pie. ¡Vamos a conseguir que el “derecho a deambular” sea una realidad!». ¿Y qué pasaba con el derecho a nadar? Que tantísimos de nuestros ríos estén vedados a todo el mundo, menos a la minúscula minoría que puede permitirse pagar los «derechos» de pesca, es una injusticia manifiesta. Y entrecorriendo «derechos» para subrayar la paradoja: lo que antaño era un derecho natural se ha expropiado para convertirse en un lujo. Los derechos de pesca solo tienen valor porque ciertos individuos han eliminado un beneficio público —el acceso a sus ríos— para crear un beneficio privado artificial. El derecho a caminar libremente por los márgenes o nadar en los ríos no se debería poder comprar y vender, como no se compra ni se vende el derecho a subir montañas o bañarse en nuestras playas. Hoy día, uno solo puede acceder a un río en los tramos donde es navegable.

En un sondeo reciente, la Comisión del Territorio Natural descubrió que el agua, las riberas y las costas constituyen un factor determinante en la elección de una de cada tres rutas que la gente hace por el Reino Unido. En abril de

1967, uno de los expertos encargados de redactar el borrador de la Ley del Territorio Natural de 1968 observaba:

Hemos recibido una cantidad considerable de quejas sobre las disposiciones actuales relativas al acceso y al derecho de tránsito público por los canales y los ríos, que se consideran inadecuadas. En nuestra opinión, la solución pasa por ampliar la facultad de elaborar acuerdos u órdenes de acceso, para que abarquen los ríos y los canales y sus márgenes [...] además, proponemos que se amplíe la definición de «territorio natural» para incluir dichas categorías.

El defecto de la Ley del Territorio Natural de 1968 era que otorgaba a las autoridades locales la facultad, pero no les imponía el deber, de crear más accesos a los ríos y sus márgenes. La firma de acuerdos voluntarios con los terratenientes habría podido funcionar si las autoridades locales hubiesen puesto más empeño y si los terratenientes no hubieran tenido un enorme interés particular en la lucrativa pesca. Ahora el Gobierno dice que «conviene buscar más acuerdos voluntarios para ofrecer acceso a riberas, bosques y otros territorios naturales». Hay posibilidades de sobra para llevar a cabo esa estrategia: si todos los márgenes de los ríos de Buckinghamshire se abriesen al público, se duplicaría la longitud total de las rutas en ese condado. El acceso a las riberas es extraordinariamente popular, y quizá deberíamos aprender de Nueva Zelanda, donde se acaba de renovar una ley promulgada en su día por un gobernador colonial a petición de la reina Victoria. La «Queen's Chain» o «Cadena de la Reina» es una franja pública, de veinte metros de ancho, que se extiende a lo largo de todos los ríos del país. Al otro lado del canal de la Mancha, en Normandía y Bretaña, la gente también goza de acceso ilimitado a los ríos.

Entretanto, la influencia de los propietarios de los terrenos ribereños, con su enorme interés particular, sobre la Agencia de Medio Ambiente, la lleva a confundir el valor natural de los ríos calizos, como el Itchen y el Test, con su valor comercial, y a permitir que se gestione buena parte de sus tramos en beneficio exclusivo de la pesca de la trucha. Los que antaño eran ríos con gran variedad de truchas salvajes se han convertido, con el beneplácito de las administraciones públicas, en empresas de ocio profundamente manipuladas, capaces de garantizar pescas de cuatro o cinco piezas a la gente —turistas por lo general— que puede permitirse pescar en ellos. Las empresas

especializadas en truchas también cazan lucios, y eliminan de forma selectiva, recurriendo a la pesca eléctrica, los peces menos nobles —incluso especies fundamentales para el ecosistema de los ríos calizos naturales, como las lampreas de arroyo y los bagres—. Por si fuera poco, cortan y retiran las plantas que regulan de manera natural la corriente y mantienen la profundidad del río, amén de dar cobijo a invertebrados esenciales en la cadena trófica de los ecosistemas fluviales. En un breve tramo del Test, al norte de Whitchurch, el propietario ha instalado más de sesenta trampas para armiños y comadreas en los márgenes, y su vegetación, que actúa de protección natural, se poda para complacer a esta nueva y quisquillosa raza de pescadores. Se pone así en peligro un recurso que, sin la intervención humana, bastaría para sustentar a la trucha salvaje: el río calizo natural.

En otros tiempos, había tantos cangrejos en el Itchen que, cuando los guardas del río despejaban las rejillas y las esclusas de las praderas de riego del Winchester College, encontraban docenas entre la hierba. Sin embargo, hace unos años las piscifactorías que hay río arriba introdujeron el cangrejo del Pacífico. La nueva especie trajo consigo la peste del cangrejo, una enfermedad letal a la que era inmune, a diferencia del resto de especies nativas. La consecuencia ha sido la extinción casi total de los cangrejos de río salvajes del Itchen: han quedado reducidos a escasas poblaciones, aisladas en afluentes o remansos, y sus parientes americanos han ocupado su lugar.

Ahora que no había moros en la costa, seguí tranquilamente el sendero que atraviesa la pradera de St. Stephen's Mead en busca de Gunner's Hole, la piscina del río, otrora muy popular, que debía su nombre al reverendo H. Gunner, uno de los capellanes del Winchester College. En su momento, hubo una hilera de casetas vestuario en el margen del río, siguiendo el amplio arco que trazaba, además de cabañas con techo de paja en una isleta y un sistema de esclusas que regulaba el flujo natural del agua. Gunner's Hole tenía unos noventa metros de largo por diez de ancho, y en ese tramo del río dragaron el barro y revistieron los márgenes de hormigón hacia finales del siglo XIX. Había incluso una barandilla que rodeaba la «torre para saltos, con cuatro

alturas y dos trampolines», como la definía en 1900 el anuario del instituto; y además declaraba, con entusiasmo: «Gunner's Hole ya es la mejor zona de baño en Inglaterra. Aquí, a la sombra de las limas, se combinan lo mejor de una piscina y de un río».

Y, en efecto, allí seguía Gunner's Hole, aislado a la sombra de enormes plátanos y álamos —un par de ellos habían caído al agua—. Su superficie inmóvil estaba cubierta por la clásica lenteja de agua, el legendario disfraz de «la taimada Jenny», un monstruo del folclore infantil que arrastra a los niños al agua si se acercan demasiado para luego cerrarse inocentemente sobre ellos, ocultando cualquier rastro de su atroz sino. Para mi sorpresa, las enormes paredes de hormigón de la piscina se conservaban muy bien; y, como todo el mundo sabe que la fruta robada siempre está más buena, me encaramé a la esclusa de hormigón y me dejé caer, con suma discreción, en la zona profunda. Atravesar ese manto verde y opaco fue como romper el hielo. Crucé a nado los noventa metros de piscina, abriendo un sendero en el verde, que volvía a cerrarse a mi paso. Las gallinetas, espantadas, levantaban el vuelo desde aquella mesa de billar. El agua que había debajo aún era profunda, pero ya no cubría tres metros, como en los trampolines: ahora el fondo estaba a metro y medio, dos metros. Al sumergirme para tocarlo, sentí el barro blando y las ramas viejas, que me parecieron lucios y anguilas gigantes.

Mientras volvía nadando a braza, como una mosca en la sopa, caí en la cuenta de que Gunner's Hole debió de ser el sitio donde uno de los nadadores en aguas abiertas más famosos de nuestro tiempo desarrolló su estilo. Sir James Lighthill fue uno de los científicos matemáticos más importantes del siglo XX, titular de la Cátedra Lucasiana de Matemáticas en Cambridge y luego rector del University College de Londres. Con quince años, cuando estudiaba en Winchester, recibió una beca para el Trinity College de Cambridge, y se convirtió en profesor a los veintiuno. Lighthill era una eminencia en el campo de la teoría de ondas y la hidrodinámica, y estudió y analizó las violentas corrientes que rodean las islas del canal de la Mancha. Era un nadador experto y, en 1973, poniendo en práctica sus conocimientos, se convirtió en una de las primeras personas en completar a nado los

veintinueve kilómetros que rodean la isla de Sark. Mediante un meticuloso estudio, Lighthill calculó el itinerario y el momento idóneo para aprovechar las poderosas y feroces mareas y corrientes. En su sexta vuelta a la isla, en julio de 1998, con setenta y cuatro años, se pasó todo el día en el mar, y estaba a punto de completar la travesía de nueve horas cuando se topó con unas aguas picadas. Lo vieron dejar de nadar y morir cerca de la orilla. Como era su costumbre, iba solo, sin barca. Para Lighthill, nadar representaba «una manera hartamente agradable de ver el paisaje»: nadaba a espaldas para conservar energía, y describía el suyo como un estilo «a dos brazos y dos piernas, en el que me impulso alternativamente con los brazos y las piernas». Me imaginé al joven Lighthill haciendo largos en Gunner's Hole en las tardes de verano, perfeccionando su brazada, analizando el complejo estilo natatorio de los espinosos y calculando distancias.

Ya no había ni rastro de los trampolines ni de las casetas, aunque seguían señaladas en el mapa de la Agencia Cartográfica de 1953. Cuando llegué a la esclusa de hormigón, me agarré a un tramo de la barandilla original e, impulsándome, salí de la piscina y salté al agua fresca y rápida del río. Era una metáfora de su historia: en su día, por Gunner's Hole pasaba la corriente principal, y ahora es un remanso. Al caer junto a la esclusa que controlaba el nivel del río desplacé las lentejas de agua, convertidas en una cinta de confeti verde que se perdía con la corriente. Con el agua a la altura del pecho, agarrado a las resbaladizas puertas de madera de la esclusa, cuya textura recordaba a la pana, me imaginé un futuro sin piscifactorías ni cultivos de berro, en que el río fluyese plácidamente como en tiempos de Cobbett y la gente pudiera volver a bañarse en Gunner's Hole.

UN RÍO PARA LA GENTE

Cambridge, 12 de mayo

Llegué a Cambridge por la mañana, con un sol espléndido, frustrado porque ya me había comprometido a ir a la reunión. Venía de Winchester, aunque hice una parada en Londres, donde pasé unos días viendo a unos amigos, comprando mapas y buscando unas gafas que no me apretasen la nariz. En la reunión, mi cabeza volvía a las Sorlingas mientras los proyectores zumbaban y la jerga artística y los acrónimos inundaban la sala. Se me hizo interminable, sobre todo porque estábamos tentadoramente cerca del estanque de Mill Pool y desde mi silla se oía el fragor del río al pasar por la pequeña presa. Justo en esa presa, frente al puente de Silver Street, empieza el río Cam. Desde ahí hasta Grantchester, río arriba, es el Granta, y después de la poza de Byron's Pool sigue siendo el mismo río camaleónico, pero se llama Rhee.

En cuanto acabó la reunión, salí escopetado como un chiquillo y enfilé a paso ligero el camino de sirga que atraviesa Coe Fen hasta llegar a las viejas casetas de baño del parque de Sheep's Green, cuna y sede del club de natación Granta Swimming Club. Había pasado tres años en la Universidad de Cambridge, por lo que la ciudad y el río estaban llenos de recuerdos; entre ellos, muchos chapuzones cerca de las casetas masculinas, que siguen allí, cerradas con candado y abandonadas a su suerte, al lado de la pasarela de hierro sobre el Cam, construida en 1910. Las mujeres se bañaban en la orilla

opuesta, unos cien metros río arriba, en un precioso jardín amurallado. Había un vestuario para las bañistas, ahora ruinoso y sin tejado, y una vista encantadora del río y de la isla de Robinson Crusoe.

Crucé la pasarela y me dirigí al jardín amurallado, que seguía siendo hermoso, pero estaba muy desatendido, cosa rara en una ciudad donde gustan tanto los edificios bonitos, por pequeños que sean. Una vieja aralia cubría la pared, y un par de tejos se erigían sobre el césped. Sin embargo, lo más impactante era el templete de piedra de estilo neoclásico, dedicado a Venus, que miraba al río. Aún se veían las marcas de las escaleras y los trampolines que en su día estaban atornillados al muelle de hormigón. Me cambié en ese templo de los bañistas y me asomé a su balcón para contemplar el afluente cristalino. Una majestuosa perca de treinta centímetros, la dama del río, pasó, lenta, por una zona menos profunda. Alguien, probablemente un bañista, había grabado un epigrama en la piedra: «El verano del 77 fue paradisíaco». Me lancé al agua desde el muelle y nadé río arriba, hacia Grantchester. El río era profundo, frío e inescrutable. En los años cincuenta, el Granta estaba tan cristalino que se veía el lecho arenoso, a más de tres metros y medio de profundidad. Nadé contra la suave corriente, dejando atrás los viejos sauces desde los que los bañistas se tiraban de cabeza, y rodeé la isla de Robinson Crusoe, donde en los años veinte estaba el cobertizo para botes de Dolby. Pasé por otra zona de baño femenina aún más antigua y aislada, desaparecida hacía ya mucho tiempo, que había en el Snobs' Stream, un pequeño canal que se ramifica del río principal en un extremo de la isla y que discurre en paralelo a ella hasta llegar al molino Newnham, en el estanque de Granta Pool. Antaño, los bañistas llegaban hasta allí en un transbordador de cable que salía de un embarcadero al lado del jardín amurallado, y muchas madres llevaban a sus hijos. Avancé unos metros por Snobs' Stream, aunque ahora estaba repleto de hierbas descuidadas. Allí fue donde los habitantes de Cambridge siguieron aprendiendo a nadar hasta mucho después de la inauguración, en mayo de 1924, de la piscina descubierta de cien metros del parque de Jesus Green. Tenías que ser capaz de cruzar de punta a punta el canal para que Charlie Driver, el vigilante de las casetas de baño, te dejara pasar al río principal.

Seguí nadando río arriba hacia Paradise Island, donde en su día los bañistas acampaban y hacían pícnicos con sus canoas. El Granta me parecía suave y perezoso en comparación con los agitados ríos de truchas de Hampshire. Di media vuelta y, nadando con la corriente, pasé por debajo de la pasarela y dejé atrás la zona de baño masculina, que en mi época tenía trampolines y escaleras. El trampolín masculino estaba precedido de una pista que atravesaba el césped del recinto de baño, así que podías coger carrerilla para saltar y caer en el centro del río. Unos treinta y cinco metros más adelante había otra plataforma y una poza profunda que llamaban «la tía Sally».

La zona de baño masculina era la academia de natación extraoficial, y Charlie Driver la presidió desde 1903 hasta su jubilación, en 1937. Era un deportista consumado, saltador de trampolín y nadador sincronizado, y le encantaba hacer exhibiciones en la fiesta anual del río. Charlie era un hombre bajo, moreno y atractivo, de pelo rizado y bigote negro. Evitó que un buen puñado de bañistas se ahogasen, y siempre se prestaba de buena gana a enseñarle a la gente a tirarse de cabeza desde el trampolín o a explicar las técnicas de natación sincronizada: la hélice, el torpedo, el submarino, la rueca o el paso a ras del agua. Uno de sus jóvenes discípulos en 1910 fue Jack Overhill, que se convirtió en el nadador fluvial más famoso de Cambridge y fundó el Granta Swimming Club en 1934.

Jack Overhill se pasó sesenta y dos años nadando en el Granta a diario: a los dieciocho empezó a hacerlo en todas las estaciones, y no lo dejó hasta que su mujer, Jess, murió cuando él tenía ochenta años. Falleció seis años después, en 1989. En invierno rompía el hielo para poder bañarse, a veces jaleado por los patinadores, y era un fijo de la carrera del día de Navidad, que en 1934 congregó a cincuenta y dos personas. La tradición consistía en nadar unos factibles cuarenta y cinco metros, para quemar los excesos navideños, aunque a veces la distancia se acortaba a treinta si el clima era demasiado inclemente, como en 1921, cuando la temperatura del aire era de -9° C y la del agua de 1,5° C. Aquel año solo hubo dos participantes en la carrera: Billy Swann y Jack Overhill. Swann se salió a los veinte metros porque hacía demasiado frío. De todos modos, Jack iba primero, y ganó.

Jack Overhill dejó el instituto a los catorce años y empezó a trabajar de

zapatero, como su padre. Escribió treinta y tres novelas, y nos legó una crónica extraordinaria, en varios de sus diarios y obras inéditas, de la vida cotidiana de los bañistas anónimos de Cambridge. Bajo la tutela y el buen humor de Charlie Driver, las habilidades del joven Jack para nadar y saltar desde el trampolín fueron mejorando. Nadaba con sus amigos en las praderas inundadas de Grantchester, practicaba los saltos lanzándose desde lo alto del cabecero a su cama y se partió de risa cuando su rollizo amigo Boss Benton por fin cumplió su sueño de cargarse el trampolín haciendo un «travieso», salto en el que se rebotaba con el culo en el trampolín antes de caer al agua. Era miembro de las autodenominadas «Ratas de Agua de la Ciudad Nueva», una pandilla que en verano prácticamente vivía en el parque de Sheep's Green. Ganó sus primeros trofeos de natación en julio de 1919, a los dieciséis años, en los Juegos para la Celebración de la Paz de Cambridge, disputados en el parque de Midsummer Common. Su amigo Archie Clee heló la sangre del público con un intrépido salto desde el puente de Victoria, donde el agua era poco profunda.

El equipo de natación de la Universidad de Cambridge, los «Renacuajos», se entrenaba en un tramo más alto del Granta, entre Sheep's Green y las praderas de Grantchester Meadows, y en 1924 Jack Overhill, que nadaba para el equipo *amateur* de Cambridge, estuvo a punto de ganar a J. T. A. Temple, el campeón universitario. Jack fue una de las primeras personas de Cambridge en nadar al estilo crol con la «patada de seis tiempos». Una tarde de 1920, estaba en la pasarela de hierro que había al lado de las casetas masculinas cuando un hombre con bañador rojo, que nadaba con la corriente, pasó por debajo del puente con una técnica que nunca había visto. Iba en paralelo a una batea y le mantuvo el ritmo un rato, hasta que se acercó a una de las escaleras para salir y cambiarse. Jack se quedó atónito. A la sazón, la mayoría de la gente nadaba al estilo *trudgen* —una especie de crol con patada de tijera—, a braza o al antiguo estilo espalda, con patada de rana y girando los dos brazos al mismo tiempo. Sin embargo, ese nadador «subía y bajaba las piernas, como si estuviera andando hacia atrás». Había visto la luz, y hasta las casetas de baño se iluminaron. Ese nuevo estilo era el crol, y el nadador en cuestión, Jack Lavender, un hombre de Cambridge que lo había

aprendido en Londres, nadando para el Servicio Civil.

¡El crol! Ya había empezado a aparecer en historias de las revistas *Chums* y *The Boys' Friend Library*. En una, un chaval apodado *el Fiasco* finge que no sabe nadar y luego sorprende a sus amigos al ganar una carrera nadando a crol. En otra, otro chico apodado *el Pez Fanshaw* levanta «una nube de agua» con los pies mientras completa noventa metros en setenta segundos. Overhill aprendió a nadar a crol gracias al artículo ilustrado de una enciclopedia, aunque Jack Lavender también fue un domingo a Cambridge para dar una clase magistral e hizo una demostración tumbado en una silla. Después, el río se quedó unas semanas en calma, mientras los nadadores practicaban murmurando para sus adentros el ritmo variado de las patadas: «Larga, corta, corta. Larga, corta, corta».

Sin embargo, el honor de haber realizado la mayor hazaña natatoria en el Cam sigue siendo de Tom Ford. En 1936, a los quince años, nadó contra una corriente rápida y con el viento en contra desde la esclusa de Baits Bite Lock hasta la de Jesus Lock, a más de cinco kilómetros y medio, en dos horas, veintidós minutos y once segundos. Ese mismo año nadó ocho kilómetros en una carrera entre Kew y Putney en algo menos de una hora y diez minutos.

Los nadadores de Sheep's Green también participaban en las competiciones de otros ríos: la Milla de Ely, por ejemplo, en la que se lanzaban al agua desde barcazas, o el Festival Prickwillow, donde se clavaba un trampolín improvisado en la parte inferior del puente homónimo para la competición de saltos —un año cedió bajo el peso de un participante—. En julio llegaban a reunirse hasta sesenta personas en el estanque de Mill Pool, en Silver Street, alineados en bateas para el comienzo de la Travesía a Nado de Cambridge. Los nadadores atravesaban la zona de las Backs, donde los edificios universitarios se erigen desde el mismo río e impiden salir del agua durante un buen tramo. Cuando empezabas a sentir el frío a la altura del puente de Magdalen, atravesabas la corriente que salía de la vieja central eléctrica en el margen derecho y el agua se volvía milagrosamente caliente. La carrera acababa en Jesus Green, y dejó de celebrarse a principios de los sesenta por la contaminación del río. En su época, estaba tan limpio que, cuando le daba por ahí, Charlie Driver ponía un vaso de su agua en una mesa que había en la

zona de las casetas de baño y ensalzaba su pureza.

Al volver al jardín amurallado, comprobé que salir del río sin escalera no sería tarea fácil, así que lo rodeé y enfilé un arroyo que pasaba al lado del templo de piedra. De repente el agua estaba mucho más fría, como si saliera de una fuente subterránea y cristalina. Subí al jardín por una escalera de ladrillo y, después de cambiarme, me encaminé hacia las praderas de Grantchester Meadows por un sendero surcado por huellas de bicicletas y flanqueado por juncos y reinas de los prados. Atravesé las praderas de riego del Pembroke College, que antaño se inundaban en invierno para patinar sobre hielo por las noches y aún conservan los postes de luz donde se colocaban los focos.

Las praderas estaban repletas de botones de oro, todo olía a hierba húmeda. Seguí hasta Grantchester, pero no me detuve en la poza de Byron's Pool porque, entre la horrenda presa de hormigón y el zumbido constante de la autopista M11, la habían echado a perder. A Lord Byron y a Rupert Brooke, que adoraban ese lugar y se bañaban desnudos allí, les habría costado reconocerlo. En sus años de estudiante, Brooke llegaba en canoa desde el King's College, y luego se mudó al pueblo. Las ninfas, como en *La tierra baldía* de T. S. Eliot, se han marchado; y no han dejado su nueva dirección. Decidí meterme en el río justo al final del pueblo, en una curva donde hay una playa en suave pendiente, con grava y antiguos cascos de ladrillo. Desde allí, me dejé arrastrar por la corriente río abajo, a través de las praderas, pasando junto a una hilera de sauces desmochados en la orilla más alejada mientras me adelantaba alguna que otra batea. Los tractores araban los campos llanos y los amantes paseaban por el verde o se tumbaban en la orilla. De cuando en cuando, me cruzaba con un simpático pescador en una pequeña bahía cenagosa entre los juncos. Seguí flotando en el agua verde y tranquila, acariciado por los tallos y las hojas gomosas de los nenúfares. Hoy día, una de las características más frecuentes en los ríos a su paso por las vegas es que se filtra demasiado fertilizante al agua y, en consecuencia, hay un exceso de elodea. El sol empezaba a ponerse, y en los troncos de los sauces se veían

reflejos trémulos. Las gallinetas pasaban como flechas por la orilla fangosa, y sus luminosas patas verdes, su pico rojo y sus plumas azabaches resplandecían a la luz del ocaso. Fats Waller podría haberles dedicado su *Tienes los pies demasiado grandes*, porque cantaba: «Tus extremidades podales son sencillamente colosales». En efecto, las gallinetas caminan como una niña con los tacones de su madre. A mí me chiflan justo por eso, porque tienen las patas demasiado grandes.

En aquella espléndida tarde de mayo, parecía el único nadador de ese tramo de río tan nadado. En sus años mozos, en los días soleados, Jack Overhill y sus amigos del Granta Swimming Club paseaban por esas praderas en bañador, siguiendo los márgenes serpenteantes, zambulléndose en las zonas más tentadoras, como Otter Corner («la Esquina de la Nutria») o Deadman's Bend («la Curva del Muerto»), secándose al sol. También nadaban los tres kilómetros y medio que van del molino de Grantchester a Silver Street en una carrera anual que empezó a celebrarse, por sugerencia de Jack, en 1934. Hubo treinta y tres participantes en la primera edición, que se ganó en cincuenta y seis minutos y cuarenta y dos segundos: los nadadores, que salían del estanque del molino de Grantchester, tuvieron que hacer buena parte de los primeros ciento ochenta metros vadeando las aguas poco profundas. Al hijo de Jack Overhill, otro Jack, le gustaba tirarse de cabeza desde la copa de un árbol de quince metros, en una parte de la pradera donde el río cubría hasta seis metros. El joven quinceañero había aprendido a cruzar el río a los tres años, y en el *Daily Express* y el *Cambridge Chronicle* habían publicado su foto con George Mason, que a sus ochenta años era vicepresidente del club de natación y el nadador más veterano de Cambridge.

En la compañía imaginaria de Jack Overhill y su pandilla errante de nadadores salvajes, regresé paseando por esas praderas en bañador hasta mi mochila, que había dejado a buen recaudo con un par de amables pescadores. Me cambié y volví sobre mis pasos rumbo a Grantchester. En la entrada del pueblo había un precioso y viejo nogal que, pese a estar muy mutilado y podado, seguía creciendo con fuerza al lado de la carretera. Es probable que Rupert Brooke jamás se imaginara que un día el pub de la localidad, el Red Lion, llevaría su nombre, pero el nuevo cartel se colgó en 1975. Ahora hay un

intenso debate sobre si rebautizarlo en honor de lord Archer, pues el novelista se ha mudado al pueblo.

Lo más bonito de Grantchester son sus muros de contención, alargados y bajos: la tapia del cementerio de la iglesia, de ladrillo Cambridge amarillo, y la de la granja, que sigue la amplia curva de la calle mayor, a la altura de Orchard Tearooms. El serpenteo de la carretera y los muros a través del pueblo evoca el río a la perfección. Jack Overhill conocía a James Nutter, cuya familia llevaba tres generaciones trabajando en el molino de Grantchester. Este, a su vez, conocía a Rupert Brooke, que estuvo viviendo en el pueblo después de graduarse, antes de la Primera Guerra Mundial, y lo veía a menudo cuando iba al estanque las mañanas de verano: Nutter ya se había bañado, y Brooke llegaba con su vieja bicicleta, en camisa y vaqueros. El hermano de James, Edward, tenía a Brooke por un estirado, y cerró el camino que iba del molino a Byron's Pool para que no pudiera bañarse allí. Así las cosas, Brooke tuvo que empezar a colarse por un hueco entre los setos, carretera abajo.

El gran estanque del molino sigue ofreciendo un baño agradable, aunque no es tan profundo como antes. Cuando era estudiante, al anochecer de un día de verano, vine en batea con una docena de compañeros y nos bañamos hasta bien entrada la noche. Ahora el estanque estaba desierto, y solo di una vuelta alrededor de su remolino helado, como en un baile ritual, uniéndome a mis amigos ausentes, perdidos hacía ya mucho tiempo; a los fantasmas de Rose Macaulay y Virginia Woolf, que se bañaron cada una por su lado con Rupert Brooke en Byron's Pool, y a los de Jack Overhill y su pandilla de bañistas errantes. Los versos de Lord Byron parecían resonar desde su poza, unos metros río arriba:

*Ya no nos verán errando
Hasta la noche tan entrada,
Aunque el corazón siga amando
Y la luna tan perlada.*

Al día siguiente desayuné, bien entrada la mañana, en uno de mis sitios favoritos del mundo: la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Al margen de lo que uno piense de su contundente diseño exterior, obra de sir

Giles Gilbert Scott, es del todo imposible no quedar embelesado en cuanto se entra en el edificio y se empieza a deambular por sus laberintos como Charlie en la fábrica de chocolate. Yo siempre recorro kilómetros, subiendo y bajando por los pasillos austeros y las escaleras empinadas, siguiendo las pistas esotéricas garabateadas, en trocitos de papel, en el lenguaje cifrado de los bibliotecarios. Me encanta la atmósfera de expedición que impregna la biblioteca. Pero aún me gusta más la serendipia de escudriñar los anaqueles en busca del libro que crees que necesitas y descubrir un volumen aún más interesante justo al lado.

Eso fue lo que ocurrió aquella mañana. Había entrado en la biblioteca con la intención de ir directo a la Sala de los Mapas, en mi búsqueda insaciable de chapuzones esotéricos, pero de camino pasé por la Sala de Publicaciones Periódicas para hacer una consulta y me encontré con uno de los primeros números de *Nature in Cambridge-shire*. Empecé a hojearlo distraídamente y mi atención se detuvo en un artículo titulado «La búsqueda de los baños de Moor Barns». Dos botánicos de Cambridge habían ido a un campo en las inmediaciones de Madingley, a poco más de tres kilómetros de donde yo estaba, en busca de unas plantas acuáticas, catalogadas por los naturalistas de los siglos XVIII y XIX, que crecían cerca de unos baños perdidos, alimentados por manantiales, de los que no encontraron ni rastro. En 1781, William Cole escribía lo siguiente sobre Madingley en *Parochial Antiquities of Cambridgeshire*: «No puedo concluir esta descripción de Madingley sin mencionar los famosos baños de esa parroquia, a kilómetro y medio de la iglesia más cercana a Cambridge, muy frecuentados por los estudiantes de la ciudad, amén de otros bañistas, por la salubridad de sus aguas, consideradas de las más frías de Inglaterra». No cabe duda de que la presencia de manantiales y el continuo chapoteo de los estudiantes muertos de frío para entrar en calor creaban unas condiciones idóneas para las cuarenta y siete especies de plantas catalogadas que crecían alrededor de los famosos baños en torno a 1727. También se decía que esos manantiales alimentaban un pozo de agua extraordinariamente pura y fría, conocido como Aristotle's Well, «el Pozo de Aristóteles», en el que Samuel Pepys, según dejó escrito, sació su sed durante un paseo por las afueras de Cambridge con sus compañeros

universitarios en el caluroso verano de 1653.

Esta historia, cuya atmósfera evocaba *En busca del arca perdida*, despertó al chiquillo detective que otrora fui: allí había un Santo Grial de verdad. Fui a la Sala de los Mapas y pregunté a una de las bibliotecarias por la granja de Moor Barns. Volvió rápidamente con dos mapas, fechados en 1849 y 1886. Desplegué esas preciosidades en una de las enormes mesas de paño verde, estilo billar, de la biblioteca. Los baños y el manantial contiguo solo aparecían en el mapa más antiguo, que no en el otro. El Pozo de Aristóteles sí estaba en ambos, así como varias granjas, un arroyo y «Gallyon's Field», donde había un gran humedal. También se veía un foso, y un bosquecillo, «Moor Barns Grove», que en su momento había albergado los baños y el manantial.

Tenía que ir a echar un vistazo de inmediato, así que salí escopetado de la biblioteca y me encaminé hacia Madingley, tiritando para mis adentros al intentar imaginarme las aguas más frías de Inglaterra. La carretera discurría en paralelo a Moor Barns Grove, y luego enfilé el sendero que llevaba a Girton. Oí el manantial antes de verlo, oculto entre zarzas y ortigas, a los pies del margen escarpado de un canal. Apartando las zarzas con las botas y abriéndome paso entre la maleza, vi el fondo de un arroyo calizo cristalino, cuya agua manaba de una antigua tubería oxidada. También brotaba por otros puntos, con tal entusiasmo y alegría que tuve que bajar a probarla sin más remedio. Estaba helada y riquísima.

¡Qué emoción! Había encontrado, sin duda, el manantial que alimentaba los baños de Moor Barns, parte del mismo sistema de vigorosas fuentes naturales que también brotaban en el bosque cercano y nutrían el Pozo de Aristóteles. Volví a subir al sendero y seguí por Moor Barns Grove, una franja de árboles de menos de diez metros de anchura, pero que antaño fue un bosque mucho más extenso, que rodeaba Gallyon's Field. La arboleda era atípica por sus espesos arbustos de bolitas de nieve, probablemente plantados para ofrecer cobijo a la caza. Llegué al lugar exacto donde aparecían los baños y el manantial de agua fría en el primer mapa de Gallyon's Field, una zona de terreno más húmeda que el pañuelo de George Hamilton IV: era evidente que había resistido a todos los intentos de drenaje. Acabó convertida en un campo

de tiro al plato, ya abandonado. Estaba convencido de que habría restos de los baños en algún sitio, pero ¿dónde? ¿Habían desaparecido por completo cuando se arrancó una parte del bosque, alrededor de 1860, o solo estaban escondidos? Sin duda, allí había fuentes naturales; el agua rezumaba por todas partes.

Mientras deambulaba entre el campo y el límite del bosque, no pude evitar advertir que había aro por todas partes, una de mis plantas silvestres favoritas, que adora la humedad. A John Cowper Powys, a quien siempre fascinó la magia de los baños y el agua, también le gustaba. La consideraba la flor más «poética», que «siempre crece donde el rocío es más denso y los ríos desbordan sus márgenes. Nacida en los amaneceres helados de los lugares silvestres y húmedos, las flores del aro son las más frías y castas, las menos suntuosas, las más hiperbóreas, pálidas y góticas, las más parecidas a Ofelia de toda nuestra isla». También había jacintos silvestres, y muchas celidonias.

Quien mejor me habría venido en ese momento era T. C. Lethbridge, arqueólogo y zahorí de Cambridge, protagonista del caso Gog Magog, una polémica arqueológica que acabó obligándolo a marcharse de la ciudad, frustrado y sin esperanza, en 1952. Lethbridge estaba convencido de que en Wandlebury Ring, un castro situado en la cima de las colinas Gog Magog, al sur de Cambridge, había una figura gigante de Gog esculpida en la roca caliza, como el gigante de Cerne Abbas. Usando sus técnicas de rabadomante y una vara de hierro, que iba clavando en la tierra herbosa, buscó el contorno calizo que creía oculto en esas colinas. De hecho, Lethbridge aseguraba haber encontrado los restos de varias figuras calizas gigantes: una mujer a caballo, con un guerrero blandiendo una espada a un lado, un dios sol al otro y la luna a su espalda. Aunque sin duda hubo un asentamiento de la Edad de Hierro en aquella colina, los académicos de Cambridge menospreciaron su trabajo, aduciendo que carecía de rigor científico, por lo que Lethbridge acabó marchándose de la ciudad, con sus varas de zahorí y sus péndulos, y se instaló en Devon. Siguió su búsqueda, y escribió que había perfeccionado su arte hasta tal punto que su péndulo podía descubrir trufas en un bosque cercano o distinguir, entre un montón de piedras idénticas recogidas en una playa, aquellas que habían sido lanzadas con una onda en alguna batalla.

Crucé el campo, rumbo a una interesante depresión rectangular de unos cuatro metros y medio de ancho por siete y medio de largo. Un sorprendente grupo de primulas crecía en un lateral, y allí también había muchos más aros. Estaba casi en el mismo punto que el antiguo foso que había visto en el mapa, ya seco. ¿Se trataría de la ubicación de los baños? En tal caso, debía de ser un sitio precioso para bañarse, aunque la imagen que me vino a la cabeza, de estudiantes con la carne de gallina, desnudos y violáceos, con los miembros contraídos y entumecidos, dando saltitos para entrar en calor, echó a perder la belleza del misterio.

Volví a cruzar el campo, con mi mapa marcado a lápiz en la mano, y encontré el Pozo de Aristóteles en un santiamén. Justo al lado había otra zona rectangular muy húmeda, repleta de adelfas. ¿Y si aquello también era un baño, alimentado por el mismo manantial que el Pozo de Aristóteles? El propio pozo era una vieja construcción de ladrillo, que recordaba a un huevo enterrado. Moví la pesada tapa hexagonal de hormigón que debía de haber colocado el dueño de la granja y, apoyando la barriga en el brocal, miré dentro: allí también había una tubería que sobresalía de la pared de ladrillo, de la que manaba un agua cristalina que caía al pozo, de aproximadamente metro y medio de profundidad. No había visto un pozo con esa forma en mi vida. Mientras admiraba su belleza secreta, inclinado sobre el brocal, no me habría sorprendido lo más mínimo que una ninfa acuática se posara en mi hombro. Por más que estirase el brazo, no llegaba a alcanzar la fuente para probar el agua, exquisita a juzgar por su apariencia y su olor, y sin duda fría. Fue muy grato descubrir un fragmento abandonado de historia en un campo tan anodino.

Las moscas de San Marcos zumbaban por doquier; brillantes, negras, de un centímetro y medio de largo, alimentándose de las flores de perifollo. Son unos insectos fornidos, con un tórax que recuerda a los viejos biplanos Dragon Rapide y un cuerpo que no se estrecha. Su vuelo es errático y titubeante: se alzan una y otra vez, como Blériot en su primer vuelo, y caen en picado de repente, hasta recuperar el control, contenidas por una red de seguridad invisible, y emprender un nuevo vuelo sin destino. Sus larvas viven en las raíces de las hierbas húmedas, y todas debían de haber eclosionado al

mismo tiempo, sin tener nada claro el rumbo que debían dar a su vida. Una mosca, qué duda cabe, digna de los tiempos que corren.

Bañarse en agua fría siguió siendo muy popular en los siglos XVII y XVIII, y cuatro *colleges* de Cambridge tenían sus propios baños fríos: Peterhouse, Pembroke, Emmanuel y Christ's. En cambio, cuesta imaginar a los universitarios actuales acercándose aquí para darse un chapuzón helado o beber de un manantial. Que los baños de los matorrales de Moor Barns fuesen «los más fríos de Inglaterra» recuerda sospechosamente al lema publicitario que podría tener cualquier spa o centro de bienestar por el estilo: suena a falso. ¿Se cobraría la entrada a esos baños? Ya en el siglo XIX, algunas localidades turísticas, como Scarborough, promocionaban la frialdad de sus aguas como uno de sus mayores atractivos. Y no les faltaba razón al afirmar que los baños fríos sentaban bien a la gente.

Después de aquel rodeo improvisado, volví a la Sala de los Mapas con mi intención original: descubrir el itinerario más natural para seguir mi viaje por el país. En su libro *Mapas y sueños*, el antropólogo Hugh Brody explica que los inuit de Columbia Británica sueñan las rutas de todas sus expediciones de caza, metiéndose en la piel de los mamíferos y peces que van a perseguir y cazar, e incluso dibujando un mapa en un trozo de papel antes de emprender el viaje. En la obra *Geografía de un soñador de caballos*, de Sam Shepard, Cody sueña con los ganadores de las carreras de caballos y galgos. Y los senderos oníricos de los aborígenes, además de seguir las huellas de sus antepasados totémicos, serpentean por el continente, invisibles, conectando pozas de agua. Mi viaje también estaría tan vinculado a la geografía de mi mente como a la de esta tierra nuestra. En cierto modo, mi deseo de ir en busca de historias y recuerdos, y enhebrarlos con la experiencia física de nadar en aguas de todo el país, guardaba muy poca relación con los mapas oficiales. De haber tenido un antepasado totémico, sería la nutria, o la anguila, nadadores que a menudo viajan por tierra, siguiendo sus mapas instintivos. No obstante, buena parte de mis sueños tuvo lugar en la Sala de los Mapas, donde pasé horas navegando por mapas de la Agencia Cartográfica a distintas escalas. Por algún motivo, la mera presencia de los mapas me inspiraba; la sutil acumulación de detalles

del paisaje que me rodeaba. Una gran parte del país aún era *terra incognita* para mí. Me gustaba empezar con el mapa a escala 1:160 000, para luego pasar a los de mayor detalle, 1:65 000, 1:25 000, e incluso la extraordinaria serie a escala 1:6500, elaborada en la segunda mitad del siglo XIX.

También estudiaba las cartas náuticas, con sus mareas y corrientes. Estaba particularmente interesado en una de las islas Hébridas, Jura, donde vivió George Orwell, y en el temible remolino que acecha en el golfo de Corryvreckan, en su salvaje costa norte, que hace casi imposible la navegación. Escudriñé el mapa de 1:25 000, y miré fijamente la palabra «remolino», escrita sobre el estrecho de casi un kilómetro y medio de ancho que separa Jura de la escabrosa y deshabitada isla de Scarba. Calculé la distancia exacta entre los puntos más cercanos: 1340 metros. A efectos prácticos, la distancia resultaba irrelevante, pues las corrientes alejarían muchísimo al nadador de la línea recta. Estaba convencido de que, con las condiciones propicias y en el momento idóneo del complejo patrón de las mareas, tendría la oportunidad de completar la travesía de Corryvreckan. Sabía, en cualquier caso, que viajaría hasta allí para intentarlo.

Seguí descifrando las curvas de nivel y las letras minúsculas de las hojas perfectamente dobladas, observando los puntitos turquesa que representaban lagos de montaña, o tenues venas azules que nacían en las colinas y a veces iban acompañadas de palabras prometedoras, como «catarata». Cuanto más salvaje era el territorio, más difícil resultaba convertir esa maraña de gruesas curvas de nivel marrones en un paisaje imaginado, como Dartmoor, donde los ríos caen desde los terrenos más altos en todas direcciones. Yo unía mentalmente las señales azules de esos mapas, imaginando posibilidades; no planeaba una ruta, como haría un militar, sino que trazaba mi rumbo a través de mis sensaciones, hacia los sitios que más despertaban mi curiosidad, como un explorador. Uno de los mapas que escogí fue el de las montañas Rhinog, en Gales, una vasta extensión de terreno salvaje, sin rutas, donde había estado una vez con mi hijo. A los pies de la cordillera había una tentadora hilera de lagos de montaña, y los ríos y arroyos surcaban el papel como las vetas del mármol.

También había pedido el mapa de los Fens, y lo desplegué en la mesa

grande. Había agua por todas partes, plasmada en hilillos azules, unos sinuosos, trazando continuas curvas y volviendo sobre su curso, otros rectísimos, formando cuadrículas, obra de los ingenieros holandeses pioneros del drenaje en la zona. Nadando en aquellas marismas se podía dar media vuelta al mundo. Aquí y allá, una carretera intentaba abrirse paso entre el laberinto de líneas azules, pero aquello conformaba, a todas luces, un sistema circulatorio de agua. Se diría que, en los Fens, las carreteras eran algo relativamente reciente: los habitantes de aquellas marismas se habían desplazado en barcaza, en barca o a pie, por pasarelas de madera o zarzo, hasta hacía muy pocos años, y muchos seguían haciéndolo. En el centro se veía la Isla de Ely, por la que pasaba el río Gran Ouse, y la depresión alargada de los humedales de Ouse Washes atravesaba, en una diagonal contundente, el mapa desplegado.

Apenas oía el murmullo que llegaba de la sala de té contigua, a través del inmenso muro de las catacumbas egipcias. Yo ya estaba nadando con las anguilas en Adventurer's Fen, decidiendo si remontar el río Burwell Lode o el Reach Lode, sopesando si podría cruzar el Gran Ouse pasada la esclusa de Denver Sluice y preguntándome cuál sería el punto exacto en que los habitantes de las marismas se bautizaban en el río Lark a su paso por Isleham. ¿Podría nadar por el canal de drenaje de Crooked Drain, en Stuntney? ¿Y por el Black Drain, en Hilgay Fen? En realidad, no estaba usando el mapa para encontrar mi camino, sino para extraviarme; para perderme en aquel paisaje. Los lugares donde acabase deambulando y nadando, dondequiera que fuese, configurarían mi propio mapa inconformista de nuestro país. Y después de aquella jornada de natación «de salón», a la tarde siguiente, emprendí el viaje hacia la experiencia real: los auténticos Fens.

NADANDO CON LAS ANGUILAS

Los Fens, 14 de mayo

La llegada a Ely siempre resulta impactante. La ciudad y su catedral se erigen a lo lejos, a través de la neblina azulada de los Fens, con un tono tenue y pálido. Cuando te acercas, toda la isla resplandece como un espejismo o un ovni recién aterrizado; y, cuando la torre de la catedral por fin se distingue con nitidez, la ciudad parece lista para despegar de nuevo. Incluso las parcelas rodeadas de fosos, con humildes cabañas que recuerdan a letrinas, parecen majestuosas, merced a las hileras de álamos que las delimitan, estirándose hacia el cielo y arrojando sombras alargadas sobre ellas. Se trata de una isla no menos impresionante que el monte Saint-Michel, ni menos sagrada, que se recorta contra un horizonte llano, alzándose desde la tierra marrón oscuro bajo un cielo cerúleo. Domina el paisaje más misterioso de Gran Bretaña, lleno de agua y rincones recónditos a los que aún cuesta llegar, no digamos ya encontrar. Como escribió en 1724 Daniel Defoe, observando los Fens desde la cima de las lejanas colinas Gog Magog: «Toda el agua de la franja central de Inglaterra que no fluye por el Támesis o por el Trent acaba desembocando en estas marismas».

Iba a reunirme con Sid Merry, el último pescador de anguilas en una ciudad donde, en su día, los monjes pagaban a la catedral un diezmo de 30 000 anguilas al año. Sid Merry había nacido junto a las aguas de Babylon, una isla separada de la ciudad por el Gran Ouse, situada enfrente de la grada del

Ship Inn. El nombre del lugar, que estaba aislado del resto de la ciudad y se inundaba con frecuencia, debió de ser una ocurrencia salida de alguno de los monasterios o de la catedral. La casa de los Merry en Babylon desapareció hace ya mucho tiempo, como las otras siete que había en su infancia, pero Sid sigue siendo el dueño del terreno. Allí cultiva verduras y cría patos y gansos, en recintos rodeados por redes de anguilas. También había varias barcas viejas, en distintas fases de reparación, apuntaladas con postes de madera.

Subimos a su batea desde el embarcadero de madera y me senté en una caja puesta boca abajo, con una mezcla de curiosidad e inquietud ante la posibilidad de encontrarme con mis antepasados totémicos. Sid soltó varias nasas que tenía colgadas debajo del barco, redes llenas de anguilas perplejas, y las dejó atadas a los postes del embarcadero. La luz iba atenuándose: cuando acabáramos la faena aquella tarde ya habría oscurecido. Sid sale a diario, justo antes del crepúsculo, a colocar sus redes en el río, y guarda en la cubierta de su batea, en pilas ordenadas, filas y filas de redes, aros, plomos y cadenas de acero. Un característico olorcillo a barro, menta acuática y pescado lo impregnaba todo. Mientras descendíamos por el río ancho y perezoso, solo se oía el runrún del motor fueraborda y el golpeteo de las olas de proa contra los márgenes.

Sid es un hombre enjuto, de complexión normal y piel curtida por el clima, que conoce el Gran Ouse mejor que nadie. Su padre y él pescaban anguilas con cestas de mimbre. «En cuanto las embaucabas, se metían instintivamente hasta el fondo. Dejábamos dentro una cajita de tabaco llena de gusanos, con la tapa agujereada, y las anguilas entraban en la cesta a cazarlos.»

Como otras muchas personas que vivían al lado del río, Sid y su padre también echaban una red para pescar anguilas por las noches. Tenía unos veinticinco metros de largo y una docena de anzuelos, y usaban pececillos o gorriones como cebo: valía cualquier cosa que estuviera muerta y, a poder ser, pudriéndose. Tiraban la red a última hora de la noche y recogían la pesca antes del amanecer. Las anguilas hacen todo lo posible por evitar la luz y, si se las deja ahí hasta que salga el sol, te enmarañan las redes. Siempre había algún mercado de anguilas en los Fens: hasta hace muy pocos años, la gente las vendía en cubos y cestas en el mercado de Ely. Sin embargo, si no

agotabas las existencias, ya no podías darles salida, porque solo se venden vivas: hay que cocinarlas en cuanto se las mata y, si hace calor, mueren a los cinco minutos de salir del agua.

Sid dirigió la batea hacia un canal estrecho que sale del río y pasa por debajo de un puente de ferrocarril, cuyos ladrillos están rayados por el tránsito de las barcazas que iban y venían de las antiguas pozas de barro, que ahora no son más que una laguna repleta de juncos. Los cargamentos de barro se usaban para reparar y construir los márgenes elevados de los ríos y los canales de las marismas. Pasamos lentamente al lado de un somormujo lavanco en su nido flotante, y Sid empezó a lanzar las redes desde popa, a orillas del juncal: ahí era donde las anguilas acudían a alimentarse por las noches. Primero echaba una especie de ancla, a la que seguían un tramo de cadena y luego las redes «guía», que conducían a las incautas anguilas hacia la boca de las trampas, donde había una serie de embudos y cámaras, como en una trampa para langostas. Sid puso veinte redes en dos filas, pero no pareció señalar su posición. ¿Por qué?

—Porque no quiero que me las quiten. Pienso: «Vale, ahí hay un árbol, o una zona con ortigas», tomo nota mentalmente y listo el bote.

Mientras volvíamos, al ponerse el sol, y las anguilas comenzaban su vida nocturna bajo nuestros pies, Sid me hizo un resumen de su año, con el traqueteo del motor de fondo.

Se pasa todo el invierno construyendo trampas nuevas en su desván y en el taller que tiene al fondo de su jardín, usando metros y metros de una red especial para ovejas. Empieza a pescar en abril, cuando el tiempo se templó. A los pescadores de anguilas les gustan las noches sofocantes y que el río baje con fuerza: la corriente invita a las anguilas a moverse en busca de alimento. Sigue todo el verano, hasta septiembre, cuando las «plateadas» se marchan. Las plateadas son las anguilas maduras, listas para emprender su mítico viaje a través del Atlántico hasta el mar de los Sargazos, donde se reproducen. Las anguilas salen de los Fens rumbo al océano en tres tandas claras, en septiembre, octubre y noviembre, y suelen hacerlo con la luna nueva. Cuanto más salvaje es el río, más les gusta, y se las atrapa con redes en forma de embudo, extendidas de un margen a otro. A veces se dejan ver

nadando en procesión a un metro de profundidad, muy tenues, siempre por el centro del río. Es evidente que las anguilas tienen un estrecho vínculo con la luna, pues se mueven con ella, como las mareas, y rehúyen la luz del sol. No es de extrañar, dado que pasan sus tres primeros años de vida, aún angulas, a merced de las corrientes oceánicas que las llevan hacia nuestras costas. Son animales marinos que viven en el interior.

Las angulas llegan en mayo, después de hacer autostop por la corriente del golfo desde el mar de los Sargazos, y son pasto de casi todos los seres vivos del Atlántico. Nadan río arriba por las noches, en bancos marrón oscuro, como renacuajos, aunque ya no hay tantas como antes, ni de lejos, en ningún sitio. En el río Severn siguen pescándolas con grandes salabres — últimamente alcanzan precios desorbitados debido a su escasez— y luego las envían a los *gourmets* de Francia y Japón.

Esa noche dormí en Freckenham, y soñé que mi madre me enseñaba a nadar, sosteniéndome la cabeza mientras yo pataleaba en el agua. A las seis menos cuarto de la mañana volví a casa de Sid, atravesando la neblina de los Fens, para recoger la captura de la noche. Su amigo John nos acompañó: él también llevaba unos pantalones amarillos impermeables, pero le faltaba el viejo sombrero de pescador de *tweed* que Sid parecía tener injertado. La tarea de John consistía en ayudarlo a subir las redes y desatar las mallas al fondo de cada trampa, para soltar a las anguilas.

Mientras nos acercábamos al juncal de la noche anterior, Sid iba fijándose en los imperceptibles puntos de referencia que había elegido para poder ubicar las hileras de trampas sumergidas. Redujo la velocidad del motor y John lanzó un rezón por la borda, esperó a que se hundiera y luego empezó a sacarlo.

—Creo que son las redes —dijo—. Esperemos que no sea un cadáver.

Lo primero que subió a la batea fue la cadena, y luego la primera de las trampas, llena de cuerpos resplandecientes de color marrón oscuro, con destellos de barrigas blancas. Es imposible que haya un animal más aerodinámico o ágil que la anguila. Su cabeza, con los ojos muy juntos, en la parte alta del cráneo, y el hocico puntiagudo, recuerda muchísimo al Concorde. No hay animal más extravagante. La anguila, con todas esas motas

verdes, babosa, viscosa, recuerda a una planta recién arrancada, a una raíz de mandrágora que ha cobrado vida.

John desató las trampas y, con gran pericia, vertió en un barreño de plástico los animales, que, convertidos en una maraña pegajosa, emitían ruiditos besucones. Su energía eléctrica resultaba asombrosa: se erguían en el barreño sobre la punta de la cola, como serpientes, moviendo la cabecita en busca de una salida, balanceándose como marionetas, desnudas como muelles. De vez en cuando, una anguila caía al suelo de la batea y reptaba hacia atrás, y luego hacia delante, curvándose en forma de signo de interrogación, como si preguntase: «¿Qué demonios es esto?». Advertí que para cogerlas usaban una toalla, o pinzas, y Sid me lo explicó:

—Mejor no acercarles los dedos. Si, por lo que sea, te muerden, vas a enterarte de lo que vale un peine. La cuestión es que se lo tragan todo, y tienen los dientes curvados hacia dentro, así que... —Frunció los labios y sorbió aire—. Una vez me mordió una, me pilló este dedo. Pero pude sacarlo. Es como con los lucios: hay que ir con cuidado.

Sid escogía las anguilas a medida que caían al barreño y devolvía al agua las más pequeñas. En algunas redes había hasta media docena. Cada dos por tres, John tenía que liberar a los alevines de brema, de entre siete y diez centímetros, que se quedaban en las redes guía.

—No hay acerinas —dijo—, gracias a Dios.

Las acerinas son unos terribles pececillos puntiagudos que se quedan enganchados en las redes, como trocitos de cardo.

Fue una captura respetable: once kilos y pico en total. La anguila más grande que Sid había pescado hasta la fecha pesaba 3,3 kilos y medía más de un metro. Aunque no era tan grande como las diez anguilas que había visto sacar, hacía no mucho, del lago de la mansión de Holkham Hall, en el norte de Norfolk, cuando lo drenaron para dragarlo. Pesarían entre 3,5 y 5,5 kilos y medirían casi dos metros, según me contó. Al parecer, nadie sabe por qué unas anguilas sienten la necesidad de reproducirse y convertirse en plateadas mientras que otras se quedan donde están y se limitan a crecer. Aunque quizá algunas, como esos ejemplares de Holkham, simplemente se queden aisladas del mar. Sid dice que suelen tener entre diez y veinte años cuando vuelven al

océano, y que pesan entre medio kilo y dos kilos. Crecen unos dos centímetros y medio al año, así que la de tres kilos y pico que él pescó rondaría los cuarenta y cinco o cincuenta años. Cuando las plateadas vuelven al mar de los Sargazos para desovar, ya no regresan: como los salmones al poner sus huevos, mueren sin más.

Mientras volvíamos, Sid nos contó la historia de su mejor captura.

—Fue un Día del Trabajador, el primero que era festivo, y yo estaba en las antiguas pozas de barro, en un sitio donde ya había echado las redes varias veces. Aquella noche pensé: «Voy a echarlas aquí otra vez y listo el bote». Había una hilera de sauces en la orilla, con las raíces en el agua, y luego caí en la cuenta de lo que pasó: los peces habían estado allí el día anterior, que hizo bueno, y desovaron. Las anguilas los habían seguido por la noche, pero no pudieron llegar hasta la hueva porque antes se toparon con las redes. Saqué ciento treinta kilos en diez redes; unas doscientas cincuenta anguilas, si no más.

Me explicó que el momento ideal para pescar era cuando hacía mal tiempo.

—Antes se decía que una buena tormenta les cargaba las pilas.

Las anguilas hacen sus viajes por tierra cuando llueve. Sid se acordó de una tarde de tormenta, en la época en que las plateadas se dirigían al mar. Las anguilas salieron de un estanque y empezaron a cruzar uno de los campos de Highflyer's Farm, a las afueras de Ely, pero la tormenta no duró mucho y volvió a lucir el sol. El granjero llamó a Sid para preguntarle por qué había un puñado de anguilas muertas en su campo y de dónde demonios habían salido.

Luego quise saber qué comen las anguilas.

—De todo —dijo Sid en tono alegre—: peces, huevas, gusanos, ranas, caracoles, todo tipo de basura, cadáveres... De todo. Hasta se comen unas a otras. Son auténticas carroñeras.

—¿Cadáveres?

—Sí, señor. Cuando alguien se ahoga, al sacar el cadáver las ves ahí enganchadas. —Sid no hablaba por hablar—. Antes había aquí un pub, el Ship. Pues la peña salía del pub y se iba de cabeza al puto río.

De niño, Sid se bañaba con sus hermanos y hermanas en el Gran Ouse.

—Mi padre tenía una pértiga con una cuerda que nos ataba a la cintura; así aprendimos a nadar. Cerca de la estación estaba lo que nosotros llamábamos «la playa de Ely». El fondo era de grava suave, y casi podías cruzar de una orilla a otra sin dejar de hacer pie. También recuerdo una vieja grúa de la que nos colgábamos, al lado del almacén aduanero, en el muelle. Saltábamos al agua desde la grada, y pasábamos nadando junto al Black Horse, en Littleport. Más de uno se llevó un mordisco de un lucio. Son agresivos, sobre todo si tienen hambre y pasas pataleando a su lado. Se te enganchan en un abrir y cerrar de ojos.

El abuelo de Sid, James, era famoso por haber salvado muchas vidas en el Ouse. Manejaba una grúa en el muelle de la compañía Great Eastern Railway, en la época en que casi todo el mundo aún se desplazaba por el agua en los Fens. En una ceremonia civil celebrada en Ely en 1906, al señor Merry le hicieron todo tipo de regalos preciosos, entre ellos un chifonier de nogal, una mesa de comedor, una «bolsa de oro» y una placa enmarcada con la leyenda: «Para el señor James Merry, de parte de sus conciudadanos, en señal de agradecimiento por la valentía mostrada al rescatar a veinte personas del río Ouse en los últimos veinte años». Sus vecinos lo «recibieron con gran alborozo», y como humilde respuesta dijo que «sus rescates no eran sino lo que cualquier ciudadano británico habría hecho, de haberse visto en su situación».

Cuando llegamos al embarcadero de Babylon, Sid pasó las anguilas del barreño a una bandeja para pescado que tenía en la batea, y empezó a ordenarlas por tamaño con las pinzas. Las más grandes fueron a parar a una nasa que ató debajo del barco, con otras anguilas reservadas para un «cliente especial». Las demás las metió en una segunda red, que también guardaba a la sombra fresca de la batea, a la espera de la visita semanal de Bill, el pescadero mayorista, que se llevaría las anguilas a Londres, las metería en gelatina y las vendería. Con gelatina añadida.

Sid es un purista, en lo que a la gelatina se refiere.

—En realidad, la gelatina está en la piel. Mucha gente despelleja las anguilas, y hace mal; yo nunca las despellejo. Todo el sabor está en ese jugo, que tiene consistencia de gelatina. Hay que echarlas a la olla, con un par de

ajos chalotes, y cocerlas a fuego lento entre diez y veinte minutos, según el tamaño. Si se cocinan estofadas, hay que preparar una bechamel y servir las bien calientes. Están riquísimas fritas en mantequilla, con ajos chalotes y regadas con una copita de vino blanco, o empanadas y fritas, como las vende mi hermano.

Sid, un hombre que come anguilas a montones, sabe lo que se dice.

Aún era la hora del desayuno cuando me despedí de Sid y fui a bañarme al Adventurer's Fen, una laguna en la confluencia del Burwell Lode y el Reach Lode. (En los Fens, los *lode* son ríos pequeños, de entre cinco y veinte metros de ancho.) Crucé un montón de juncos y, más que zambullirme, dejé que mi cuerpo se hundiera en el agua verde y translúcida, sorprendentemente somera: solo tenía entre metro y metro y medio de profundidad, y el fondo era negro, blando y cenagoso. El Reach Lode y el Burwell Lode se alejaban de la confluencia en líneas rectas que se perdían en el horizonte, como dos piscinas enormes, encauzadas y elevadas unos seis metros sobre la marisma circundante. Flotando a esa altura, me sentía suspendido en el cielo reflejado, lejísimos de cualquier sitio.

Bajé nadando por el centro del amplio y sosegado cauce del Burwell Lode, hasta su confluencia con el Wicken Lode y, más adelante, con el Cam. Sentía claramente la presencia de las anguilas entre los juncos y en el cenagal invisible que tenía debajo. Los buzos que se zambullen en los Fens ven en el lecho del río los hoyos donde descansan las anguilas grandes, creciendo sus dos centímetros y medio al año, a la espera de la noche. Un pez saltó delante de mí, casi con desgana. Esa mañana, la temperatura ya era agradable; había nubecillas blancas por las que el sol entraba y salía, y el agua poco profunda también estaba bastante templada, a pesar de la brisa que rizaba la superficie. Nadé a braza varios cientos de metros por el río desierto y empecé a percibir mejor el espacio. Los márgenes, flanqueados por los suaves juncos, no parecían tan sumamente rectos, ni mucho menos, desde el agua. Un aguilucho lagunero pasó volando, y sus alas amplias y silenciosas nublaron el cielo un momento.

Las tierras limosas, negras y ricas que rodean el Cam han sido cultivadas por las mismas familias desde hace generaciones. Como el río era la principal vía de transporte, todos los edificios y granjas estaban situados en sus márgenes. A unos tres kilómetros de allí, había conocido a una familia que llevaba más de cien años trabajando la tierra de la recóndita confluencia entre el Swaffham Lode y el Cam, y que siempre se había bañado en el río. En verano, diez o doce chiquillos chapotean cerca de la granja e improvisan trampolines en los árboles, envolviendo las ramas con sogas. Hace treinta años, todo el pueblo se acercaba a la granja en verano para hacer pícnicos y bañarse en el río. En la temporada de cosecha, los granjeros, los trabajadores de la granja y sus hijos acababan cubiertos hasta las cejas del polvo negro y limoso que se levantaba de la tierra. Al final de la jornada de trabajo, le daban una pastilla de jabón a cada uno y se metían en el río para quitarse la mugre y jugar, armando escándalo, mientras la espuma y las burbujas se iban con la corriente. Incluso la abuela, que tenía más de ochenta años, se bañaba en el Cam con su sombrero, su collar de perlas y sus gafas. Alver Badcock y su cuadrilla de la Confederación Hidrográfica venían a dragar el río una vez al año en su barcaza, con refugio y cocina a bordo. Hasta los años sesenta, la remolacha azucarera salía de la granja en barcazas, que esperaban en fila para recibir su cargamento: treinta toneladas cada una.

Cuando giré para pasar por debajo de un puente de madera y enfilé el Wicken Lode, oí el canto de los avetoros por todas partes, que llegaba de las verdes nubes de sauces cenicientos de la otra orilla. A lo lejos se oía una bomba de agua, recordatorio de las costosas medidas que exige el drenaje de los Fens. Y es que, como cualquier otro sistema artificial de gestión de la tierra, las cuentas no acaban de cuadrar: hoy día, los Fens solo funcionan gracias al ingente e invisible suministro de electricidad que alimenta las bombas que ponen en marcha el sistema.

El agua del río se fue volviendo cada vez más cristalina; «clara como la ginebra», que dicen por aquí. Los márgenes estaban cubiertos por densos juncuales, y se veía perfectamente a los rutilos pasar por debajo de los nenúfares: se notaba que estaba nadando al lado de una reserva natural, pero como el Wicken Lode es navegable y, sobre todo, como ningún animal

parecía hacer el más mínimo caso a mi presencia, no le vi ninguna pega. Como tampoco podía vérsela a aquella agua exquisita, excepción hecha de la famosa bromita de W. C. Fields sobre lo que los peces hacen en ella. Pasé al lado de una rana, que se dignó mirarme, pero no se sumergió, ni parpadeó siquiera. Como cualquier miembro de la Unidad Especial Acuática sabe, el agua ofrece un muy buen escondite, y los animales acuáticos apenas te prestan atención cuando tú también te sumerges: a fin de cuentas, te has convertido en uno de ellos.

Justo en ese momento, un grupo de ornitólogos apareció en lo alto de una torre de madera, escondida entre la vegetación de la otra orilla, y empezaron a escudriñar la marisma con sus prismáticos. ¿Sería una partida de búsqueda? La situación me recordó de repente a una escena de *Animal acorralado*, de Geoffrey Household, donde el protagonista, un fugitivo malherido al que acaban de torturar, y que necesita ropa, birla los pantalones que cuatro bañistas han dejado en el margen de un río y luego se esconde en el agua, para alejarse con la corriente y con su botín empapado. Un grupo de amigos que compartíamos piso en Paddington en los años sesenta nos sabíamos la novela casi de memoria, y a partir de sus páginas creamos un lenguaje de culto en clave. Una de las palabras que acuñamos fue el verbo *quivear*, que significaba moverse con sigilo, a escondidas, como cuando alguien acecha a un animal salvaje o no tiene nada bueno en mente. Proviene del nombre del personaje despiadado e implacable que persigue al protagonista anónimo, el mayor Quive-Smith, un experto en táctica militar que acaba localizando a nuestro hombre, como a un animal salvaje, en un camino de Dorset dejado de la mano de Dios.

Quiveé silenciosamente entre los juncos y me quedé flotando con el agua por la nariz, como un cocodrilo, hasta que se marcharon: me alegré como un chiquillo al comprobar que no me habían visto. Nadar es mucho más interesante cuando se convierte en una actividad subversiva. Seguí remontando la corriente hasta llegar a un remanso cristalino, donde el New River o «Río Nuevo» desemboca en el Wicken Lode y hay un embarcadero. ¿Por qué estaba el agua tan transparente? Tenía dos teorías: o era agua que la Agencia de Medio Ambiente bombeaba desde el subsuelo para evitar que

Wicken Fen se secase y perdiese su condición de humedal, es decir, su esencia; o era agua de un manantial de la zona de Snailwell, donde también nace el Snail, río por antonomasia de los Fens. Aunque, dado que esas marismas se tratan con tanto cuidado, sin productos químicos agrícolas, quizá el agua sería así en todas partes si nos preocupásemos un poco más por ella.

Salí del río agarrándome a los juncos, pero me las apañé para ponerme perdido de limo negro, así que tuve que afrontar el camino de vuelta, por el margen, con la pinta de un antiguo habitante del Neolítico en bañador. Pasé al lado de una excavadora, felizmente vacía, que había sacado a la luz un enorme roble fosilizado, enterrado dos metros por debajo de la turba. Ese vestigio de los antiguos bosques que crecían allí hace más de cuatro mil años era negro azabache, y la turba que lo conservaba aún estaba fresca. Pero no siempre se trataba de robles; también podían ser pinos o tejos, casi siempre muy altos, que mataba el aumento del nivel del agua y derribaban las tormentas. Una barca pasó por el río; era una especie de lancha de recreo. La pareja que iba a bordo, con sus gorras de capitán, se limitó a saludarme alegremente, como si cruzarse con salvajes semidesnudos sueltos por los Fens fuera su pan de cada día.

* * *

En el camino de regreso, después de vestirme, pasé por la localidad de Wicken, donde las lápidas del cementerio de la iglesia cantaban un réquiem de nombres propios de aquellas marismas: Dorcas Bishop, Jabez Taylor, Violet Bailey, Albert Delph, Sophia Kettle, Joseph Tebbitt, Joshua Hatch, Steadman Aspland. También conocí al señor y la señora Bullman, que tenían el chalet con el mejor jardín delantero de toda Inglaterra. Habían construido un pueblecito en miniatura al completo, con su molino de agua en funcionamiento, su pub, su ayuntamiento, su casa señorial, su pequeño hospital, su local de *fish and chips*, su iglesia, su casa parroquial, su granero, su capilla, su fragua, su parque de bomberos, su hotel, su panadería, su carnicería, su oficina de correos, su floristería, su peluquería, varias casitas

con sus letrinas, una estación, una torre de control ferroviario y sus vías. Había hasta un mercadillo en un aparcamiento y un centro de información turística. Solo faltaba una cosa: la piscina. En cualquier caso, tener un jardín delantero bonito me parece algo generoso y solidario. Cosa muy distinta son los jardines traseros, una delicia privada. A veces, en la ciudad, desde la segunda planta de un autobús ves una cascada de maceteros con flores en las ventanas delanteras de una casa o un piso, dando un toque de color a una calle, por lo demás, anodina. El jardín de los Bullman era como esos gestos espontáneos de bienvenida con que te saludan los desconocidos, gratamente sorprendidos, con los que te cruzas al viajar por las zonas rurales de los países árabes.

Aquella noche estuve jugando a los dardos con Ernie Hall en el Three Tuns de Welney, donde había tres gatos grises y blancos acurrucados al lado de la ventana, y varios calzoncillos largos, vestidos con flores y guantes de lana emparejados ondeaban en un tendedero a orillas del río. Ernie me contó que, en los días de calor, después del trabajo, sus amigos y él se tiraban desde el puente al cenagoso canal de drenaje Hundred Foot Drain («Drenaje de Cien Pies»), nadaban con la marea baja hasta La Corona, a casi cinco kilómetros, se pimplaban tres pintas por cabeza mientras cambiaba la marea y luego volvían, remontando el canal con la marea alta, a Bank Farm, la granja en la que vivía.

—A nadie le molestaba —me dijo—. Ninguna ley lo prohibía.

Bank Farm está a los pies del gigantesco margen del Hundred Foot Drain, unos seis metros por debajo del Gran Ouse.

—Bebíamos agua del Hundred Foot —me dijo Ernie, dando un sorbo a su pinta con expresión contemplativa—. No había otra. La sacábamos con un sifón, turnándonos para bombearla: nos pegábamos unas palizas de aúpa.

Dejaban reposar el agua por la noche para que el limo se asentara, la decantaban y la hervían. También tenían tanques para recoger el agua de lluvia, así que no desperdiciaban ni una gota.

—Cuando bebes agua de lluvia ya no quieres beber otra cosa.

Los días que helaba, se ponían los patines y surcaban los kilómetros de canales y ríos de los Fens como si fueran carreteras. Una de sus rutas

favoritas consistía en descender patinando los cinco kilómetros del Gran Ouse que separan Littleport de Brandon Creek, donde el río confluye con el Pequeño Ouse, para tomarse algo en el Ship. En invierno, los domingos por la tarde podían juntarse unos dos mil patinadores en los humedales de Ouse Washes, en Welney, y eran aún más los que acudían a los campeonatos de patinaje de los Fens, que se celebraban en Bury Fen cuando el hielo estaba lo bastante duro. Welney es el pueblo de estas marismas que ha dado más patinadores estrella, y es la cuna de familias de campeones.

Me sorprendió la extraordinaria lealtad de aquella gente. Todos los parroquianos del Three Tuns coincidieron con Ernie cuando dijo que en los Fens había muy buena gente, que, «en cuanto te presentas, te regalan un saco de patatas». Sin embargo, es bajar de Cambridge y «no son capaces de darte ni un mísero moco». En el bar aún se hablaba de una nutria macho que habían atropellado en la carretera de Welney hacía tres semanas, y todos se acordaban del último coipo que pillaron en el río. Pesaba casi dieciséis kilos, y es probable que se lo comiera el encargado de la esclusa de Earith, río arriba, que cazaba simpáticos roedores para echarlos a la olla.

Otro vecino de los Fens, Don Dewsbury, describió la sensación de estar en el margen del Hundred Foot Drain cuando hay tormenta y sientes la tierra temblar por la pura presión del agua. Había trabajado cincuenta años para la Confederación Hidrográfica del Gran Ouse, y una vez, mientras iba en una barcaza con su amigo Budgie, de Soham, los márgenes del canal reventaron y, barridos por una inmensa ola marrón, acabaron encallados en medio de un patatal. Mick Willets, que vive al lado de la esclusa de Denver Sluice, me contó que una vez, durante las inundaciones de 1947, ayudó a su tía a recolectar patatas desde una batea en una granja de Willingham.

Cada pueblo tenía su piscina natural favorita. Al otro lado de los Fens, en Cottenham, la gente enfilaba un sendero hasta llegar a Smithey Fen, al norte, para bañarse donde la orilla arenosa se adentra suavemente en el río Old West. Pop Day era uno de esos bañistas, y había llegado a ver a cien personas allí, chapoteando o tumbadas en la orilla. Se desabrochó los botones de la camisa para enseñarme la cicatriz que le había quedado de cuando saltó al río desde el muro de la estación de bombeo de Stretham y se hizo un corte en el

pecho con la grava del fondo, que estaba a poca profundidad. Me dijo que la mayoría de sus amigos tienen cicatrices de sus accidentes fluviales. Uno de los pasatiempos favoritos de la muchachada eran los saltos con carrerilla kamikaze desde el otro extremo del muro. Ningún niño de los Fens era un auténtico iniciado si no llevaba un buen surtido de cicatrices, cortesía de las peligrosas espinas y otros riesgos desconocidos que acechaban debajo de la superficie. Por aquel entonces había mucho más tráfico en el agua, y los bañistas salpicaban a los pasajeros de las embarcaciones, se agarraban a la borda y se buscaban problemas.

Pop aprendió a nadar en el Old West, al lado de la estación de bombeo a vapor de Stretham. Él y sus amigos se agarraban a un viejo bidón de aceite y, poco a poco, se soltaban y procuraban no hundirse. Luego se graduaron en buceo, y empezaron con las apuestas y los retos. Sin embargo, el mejor baño en aquella parte de los Fens estaba cerca de Wilburton, donde el Old West pasa por la «Granja Australia», bautizada así por su lejanía. Se diría que había un apodo para cada habitante de los Fens —el Pescado, el Pavo, el Bóxer, el Gorrón—, y lo mismo ocurría con las marismas, granjas, canales y ríos. Se usaban nombres de las colonias o de guerras remotas para referirse a un campo o una granja muy lejanos. De ahí la «Granja Sebastopol» o la «Bahía de Botany», donde el canal de drenaje de Twelve Foot Drain («Drenaje de Doce Pies») se encuentra con el Pequeño Ouse en un extremo del humedal de Stallode Wash, en una zona dejada de la mano de Dios.

El río Lark se conocía como el Jordán, porque gente de todos los Fens acudía para bautizarse en él, sumergiéndose por completo en sus aguas a su paso por Isleham. En los Fens siempre ha predominado el inconformismo anglicano, y cuentan con numerosas capillas baptistas. Isleham tiene dos, la capilla baptista de High Street y la capilla Zoar, así como la iglesia original, y la gente se ha estado bautizando en el río al menos desde 1812 y hasta principios de la década de 1970. A la mañana siguiente salí en busca de los lugares de bautismo originales, enfilando Sun Street, que se convertía en Waterside, y luego en Fen Bank, hasta llegar a la mejor fuente de sabiduría

local de cualquier pueblo: los huertos. Hacía otra vez un día soleado, con buena temperatura, y los dueños de los huertos trajinaban de aquí para allá, con esa actitud sosegada y resuelta tan propia de esos sitios, entrando y saliendo de sus cobertizos, regadera en mano. Me confirmaron que, por supuesto, antes se cruzaban con mucha gente que iba a bautizarse.

—Nos echábamos unas buenas risas cuando les tocaba a los altos —me confesó uno—, porque el pastor era un tapón, y decíamos entre risas: «No va a poder capuzarlo».

Los hortelanos me indicaron tres puntos del río: al lado del viejo ferri; en el puente nuevo, donde antes había un hoyo en el lecho del río, ya tapado, y el más popular, una zona de baño y abrevadero en una curva del río, conocida como «the Horse Pond» («la Poza del Caballo»).

Entré al agua justo después del puente y, abriéndome paso entre las amalgamas de hierbas, avancé unos trescientos metros a braza por el río, que, en ese tramo, no superaba el metro y medio de profundidad, con un lecho limoso y aterciopelado que me daba escalofríos cada vez que apoyaba los pies. Hasta que encontré una poza profunda frente a una playa de pendiente suave, que pese a estar embarrada tenía una base firme de arena. Allí abrevaba el ganado del prado a orillas del río y reposaban los cisnes.

La señora Jenny Davis, la última persona bautizada en el río a su paso por Isleham, me había enviado un par de fotografías de la ceremonia. En una de ellas, se ve al pastor y a su ayudante con el agua por la cintura, completamente vestidos, en la Poza del Caballo, y a la señora Davis, vestida de blanco, entre ellos. En la otra, están sumergiéndola por completo, antes de ayudarla a «levantarse y salir del agua». En las fotos aparecen menos árboles que ahora. Los sauces crecen rápido. El bautismo es un ritual deliciosamente pagano, y celebrarlo en un río es sin duda una manera intensa de vivirlo. Pero reconocer que la representación simbólica de la muerte, el entierro y la resurrección de Cristo y la purificación del pecado está injertada en un ritual mucho más antiguo y precristiano no le resta un ápice de fuerza. Es evidente que se remonta a una época en que los propios ríos eran deidades, como sigue ocurriendo en la India, donde la gente aprovecha la mínima oportunidad para darse un chapuzón en el Ganges. Se cuenta que, el 13 de abril de 1962, dos

millones de personas entraron al río por la escalera sagrada de Haridwar, uno de los siete grandes lugares de peregrinación en la India hinduista, para celebrar el cumpleaños de Ganga. Me quedé en la Poza del Caballo con el agua por la cintura y los pies hundidos en el limo, e intenté imaginarme esa escena en Isleham. Seguro que daría mucho que hablar a los hortelanos.

Ya me sentía bautizado por las náyades del Lark, así que volví nadando hasta el puente y trepé por el margen escarpado y cenagoso agarrándome al resistente ballico. Al otro lado de una presa de cemento decididamente terrenal, allende los prados llenos de vacas sagradas, una lápida de piedra, junto al antiguo embarcadero del transbordador de cable, conmemora el bautizo del reverendo Charles Spurgeon, «el Príncipe de los Predicadores», el 3 de mayo de 1850. Por aquel entonces, Spurgeon era un joven quinceañero de Newmarket, pero después de ordenarse acabaría predicando ante congregaciones baptistas que alcanzaban las doce mil personas y abarrotaban el auditorio de Surrey Gardens, en Londres.

Los baptistas de Isleham dejaron de sumergir a la gente en el Lark en 1972 porque les parecía que ya estaba demasiado contaminado. A mí no me dio esa impresión, ni mucho menos, cuando me bañé en Isleham; y el agua estaba aún mejor cuando, una hora después, me zambullí, río arriba, en una poza preciosa y profunda, en el antiguo puente de arco del molino de Icklingham. Sin embargo, el agua no está tan limpia como cuando los hortelanos de Isleham, de niños, aprendían a nadar en el río, cada cual aferrado a su tronco de madera a modo de manguito. Recordaban que el río estaba resplandeciente y cristalino, y que el fondo se veía con nitidez y era de grava, en vez del limo negro que yo todavía llevaba pegado a las pantorrillas.

Aún no había acabado de secarme cuando llamé a la Agencia de Medio Ambiente para preguntar si el Lark seguía contaminado o si volvía a ser seguro bautizar en el río. Me contestaron que mi pregunta era «multifuncional» y que, por ende, no podían responderme por teléfono. Al parecer, se trataba de una pregunta mucho más compleja de lo que yo, en mi inocencia, era capaz de concebir: implicaba una gran inversión de tiempo por parte del personal de varios departamentos, por lo que tendría que pagar. Les expliqué que no era científico, sino un ciudadano corriente, y que en realidad

me valía un sí o un no. El señor X me sugirió que escribiera al Departamento de Atención al Cliente, se negó tajantemente a darme su nombre y colgó antes de que pudiera soltarle alguna palabra multifuncional.

En efecto, les escribí, y la respuesta gratuita que recibí me informaba de que:

Todos los ríos a los que se vierten aguas residuales, por muy bien tratadas que estén, contienen *E. Coli* y otras bacterias coliformes aún más peligrosas, por lo que la agencia le recomienda que no sumerja a nadie en el río. También se corre el riesgo, por leve que sea, de contraer leptospirosis o la enfermedad de Weil, causada por una bacteria presente en la orina de los animales domésticos y salvajes, en particular la de las ratas.

Además de la halagadora confusión de la Agencia de Medio Ambiente, que me tomaba a *mí* por el bautista, la carta mostraba muy poquita fe en la capacidad tanto de la agencia como de Dios para proveer. Parece que, en algún momento de nuestra historia, dejamos de concebir el río, siguiendo a T. S. Eliot, como «un dios marrón».

En los días remotos y *anteagencianos*, el Lark estaba repleto de criaturas del Señor, pero todas fueron al encuentro de su creador cuando se produjo uno de los peores accidentes de contaminación industrial de la época reciente; a finales de la década de 1980, en la azucarera de Bury St. Edmunds hubo una fuga y se vertieron al Lark los productos altamente tóxicos con los que se trata la remolacha azucarera. No hay nada más contaminante que el azúcar, que desoxigena el agua y propicia un enorme aumento de las bacterias. A medida que el agua envenenada bajó con la corriente, fue matándolo todo. Desde entonces, el río se ha recuperado, y yo vi peces a tutiplén, pero la pregunta sigue vigente (aunque haya que pagar por la respuesta): ¿podría volver a pasar?

En sus radiotransmisiones, los camioneros que circulan por la A14 llaman a Bury St. Edmunds «Ciudad del Azúcar». Al pasar por su lado, no cuesta imaginar la fábrica de azúcar como una gigantesca conspiración contra la salud del país, financiada por una mafia de dentistas y cardiólogos. Parece más satánica si cabe por la noche, cuando las nubes hediondas de humo blanco y vapor se acumulan como algodón de azúcar entre un bosque de chimeneas y conductos de acero de tecnología puntera, iluminados con

estridentes luces rosas y naranjas. Semioculta y protegida por los altos terraplenes y alambradas, la azucarera recuerda a una base de lanzamiento de misiles. En invierno, cuando la época de la remolacha azucarera está en su punto álgido, tienen incluso un sistema que pulveriza un producto desodorante desde la alambrada que rodea el recinto, para perfumar el aire maloliente. Siempre hay que sospechar de un sitio al ver que están plantando una cantidad ingente de árboles. Alrededor de la fábrica, un flamante bosquecillo esconde grandes lagunas de aguas residuales de remolacha en descomposición. La preciosa clemátide trepa por las alambradas y los conejos mordisquean inocentemente la hierba a sus pies. Justo cuando ese popurrí de perfume y hedor embiste la nariz desconcertada del viajero, aparece un letrero a un lado de la carretera: Bienvenidos a Bury St. Edmunds, ciudad floral de Inglaterra.

Al otro lado de la A14, frente a la azucarera, estaba el Tesco de Bury St. Edmunds. Comprobé que allí no se trataba al Lark con reverencia, precisamente, porque el río atravesaba el inmenso aparcamiento del supermercado. Puede que en los estantes de dentro el agua pura de manantial fuese valiosísima, pero fuera no se le hacía ningún caso a la auténtica. Aquel era un mundo de asfalto, vehículos 4x4, alcantarillas, ladrillo negro y suave y barandillas de seguridad de acero. El malhadado Lark, que otrora serpenteara con calma por las praderas de riego que había allí, estaba encauzado en un gigantesco canal de hormigón. Ninguna rata topera osaría adentrarse en él; no se verían allí nutrias, salicarias o escrofularias. El agua se encontraba lejísimos y vallada. Si aquello fuese un zoo, podrían tener ahí a los cocodrilos tranquilamente. Aunque cayera una lluvia torrencial, el diminuto río, al fondo del canal, no llegaría a los quince centímetros de profundidad. Sin embargo, lo trataban como a un monstruo, a la espera de la catastrófica y repentina inundación. En su proyecto original, Tesco, donde gusta que la naturaleza se comporte como Dios manda, pretendía ocultar por completo el río en un conducto cerrado de hormigón, pero la Agencia de Medio Ambiente obligó a la empresa a aceptar ese infeliz punto medio.

En Japón, Marruecos o los huertos de Isleham, el agua corriente representa una alegría, y siempre es para el arquitecto u hortelano un motivo de

celebración, pues ofrece la oportunidad de crear algo hermoso. El agua borbotea en un laberinto de regueras y arroyos en miniatura que recorren los huertos de frutales de una aldea en el valle de Ameln, en las montañas Anti-Atlas; baila en los riachuelos que descienden de los cálidos altiplanos del Atlas para llenar los lagos ornamentales de los jardines botánicos de Marrakech; y forma remolinos al colarse por canalones improvisados, en los tejados de los cobertizos de Isleham, y caer en los tanques que recogen la valiosísima agua de lluvia. Mientras volvía a pasar por los huertos de Isleham con la ropa mojada, los hortelanos se ocupaban tranquilamente de sus coles, vertiendo el agua sagrada de los tanques en sus regaderas con gratitud, e incluso reverencia. En cambio, en una ciudad inglesa próspera y santificada, fui testigo de la humillación pública del Jordán de los Fens. En el Tesco de Bury St. Edmunds me senté y lloré.

EN NADAR-DOS-PÁJAROS

Suffolk, 16 de mayo

Estaba a menos de una hora en coche de mi foso, y añoraba los cambios drásticos que se producen, literalmente día tras día, en primavera, cuando se renueva y se redecora sin descanso. Nadar en un lugar conocido es tan adictivo como dar un paseo o hacer una ruta habitual en bicicleta, o como dormir en tu propia cama. Así pues, aquella noche volví a casa y, en cuanto llegué, crucé el jardín trasero y fui directo al foso, negrísimo y sereno, que reflejaba el cielo nublado y la media luna flotando junto al sauce. Lo único que alteró la superficie fue la leve onda que creó una gallineta al zambullirse y bucear hacia la sombra del seto, donde emergió un momento, para sumergirse al punto. Oí el aleteo sibilante de un par de ánades reales, que sobrevolaban el campo y pasaban a ras del agua una y otra vez, preguntándose si sería seguro posarse o no, murmurando con inquietud, titubeantes. El coro de sapos, cuyo canto lo inundaba todo a finales de marzo, ahora guardaba silencio, y también había terminado su orgía salvaje, durante la cual flotaban en los márgenes del foso, con dos o incluso tres espaldas, hinchados y enredados en su propia hueva pegajosa. Me acerqué con la linterna a los dos viejos acuarios que tenía en la orilla del foso, donde guardaba parte de la hueva para protegerla, y vi moverse los renacuajos cuando di un golpecito en el cristal. Apunté la linterna hacia el foso y el haz de luz iluminó docenas de tritones que nadaban bajo la superficie. Me agaché

al lado de la escalerilla de madera y saqué del agua la cuerda del termómetro: dieciséis grados. Por la mañana me daría un chapuzón.

Me quedé dormido al minuto de tocar la almohada, y soñé con la época en que los Fens aún no estaban drenados, cuando todos los pueblos eran islas y la gente vivía como los habitantes de las marismas de Mesopotamia en tiempos de Wilfred Thesiger. Me desperté en plena noche, como siempre, con el canto del faisán macho que se posa a menos de cinco metros de la ventana de mi habitación, en un rosal que trepa por una estructura de varas de avellano. A las cuatro en punto empieza a cacarear a voz en cuello, y luego eriza las plumas, vanidoso, como quien acaba de dar su opinión en una reunión. Entonces, cuando estoy a punto de dormirme otra vez, vuelve a cacarear, esta vez desde el jardín, mientras va de aquí para allá como un maestro, murmurando para sus adentros. A veces pienso que ojalá alguien le pegara un tiro, pero me arrepiento de inmediato porque en el fondo somos unos vecinos muy unidos.

Unas horas después, para mi regocijo y alivio, me despertó el aleteo tronante que se colaba por la chimenea y anunciaba la llegada de las golondrinas —mis golondrinas— desde África. El ruido era profundo e intenso, y hacía vibrar la estructura de madera de la casa y mi interior. Cuando entré en el foso, las golondrinas ya estaban atareadas, picoteando el barro de los márgenes para reparar sus nidos. También se alimentan ahí, y pasan rozándome con su rumbo fijo de vuelo, castañeando el pico mientras escudriñan el foso y se lanzan en picado en busca de insectos, a veces recién salidos de su estado larval en el agua. Parecen absortas en una conversación ininterrumpida entre ellas y, como cada año regresan más tarde de su migración, me preocupan lo que no está escrito. Siempre apunto en mi diario la fecha, que suele oscilar entre el 19 y el 27 de abril. Ese año habían vuelto en mi ausencia. En cuanto llegan, inspeccionan la chimenea donde anidan, que resuena como un tubo de órgano y amplifica su minúsculo aleteo hasta convertirlo en un sonido atronador, que recuerda al de un tráiler. Esa confirmación enfática de la primavera es siempre bienvenida, pero, en los tiempos que corren, cuando cada vez son menos las aves migratorias que regresan, también es un auténtico alivio saber que los últimos espíritus libres

han sobrevivido otro año. Su pequeña colonia de nidos de barro, que recuerda a una aldea dogona de África (donde me gusta imaginar que pasan el invierno), lleva ahí desde siempre, y el fuego de mi chimenea, a modo de horno, ya debe de haberlos convertido en cerámica. A veces cae algún fragmento, como trocitos de huevos de Pascua, y cuando veo a las golondrinas coger barro del foso me acuerdo de los albañiles del período Tudor, que hicieron exactamente lo mismo para construir esta casa.

La lluvia nocturna había dejado el foso cristalino y fresquísimo. Crucé el jardín mojado y entré en el agua tentadora por la escalerilla de madera, peldaño a peldaño, para no importunar al zambullirme a la ciudad de insectos, moluscos y anfibios, cuya jornada había comenzado hacía ya rato. La jungla sumergida de elodea canadiense estaba empezando a espesarse y se extendía desde los márgenes, invadiendo la calle central por la que nadaba. Basta que una o dos tiras se te enrollen en el brazo o en el cuello para cortarte el ritmo mientras intentas zafarte. Habría que podarla.

Al final de los dos primeros y fríos largos, una rana saltó del margen del foso y me cayó casi en la cara, mientras las demás me observaban desde el agua. Que ahora haya muchos más sapos se debe, sospecho, a que los renacuajos de las ranas son pasto de los tritones, que prefieren, con mucha diferencia, estas crías a las del sapo. No hay animal nativo más exótico ni majestuoso que el tritón crestado macho en todo su esplendor. Son los bufones del foso, y con su barriga naranja y moteada y su estrafalaria cresta zigzagueante parecen sacados de un desfile de Vivienne Westwood. Me quedé sumergido, con las gafas y el tubo, observando a esos dragones de agua dulce subir a respirar, y luego volver a descender lentamente hacia las profundidades, con la cresta ondeando como algas. Están tan adaptados a la vida acuática que siempre tengo que recordarme que solo pasan seis o siete meses en el foso, de febrero a julio o agosto, para reproducirse. Luego vuelven a la tierra, donde quizá nunca los veamos a menos que tengamos un huerto y los desenterremos al arrancar las patatas. Se esconden como marcapáginas entre las pilas de tejas viejas, o se entierran entre las grietas polvorientas de las montañas de ladrillos. A veces, en otoño, pueden aparecer misteriosamente en la cocina. Parecen mucho más felices en el agua.

Las ratas toperas también habían estado ocupadas. Desde esa perspectiva de niño que tenemos al nadar, con los ojos a pocos centímetros de la superficie, nos fijamos en los detalles, y vi que las ratas toperas habían hecho nuevos agujeros a ras del agua, poco más pequeños que una pelota de tenis. Sin embargo, el cambio más espectacular que noté, mientras hacía mis largos a braza, fue la explosión del canto de los pájaros que envolvía el foso. Dos currucas capirotadas, separadas por el agua, daban lo mejor de sí para imponerse a su rival en una competición de gran inventiva, que recordaba al duelo de banjos de la película *Defensa*, de John Boorman. Y todas las palomas torcaces de Suffolk, que parecían saber que en los árboles a orillas del foso tenían su santuario, arrullaban con todas sus fuerzas.

Una de ellas, posada en una ramita sobre el agua, estaba tan concentrada en comerse los capullos recién florecidos del fresno que no me vio pasar nadando por debajo. Luego reparé en que tenía un nido en el sauce. Ignoro por qué a las palomas les gustan tanto los capullos de fresno, pero corren grandes riesgos para conseguirlos, balanceándose en los extremos de las ramas más finas y asomándose al vacío para picotearlos. Esas virguerías no podrían hacerlas en otros árboles, porque las ramas se quebrarían, pero la del fresno es más flexible y siempre vuelve a su posición. Cada vez que se doblaba, la paloma estaba a punto de perder el equilibrio, pero desplegaba las alas, batía la cola con fuerza y conseguía seguir aferrada. Una pequeña ráfaga de gotas de lluvia cayó de la rama y salpicó a mi alrededor. El fresno tarda mucho más que los otros árboles en echar hojas; siempre es el último, a excepción de la morera, por lo que sus capullos están a rebosar de la savia más exquisita. Para los antiguos pueblos nórdicos, este árbol, Yggdrasil, era el árbol de la vida. En consecuencia, su savia es la esencia misma de la reproducción, y la paloma está dispuesta a hacer cualquier cosa para degustarla mientras se prepara para anidar y poner huevos.

La gente del campo conoce, o conocía, un repertorio de frasecitas que las aves parecían decir. El canto de la paloma torcaz se oía como «Take two cows, Taffy» o «Joe's toe bleeds, Betty».[2] No se diferencia mucho de Charlie Parker tocando *Salt Peanuts*, solo que a las palomas parece costarles recordar cómo sigue su canción. Normalmente completan el primer verso,

pero se detienen de repente a mitad del siguiente. Entonces, una segunda paloma arranca desde otro árbol, como un apuntador, y todas vuelven a empezar. Mientras tanto, las currucas capirotadas me alegraban el baño con un canto de una belleza y una complejidad líquida que rivalizaba incluso con el del ruiseñor. Cuesta imaginar dos aves más distintas, pero musicalmente se complementan muy bien: las palomas ponen la base y las currucas capirotadas improvisan, alcanzando notas altísimas. Me sentía como Jorge III, al que una orquesta de cámara tocaba serenatas mientras se bañaba en el mar de Weymouth. Sin duda era mejor que Phil Collins sonando por los altavoces de la piscina.

Había salido el sol, y con él los caballitos del diablo. Aparecieron de la nada, en el momento justo, como un cuerpo de baile que se desliza sobre el escenario. Su danza vino acompañada de un canto nuevo y repentino: el coro estridente de una bandada de estorninos que pintaba de negro el seto de espino blanco que había en el campo. Sonaban como una enorme hilandería de algodón victoriana, con sus motores, lanzaderas, volantes y correas girando a toda máquina entre chirridos, traqueteos, temblores y repiqueteos. Luego me senté en el césped, envuelto en mi toalla, y observé a los renacuajos haciendo largos en su acuario. Al cabo de un rato los solté con cuidado en la pequeña bahía donde beben las palomas, les deseé suerte y los vi desaparecer entre las algas.

[2]. «Coge dos vacas, Taffy» y «El dedo del pie de Joe sangra, Betty».

RESACAS Y RAYOS DE LUNA

Norfolk, 12 de junio

Me puse en marcha con el amanecer resplandeciente y conduje por carreteras desiertas rumbo a la costa de Norfolk, donde había quedado con Dudley, un viejo compañero de natación y navegación. No se me ocurría mejor plan que disfrutar del día nadando, paseando y charlando en una de las playas más estupendas que conozco. Al viajar a través del terreno ondulado del norte de Norfolk, siempre tengo la sensación de pasar a otro país, a otro estado anímico. Está cerca de casa y, al mismo tiempo, lejísimos. La repentina levedad que se siente allí, con esos kilómetros infinitos de playas, recuerda a las vacaciones, aunque solo sea unas horas: el tiempo pasa lentamente cuando eres un punto en el horizonte. No hay mejor antidepresivo que nadar en el mar, y Holkham es mi destino habitual cuando estoy triste. Me adentro en ese mar vastísimo y frío, allende las anchas llanuras de arena, y me sumerjo como el zorro que quiere deshacerse de sus pulgas. Dejo mis demonios en las olas. El norte de Norfolk es de esos sitios donde el tiempo parece no guardar relación alguna con la previsión meteorológica: aunque toda Gran Bretaña esté cubierta de nubes, a medida que te acercas a esta costa la ves adornada con una mágica franja azul. La familia real no escogió el palacio de Sandringham como residencia rural por casualidad.

Al llegar a la playa de Holkham sientes lo mismo que sentirías en Glyndebourne, Epidauro o el hipódromo de Newmarket: que es una ocasión

especial, porque estás visitando uno de los tramos de costa salvaje más impresionantes del país. Justo enfrente de la entrada a la finca Holkham, enfilas un espléndido bulevar de chopos, el Paseo de Lady Anne, y pagas a los afables guardianes del vizconde Coke unas pocas libras para aparcar — aunque a nosotros nos daba la impresión de que tendríamos que haber enseñado el pasaporte—. A pesar de la hora, ya había en el aparcamiento un par de remolques para caballos, con las rampas bajadas, y unos cuantos Volvos con pegatinas en el parachoques trasero: «Un perro es para toda la vida, no solo para Navidad». Ese elegante camino sin salida cruza unos ochocientos metros de pastos y humedales hasta llegar a un paso estrecho entre los árboles de Holkham Meals, la franja de pinos y encinas que discurre en paralelo a las dunas, hacia Burnham Overy Staithe al oeste y hacia Wells al este.

Dudley y yo nos quitamos los zapatos y enfilamos la pasarela de madera cubierta de arena que atraviesa las dunas boscosas, hasta dejar atrás la sombra y salir, parpadeando, al teatro espléndido y cegador de Holkham Bay. Una majestuosa sucesión de dunas delimita una playa infinita donde, cuando hay marea baja, el mar no es más que una línea blanca remota y susurrante. En el centro hay un par de islotes de arena que quedan aislados por la marea y son muy populares entre los tortolitos y los amantes de los pícnicos. Más al oeste, hacia Burnham, las dunas se alzan y forman una cresta, estilo lomo de ballena, que recuerda a las colinas de Malvern. Antes se podía ver aquí la carrocería oxidada de uno de los primeros modelos de un Austin, casi completamente enterrado en la arena, pero me imagino que ya estará hundido, o disuelto, para siempre. A los pies de las dunas había una hilera de veinte caballos de carreras con sus respectivos jinetes, que volvían a los remolques. Es de esas cosas que uno esperaría ver en Irlanda, pero también resulta muy habitual encontrar huellas de pezuñas en la arena de Holkham, donde puedes galopar kilómetros y kilómetros junto al mar.

Nos acercamos a la orilla, atravesando la playa casi desierta, y nos dirigimos hacia el sol naciente, a ratos caminando por el agua, a ratos por la arena, rumbo a Scolt Head y Burnham Overy Staithe. Uno de los grandes placeres de la playa de Holkham consiste en nadar en las lagunas que se

forman en la arena cuando baja la marea. La mayoría son tan someras que solo puedes tumbarte y chapotear en el agua, pero otras superan el metro de profundidad en algunos puntos. A veces están muy calientes, y en una ocasión pisé sin querer un lenguado de Dover en una. No había un alma en kilómetros a la redonda, y llegamos a una laguna particularmente larga y profunda, donde chapoteamos como dos viajeros por el desierto al llegar a un oasis. Mientras observábamos las pequeñas ondas chocando entre sí, Dudley recordó que, de niño, cuando estaba aprendiendo a navegar en Canadá, se preguntaba por qué tal o cual corriente se comportaba de una manera concreta, o por qué había un surco profundo en la arena aquí y no allí. Entramos al mar y, cuando estábamos con el agua por las rodillas, sentimos que el océano tiraba de nosotros hacia un lado y hacia otro: antes de adentrarnos aún más, ambos coincidimos en que, en efecto, eran preguntas importantes. Luego empezamos a nadar a contracorriente, rumbo al sol. El mar modifica nuestras costas con cada marea y cada tormenta, sobre todo aquí, en la costa este de Gran Bretaña. Unos minutos antes, en la playa, había estado buscando la mandíbula de una ballena, del tamaño de un sillón, que el invierno anterior se había quedado clavada en la arena; pero fue en vano: estaría enterrada o se la habría llevado el mar. Holkham te invita a peinar la playa de manera compulsiva. Hay conchas de navaja por doquier, como huesos en una película de *Mad Max*, y los frágiles esqueletos de los erizos de mar encastrados en la arena, con sus diminutos orificios, recuerdan a culos tatuados o máscaras de papel.

Cinco kilómetros más adelante, embocamos el canal que conducía al puerto de Burnham, frente a Scolt Head Island, repleto de botes que iban y venían. Las familias sacaban sus embarcaciones a la arena y hacían pícnicos en las dunas. Nadé hasta la isla solo, esquivando *Lasers* y *Enterprises*, y volví. Sentía el tirón potente de la marea, y tuve que cruzar el canal en diagonal. Si a Nelson le gustara nadar en el mar, aquel sería sin duda uno de sus lugares predilectos, cerca de su Burnham Thorpe natal. Sin embargo, la Marina tenía la política de no fomentar, e incluso prohibir, que los marineros se bañasen. Tradicionalmente, también eran pocos los pescadores aficionados a la natación: la idea era que, si tenías que morir ahogado en un naufragio, mejor

sería no alargar la agonía.

Seguimos el sendero que atraviesa la marisma de Overy Marsh en dirección a Burnham y pasamos al lado de un par de casas flotantes amarradas a los pies de la colina de Gun Hill. Una estaba basada en el diseño original del arca de Noé, y su única ventana miraba al oeste, hacia la marisma. Tenía un letrero: «Esta arca solo es el taller de un artista local. Están invitados a echar un vistazo dentro mientras trabaja. Lo único valioso son las vistas». A juzgar por la ortografía en inglés, dedujimos que Noé era holandés. Aquel no parecía mal sitio, ni muchísimo menos, para encallar después del Diluvio.

Vimos una mariposa revoloteando sobre la siempreviva azul. Yo dije que era un macaón, mientras que a Dudley le parecía una blanca de la col.

—Ahí radica la diferencia entre nosotros —dijo.

Yo no apartaba la mirada del sendero arenoso, confiando en encontrar un lagarto al sol. Lo más probable era que a Dudley le pareciese un palito, pero yo sabría que se trataba de un lagarto. No en vano, estábamos en una de las reservas más importantes gestionadas por la English Nature. La agencia había intentado reintroducir el lagarto ágil en la zona, pero este tiene la poco cooperadora costumbre de comerse a sus crías. En estas dunas también vive el sapo corredor, que gusta de pasar el día enterrado hasta treinta centímetros en la arena y por las noches sale a husmear los restos escupidos por el mar y hurga con avidez entre las algas muertas para tomarse una buena mariscada.

Llegamos nadando a la playa de Burnham Overy Staithe, impulsados por la marea alta, fangosa y tibia, y entramos en un túnel temporal. La gente estaba sentada entre sus botes, con cestas de pícnic y esos termos de la marca Acme, cubiertos de esmalte Hammerite color verde pálido, que pesan lo mismo que una lechera metálica. Una mujer con pantalones cortos de tela color óxido y zapatillas de tela, con una melena rubia y rizada, como la Titty de *Golondrinas y Amazonas*, estaba sacando chalecos salvavidas de un Land Rover Discovery. Nos contó que los lugareños llamaban cariñosamente Dead Man's Pool («la Piscina del Hombre Muerto») al canal por el que acabábamos de llegar nadando. Se conoce que en Burnham son muy dados a las metáforas, y siempre reciben el año nuevo alrededor de una hoguera de barcas viejas.

Una amiga que lleva toda su vida pasando la primavera y el verano en

Burnham Overy Staithe me dijo una vez: «Puedo ver todos los riachuelos en la palma de mi mano». Volvimos paseando hacia Holkham, surcando las olas de siempreviva azul que crecían en el barro de la marisma, cubierto por una capa de sal resquebrajada, hasta que llegamos de nuevo a las dunas y subimos a Gun Hill, donde descubrí un lagarto que disfrutaba del sol delante de una mata de barrón. La vista de aquella extraordinaria y vastísima costa salvaje, que se perdía en la distancia brumosa, nos dejó mudos un buen rato. Cinco kilómetros tierra adentro se divisaba la elegante arboleda de Holkham Park, con su histórico obelisco y la preciosa mansión, bien resguardada del mar, mirando a un lago. Las encinas son el árbol de la zona por antonomasia y, en el siglo XVIII, Thomas Coke, agrónomo vanguardista, las plantó por toda la finca. Según uno de los jardineros de la mansión de Holkham Hall, cuando llegaron los primeros árboles, con un envío de porcelana desde Italia, solo eran bellotas. Las habían usado como una especie de papel de burbujas del siglo XVIII, y Coke pidió a sus trabajadores que se llenaran los bolsillos de bellotas por las mañanas y las plantaran por toda la finca. Hasta que Coke construyó Holkham Hall a mediados del siglo XVIII, apenas había árboles aquí, pero, como luego descubriría el historiador David Dymond, en los veinte años que siguieron a 1781 se plantaron al menos 2 123 090 árboles en unas doscientas noventa hectáreas de finca. Curiosamente, aunque las encinas y los pinos silvestres plantados por Coke constituyen una eficaz protección perenne contra los vientos fríos que soplan del mar del Norte, llegados desde los montes Urales de Rusia, también impiden ver el mar. Y es que, hasta hace relativamente poco, las vistas al mar no se consideraban algo hermoso. Para nuestros antepasados, el mar era temible y había que ocultarlo a la vista. Cuando Humphry Repton proyectó en 1812 la mansión de Sheringham Hall, varios kilómetros al este en esta misma costa, la situó mirando al sureste, de espaldas al mar, a poco más de un kilómetro. Opinaba que «las vistas del mar [...] no deberían ser la primera consideración».

Un poco más adelante, un cartel de English Nature nos informaba, después de saludarnos: «Se pide a los nudistas que se queden en la playa. El nudismo no está permitido en el bosque, ni fuera de las zonas designadas de las dunas». Movidos por la curiosidad de saber cómo serían las «zonas

designadas», Dudley y yo nos pusimos a buscarlas *ipso facto*.

Hay pocas sensaciones más agradables que sentir la arena caliente entre los dedos de los pies mientras caminas por lo alto de una duna. Enfilamos un sendero ondulante, siguiendo las crestas de ese paisaje desértico y silencioso. ¿De verdad no había nadie? Acabamos llegando a una aldea de pequeños paravientos contruidos con la madera arrastrada por el mar en las pendientes de las dunas. Aún no había señales de vida. Vimos pilas de cajas de plástico rojas, amarillas y azules, que pedían intimidación y Dios sabe qué más. Luego, una a una, empezaron a asomarse varias cabezas por las paredes de madera de lo que el poeta Kit Wright ha descrito como «cuencos de la lujuria». Las cabezas fueron desapareciendo con las mismas, y volvió a reinar el silencio. Aquello era como el Somme a mediodía. Estábamos rodeados de decenas de personas en esa madriguera tórrida, pero todas se habían escondido. Y, sin embargo, nos sentíamos observados. Era una sensación rara, que cambiamos sin dilación por la libertad de la playa, a los pies de las dunas.

—Seguro que están absortos en sus libros —observó mi compañero.

Mientras caminábamos a paso ligero hacia el mar lejano, nos topamos con otro cartel de English Nature: «Le advertimos que en esta parte de la playa puede toparse con nudistas». La reveladora elección de las palabras, «le advertimos» y «puede toparse», dejaba muy claro que en las oficinas de English Nature, donde todo el mundo iba bien vestido, un nudista resultaba igual de inquietante que una mina no detonada. Al girar la cabeza y mirar hacia el Somme desde la playa, con el mayor disimulo, vimos que, cada cierto tiempo, algún cuerpo desnudo asomaba de su búnker para vigilar. Era como una escena de *Orejas largas*. Los «desvestidos» eran en su mayoría hombres lechosos, aunque algunos tenían un tono de piel distinto, que iba del poco hecho al bronceado de isla griega. De vez en cuando, solos o en pareja, daban un largo paseo por la playa para refrescarse en el mar. Una atmósfera erótica impregnaba el lugar, y confería a las dunas salvajes y hermosas una sensación de inquietud urbana que, en cierto modo, las vedaba para los demás.

Los carteles y los escalofríos por la desnudez que se palpaba en las dunas daban fe de la eterna confusión británica con relación a los cuerpos. Bien

entrado el siglo XIX, bañarse equivalía a hacerlo desnudo, en especial en los entornos naturales. Tengo la copia de una fotografía sacada en un lago de Victoria Park, Hackney, en 1899: de los cientos de niños que hay en el agua, absolutamente todos están en pelota picada, y no se ve ni una sola niña en la foto. Hasta mediados del siglo XVIII, casi todo el que se bañaba en el mar lo hacía por motivos de salud, pero a lo largo de los siguientes cincuenta años la gente empezó a ir a la playa por placer. La aparatosa máquina de baño victoriana no hacía sino admitir el potencial erótico de bañarse en el mar, y la mera mención de la playa podía ser motivo de guiñitos y codazos cómplices. Esta obsesión típicamente inglesa por los trajes de baño y la semidesnudez fue la razón de ser de las postales marinas de Donald McGill. La encontramos también en el humor grosero de una carta enviada a la *Swimming Times*, fechada en 1930 y firmada: «The Slowbutsure Breast Stroke Swimming Club of Wobbleham Village, Little Loweringham».[3] Y en una circular de ese mismo año de la Federación de Natación Amateur, según la cual los bañadores «deberán carecer de transparencias, ser de una sola pieza, sin aberturas, y quedar como mínimo a diez centímetros de la base del cuello, por delante y por detrás. En cuanto a las perneras, el corte del bañador será en línea recta, alrededor de la circunferencia de cada pierna». E incluso en el reciente campeonato mundial celebrado en Australia en 1997, Steve Zellen fue descalificado por perder el bañador en la salida y seguir nadando. (Luego se justificó ante los jueces diciendo que habría parado de haber tenido que nadar a espalda.)

Los carteles de English Nature que advertían a la gente de que un nudista podía entrar en su campo visual me recordaron un poco a ciertas precauciones, bastante cómicas para mi gusto, que se tomaron en el Vaticano, sobre las que había leído hacía no mucho en un recorte de *The Telegraph* pegado en la pared del despacho de un amigo:

EL VATICANO SE AMOLDA AL TÍMIDO SWAMI

Este fin de semana, el Vaticano ha tenido que tomar unas medidas especiales y particularmente rigurosas para la audiencia del papa con Pramukh Swami, líder espiritual indio que lleva 46 años sin ver a una mujer. Para que no infringiese de forma involuntaria esa regla precisamente en el

Vaticano, el sábado se apartó a todas las mujeres, incluidas las monjas, de la ruta que llevaba al gurú hinduista de 63 años hasta el Palacio Papal y ante la presencia del Santo Padre. El líder de la secta iba acompañado de otros nueve monjes y de un grupo de laicos cuyo cometido consistía en advertirlo a tiempo de la cercanía de una mujer y guiarlo con los ojos cerrados.

Hacía mucho calor y, para no ser menos que nadie, nos desnudamos y nos dirigimos, a ratos caminando por el agua, a ratos nadando, hacia Wells, acompañados de un séquito de ostreros y de varios zarapitos, que correteaban por la arena persiguiendo manjares invisibles con apremio cuando bajaba la marea, soltando grititos ante cada hallazgo. Volvimos a sentir la potente resaca de aquella costa, y comprobamos que en cuestión de segundos se formaban agujeros y canales en la arena. Al bañarte en esa playa sientes el significado literal que hay detrás del verso de Larkin sobre la miseria en *Sea este el verso*: «Se hunde como zócalo marino». Pensé en los dos niños, hermano y hermana, que un año antes se habían ahogado a unos kilómetros de allí, en Holme-next-the-Sea. La familia estaba de pícnic en la inmensa playa y los pequeños se alejaron para jugar o chapotear en el mar distante. De repente, sus padres se dieron cuenta de que los habían perdido de vista y empezaron a buscarlos, cada vez más desesperados. Habida cuenta del miedo actual a los pedófilos, buena parte de la preocupación y la atención policial se centró en un posible secuestro, obviando el que para algunos sería el peligro más evidente: el mar. Resulta imposible saber con certeza qué pasó aquel día, pero lo más probable es que los niños estuviesen jugando inocentemente en el agua tibia de la orilla y que, al caer en uno de esos hoyos que se forman de repente en la arena, dejaran de hacer pie y quedaran a merced de la resaca. A las dos semanas, sus cuerpos aparecieron en la playa de Sheringham, a cincuenta y cuatro kilómetros, arrastrados por la misma e intensa corriente marina que desciende por toda la costa este de Gran Bretaña, acumulando cada vez más guijarros en la playa de Blakeney Point.

Había puntos en que la corriente tiraba tanto de nuestras piernas que casi nos impedía avanzar, y donde nadar habría sido mala idea. Cuando nadábamos, nos percatábamos de lo mucho que nos arrastraba el mar. Pero, al igual que las corrientes, el comportamiento de las olas también varía a lo largo de esta playa y llegamos a una zona poco profunda donde la gente se lo

pasaba pipa cogiendo olas a pelo. Me acordé de Lord Byron, que «se desmelenaba» entre las olas de Lerici, en Italia. Nos lanzamos al agua desnuda y agitada y disfrutamos abandonándonos ola tras ola, felices como los cerdos que una vez habíamos visto en una playa de Citnos.

Habíamos estado navegando por el Egeo en un pequeño velero de madera, rumbo al puerto del extremo norte de Citnos, pero los vientos etesios nos habían apartado tanto de nuestro rumbo que habíamos estado a punto de no llegar a la isla. Después de conseguir doblar por los pelos la punta sur de la isla y cobijarnos en una cala providencial, pasamos una noche inquieta hasta que, al despertar con la aurora de rosáceos dedos, vimos una bahía arenosa y perfecta. No había un alma. Pero la playa no estaba vacía: tumbadas a la sombra de un refugio de hojalata apuntalado con maderos había una docena de cerdas rechonchas, que de cuando en cuando se acercaban a la orilla para darse un chapuzón y revolcarse en el agua. Ojalá aún sean las reinas de la playa.

Siguiendo las huellas de un cochecito que habían empujado más de un kilómetro y medio por la arena, volvimos a Holkham Hall para tomar el té. Entre los grandes tilos y robles del parque había corzos y ovejas y, en las zonas más altas, numerosas perdices y liebres. La población de perdices de la finca no se renueva periódicamente, por lo que su abundancia ha de atribuirse al hábitat. En las fincas de Norfolk siempre se ha cazado mucho, pero también hay kilómetros y kilómetros de buenos setos, elemento crucial para que las perdices críen. Una vez, en la casa de campo de unos amigos, encontré un ejemplar de *El libro de cabecera del cazador*, escrito por un tal «BB», y Holkham aparecía muchísimo en el capítulo de las capturas récord. Quizá no se trate de una lectura de cama ideal para todo el mundo, pero, el 19 de diciembre de 1877, una partida de once personas cazó 1215 liebres; y, el 7 de noviembre de 1905, un grupo de ocho cazadores abatió 1671 perdices. Sin embargo, era una finca cercana la que ostentaba el récord de captura mixta: al final de una sola jornada de caza en Stanford, el 31 de enero de 1889, la partida de lord Walsingham había regresado con un asombroso surtido de faisanes, perdices, perdices rojas, ánades reales, ánades frisos, porrones comunes, porrones osculados, cercetas, cisnes, crías de cisne, becasas,

agachadizas, agachadizas chicas, palomas torcaces, garzas, fochas, gallinetas, liebres, conejos, nutrias, lucios y ratas. Un extraordinario homenaje a la biodiversidad del norte de Norfolk.

A Henry Williamson, autor de *Tarka la Nutria*, le encantaba la abundancia y variedad de animales que había en la región, y pasó siete años viviendo y cultivando la tierra a ocho kilómetros de donde estábamos, en Stiffkey. Cuando Dudley volvió a su casa después de tomar el té conmigo, me dirigí precisamente allí, y monté mi tienda de campaña en un campo que en tiempos de guerra había pertenecido a la Real Fuerza Aérea, desde el que se veían miles de hectáreas de marisma salvaje y el arroyo de Cabbage Creek. Resulta facilísimo perderse en este laberinto acuoso y verse sorprendido por la marea alta.

Desde 1937, Williamson cultivó aquí noventa y cinco hectáreas y sudó la gota gorda para devolver la fertilidad a la tierra estéril de la granja de Old Hall Farm. Dejó constancia de sus peripecias diarias en *La historia de una granja de Norfolk* y en una columna periódica que publicó en el *Evening Standard* entre 1944 y 1945, titulada «Un soplo de aire del campo». Siempre dejaba la columna para el último minuto, y sus dos hijos lo esperaban en la cocina, atándose y desatándose una y otra vez las cordoneras de sus zapatillas de tela, listos para salir escopetados por la carretera de Stiffkey para llegar a la furgoneta de correos de las cuatro y media. El poeta de *Tarka* se bañaba con sus hijos en las lagunas de agua caliente que se formaban en la marisma, a veces a la luz de la luna, después de pasarse doce horas doblando el espinazo en los campos de cultivo.

Al anoecer —o «atenuecer», como lo llaman en el río de la nutria Tarka, el Taw, que discurre por Devon, donde Williamson vivió antes y después de sus años en Stiffkey—, crucé toda la marisma para darme un baño en las Stiffkey Freshes. Una luna rosa intenso se elevó sobre Blakeney Point, cuyos guijarros blanqueados resplandecían al otro lado de la ensenada. Aunque no podía verlas, sabía que había focas no muy lejos de allí, en las playas exteriores. Una fila de pequeños botes amarrados se mecía en el puerto de Blakeney.

Sentí subir la marea en cuanto entré en el agua. Avanzaba a un ritmo sorprendente, a un metro por minuto, cubriendo la arena cenagosa y casi llana, formando un menisco que se extendía cinco kilómetros ininterrumpidos hacia el oeste, hasta Wells. El agua se calentaba a medida que ascendía por los cauces de los canales y los arroyos, que habían pasado todo el día al sol. Estaba en calma, resguardada por el brazo protector de la gran playa de guijarros de enfrente. Me quedé flotando en las aguas de las Freshes, al final de la marisma, entre los bancos de algas, y me dejé llevar por la marea hacia la desembocadura del río Stiffkey, donde había varias casas flotantes, semiescondidas en los arroyos serpenteantes, cerradas y en silencio, oscuras a la luz de la luna. Oía el mar filtrándose en la marisma, remontando cada pequeño canal sinuoso, deslizándose entre los bancos de barro, goteando por ese micelio de arroyuelos, meciendo suavemente el hinojo marino. Hasta los canales más diminutos que surcaban el barro o la arena reproducían el patrón y el movimiento de un gran río.

Mientras estaba en el agua, me imaginé a Williamson convertido en nutria, nadando al anochecer con sus nueve hijos en una de las lagunas de la marisma, donde se oía el rugido y se reflejaban las luces de las alas de los cazas que regresaban a la base aérea de Stiffkey. Luego todo volvería a sumirse en el silencio, como ahora, roto únicamente por los gritos de los niños y las aves de la marisma. Entre las prendas de las niñas, extendidas sobre la siempreviva azul, habría delantales y blusas de fino algodón rojo, por aquel entonces muy de moda en Stiffkey, pues a los chiquillos les chiflaba rastrear las marismas en busca de los preciados retales de tela roja de los paracaídas, que los aviones iban soltando a lo largo del día, a modo de diana, para que los artilleros practicasen, llenando el vasto cielo de nubecitas de humo negro.

Cuando Williamson murió, Ted Hughes fue el encargado de leer la elegía en la misa de acción de gracias en St. Martin-in-the-Fields. Hughes había descubierto y leído *Tarka* a los once años y consideraba que la novela había sido uno de los mayores golpes de suerte de su vida. Durante un año apenas leyó otra cosa. «Entró en mí —dijo— y dio forma y palabras a mi mundo como no ha hecho ningún libro desde entonces. Supongo que ya a esa edad

reconocí que es una especie de libro sagrado, un libro para el alma, escrito con la savia vital de un poeta extraordinario.» Hughes consideraba a Williamson «uno de los poetas ingleses más auténticos de su generación», aunque este jamás publicó un verso. Había tardado cuatro años en terminar *Tarka*, que tuvo diecisiete borradores. Williamson reescribió el capítulo once, que empieza en un manantial de cinco ríos, en la meseta de Dartmoor, treinta y siete veces. Al describirle a Hughes la escritura de esos párrafos, le dijo que «cada palabra era como una esquirla esculpida de mi esternón». Los dos hombres trabaron amistad cuando Hughes, que tenía poco más de treinta años y seguía cautivado por la magia del libro, se mudó al centro de Devon, cerca del río Taw, no muy lejos de donde Williamson, ya sexagenario, y aún bajo el hechizo de *Tarka*, estaba construyendo una cabaña en una parcela que había comprado con el dinero del premio que su libro había ganado hacía años. (Había vendido la granja de Norfolk a finales de 1945, sin poder cumplir su sueño.)

Siempre he admirado a Williamson, no solo por la belleza y la precisión cristalina de su prosa, sino por la base moral de su obra, que manaba del mundo natural y de su apasionado empeño en protegerlo. En ese sentido, iba muy por delante de la mayoría de sus contemporáneos. Hughes describió a Williamson, en aquella misa de luto, como «un indio norteamericano soñador entre ingleses».

Cuando salí del agua, mi sombra se extendía hasta seis metros por la costa repleta de conchas. La luna se estaba elevando hacia una tenue franja de cirrocúmulos, y los charranes, los patos y las aves limícolas se lanzaban reclamos a través de la marisma. Apenas había cambiado nada desde la época en que Williamson, ataviado con un impermeable atado con bramante, conducía por aquí su tractor Ferguson gris, construía tablachos de madera para que el río no inundase sus campos y cazaba anguilas en sus acequias.

[3]. Club de Natación Estilo Pecho Acariciado con Lentitud Pero Decisión, del pueblo de Nalgas Trémulas, provincia de Culo Caído.

BORROW Y THOREAU

Gales del Norte, 14 de junio

Fui a Gales porque es una tierra cargada de magia; porque las montañas Rhinog ofrecen un entorno salvaje donde tendría libertad para moverme como el humo de pipa en un salón de billar, con esa aparente despreocupación con que discurre el agua risueña entre el brezo, las rocas y la turba. Fui allí para alejarme todo lo posible de los poderosos estímulos que, según Wordsworth, nos impiden reflexionar como es debido en los tiempos que corren. Mi único objetivo era perderme por completo; desaparecer en aquellas colinas y lagos de montaña y pasar el máximo tiempo posible sin saber volver a casa. Y, si por el camino me encontraba con lugares donde nadar y darme algún chapuzón, cada cual más fortuito que el anterior, miel sobre hojuelas. Lo mejor de nadar por nadar es que todo se concentra en el aquí y el ahora; ni un ápice de su esencia o intensidad puede escaparse hacia el pasado o el futuro. El nadador se conforma con verse transportado por la corriente, plena de misterios, dudas e incertidumbre. Es como la hoja que cae al río, por fin liberada de los insignificantes designios de su vida.

Me llevé el ejemplar de *Gales salvaje*, de George Borrow, que perteneció a mi tío abuelo Joe, donde el autor narra una ruta de tres semanas que hizo por el país en el verano de 1854. Borrow, que fue un nadador y un excursionista consumado, puede ser bastante insoportable. No hace más que posar constantemente en la página, como posaba en la vida, y por lo general su

prosa es más ardua que los rincones más salvajes de Gales. No obstante, su grandilocuente fascinación por la historia y el lenguaje (le gustaba definirse como un «maestro de la palabra») y su auténtica y genuina curiosidad por la vida de las gentes del campo y de los gitanos hacen muy difícil no prestarle atención, y al final acaba ganándose al lector.

Borrow nadaba en todas las estaciones del año y por todos los rincones de los Broads de Norfolk, donde vivía, y también en el mar del Norte cuando se mudó a Great Yarmouth. Si no lograba conciliar el sueño, o se aburría de la visita que tenía en casa, caminaba cuarenta kilómetros hasta Norwich y, después de descansar un rato en casa de su madre, emprendía el trayecto de vuelta. Medía metro noventa, tenía la melena blanca y una espalda enorme, por lo que llamaba mucho la atención al pasar por Great Yarmouth con su sombrero y su abrigo largo de piel de oveja, acompañado de su criado, Hayim Ben Attar, y a lomos de su corcel árabe azabache, Sidi Habismilk. En el verano de 1854, Borrow emprendió su ruta por Gales llevando solo un pequeño morral de piel con «una camisa de lino blanco, unas calcetas de estambre, una cuchilla de afeitar y un libro de oraciones». Ese ejemplar de *Gales salvaje* acompañó a mi tío abuelo Joe en su celda de la cárcel de Parkhurst, en la isla de Wight, en 1892, mientras cumplía condena a los veinte años, falsamente acusado de ser un peligroso anarquista. Me he imaginado muchas veces a aquel joven idealista leyendo el libro en su celda, soñando con la libertad de los amplios caminos y las colinas.

Las montañas Rhinog se extienden treinta kilómetros hacia el sur en paralelo a la costa, desde Snowdonia hasta Barmouth Sands. Monté en el coche en Stiffkey y puse rumbo a aquella tierra sin rutas. Llegué de noche y acampé a orillas del mar, en la playa de Shell Island, al sur de Harlech, donde había quedado con mi primo Adrian a la mañana siguiente para hacer la primera excursión, con baño en aguas salvajes incluido.

Empezamos el ascenso en los Roman Steps, una escalera natural de piedras más o menos planas que en su día era una ruta comercial a través de las Rhinog. Nos dirigíamos a los *llynys*, «lagos de montaña» en galés, que se encontraban más arriba. Quienes conocen bien estas montañas, como Adrian, están acostumbrados a la ausencia de senderos, y, después de darnos un buen

tute, por fin llegamos hasta el altivo Llyn Du. Justo al otro lado, tras un ascenso casi vertical de unos doscientos metros, se veía la cima de Rhinog Fawr, con sus setecientos quince metros de altura. La brisa fresca que subía por la ladera desde el mar rizaba la superficie del lago, que tendría unos trescientos y pico metros de largo y la mitad de ancho. El agua estaba opaca y negra bajo la sombra inmensa de la cumbre. A juzgar por la pared casi vertical de la otra orilla, donde la montaña se zambullía en el *llyn*, debía de ser un lago muy profundo. Estábamos a más de quinientos metros sobre el nivel del mar y, a pesar de la ropa de montaña, teníamos frío. Mi primo empezó a tiritar y, a falta de traje de neopreno, optó por dejar pasar aquella deliciosa oportunidad.

Había esperado ese momento con auténtica emoción. Me deslicé en el agua aterciopelada desde una roca y empecé a nadar, suspendido sobre una profundidad que de repente me pareció vertiginosa. Estaba gélida. Me alejé de la orilla y atravesé aquel abismo, tragando aire y nadando a toda velocidad, en dirección a una pendiente de roca gris y agrietada en el otro extremo del lago rizado, mientras mi imaginación, como de costumbre, fantaseaba con la compañía que podría tener debajo. A pesar del frío, fue un baño precioso, y la neblina gótica intensificaba mi mezcla de asombro y sobrecogimiento. Me tranquilizaba ver la silueta de Adrian, jefe del departamento de Educación Física en un instituto de Gloucester, recortándose al otro lado del lago. La mayor parte de la roca de esas montañas data del período Cámbrico, hace cien millones de años. Las montañas y esta tierra son lo mismo: cámbricas y Cambria. Los siguientes dos tipos de roca más antiguos, las ordovícicas y las silúricas, llevan el nombre de dos tribus bretonas que vivieron en la zona fronteriza de Gales.

Cuando llegué al centro del lago, me coloqué boca arriba y nadé a espalda para enfrentarme a la oscura presencia de la montaña. Me acordé de la expresión «profunda como Inglaterra», del poema *Lucio*, de Ted Hughes. Puede que Gales sea más profunda si cabe. Parecía un animal prehistórico, con mi traje de neopreno resplandeciente, y me quedaría fosilizado en cuanto dejase de nadar. Salí del lago encaramándome a una gran pendiente de roca gris, en la otra orilla, y subí un poco más para disfrutar unos segundos de las

vistas, antes de que el viento empezara a morder. Volví al agua lanzándome de cabeza desde la roca: mi salto de mayor altura hasta la fecha. La obligación de no dejar de moverme en ningún momento me impedía pensar en el agua gélida, y mi cuerpo se fue acostumbrando a la temperatura en cuanto cogí el ritmo de la braza, frenético al principio, hasta que empecé a relajarme. Dudo que me hubiese atrevido a bañarme en ese lago de haber estado solo. Cuando salí del agua hacía mucho más frío; aquel no era sitio para quedarse remoloneando a cuerpecito gentil. Los dos teníamos claro que la siguiente etapa, para entrar en calor, debía ser el asalto a la cumbre de Rhinog Fawr. El cielo se había despejado casi por completo, y las vistas se iban abriendo. Tomamos unas onzas de chocolate y emprendimos la ruta en espiral que ascendía por la ladera norte de la montaña hasta llegar a la cresta suroeste, y de ahí a la cima. Mientras escalábamos los últimos metros de roca caótica el cielo acabó de despejarse, y pudimos disfrutar de las vistas del mar y de la costa hasta la isla de Anglesey, bañada por el sol, y de las otras montañas Rhinog, que se extendían hacia Barmouth Sands, al sur: Rhinog Fach, Y Llethr y Diffwys.

Luego bajamos por una ruta circular hasta el siguiente lago, Gloyw Llyn, que nos lanzaba guiños desde abajo. Seguimos un arroyo que al principio era un hilillo de agua titubeante entre las rocas y las matas, pero que no tardó en convertirse en un torrente de pleno derecho. Ya empezábamos a quejarnos de lo cenagoso de la ruta, mientras bordeábamos una serie de pequeñas cascadas, cuando descubrimos una poza clásica: una pequeña piscina verde en forma de pera, resguardada por una ladera herbosa en una orilla, con una pared inclinada y musgosa que salía del agua en la otra, recubierta de aulagas y demás hierbas atrofiadas. Allí la temperatura era más agradable, y los dos estábamos sudando. El sol había salido y brillaba a través de la lente de agua, bañando en oro los guijarros del fondo turboso. Nos quitamos la ropa y nos zambullimos en el agua, que nos cortó la respiración. La poza tenía más o menos un metro de profundidad y el espacio justo para nadar, como en una cinta de gimnasio, a contracorriente. Cada segundo duraba una eternidad. Ninguno de los dos se quedó más de un minuto en el agua, y salimos a toda prisa por la orilla rocosa, entre doloridos y resplandecientes.

Un busardo volaba en círculo sobre nuestras cabezas. Vio dos siluetas bajando la montaña, entre el musgo esfagno y la hierba algodонера, hasta llegar al gran lago, Gloyw Llyn, ahora bañado por el sol. Las vio subir a un saliente rocoso, quitarse la ropa que se acababan de poner y zambullirse en el lago. Mientras se elevaba hacia el sol, el ave observó los dos cuerpos pálidos y desnudos cruzando el lago una y otra vez, y saltando varias veces desde una roca al agua clara y profunda. Luego se alejó, volando sobre la montaña.

En la bajada pasamos por una antigua arboleda de robles atrofiados: tenían tal capa de musgos y líquenes que recordaban a esos quesos que se quedan en el frigorífico más tiempo de la cuenta. El segundo lago en el que nos habíamos bañado era más del doble de grande que el primero y estaba casi igual de frío, y aún disfrutábamos de los efectos de su agua suave y rigurosa. Había sido el mejor baño del día.

Volvimos a la civilización y cenamos en el Victoria Inn de Llanbedr, uno de esos sitios donde Borrow podría haber cenado. Para mi desgracia, y la suya, Adrian tenía que volver a su casa esa noche. Iba a echar de menos su ingenio y su forma de marcar el paso.

—¿Quieren algo más? —nos preguntó la camarera mientras recogía la mesa.

—¿Qué nos recomienda? —respondimos.

—Nada, la verdad.

Después de cenar, volví a la montaña y acampé en el extremo más alejado de otro lago, Llyn Cwm Bychan, en una pequeña península atravesada por un río, donde pacían las ovejas. Dos semanas antes, el nivel del agua había subido tanto que habría sumergido mi tienda casi un metro. Cuando llueve aquí, el agua cae en cascada desde las montañas. Era el sitio ideal para un chapuzón mañanero. Me quedé un buen rato tumbado en la orilla del lago bañado por la luna, imaginándome a Borrow ahí, reflexionando sobre los agradables episodios de su día.

Siempre sueño mucho cuando acampo, sumido en ese dulce descanso que sigue al ejercicio y al esfuerzo físico. «Los sueños se están volviendo obsesivos, y ni siquiera sé si debería confesarlos —escribí en mi cuaderno—. Ya casi solo sueño con ríos, mares, mareas y lagunas.» Desde lo alto de mi

península, mientras el río susurra a través del terreno herboso, sueño que nado en un canal tranquilo y negrísimo, a los pies de un muelle adoquinado de techo alto, como una pagoda. Al final del muelle, las puertas de madera de una esclusa se pierden en el agua profunda; al otro lado de la esclusa hay algo, no sé qué es, pero tenemos que recuperarlo. Estoy con un amigo de la infancia y con los demás miembros de mi versión onírica de Los Cinco. Esto es una violación de la propiedad privada en toda regla. Uno de nosotros va a tener que avanzar sigilosamente por el muelle hasta la esclusa, zambullirse y llegar al otro lado. Yo soy el encargado de bucear, y desciendo y desciendo por el agua verde, intentando franquear esas puertas imponentes, pero nunca descubro lo que hay al otro lado porque en ese momento me despierto.

Me desperté al amanecer de un día despejado y, tras meterme en el lago desde mi península, nadé a través de la neblina brumosa que aún flotaba sobre la superficie. Thoreau describe la laguna de Walden a esa hora del día: «Al levantarse el sol, la veía desprenderse de su vestido nocturno de niebla, y aquí y allá se revelaban sus suaves rizos o su lisa superficie reflectante, mientras las brumas, como espíritus, se retiraban furtivamente en todas direcciones hacia los bosques, como si concluyera un conventículo nocturno».[4] Evocación maravillosa e inconsciente de esas escenas que le encantaba pintar a Courbet, con mujeres desvistándose para entrar al agua.

Al estudiar el mapa, había visto varios ríos, una cascada y un lago prometedores en las tierras altas, así que me puse en marcha y empecé a ascender entre los helechos. Hay tantos en las Rhinog que todas las ovejas llevan hojitas enredadas en la lana, como soldados camuflados. Vi una borrega parada ante dos grandes rocas con forma de queso de cabra y con la separación justa para que el animal pudiera pasar, y empecé a comprender la relación que Henry Moore veía entre las ovejas y las rocas. El escultor concebía las ovejas como rocas animadas, creadoras de su propio paisaje. Al pastar en los páramos y las montañas, mantienen las formas —la luz y la sombra— claras, nítidas y bien definidas, como restauradores de cuadros medio calvos que trabajan constantemente para mejorar cada detalle. Los rectángulos negros de las pupilas se hunden en sus ojos, del color y la textura de la piel de rana, y recuerdan a las enormes bañeras que se ven en las granjas

de por aquí; bloques de pizarra de dos metros de largo, ahuecados para el baño. El motivo por el que los granjeros hacen tal cosa es un auténtico misterio, puesto que en cada arroyo se forman pozas y bañeras naturales que te invitan a «lavarte la noche», expresión de William Morris para referirse a las abluciones matinales de sus caballeros en *Las aguas de las islas encantadas*.

Subí a lo alto de un *cribin*, o *moel*, un afloramiento rocoso redondeado con vistas al valle, y, para resguardarme del viento, me senté en un huequecito a los pies de un tronco. Allí arriba, al lado de cada árbol hay un hueco del tamaño y la forma de una oveja, donde las raíces están expuestas y pulidas, después de que generaciones de animales se hayan acomodado entre ellas. Estaba sentado en el primero de una serie de montículos que ascendían por la cresta de la montaña, con rocas recubiertas de mullidos cojines de hierba. Estaba a la altura de las copas de los espinos blancos, serbales y fresnos que crecían en las laderas y lomas verdes. El trino de los pájaros se oía por doquier; también el tono ascendente de la bisbita, como una rueda oxidada al girar, y el chillido de un busardo que apareció de repente en el cielo. Los colirrojos volaban de un árbol a otro, siguiendo la línea que trazaría una cuerda floja tendida entre ellos. La economía del vuelo es lo que lo hace tan hermoso: observemos al vencejo, que apenas parece mover las alas, o al busardo, que planea y asciende con el impulso de las columnas térmicas. El colirrojo mueve las alas lo justo y necesario para ir de A a B, y siempre se posa con un batido ascendente, controlado en todo momento. De hecho, los pájaros siempre se posan elevándose hacia una rama o una cornisa, nunca descendiendo.

Me quité las botas y me tumbé para disfrutar del sol. La tierra, que sonaba hueca, aún estaba húmeda, y mis gafas, que había dejado a un lado, no tardaron en empañarse. Con la cara a ras de la hierba, observé cómo un vapor finísimo ascendía desde los cúmulos de flores diminutas, donde pululaban los insectos: tormentila amarilla, uva de gato, salvia, tomillo, acedera, brezo ceniciento, innumerables hierbas, musgos, listera ovada y galio de roca, ahora «galio arrugado» porque me había tumbado encima.

Seguí deambulando entre aquellos montículos hasta toparme con la entrada de una cueva, de la que se elevaban una docena de genios vaporosos,

retorciéndose bajo los rayos del sol caliente que golpeaban el suelo húmedo y turboso, tapizado por las cagarrutas de las ovejas que debían de cobijarse ahí dentro, apretujadas. Metí la cabeza y los hombros y esperé a que los ojos se me acostumbrasen a la oscuridad de la cueva; luego usé el reflejo de mi reloj de pulsera, un sol diminuto que bailaba por las paredes, para ver hasta dónde se adentraba en la colina. La cueva estaba llena de siglos de cagarrutas y tenía entre cinco y seis metros de largo; el techo formaba un arco de pizarra perfecto, de metro y medio de altura, y de las paredes despuntaban restos de madera podrida. Podría haber entrado a gatas, pero la idea de arrastrarme entre mierda de oveja, por lo que fuese, no acababa de convencerme. ¿Sería una mina de pizarra, una mina de plomo o una tumba? Había visto un círculo de piedras a menos de un kilómetro de allí.

No muy lejos de la primera encontré otras dos entradas a cuevas, ambas casi obstruidas por montones de tierra suelta y protegidas por zarzas, cardos y dedaleras. Ese terreno, prácticamente virgen y desierto, era digno de *Animal acorralado*. Tomé nota mental y me dije que, de pasar por una crisis política o personal en un futuro, podría esconderme ahí, como hace el protagonista anónimo del *thriller* en Dorset, y vivir a base de bayas y carne de carnero, en comunidad con las comadreas. También allí había una cámara circular de paredes de piedra, sin techo, y, más arriba, otros tres túneles que se adentraban en la colina. Estos eran mucho más practicables, de metro y medio de ancho y metro y pico de alto, y estaban revestidos de pizarra, que me goteó en la cabeza cuando me adentré para explorarlos. Una lavandera salió de repente de un nido con cinco huevos blancos moteados, escondido entre un arbusto de salvia y una lengua cervina al lado de la entrada, y pasó rozándome la mejilla. Avancé a gatas unos seis metros, hasta que el túnel giró a la derecha, sumiéndose en la oscuridad más absoluta; entonces me puse nervioso y retrocedí con cautela, temiendo de repente un desprendimiento que, a todas luces, no se había producido en varios siglos.

No había ni rastro de esos túneles en el mapa, y me alegraba que fuesen un misterio. De hecho, me parecía infinitamente preferible que no apareciesen en el mapa, ni ahora ni nunca. Se trataba de uno de esos sitios mágicos que la

gente del norte de Grecia denomina *agrafa*, «lugares no escritos». Son los rincones remotos y secretos de los montes Pindo, en la frontera con Albania y Macedonia, que sus habitantes borraron del mapa ex profeso para no pagar impuestos a los ocupantes turcos. No me cabe duda de que Borrow habría llamado a la puerta del granjero más próximo para conocer de su boca la historia de esas excavaciones. Su curiosidad es loable, a qué negarlo, pero en ocasiones también se antoja impertinente y desdeñosa. Preguntaba a perfectos desconocidos qué opinión tenían de su señor, si sus padres aún vivían o cuál era su religión. Que al parecer siempre le diesen respuestas francas dice mucho de la buena educación de las gentes del Gales rural.

Estaba remontando un afluente del lago, colina arriba, y llegué a una confluencia. Tomé el ramal izquierdo, siguiendo un precioso y rápido arroyo, de un metro y pico de ancho, que ascendía por la ladera escarpada en una serie de cascadas, de entre medio metro y tres metros de alto. Discurría a los pies de un muro de piedra que miraba al sur y hacía de caja de resonancia natural para su canto, un acorde continuo compuesto por las notas graves del agua que caía en las cavidades de la roca y el contrapunto de los rápidos, más agudos. Acompañado de esa serenata, me refresqué en una poza alimentada por una cascada, cuya forma y orientación me permitían reclinarme de cara al sol de la mañana mientras el agua me caía en los hombros. Al echarme un poco más hacia atrás, sentí toda la potencia del chorro gélido en la nuca, sensación que solemos asociar al agua caliente y al sillón del peluquero, y que resulta extraordinariamente tonificadora. Al otro lado de la cortina de agua se entreveía el exuberante follaje de las hepáticas. Las vistas de la cuenca montañosa eran espléndidas, y no me había cruzado con un alma en toda la mañana. Encastrados entre las rocas había viejos postes de madera de avellano que la corriente había ido erosionando hasta convertirlos en obleas, como quien dice: solo quedaban los nudos y las vetas de la madera. Cogí la tableta de chocolate medio derretido que había dejado solidificándose en el agua y me sequé al sol calentito en un periquete.

Mi siguiente baño fue a unos trescientos metros sobre el nivel del mar, a los pies de una montaña conocida como Clip, en las aguas más templadas del Llyn Eiddew-mawr, desde el que se veían los grandes bancos de arena del

estuario de Porthmadog. El lago, de unos ochocientos metros de largo, era cristalino, y el fondo marrón y turboso se perdía en las profundidades insondables. El sol llevaba todo el día dando en el agua, y fue muy agradable cruzar el lago de un extremo a otro, y vuelta, porque además había entrado en calor con el ascenso. Ya era la hora del té, y me tumbé en la orilla para tomar nueces, dátiles y galletas, preguntándome si aquel lago habría cobijado alguna vez al Afanc, una criatura que, según cuentan, vivió hace muchos años en los lagos galeses. Borrow creía que se trataba de un cocodrilo, y otros aseguran que era un castor. El mito dice que Hu el Poderoso, inventor de la agricultura y líder del antiguo Cymru, consiguió sacar al Afanc del agua, con la ayuda de su yunta de cuatro bueyes, y lo desterró. Sin duda, en su día debió de haber castores en los lagos galeses; y, en una época remotísima, también cocodrilos. Borrow, cavilando mientras paseaba a orillas de un lago como este, se convenció de que, si se buscara en sus profundidades, «podrían encontrarse reliquias del cocodrilo y del castor». «Qué dichoso sería — continúa— si por un momento, por breve que fuera, pudiese convertirme en un cingalés, para adentrarme en este lago y, sumergiéndome hasta lo más profundo, intentar descubrir las maravillas que acaso descansan bajo su superficie.» Yo me había adentrado en el lago, pero no me sumergí. Puede que el Afanc fuese una especie de plesiosaurio, un animal de cuatro o cinco metros que se parecía a un cocodrilo, cuyo esqueleto fosilizado fue descubierto en el verano de 1844 en Kettlewell, en la costa de Yorkshire, y ahora está colgado en una sala del Whitby Museum.

Bajé de la montaña siguiendo uno de los enormes muros de piedra, algunos de hasta dos metros y medio de alto, que surcan este terreno accidentado y cuya única finalidad parece ser de tipo estético. Solo los más largos podrían tener una función, como linde o recinto para las ovejas. Se dice que estos muros los construyeron los prisioneros de guerra franceses capturados en Waterloo, y rodean los vastos «campos», de entre treinta y cuarenta hectáreas, situados en las laderas y cimas de las montañas. El esfuerzo debió de ser titánico; y conservarlos también será un trabajazo. No pude evitar acordarme de la unidad de hernias del hospital de Harlech. Tiene que ponerse hasta arriba los días de mercado.

Se oía el murmullo del agua risueña, a más de un kilómetro colina a través, y al cabo de un rato también la vi caer, blanca y resplandeciente, por una pared de roca negra de nueve metros, que recordaba a un castillo con goteras. Sintiéndome ya un estríper, dejé la ropa sobre un arbusto de arándanos y escalé hasta lo alto de la cascada. El agua espumosa borbotaba a través de una morrena de peñas enormes y se deslizaba por la pendiente de roca de cuarenta y cinco grados, negra en las partes húmedas y violeta en las secas. Me tumbé en la piedra inclinada para que el agua me pasara por encima, y luego nadé a contracorriente en una poza bastante grande, más abajo. En esa zona el agua discurría por todas partes y, más tarde, entre los restos de un asentamiento, encontré una fuente dentro de un templete de piedra cubierto de helechos. Me agaché para beber, sintiendo el poder que impregnaba el lugar. La sensación de una presencia délfica resultaba tan palpable que no me habría extrañado enterarme de que el oráculo había salido a almorzar. Las casas eran diminutas, de no más de 2,5 metros cuadrados. Las paredes de una seguían en pie, y también el hogar. A un lado del antiguo sendero que bajaba por la colina encontré el tramo de tomillo silvestre más exuberante que he visto en mi vida. Ninguna de aquellas ruinas aparecía en el mapa, lo que hizo más emocionante si cabe el hallazgo.

Bajé por el margen rocoso y me metí en el arroyo, que en ese punto atravesaba una garganta en miniatura adornada con los intensos tonos rosados del brezo, el helecho, la uva de gato, el tomillo, la aulaga y la pequeña tormentila amarilla. Seguí la corriente, que descendía por una escalera de cascadas y pozas, algunas lo bastante profundas para nadar, intercaladas con tramos rectos y rápidos entre grandes paredes rocosas. De vez en cuando, el arroyo giraba abruptamente a izquierda o derecha, y el agua se estrellaba contra la roca, salpicando y levantándose como una anguila sobre su cola. Luego se fundía con otro y bajaba casi en paralelo a un barranco, y yo con él, deslizándome o arrastrándome, ora vadeando, ora nadando, zambulléndome y surfeando, hasta que me dejó en una poza de agua profunda y arremolinada. Un poco más abajo, un sicómoro solitario hacía de centinela en un campo lleno de botones de oro y margaritas mordisqueadas por las ovejas, al lado de una cascada y otra poza, larga y profunda, que descansaba entre bloques de

roca negra, donde nadé a contracorriente y me quedé flotando en el agua negra y cristalina. Acampé allí y dejé mi toalla secándose en las ramas del sicómoro. Me preparé un té delicioso con el agua del río y, después de devorar el pan, el queso de cabra y las hojas de ombligo de Venus, me sumí en un sueño profundo, arrullado por el canto de la cascada, de Minnehaha, el Agua Risueña, la mujer de Hiawatha, vigilado por las sombras oscuras de los menhires en las colinas.

El graznido de un cuervo en el cielo me despertó en mitad de un sueño disparatado sobre lo que E. M. Forster, en *Regreso a Howards End*, denomina «Borrow, Thoreau y la tristeza». Saqué medio cuerpo del saco de dormir, como una larva de tricóptero, bajo la curiosa mirada de una oveja tímida y de su cordero. A orillas de la poza formada por la cascada había una construcción en ruinas, sin techo, y un muro de contención curvado, con una cancela. Caí en la cuenta de que allí debían de lavar a las ovejas. Eso explicaría la presencia del sicómoro solitario, que sombreaba la zona en la que había acampado, y del acebo nudoso cuyas ramas colgaban sobre el río, señal para los pastores. Quizá también por eso fuera el único sitio de todas las Rhinog en el que había encontrado margaritas y botones de oro: lo habitual era verlos en los pastos de las tierras bajas, pero las ovejas habrían subido hasta allí sus semillas o raíces.

Fui directo a la poza, que tenía unos dos metros de profundidad, y me zambullí como una oveja autónoma. Nadé hasta la cascada y me quedé ahí flotando, bajo el agua tonificadora, como una gaviota que sigue a un barco. Luego vadeé un poco río abajo, sorteando las peñas desperdigadas y espumosas, hasta llegar a la siguiente poza, en una garganta de roca musgosa y resplandeciente, atravesada por un puente de piedras de dos metros colocadas sobre el agua como los dinteles de Stonehenge: un *jacuzzi* natural de lo más salvaje. Las distintas corrientes me zarandeaban en todas direcciones, y salí del agua aturdido, con las pilas recargadas. Preparé un té en el hornillo y empecé la mañana a base de más queso de cabra y pan. Aunque no fuese un desayuno digno de George Borrow, que en ocasiones tomaba huevos, chuletas de cordero, salmón cocido y en escabeche, trucha frita y gambas en conserva, aquel paraje lo hacía especial, con su pasto en

forma de comilla salpicado de botones de oro, rodeado por el muro de piedra que sostenía el antiguo sendero en pendiente y cuya anchura se iba estrechando, desde un metro y medio hasta desaparecer, con un diseño al que un arquitecto moderno daría su visto bueno. Seguro que no estaba basado en ningún proyecto, pero las proporciones y la sensación de armonía con la arquitectura del agua, las rocas y los árboles eran exquisitas. Quienquiera que lo hubiese construido había «consultado al genio del lugar», como diría Alexander Pope. Era un sitio muy peculiar, como un teatro griego, que había sido moldeado por los años de uso y que ahora estaba más hermoso si cabe por encontrarse en ruinas y en un sitio tan recóndito. No había visto un alma humana en treinta y seis horas, solo ovejas y la imponente presencia de las Rhinog, cuyos picos se perdían entre las nubes aquella mañana. Podría haberme quedado allí días y días, mapa en mano, camino del siguiente lago de nombre impronunciable, de agua indeciblemente fría.

[4]. En Henry David Thoreau, *Walden*, Madrid, Errata Naturae, 2013.
Traducción de Marcos Nava García.

LAS PISCINAS PERDIDAS DE LAS MALVERN

Las colinas de Malvern, 17 de junio

A la mañana siguiente salí de Gales atravesando las Montañas Negras en mi coche, rumbo a las colinas de Malvern, en busca de manantiales y piscinas al aire libre. Había leído que, en la década de 1930, el promotor y productor teatral Barry Jackson estrenaba en el Festival de Malvern las obras de George Bernard Shaw, para las que llegó a traer a sesenta críticos teatrales de Londres, en tren e incluso en avión. Shaw pasaba aquí dos o tres semanas en agosto para caminar por las colinas y deleitarse a diario en las piscinas alimentadas por manantiales. Bañarse era una de las pasiones de GBS, aunque a veces cambiaba las aguas frías de Malvern por los paseos en su coche, en compañía del reparto, a las colinas o al spa de Droitwich, donde disfrutaba del agua caliente y salada antes de volver a Malvern para la función de esa noche, con la barba aún rígida por la sal. Los actores debían de pasar un miedo atroz en el viaje de vuelta: Shaw era un pésimo conductor, y tenía la disléxica costumbre de pisar el acelerador de su Rolls-Royce cuando quería frenar.

Ningún otro lugar de Gran Bretaña tiene, ni de lejos, la abundancia de fuentes naturales que se encuentra en Malvern, y en el siglo XIX la localidad se transformó deliberadamente en una ciudad balneario. Está situada en la ladera este de una cadena de colinas escarpadas, en una serie de terrazas con elegantes villas victorianas, cada una con su correspondiente jardín

espacioso. Mientras escudriñaba los mapas en busca de posibles baños, me pareció que tenía toda la pinta de ser un paraíso para los amantes del agua. De hecho, el agua mineral de Malvern es famosa al menos desde 1620. Por aquel entonces ya se embotellaba, mucho antes de que Jacob Schweppe empezara a vender el agua de Holy Well, el «Pozo Sagrado», en 1850. En esas colinas verdes y escarpadas hay más de sesenta manantiales y pozos, pero muchísimos más han quedado en ruinas o han caído en desuso desde la década de 1940, si no antes. Inspirado por las historias de los paseos en góndola y los baños nocturnos en las piscinas, emprendí el arduo ascenso del sendero que lleva a la cima del Worcester Beacon, donde en su momento se podía tomar el té en el Beacon Café, antes de que unos vándalos lo redujeran a cenizas en 1989. Durante el festival de teatro, se ofrecían paseos en burro por estos senderos. Confiaba en mirar hacia la ciudad desde allí arriba y localizar las piscinas resplandecientes, pero no había ni rastro de ellas. Aunque aún sobrevive una en la zona de Dingle, convertida en jardín hundido, ninguna recibe ya bañistas. En lo alto de las colinas de Malvern, con la ropa seca, me consolé imaginando a Shaw, con sus pantalones bombachos de *tweed*, paseando por aquí con su amigo Elgar, y al poeta Langland, que escribió *Pedro el labriego* mientras contemplaba Worcestershire alrededor de 1377. Con los primeros versos del poema, Langland había dejado grabada en mi imaginación la idea indeleble de que las faldas de sus Malvern debían de estar repletas de piscinas prometedoras:

Una mañana de mayo, en las colinas de Malvern...

Me tumbé para observar el agua

Y caí dormido, arrullado por su dulce murmullo.

Pero lo único que encontré en Malvern fue una «piscina recreativa» cubierta. Abandonada toda esperanza de bañarme en las piscinas perdidas, decidí ir en busca de los chorros, bombas de agua, fuentes, pozos y manantiales varios que abundan por la zona. El primer manantial superviviente que encontré caía a una pila de piedra por un caño de hierro. Se trataba del Chance's Pitch Spout, y me sumé a la fila de tres o cuatro hombres que esperaban con sus garrafas de plástico para rellenarlas. Mientras

charlábamos, pensé en lo sociables que siempre han sido los pozos, las bombas y los manantiales. Abrir el grifo en casa es una experiencia social mucho menos gratificante. El agua, que sorbí de mis manos ahuecadas, tenía un sabor purísimo, sin ese horrible regusto a hierro y azufre que siempre he asociado a los spas, y estaba fría: brota en distintos puntos de las colinas de Malvern a unos constantes ocho grados.

Descubrí mi siguiente manantial en una pequeña hondonada rodeada por una cerca, en un campo a los pies de una pendiente escarpada y resbaladiza que atravesaba un bosque en la ladera oeste, cerca del hotel British Camp. Allí me encontré con un par de zorros, que parecieron igual de sorprendidos que yo. El macho huyó espantado, pero la hembra y yo nos quedamos mirándonos dos minutos de reloj. No pensaba moverme antes que ella, aunque nos pasáramos ahí la mañana entera. Luego se giró para alejarse lentamente, arrastrando sus patas traseras paralizadas. Yo me quedé un buen rato al lado del manantial, oyendo su borboteo, demasiado impactado para moverme, mirando la hierba exuberante y abierta por donde había desaparecido la zorra moribunda, preguntándome cuánto tiempo sobreviviría.

En su día, miles de personas enfermas o infelices acudían a Malvern y sus manantiales en busca de una cura. Tennyson fue después de una neurastenia, y dijo que ese sitio lo había «medio curado, medio destruido». Florence Nightingale pasó allí el agosto de 1897, y Charles Darwin llegó deprimido e incapaz de escribir, pero quedó tan convencido de la eficacia de su tratamiento que volvió otras tres veces. Los clientes del spa paseaban por las colinas de Malvern, probando el agua de sus manantiales. Era famosa por su poder curativo, además de baja en minerales, por lo que también pudo desarrollarse otro tipo de tratamiento con agua en la ciudad. En 1842, dos médicos, los doctores Wilson y Gully, introdujeron la hidroterapia en Malvern. Su método se basaba en el trabajo del hijo de un campesino de un rincón remoto de la Silesia austríaca: Vincent Priessnitz.

La hidroterapia se remonta a la época clásica, pero fue Priessnitz quien la rescató y la popularizó en la primera mitad del siglo XIX, fundando el primer centro de tratamientos con agua en la granja de su familia en Grafenberg, un pequeño pueblo de montaña, a ciento ochenta metros de altitud y doscientos

cuarenta y cinco kilómetros al este de Praga. Como Malvern, el pueblo está rodeado de manantiales de agua de mineralización débil y ofrece el estímulo adicional de unas extenuantes rutas por las colinas. A los dieciocho años, una carreta atropelló a Priessnitz y le rompió muchísimos huesos. Recibió un tratamiento tradicional de la zona, que consistía en envolver su cuerpo maltrecho con tiras de lino empapadas en el agua fría del manantial, que había que cambiarle continuamente. A las dos semanas, o eso se cuenta, Priessnitz ya estaba en pie y podía andar, y en menos de un año había vuelto al trabajo.

Además de la dificultad del propio viaje hasta Grafenberg, muy cerca de la frontera polaca, los pacientes del nuevo centro de Priessnitz tenían que dormir en habitaciones espartanas, con las ventanas abiertas de par en par en las noches de invierno. Te despertaban a las cuatro de la mañana y te envolvían del cuello a los pies en lino empapado. Te dejaban alrededor de una hora momificado, sudando de frío, y después te metían en una piscina de nueve metros, con el agua a entre seis y diez grados, dos o tres minutos. A las seis de la mañana ya estabas caminando por el bosque, y a la vuelta te esperaba un desayuno de pan integral y fresas, seguido de una cabezadita. Luego te despertaban para subir al bosque, donde te dabas una ducha al aire libre: habían encauzado un arroyo de montaña hacia una tubería, montada en una estructura de madera, de la que caía una cascada de seis metros. Te colocabas debajo y su aporreo gélido te daba una especie de masaje. De vuelta al centro, bebías agua de los manantiales. A Priessnitz le gustaba que sus pacientes bebiesen entre veinte y treinta vasos al día. Cada cual mataba el resto de la mañana como quería, tallando madera en su habitación o quitando nieve a paladas. Luego, poco antes del almuerzo, pasabas un cuarto de hora sentado en una pequeña bañera de agua fría. Para comer había col, pepinillos y agua mineral; después una siesta, y a las cuatro otra ducha en el bosque, a las siete baño frío, cena a base de pan, mantequilla y leche y, a las nueve y media, a la cama se ha dicho. Para más inri, junto con el alta te daban una cuenta nada desdeñable, pero Priessnitz aseguraba curar los dolores de gota en un día. El sanatorio, conocido como la «Universidad del Agua», sigue en pie en Grafenberg, y enfrente se erige una estatua de Priessnitz con el espíritu

del agua fría. En 1997, uno de los pacientes intentó volarla de un bombazo.

El relato del régimen diario de Grafenberg nos llega de un tal capitán Richard Claridge, que se hospedó allí en 1841, después de pasar dos meses en Florencia sin poder moverse por culpa de algún tipo de dolencia artrítica. En sus tres meses de estancia se bebió 1500 vasos de agua de manantial y caminó 1600 kilómetros, y salió como un hombre nuevo. Aquel año, más de 1500 pacientes pasaron por Grafenberg, y al año siguiente los doctores Wilson y Gully importaron su propia versión del tratamiento a Malvern, con idéntico éxito. Darwin quedó tan impresionado que al volver a casa se construyó su propia ducha de agua fría: no había día que no se diese un baño gélido. Y también George Bernard Shaw y Benjamin Britten se pasaron toda su vida bañándose en agua helada a diario.

Recientemente, el doctor Murray Epstein ha vuelto a estudiar los efectos del agua fría en el organismo, con ensayos clínicos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Miami, en el marco de un programa de investigación de la NASA; y también el doctor Vijay Kakkar, director del Instituto de Investigación para la Trombosis de la British Heart Foundation. Que unas personas vivan en el Sáhara y otras en Siberia sugiere que los seres humanos tenemos una gran capacidad para adaptarnos a los climas fríos y cálidos. El hipotálamo regula la temperatura del cuerpo desde el cerebro y, cuando metemos los pies en agua fría, el cambio de temperatura se transmite a través de los termorreceptores de frío de nuestra piel. De hecho, los pies son la parte del cuerpo con más termorreceptores de frío, y es posible que por eso los usemos instintivamente para probar el agua antes de bañarnos. El hipotálamo reacciona a ese estímulo ordenando la contracción de determinados vasos sanguíneos para desviar la sangre de la piel, la grasa y los músculos hacia los órganos internos, y así conservar el calor. También envía hormonas a la glándula pituitaria, que a su vez controla la actividad de tiroides, páncreas, riñones, testículos y ovarios. Cuando nos sumergimos por completo en agua fría, el hipotálamo envía señales a todo nuestro cuerpo para modificar el metabolismo y prepararlo para hacer frente a una emergencia; que, hablando en términos primitivos, sería huir o luchar.

En los experimentos clínicos con «humanos preadaptados al frío», los

voluntarios seguían una rutina de doce semanas con baños fríos a diario, con sesiones que pasaban paulatinamente de cinco a veinte minutos. En una de las pruebas, empezaban a bañarse a veinticuatro grados, pongamos, y la temperatura del agua se iba reduciendo día tras día hasta los quince, lo bastante fría para la observación científica. A lo largo de esas doce semanas se hacían electrocardiogramas a los voluntarios y se medía su presión arterial; también se analizaba la calidad de su sangre. En todos los casos, sin excepción, se descubrió un descenso de la presión arterial y el colesterol. Los pacientes adelgazaban, perdiendo grasa y músculo, y a los investigadores les sorprendió descubrir que, aunque se pensaba que con el agua fría la sangre tendería a coagularse, ocurría justo lo contrario: la viscosidad del plasma sanguíneo se reducía, y aumentaba la presencia de otros anticoagulantes. Además, quizá lo más interesante, al salir del agua se incrementaba el número de linfocitos y glóbulos blancos en la sangre, lo que a su vez fortalecía el sistema inmunitario. La mayor producción de tiroxina contribuía a aumentar el nivel de oxígeno en sangre, al que iban asociados un beneficioso aumento en el grosor del miocardio y un descenso de la frecuencia cardíaca. También se descubrió que el agua fría estimula sobremanera la producción de plasminógeno, una poderosa enzima que disuelve los coágulos de sangre antes de que se acumulen y puedan provocar infartos o derrames cerebrales. Además, como beneficio adicional, se descubrió que potenciaba la producción de testosterona en los hombres y de estrógenos y progesterona en las mujeres, lo que aumenta la fertilidad y estimula la libido.

Estos resultados otorgan cierta credibilidad a la defensa de los baños fríos en algunos colegios privados de Inglaterra, siguiendo el adagio de *mens sana in corpore sano*, aunque ignorasen el presunto efecto sobre la libido. Resulta irónico pensar que aquellas duchas frías en el colegio o en el ejército en realidad potenciaban el deseo y aumentaban la fertilidad de los jóvenes del país.

La moda de la hidroterapia se extendió por toda Europa, y en la década de 1850 la revista estadounidense *Water Cure Journal* ya contaba con más de ciento ochenta mil suscriptores. El mismo año en que los dos médicos llegaron a Malvern, dos emprendedores construyeron sendos centros de

hidroterapia, más elegantes y completos, en Ilkley y Matlock. Aquello era un negociazo. Seis años antes habían abierto los baños salados de St. Andrews Brine Baths, en un bonito edificio con armazón de madera a diecinueve kilómetros de Malvern, en Droitwich. Muchísimos de los pacientes llegaban por prescripción médica, y en realidad tenían depresión (como era el caso de Darwin y Tennyson). Con la promulgación de las Leyes de los Psiquiátricos de 1828 y 1845, la gente ya no podía ingresar voluntariamente y sin certificado para recibir tratamiento, por lo que empezó a recurrirse a los spas y las curas de agua.

En los antiguos jardines de invierno de Malvern descubrí una fuente abandonada, con cuatro espíritus del agua de bronce sentados, con gesto abatido, en el borde de la pila de mármol seca. El consejo municipal había mandado demoler en su día una ornamentada fuente victoriana en memoria del doctor Wilson, por lo que era muy probable que los espíritus del agua hubiesen abandonado la ciudad y sus piscinas fantasma desde entonces, reacios a ser embotellados por Schweppes. A la tarde siguiente decidí seguir el ejemplo de George Bernard Shaw y me acerqué en coche a Droitwich para darme un chapuzón calentito y salado.

Droitwich está al lado de Bromsgrove y de los acaudalados barrios periféricos de Birmingham, y desde la carretera se veían los capiteles góticos del majestuoso hotel Impney, donde pernoctaron una vez el señor Shaw y su señora. Los Brine Baths están en el centro de la localidad, en un edificio nuevo, enfrente del hospital privado. Los St. Andrew's Brine Baths originales, justo al lado, con su magnífica entrada de estilo Tudor, se han convertido en un centro de información turística. Droitwich conserva ese aspecto próspero de una antigua ciudad balneario: las casas de estilo georgiano y Tudor y el hotel Worcestershire Brine Baths, con su armazón de madera, hablan de tiempos pasados y gloriosos. Estaba claro que, antaño, la calle mayor era más espectacular que ahora, y es probable que contara con uno de los Sainsbury's originales, con mostradores de auténtico mármol, paredes de azulejos y carniceros con corbata, delantal y pelo gris encerado, nada de sombreros pork pie de plástico.

Aún se respira algo de ese ambiente al entrar en los Brine Baths. Te reciben

unas mujeres afables y eficientes, con su delantal blanco recién planchado, y hay un surtido infinito de grandes toallas de baño y batas blancas. Después de envolverme con una por encima del bañador, entré en la sala caliente y un poco teatral de los baños. Se me acercó Suzannah, una de las blancas asistentes, y me ofreció una mesa al borde de la piscina y un té. Las luces intensas recordaban a un plató. Suzannah me explicó que, para beneficiarme al máximo de los baños salados, tenía que estar al menos cuarenta minutos en el agua. Además de los beneficios fisiológicos en articulaciones y columna, gracias a la ingravidez total que se experimenta, la inmersión en agua salada también rebaja la tensión arterial, y sus efectos duran varios días. En verdad te sientes de maravilla al salir.

La piscina salada mide doce por seis metros y se eleva un metro sobre el suelo, por lo que se hace una entrada digna de la realeza, subiendo unos escalones y cruzando un puente, para luego descender al agua de densidad asombrosa: cuando entré tuve que hacer mucha fuerza con los pies para evitar que flotasen como patitos de plástico. Los baños siempre han estado a la misma temperatura desde que el spa se inauguró: treinta y tres grados. La piscina cubre entre uno y dos metros, y es imposible hundirse. Pasar allí cuarenta minutos no iba a suponer ningún esfuerzo. Si hacía el muerto y estiraba los brazos, las manos flotaban en el agua. Cuando me ponía en vertical, la línea de flotación me atravesaba el pecho, a la altura de las axilas. Descubrí que podía impulsarme de un lado a otro de la piscina con la cabeza y los hombros fuera del agua, como Neptuno. También puedes reclinar la cabeza y flotar en el agua saladísima como un astronauta, en un estado de ingravidez total. Las piernas tienden a asomar por la superficie, y los pies sobresalen cómicamente. Si se pudiera caminar sobre las aguas, estas serían ideales para hacerlo.

La sal se abre paso hasta las abrasiones más minúsculas, como tuve ocasión de comprobar: tenía un picotazo de abeja en el muslo desde hacía dos días, y empezó a escocerme lo que no está escrito. Aquel era, sin lugar a dudas, un sitio para bañarse, que no nadar: todos mis intentos por avanzar a braza acabaron en revolcones bochornosos. Así pues, dedicas el tiempo a moverte por la piscina como una colchoneta humana, poniendo la oreja para oír las

conversaciones ajenas. Hay jarras y vasos de agua dulce en el borde de la piscina, por si te entra agua salada en los ojos o te cae en la cara. Hay que llevar cuidado para no salpicar. De tirarse de cabeza, me imagino que ni hablar: podrías romperte un hueso.

A primera hora de la mañana, antes de abrir sus puertas al público a las diez, los fisioterapeutas del hospital privado contiguo tratan a sus pacientes en esas aguas. Muchos están en rehabilitación, después de una operación de espalda o rodilla, y la aseguradora privada bupa envía a muchos de sus clientes a ese hospital, por lo mucho que los baños aceleran la recuperación. Por sorprendente que parezca, el hospital original, de la sanidad pública, contaba con una piscina de hidroterapia, pero no usaba salmuera, por lo que sus pacientes tenían que llevar manguitos para flotar. El agua salada viene de lujo para tratar los cristales que se forman en las articulaciones artríticas, y hay muchos clientes habituales que acuden un par de veces por semana, incluso más, y consiguen auténticos beneficios. No obstante, al menos la misma cantidad de gente va por el mero placer de la experiencia. Conocí a una pareja de madre e hija que estaban pasando la tarde juntas, y uno puede tirarse tranquilamente ahí todo el día, si le apetece, leyendo los periódicos, tomando café y entrando y saliendo de la sauna, las duchas y los baños. Las demás bañistas eran sesentonas que formaban corrillos y pasaban el rato como Pedro por su casa, disfrutando del cotilleo.

La sal es completamente natural; de hecho, en un principio la fuente de la prosperidad de Droitwich era su explotación minera, y buena parte de la inversión para fundar el spa provenía de John Corbett, el dueño de la mina. El agua del spa se bombea desde un pozo a mitad de la calle mayor, y hoy día se purifica. Pero en los antiguos baños, con su precioso techo de vigas, sus piscinas revestidas de teca y sus paredes de chapa ondulada, el agua tenía su tono marrón natural, «el color del canal», según Sylvia, la recepcionista, que se bañaba allí hasta que cerró en 1972. A la sazón, el agua se mantenía a treinta y tres grados con el vapor de una caldera de carbón. Los bañistas se separaban por sexos, y se les permitía estar veinte minutos en la piscina; luego los envolvían en toallas calientes, como bebés indios, y pasaban otros veinte minutos sentados en un cubículo.

Los turistas alemanes y japoneses se quedan a cuadros cuando visitan las antiguas ciudades balneario de Inglaterra: Bath, Leamington o Cheltenham. En Europa hay unos mil spas, de los cuales trescientos veinte están en Alemania; allí, el 40 % de todas las «noches de hotel» que se contratan corresponde a los spas. En el siglo XIX había unos doscientos en el Reino Unido, y en 1946 aún quedaban diez. Ahora no hay ninguno, a excepción de los de Droitwich y Buxton, de uso médico limitado. Así las cosas, lo más preciso sería decir que a la mañana siguiente me desperté en la ciudad de Cheltenham, no de Cheltenham Spa.

Empecé el día con la experiencia más parecida a un spa que aún hay disponible en la zona, al margen de beberse un vaso de San Pellegrino en un café: un chapuzón matutino en la clásica Sandford Lido, abierta en 1935, en pleno apogeo de las piscinas descubiertas. Vi la fuente y la columnata simétrica de su pabellón reflejadas en el agua azul y tranquila mientras entraba en el recinto, junto con varios bañistas madrugadores con el pase de temporada, y pude disfrutar de la grata experiencia de ser el primero en zambullirse en la uniformidad perfecta del agua y hacer un largo completo solo.

Mientras nadaba, me acordé de una anécdota que me había contado un amigo de Norfolk, Oliver Bernard. Una calurosa tarde en el colegio, pidió a sus alumnos que escribieran las diecisiete sílabas de un haiku, y reparó en un chaval que no dejaba de mordisquear su lápiz, incapaz de empezar. Dijo que «escribir no era lo suyo». Oliver le preguntó qué le gustaba, y él respondió: «Nadar». Entonces escribió:

*Agua clara en paz,
Me lanzo y la perturbo,
Suben burbujas.*

Todos los movimientos que se producían en la piscina de Cheltenham estaban controlados por el perro del encargado, un Jack Russell terrier blanco con una sola mancha color jengibre, que le daba cierto aire de payaso. Sin embargo, nos dejó claro de inmediato que era un perro muy serio, y que no toleraría tonterías por nuestra parte. Una placa en la pared conmemoraba los

sesenta años de la piscina en 1995, y en ese aniversario de diamante nombraba como invitado de honor al señor Raymond Green, que se ganó su lugar en la historia al ser el primero en comprar una entrada. También vi un interesante gráfico con el número de bañistas por año: habían tenido 76 816 en 1988, pero en el caluroso verano de 1959 llegaron a bañarse allí 201 000 personas.

En 1800, antes del *boom* de los spas, el pueblo de Cheltenham apenas superaba los 3000 habitantes, pero en 1821 ya tenía un teatro, salones de reunión, una concurrida calle mayor y el cuádruple de población. Estaba sumido en una dura pugna con Leamington, otra ciudad balneario que ofrecía atracciones similares y que hasta la década de 1780 había sido un mero pueblecito. Bath era la tercera ciudad más grande de Inglaterra en 1810, con una población de 40 000 habitantes, y contaba con tres cafés, por los dos de Cheltenham (uno para las damas y otro para los caballeros). Las clases medias pasaban de ser visitantes a residentes. Los «centros de remojo», como los denominaba William Cobbett, estaban bajo la dirección llena de espíritu y afán innovador de las comisiones de mejora, y de los que él llamaba «charlatanes que se ríen por lo bajini». Cheltenham era extraordinariamente competitiva. Contrataban a un maestro de ceremonias que organizaba y publicitaba los bailes y un panorama social hiperactivo. Había clubes, bibliotecas de suscripción, un registro social, hoteles, alumbrado público, instituciones de enseñanza, como el Cheltenham Ladies' College, iglesias nuevas y médicos pudientes. El spa inauguraba nuevas atracciones sin cesar, como la «Villa de las Fuentes de Montpellier», la «Fuente de Mármol Sulfúrea Imperial de las Damas» y, en 1818, el hipódromo de Cheltenham. Cobbett prefería evitar los spas en sus viajes rurales. Para él, allí se concentraba «toda la vileza, estupidez y vulgaridad». «Siempre que llego a un sitio así —decía sobre Cheltenham— me dan ganas de taparme la nariz.»

Aún iba en busca de las auténticas náyades de los spas, por lo que esa tarde resolví acercarme a Bath. Mi intención original, en las sesiones de natación cartográfica en la biblioteca de la Universidad de Cambridge, era empezar el viaje precisamente en las termas romanas de Bath. En ese momento, comenzar en la capital termal británica parecía tener todo el sentido del

mundo: Bath ha sido la Meca de los bañistas desde el siglo I, como poco. Sin embargo, cuando llamé para informarme sobre la posibilidad de bañarme en las termas, me dijeron que ni hablar. Al parecer, el manantial estaba contaminado por una bacteria amante del azufre y nadie podía acercarse al agua. Parecía un destino adecuado para una ciudad que Alexander Pope denominaba «pozo sulfúreo» y que Cobbett consideraba un «quiste». Al igual que en Malvern, solo quedaba una piscina recreativa cubierta, e incluso esa había pasado el verano anterior cerrada porque el Ayuntamiento la privatizó y la nueva empresa había quebrado en menos que canta un gallo. Los vecinos de Bath, ante la repentina liquidación de sus baños públicos, se habían visto obligados a ir a Bristol o Chippenham, a menos que quisieran bañarse en una poza del río, en Claverton, donde el Avon y el Frome pasan pegados; o en el propio centro de la ciudad, debajo del puente Pulteney. Los miembros de la universidad, mientras tanto, podían usar su flamante piscina olímpica de cincuenta metros. A pesar de todo, ese patrón en las instalaciones acuáticas de la ciudad —negligencia seguida de renovación— parece ser histórico, y se remonta al menos hasta los romanos, por lo que Bath, con el apoyo de la Lotería Nacional y la Millennium Commission, está lista para relanzar su imagen de spa moderno.

Durante la época de apogeo más reciente de Bath, entre los siglos XVII y XVIII, la gente se pasaba las horas sumergida hasta el cuello en las aguas naturales, calientes y sulfurosas de las termas romanas, sentada en suaves piedras colocadas a distintas alturas. El hospital benéfico llevaba un registro médico meticuloso, pues allí trataban a «una plaga de trabajadores parálíticos, que crece a diario». Eran en su mayoría trabajadores del plomo y pintores, que padecían un tipo de envenenamiento por plomo llamado «parálisis del pintor». Empezaba como un dolor abdominal y acababa degenerando en una parálisis. Los riñones de los pacientes, que bebían pinta y media del agua nauseabunda de las termas y se pasaban mucho tiempo a remojo, se beneficiaban del efecto diurético natural de la inmersión y en consecuencia excretaban el plomo unas cuatro veces más rápido. Al final del tratamiento, los registros médicos clasificaban a los pacientes en cuatro columnas: «Inapropiado» (es decir, aún enfermo), «Mejorado», «Curado» o «Muerto».

De los 244 pacientes cuyo tratamiento se supervisó en 1778, casi la mitad se curó y el 93 % mejoró. No obstante, para la mayoría de las personas que se mudaban a Bath, los placeres mundanos pesaban más, con toda probabilidad, que los beneficios de sus aguas. En su visita, allá por 1724, a Daniel Defoe le pareció «una ciudad turística más para los sanos que para los enfermos; los baños no se toman tanto por prescripción médica cuanto por ocio y diversión; y la ciudad es un frenesí de rifas, juegos de azar, visitas sociales y, en suma, todo tipo de galanterías y ligerezas».

¿Por qué acabaron abandonándose los spas? El principal motivo fue la llegada del ferrocarril, que hizo más accesibles las atracciones rivales de las localidades costeras: bañarse en el mar se puso de moda en el siglo XIX y se creía que era bueno para la salud. Además, el ferrocarril también llevó a la clase trabajadora a los spas, y una parte de las clases medias más ricas evitó aquella ingrata intrusión trasladándose a otras localidades balnearias europeas, como Marienbad o Baden-Baden. Brighton, antaño ciudad balneario que incluso contaba con hipódromo, se convirtió en un destino tremendamente popular para la clase trabajadora. Encontrarme aquella sucesión de piscinas perdidas y de pozas secas fue como toparse con varios pubs cerrados seguidos. Decidí abandonar los spas desiertos e ir en busca de aguas de pura sangre.

NATACIÓN TRIBAL

Worcestershire, 6 de julio

Fui al valle de Evesham para conocer a una tribu familiar de bañistas fluviales que me había escrito después de leer en el periódico uno de mis artículos sobre los placeres de la natación. Su carta venía acompañada de la postal de un molino, en una isla en el río, al lado de una presa con su estanque, con una nota por detrás: «Aquí es donde nadamos». Me invitaban a pasar unos días con ellos en el río.

Fladbury es un pueblecito que queda a unos kilómetros de Evesham, río Avon arriba. No el Avon de Bath, ni el Avon de Hampshire, sino el Avon que pasa por Stratford-upon-Avon. El Avon de Shakespeare. Siguiendo las indicaciones, enfilé una callejuela entre dos casas, cerca del prado a la entrada del pueblo, y llegué a la orilla del río, a la altura de una pequeña presa. Reconocí la antigua casa del molino, de ladrillo rojo y tres pisos, al otro lado. Había una campanilla colgada de un sauce. La hice sonar y esperé, tal y como me habían indicado mis anfitriones. Dos niños aparecieron en la otra orilla y se acercaron trabajosamente en una batea, que impulsaban tirando de un cable tendido entre los dos márgenes. Subí a bordo de un salto y me transportaron al otro lado, donde me recibió Judith, mi anfitriona.

Había entrado en el sueño de todo nadador. Vi a varias personas repantigadas en la parte superior de la presa, medio cubiertas por el agua, leyendo o tomando el sol, mientras otras remaban por el río en sus pequeños

coracles, nadaban, buceaban o, sencillamente, estaban por ahí sentadas en bañador. Parecía un club de ratas de agua recién salido de las páginas de *El viento en los sauces*. En el molino caben veintiocho personas, repartidas por toda una gama de camas y literas distribuidas por incontables dormitorios y buhardillas. Los niños me enseñaron la casa, subiendo y bajando pequeños tramos de escaleras, entrando y saliendo por un laberinto de habitaciones, hasta que me mareé.

La carta de Judith abordaba la cuestión del derecho a bañarnos en nuestros ríos. La Agencia de Medio Ambiente le había escrito sugiriéndole que la familia cometía una irresponsabilidad al bañarse en el Avon, como llevaban haciendo alegremente varias generaciones. A Judith le molestó tanto el tono condescendiente, y la insinuación de que bañarse en el río era cosa de chiflados, que estaba planteándose empezar una campaña para reivindicar nuestros derechos.

Hacía un tiempo ideal y la temperatura del agua era tolerable, así que, mandando las precauciones a tomar viento fresco, Judith y yo nos encaminamos río arriba, debatiendo sobre nuestra preocupación común: el derecho a bañarnos en la naturaleza. Saltamos desde un viejo embarcadero de piedra al agua verde y transparente de dos metros de profundidad, justo por encima de la presa, y, con la irresponsabilidad que nos caracterizaba, nadamos a braza varios cientos de metros contra la corriente, hasta llegar a un puente. A todo el mundo le gusta tener un punto fijo hasta el que nadar; incluso a quienes cruzan el canal de la Mancha. Los senderistas tienen sus horizontes y sus cumbres, y los nadadores cuentan largos, o van hasta el puente, o el sauce, o hasta tal bote anclado, o hasta la otra punta de la bahía. Regresamos acompañados por la suave corriente, y pasamos junto a los jardines traseros de las casas, con sus embarcaderos, y varios barcos estrechos atracados.

Cuando volvimos a zambullirnos desde el muelle del molino, sentimos el agua fría bajo la capa de la superficie, más tibia, y nos dirigimos de nuevo río arriba, pasando junto a la fila de barcos.

Judith es miembro de una gran familia de cuáqueros, dueña del molino desde hace años, y ahora lo comparte con sus hijos y sus amigos, que

reservan fines de semana o semanas enteras para evitar saturarlo. He ahí una familia unida con una pasión común por el agua y una manera peculiar de hacer las cosas. La construcción de coracles es una de sus tradiciones familiares, y en la planta baja, pegado a la cocina, estaba el cobertizo, con los pequeños botes de piel colgados de las cuatro paredes, como sombreros; una *curragh* más grande, una canoa Rob Roy original de madera y una canoa canadiense de madera acanalada y lona. El constructor de cada coracle le daba su toque particular al diseño tradicional, y grababa su nombre o sus iniciales en el asiento de madera. Varios niños estaban en el río, subidos al asiento de sus pequeños botes, y se impulsaban moviendo y girando el remo con gran pericia. El coracle, que no pesa mucho más que un periódico enrollado, se desliza sobre la superficie como los escribanos de agua plateados, que en verano se concentran en las aguas tranquilas. Uno de los deportes familiares es el polo en coracle, y también hacen una especie de combate en el que tienes que conseguir que tu rival pierda el equilibrio. Probé a subirme en una de esas cáscaras flotantes y acabé en el río en un abrir y cerrar de ojos.

Luego Judith fue un momento a la cocina, a buscar la carta de la Agencia de Medio Ambiente. Me senté con los pies en el río y la leí:

Me siento en la obligación de ponerla al tanto de los considerables riesgos que conlleva bañarse en el río Avon.

En su cuenca alta, el río pasa por una serie de pueblos grandes y ciudades industriales, como Rugby, Coventry, Warwick y Leamington. Eso implica que, inevitablemente, se vierte al río un gran volumen de aguas residuales tratadas, que, en los momentos de menos caudal, puede representar hasta el 80 % del caudal total del río. A pesar de los exigentes estándares para su tratamiento, esa elevada proporción de aguas residuales implica cierto riesgo de contaminación bacteriana, y mucha gente que se baña voluntaria o involuntariamente en el río Avon acaba padeciendo trastornos intestinales.

El riesgo más funesto de bañarse en un río es el de contraer una leptospirosis que derive en la enfermedad de Weil, que puede ser letal. Los médicos de los niños deberían estar al corriente de ese riesgo y, a partir de ahora, seguir con particular atención cualquier síntoma gripal.

Además, en todos los ríos se forman corrientes que pueden resultar peligrosas, tanto en la superficie como en el agua más profunda, en particular en las inmediaciones de las presas, motivo de la muerte trágica e innecesaria de muchos bañistas cada año.

Le recomiendo encarecidamente que eviten que los niños se bañen en el río, y sugiero que los lleven a alguna piscina local. Si no es posible, deberían estar siempre vigilados por un adulto con

formación, y habría que explicar los riesgos a los niños, a sus padres y a su médico de cabecera.

Todos los niños que conocí en el molino me parecieron excelentes nadadores, y muy diestros en el manejo de los botes. (Me habían dejado a la altura del betún con sus coracles.) Los más pequeños llevaban chalecos salvavidas, como es natural, y los mayores sabían nadar de sobra y cuidaban de los demás. La carta parecía la triste aceptación del fracaso de la agencia en su objetivo de cumplir con la misión para la que había sido creada.

En cuanto al «riesgo funesto» de contraer la enfermedad de Weil, o de ahogarse, el informe *Peligros para la salud vinculados al uso recreativo del agua*, publicado recientemente por la Autoridad Sanitaria Regional del Suroeste, concluye que la diversión, el placer y la emoción que la mayoría de nosotros experimentamos en el agua superan, con mucho, los limitados riesgos para nuestra salud. La enfermedad de Weil es el arma secreta de todas las fuerzas oscuras que se oponen a que la gente se bañe en la naturaleza. Suena tan sumamente funesta al pronunciarla que, de no haber existido ya, sin duda la habrían inventado Steven Spielberg o Ray Bradbury. La causa una bacteria del género *Leptospira*, presente en la orina de ratas, ganado y perros, que entra al cuerpo humano a través de los cortes o abrasiones en la piel, o por las mucosas de «boca, nariz y conjuntiva». Ante la preocupación pública sobre la enfermedad, el doctor Robin Philip, epidemiólogo de la Universidad de Bristol, evaluó el riesgo para los «usuarios del agua con fines recreativos» del Reino Unido. Y lo que descubrió fue que el riesgo de contraer la enfermedad de Weil, y morir a causa de ella, es menor en ese grupo (bañistas incluidos) que en la población británica en su conjunto. Sostiene que:

Cada año se registra en el Reino Unido una media de 2,5 casos de enfermedad de Weil asociados a los baños y a los deportes acuáticos (es decir, un caso al año por cada dos millones de usuarios del agua con fines recreativos). Dado que la tasa de mortalidad de esta enfermedad en el Reino Unido es de un 10-15 %, las probabilidades de morir por un caso de la enfermedad de Weil asociado a los baños y a los deportes acuáticos es de aproximadamente 1 por cada 20 millones de personas expuestas (es decir, un caso cada cuatro años en el Reino Unido).

El doctor Philip analizó todos los casos de la enfermedad entre 1982 y 1991, y la mayoría de los afectados no eran «usuarios del agua con fines recreativos». De hecho, los granjeros y los agricultores parecían el principal

grupo de riesgo. Y concluyó: «A pesar del gran número de personas que practican actividades y deportes acuáticos, el riesgo de contraer la enfermedad, y morir a causa de ella, parece menor entre los amantes de las actividades acuáticas que en la población general».

Cuando la Unión Británica de Piragüismo estudió los posibles riesgos en nombre del millón de piragüistas del país, que, como es natural, se mojan en los ríos con cierta frecuencia, descubrió que el riesgo de que un piragüista contraiga la enfermedad es de 1 entre 200 000, y que, si un piragüista hace caso a los consejos preventivos que se dan a todos los usuarios de ríos y lagos (hay que ir al médico ante cualquier síntoma gripal), tiene muchísimas menos probabilidades de contraer la enfermedad de Weil que de morir en un accidente de tráfico cada año (1 entre 9600). Calculan que el riesgo de que un piragüista muera por culpa de la enfermedad de Weil ronda el 1 entre 333 000.

Volvimos al agua y nos bañamos un rato al lado de la presa. Judith me enseñó los cambios que hizo la Agencia de Medio Ambiente para reforzarla: había un sinfín de detallitos desacertados, o que no casaban con el lugar. El pequeño peldaño sumergido en la pared del muelle, crucial para salir del agua, ya no estaba. Llevaba ahí toda la vida, y ahora la madre de Judith lo echaba en falta cuando se bañaba. Lo habían sustituido por una horrenda escalerilla de hierro sin consultar a la familia. La parte superior de la presa, donde se sentaban en el agua, ya no era tan cómoda como las antiguas baldosas y te dejaba el culo cuadrado. La familia tenía intención de revertir todos los cambios, hasta el peldaño. Me quedé un buen rato sentado en la presa fresca, entre los piscardos que nadaban, titubeantes, junto al agua espumosa, por la que a veces la familia baja en su *curragh* al estanque del molino.

Aún se puede saltar al río desde la ventana de la habitación del primer piso, y los asideros de hierro situados en la esquina de la casa que se unía con la presa estaban desgastados y pulidos por varias generaciones de manos. En la pared de la cocina había fotografías de la familia a remojo, disfrutando de un pícnic flotante en el río, con mantel y todo. También cumplen la tradición, una vez al año, de sacar la mesa del comedor a la presa y almorzar en medio

del río. Judith y su familia son unos auténticos anfibios, que han nadado en el Gran Lago Salado de Utah, entre las moscas de la sal, y en el río Snake de Colorado.

Judith me explicó que, con el paso de los años, han notado un cambio en la fluctuación del nivel del agua. Antes, el río crecía y bajaba con suavidad. Cuando llovía, el agua se filtraba mansamente en los campos, y se drenaba poco a poco hacia los arroyos y las acequias serpenteantes, que iban a parar al río. Judith vio más de una vez a su abuela preparar la comida en botas de agua porque la cocina estaba inundada, y toda la familia tenía que trasladarse al piso de arriba mientras el río pasaba por la casa. El molino estaba diseñado para soportar las riadas, y contaba con desagües en la fachada trasera. En cambio, ahora el río puede crecer de forma abrupta en cuestión de horas, porque hay asfalto y hormigón por todas partes, y un sistema de drenaje de los campos muy eficaz. Los arroyos se han convertido en canales de hormigón rectos; en las antiguas praderas de inundación se han construido supermercados e incluso casas, por lo que el agua no tiene más remedio que ir al río, que se inunda en muy poco tiempo. En las riadas más recientes, el nivel del agua había llegado a la altura de la mesa de la cocina, un barco había roto una ventana y el ferri había bajado por la presa. En la planta baja había cieno por doquier, y se manchaban todos los sillones. Judith se había resignado a pasar «dos o tres años con polvo por todas partes».

A menudo, un buen baño mejora en compañía, y a veces en soledad. La misma persona puede nadar por motivos distintos en días diferentes. Ese es sin duda mi caso. En ocasiones, el placer de la natación radica en el silencio y la soledad; a veces en la comunión con la naturaleza; y otras, cuantos más amigos se unen, mejor te lo pasas. Al igual que ocurre en cualquier deporte moderadamente peligroso, cuando nadas en compañía, como cuando escalas o haces senderismo, la unión aporta seguridad. Pero la unión también hace la fuerza cuando se pone en entredicho tu derecho a bañarte en tal o cual sitio.

Los amantes de los baños en la naturaleza, sobre todo en las zonas más salvajes, siempre han tenido las de perder, y comparten cierta vulnerabilidad ante los rigores de los elementos y las estaciones y ante quienquiera que intente evitar, en un exceso de entrometimiento, que arriesguen el pellejo o

importunen a las truchas. Nadar sin estar bajo techo se considera hoy día una actividad ligeramente subversiva, como tener un huerto o reivindicar el derecho de caminar por cualquier sendero o montar en bicicleta. Sin duda seduce a las almas libres, por eso la conversación siempre es tan grata en los pequeños parlamentos improvisados que se forman a orillas de un río, en la playa o en el borde de una piscina, cuando coinciden dos o tres bañistas, como si la fluidez del agua fuera contagiosa. Y por eso los clubes de natación, las piscinas al aire libre y las zonas de baño extraoficiales son sitios tan agradables.

* * *

A la mañana siguiente, en la encapotada Cirencester, Betty, la señora encargada del torniquete de la piscina descubierta climatizada, cogió mis dos libras y, acto seguido, crucé el pequeño río por la vieja pasarela de hierro. Me dijo que se estaban planteando cerrar a mediodía por el tiempo. Me apresuré a zambullirme en la deliciosa agua, suave y tibia, y empecé a nadar mi milla: cincuenta y seis largos en la piscina de veintiocho metros. Estuve un buen rato solo. Cuando iba más o menos por la mitad, el fondo de la piscina se iluminó de repente con los reflejos veteados de las pequeñas olas, como en un cuadro de David Hockney, y sentí el sol en la espalda. Los encargados tomaron la decisión espontánea de dejar abierta la piscina un ratito más, sobre todo porque había empezado a llegar un goteo de bañistas, mujeres en su mayoría, que iban de aquí para allá en grupitos, charlando.

La piscina no ha cambiado mucho desde que un grupo de empresarios la construyera en 1870. Al principio, bombeaban el agua gélida desde un pozo cercano con una máquina de vapor, pero estaba tan fría que espantaba a los bañistas, y optaron por recurrir al agua más «caliente» del caz del molino. La piscina climatizada y mixta llegó en 1931. Hasta entonces, las piscinas se llenaban el domingo por la mañana y se vaciaban el sábado por la tarde. A principios de semana, el agua estaba dolorosamente fría. «Con suerte, catorce grados, pero trece casi siempre», según una de las antiguas alumnas del

instituto, a las que cada martes obligaban a marchar hasta la piscina, donde las traumatizaban con el agua helada durante quince minutos eternos. A finales de semana la temperatura podía subir a diecisiete o dieciocho grados si había hecho buen tiempo. No usaban cloro, así que los sábados, cuando el agua estaba sucia y cubierta de hojas y de una peliculilla verde, bañarse era gratis para quien lo soportase.

Un grupo de apasionados nadadores del pueblo, la Asociación de la Piscina Descubierta de Cirencester, se opuso a que el Ayuntamiento cerrase la piscina original en 1973, cuando se construyó la inevitable piscina cubierta. Echándole valor, se constituyeron en una empresa comunitaria independiente para hacerse cargo de la piscina descubierta, y la han hecho triunfar gracias exclusivamente a su esfuerzo y entusiasmo.

Para mí, lo maravilloso de esta piscina es que no se ha modernizado. Ejemplifica a la perfección los motivos por los que, con frecuencia, lo mejor es no invertir dinero en las cosas. Los nadadores de Cirencester han tenido la sensatez de no intervenir, y en consecuencia disfrutaban de una piscina idílica que conserva su encanto anacrónico. ¿O acaso no es mucho más bonito cambiarse en un cobertizo espartano, construido con bloques de hormigón pintados de un azul vivo y alegre por los propios dueños, y meter la ropa en una cesta de alambre retro que dejas con toda la confianza del mundo al lado de la piscina? Lo único que echaba en falta era el dispensador de cera para el pelo. Se trata de una auténtica piscina en miniatura, con su zona de césped, un entorno natural precioso y un quiosco pintado de azul mediterráneo donde venden caldo de carne de la marca Bovril, chocolate caliente y una cosa que llaman «bocados de tiburón».

Descubrí que, para ahorrar agua, la asociación ha vuelto a recurrir al pozo, siguiendo el ejemplo de la empresa original, aunque ahora la calientan. De ahí su agradable textura, «suave como los pétalos de rosa», por citar a una de las promotoras originales de la piscina, Winifred Waites, en su libro de memorias, donde describe que se zambullía en «esa agua tentadora y azul, suave como la seda, bajo el cielo celeste, y sentía el sol en la cara, acompañada del trino de los pájaros y del golpeteo del agua mientras nadaba».

Almorcé en el Keith's Coffee House de Blackjack Lane, donde todo el mundo hablaba de la feria agrícola de Stoneleigh.

—Hay puestos fantásticos —decía la mujer de la mesa de al lado—, y un montón de ganaderos.

Antes de salir del Keith's me detuve en la sección de *delicatessen*, donde había un sinfín de tarros de mermelada de ruibarbo y jengibre con sus tapitas de tela, crema de miel, miel de frambuesa y *chutneys* en tarros hexagonales. Le pregunté a la dependienta si lo hacían todo allí.

—¡No, por Dios! —respondió—. Creo que hay una fábrica por aquí, y hacen que parezca casero.

* * *

Judith y los bañistas kamikazes del molino me habían hablado de una antigua cantera inundada a las afueras de Bristol, alimentada por un manantial; un sitio maravilloso donde había un club de natación desde la década de 1920, y que contaba con trampolines. Los laterales arbolados y rocosos de la cantera creaban un espacio protegido y soleado, y había una lista de espera larguísima para inscribirse al club. Felizmente, una de las hermanas de Judith ya era miembro y pude agenciarme una invitación para nadar allí esa misma tarde.

Me recibió el encargado, y, después de cambiarme en un recinto donde todo el mundo dejaba sin miedo su ropa en un perchero o un banco de madera, salté desde el trampolín para nadar un buen rato en esa agua de manantial, cristalina y de olor dulce. No estaba demasiado fría, diecisiete grados, y compartí los trescientos metros de lago con la docena de bañistas que había a media tarde, todas mujeres. Algunas nadaban en parejas habladoras; otras solas, sumidas en sus pensamientos; y había quien se limitaba a flotar en el lago inmenso, a la deriva, como un garabato en un folio.

Había llegado en coche, atravesando los Cotswolds, y aparqué en una avenida arbolada de las afueras, al norte de Bristol. Al cruzar la elegante puerta de hierro forjado del Henleaze Swimming Club, viajé directo a la

década de 1920. El lago resplandecía como un río, rodeado de sauces llorones y zonas de césped muy cuidadas, salpicadas de grupitos de personas que tomaban el sol. Era alargado y profundo, como si fluyese entre las paredes de la antigua cantera como por un cañón. Los jardineros y sus cobertizos se recortaban en la parte más alta. El club está a apenas cinco kilómetros del centro de la ciudad, y es tremendamente popular. El número de miembros está restringido a mil trescientos, y hay unas ochocientas personas en lista de espera —tienes que demostrar que puedes nadar al menos cincuenta metros para que te acepten—. Además, el lago aún dispone de una fantástica gama de trampolines. Según la Federación de Natación Amateur, la plataforma más alta, de diez metros, desde la que los saltadores olímpicos hacían exhibiciones en los años treinta y cuarenta, es demasiado alta para la profundidad del agua en ese punto, por lo que los bañistas usan las plataformas de siete y cinco metros y el trampolín de dos. Todo está cuidadísimo, es precioso.

Aproveché la poca concurrencia en el lago para practicar mi estilo espalda, siempre problemático en las piscinas por el riesgo de estrellarte contra otro nadador o, aún peor, si te atribula alguna espinosa cuestión filosófica, de romperte la crisma contra la escalera del otro extremo. La baja temperatura del agua era señal de su profundidad, aunque el año anterior había llegado a los veinticuatro grados en temporada alta. Las autoridades sanitarias toman muestras y las analizan con regularidad, y a nadie parece preocuparle compartir el lago con las carpas. No cabía duda de que ese oasis urbano estaba consagrado principalmente a la natación y a los saltos por puro placer, no a la competición, pero de vez en cuando alberga torneos amistosos contra otros clubes. Por desgracia, las plataformas son ya una rareza en las piscinas del país, y, al disponer de tan pocas ocasiones para practicar, deberíamos empezar a preocuparnos por nuestro futuro como cuna de saltadores. En el césped había madres e hijos de pícnic, y al cabo de un rato a los bañistas se nos sumó una septuagenaria, fija del club, para darse uno de sus noventa y dos baños de la temporada.

Cuando los canteros dieron con las fuentes en 1912 y todo se inundó, un médico local compró la cantera. Unos años más tarde se puso en contacto con

él un grupo de emprendedores de Bristol, amantes del agua, que se habían dado cuenta del potencial del nuevo lago, y crearon el Henleaze Swimming Club en 1919. El club tenía permiso para nadar en el lago, y acabó comprándolo por cuatrocientas cincuenta libras en 1933. Los hombres se cambiaban detrás de una pantalla de lona y las mujeres en una carpa. Ahora hay un precioso vestuario femenino, con armazón de madera, construido en los años treinta, y los hombres se broncean y se cambian en un emparrado soleado, con hileras de perchas de hierro colado, de esas contra las que los matones nos daban cabezazos en los guardarropas del colegio.

Hasta hace pocos años, un miembro nonagenario venía a nadar al lago casi todos los días. También tienen dos hijos de ochenta y cuatro y ochenta y dos años. Uno es de complexión delgada y fibrosa, y va por las mañanas, después de correr cinco kilómetros alrededor del campo de golf; el otro tiene unas piernas como troncos, llega en su bicicleta y se queda todo el día fumándose tranquilamente su pipa en el recinto de los hombres. Mientras nos cambiábamos, mis anfitriones describieron su estilo de forma enigmática, como un «crol de panza». Por lo que decían, creo que podría tratarse de uno de los últimos exponentes vivos del estilo *trudgeon*, que acabó siendo desbancado por el crol. Uno de los primeros nadadores de competición ingleses, el señor J. Trudgen, aprendió dicho estilo de los nativos sudamericanos, y a su vuelta causó sensación al ganar una importante carrera, el 11 de agosto de 1873, nadando con una mezcla de brazadas de crol y patadas de braza. El estilo se bautizó en Inglaterra como *trudgeon*, probablemente por una asociación popular e inconsciente del apellido de Trudgen con ese pez diminuto que pescábamos de niños en el Grand Union Canal: el *gudgeon*, el gobio.

Luego, mientras tomábamos el té con pasteles de roca en el jardín del Henleaze Swimming Club, los miembros me hicieron un sinfín de sugerencias sobre lugares interesantes para nadar por todo el país. Algunos sonaban hartamente intrigantes, como las dos pozas de Devon que su descubridor había bautizado como Poza Uno y Poza Dos: un par de agujeros en una cantera abandonada, con paredes escarpadas de unos dos metros y medio de altura desde las que lanzarse al agua negrísima. Cuando te sumerges en el

agua insondable, está helada, pero al salir hay una loma soleada donde puedes tumbarte para secarte al sol.

Los comienzos del Henleaze Swimming Club en 1919, y su posterior y boyante desarrollo a partir de 1933, año en que compraron el lago y la cantera, coincidieron con un aumento espectacular del interés por la natación en el Reino Unido. En 1929 había 276 clubes en el país, y la Federación de Natación Amateur publicó un folleto sobre la construcción de piscinas. En 1930, el Ministerio de Trabajo subvencionaba el 41 % de las obras de piscinas, y en 1931 ya había, solo en Inglaterra, mil cuatrocientos clubes de natación: se habían quintuplicado en dos años. Todo el mundo se dedicaba a instalar trampolines y a construir o mejorar sus piscinas. Los nadadores de Bromborough, en Cheshire, se hicieron su propia piscina con el apoyo de la empresa de velas Price's Candle. La revista *Swimming Times* lo recogía en sus páginas: «Ya tienen un tramo de cuarenta y cinco metros, y aspiran a alcanzar los cien. La piscina es el depósito de agua de la fábrica, a la que cae un chorro constante de agua caliente y cristalina. Así pues, está ligeramente por encima de la temperatura del té».

El lucrativo negocio de los bañadores también se desarrolló que daba gusto. Jantzen puso a la venta el modelo Kellermann Sea Togs, inspirado en el bañador de una pieza que llevaba, rompiendo moldes, la nadadora de larga distancia australiana Annette Kellermann, que tanto había hecho por popularizar la natación con sus espectaculares exhibiciones. Las noticias sobre nuevos clubes, con nombres ingeniosos como Nauticus, Flotante o Marsopa, desbordaban la redacción de la *Swimming Times*, que describía el placer de bañarse en una piscina nueva en términos extáticos: era como nadar «en presencia de san Natatio, el director de las piscinas del Cielo». La Imperial Tobacco Company introducía cromos de natación en las cajetillas, y *The Morning Post* publicaba columnas fijas sobre natación y buceo escritas por W. J. Howcroft, Joyce Cooper y Pete Desjardins, campeón olímpico de salto desde plataforma y trampolín, único saltador de la historia que ha recibido en una prueba la máxima puntuación de todos los jueces.

Yo seguía en el jardín del Henleaze Swimming Club, apuntando nuevas pozas sin cesar, gracias a la generosa memoria colectiva de sus miembros:

«Vas a un pueblecito que se llama Bramford Speke, por el que pasa el Exe; está en la carretera de Exeter, antes de Crediton. Sigues un sendero que hay al lado del puente, a la izquierda, y cruzando un par de campos llegas a uno de los mejores sitios en los que bañarse...». Se empaparon del espíritu de mi búsqueda y, entusiasmados, no tardaron en sacar un mapa de los alrededores del Severn y en empezar a escudriñar conmigo la zona de Nailsea, preguntándose por el potencial acuático de lugares con nombres como Bathing Pond Wood («Bosque de la Laguna»), cerca de Wraxhall, o Watercress Farm («Granja del Berro de Agua»), no muy lejos de Long Ashton.

* * *

Cuando les conté mi frustrante visita a Bath, donde me quedé con las ganas de bañarme, varios me hablaron del Farleigh and District Swimming Club, trece kilómetros río Frome arriba. En el caluroso verano de 1996, había recibido un repentino aluvión de nuevos miembros de Bath cuando la piscina recién privatizada de la ciudad se hundió. Me pusieron en contacto con Rob, el secretario del club, y Phil, el granjero dueño del campo al lado del río. Me invitaron a pasarme por allí a la mañana siguiente, para probar lo que en Farleigh Hungerford se conoce como «nadar de verdad».

A media mañana llegué a una encantadora ladera herbosa, orientada hacia el sur, que descendía abruptamente hasta la orilla del río a través de una pequeña pradera de riego resguardada, desde la que casi se veía el antiguo castillo de Farleigh. En lo alto de la pendiente había un vestuario de hojalata con armazón de madera y una puerta que decía «Hombres», con flechas y corazones en las paredes y un suelo de pino desgastado por generaciones de pies descalzos. Era mucho más espaciosa que el vestuario femenino, que tenía el cielo por techo. Había una plataforma de tres alturas y, en el otro extremo del pequeño muelle de hormigón, un precioso trampolín de fresno, cubierto por una tradicional alfombrilla de coco. Salté al agua desde ahí y nadé hacia la otra orilla del río profundo y frío. No había un alma: todo el

mundo estaba trabajando, pero me habían dicho que entrase y me bañara a mi aire. Aunque en ese momento no me paré a pensarlo, he de confesar que infringí la sexta regla del club, que estipula que: «Todos los miembros del club deben llevar bañador; no se permiten *slips* ni prendas blancas». Lanzarse en pelota picada a una poza negra y cristalina desde un antiguo trampolín cubierto de fibra de coco es una gozada de la que uno no disfruta todos los días.

Solo se oía el rugido de la presa, unos metros río abajo, y el trino aflautado de un martín pescador que se acercó y apareció de repente sobre mí, como la llama de una cocina de gas. Luego, mientras tomaba el sol al lado de la cabaña, el pájaro estuvo revoloteando por la plataforma y pescando en la poza. Bordeaban el río viejos alisos y sauces, cuyas raíces nudosas quedaban a la vista, pulidas por los pies de innumerables bañistas. Había escalerillas de acero en los márgenes, que caían en picado al agua profunda. Me senté en los resbaladizos escalones de piedra de la presa y me deslicé hasta el centro. A partir de ahí, el Frome era poco profundo, de aguas rápidas y cristalinas, con un cauce pedregoso y vetado por el sol. En el barro húmedo que había junto al muelle vi las huellas de cinco dedos de una nutria, tan frescas que el barro aún estaba levantado donde había clavado las garras.

No había ni un letrero a la vista, cosa de agradecer. Solo un discreto mensaje del Consejo Municipal instaba a los bañistas a taparse cualquier corte con tiritas, precaución sensata para evitar infecciones, y a no beber agua del río. (Una vez al mes las autoridades toman una muestra para comprobar que es seguro bañarse aquí.) El trampolín, a metro y medio del agua, emitía un chirrido tranquilizador cada vez que saltaba. Los peces brincaban en el río y yo me zambullía en el centro de las onditas concéntricas que ellos formaban.

El club de natación fluvial de Farleigh Hungerford se remonta a 1930, cuando un grupo de lugareños ya nadaba en el río Frome a su paso por la granja de los hermanos Greenhill. La gente hacía a pie los casi cinco kilómetros que hay desde Trowbridge para darse un chapuzón, beber algo en el pub Hungerford Arms y, con suerte, catar la sidra de los Greenhill. Otros llegaban a Farleigh para hacer un pícnic en el castillo o en el molino de agua,

o para visitar los cultivos de berro de la zona. En un principio, el grupo de jóvenes nadadores se bañaba en el margen derecho del río, el más cercano a la carretera. Los cuatro hermanos Greenhill, también amantes del agua, tenían su granja en el otro margen, y empezaron a invitar a la gente a usarlo y a acampar en su terreno.

En 1933 eligieron a un presidente, George Kemp, y a un secretario, George Applegate, y crearon un comité: una poza se había convertido en el Farleigh and District Swimming Club. Diseñaron su propio escudo de armas, con las iniciales del club rampantes alrededor de un castillo, que llevaban en sus bañadores negros de cuerpo entero. Una bandera con la misma imagen ondeaba en el asta del club cada vez que se bañaban en el río. El club original tenía unos treinta miembros, y el padre de George Applegate, ingeniero en Westbury, construyó la recia plataforma de acero y una pasarela que cruzaba el río. La sede se estableció en el Hungerford Arms de Farleigh, donde se redactaron las reglas. La sexta era la que yo había infringido sin querer al bañarme desnudo por enésima vez, y la séptima decía: «Debe respetarse estrictamente el sentido de la decencia». La novena, por su parte, prohibía a los miembros usar un lenguaje obsceno. Un carnet de la temporada de 1936 muestra que la cuota anual era de un chelín y seis peniques (equivalente a unas cinco libras actuales), y tiene publicidad de las cervezas Usher's Ales y del *bed and breakfast* del Hungerford Arms. Debajo del reclamo ¡Buenos días, piscardos!, el boticario de Trowbridge (otro amante del río) ofrecía cascos, tapones para los oídos y manguitos.

Bill Blick iba cada mañana a Farleigh en bicicleta para nadar en el río, en todas las estaciones, llegando a romper el hielo si era menester. También organizaban un baño el día de Navidad, y repartían el vino casero de Arthur Wells para revitalizar a todo el mundo; y a veces, al final de la temporada, alumbraban el río con los faros de los coches y se bañaban por la noche. Entre los miembros estaban el carnicero y el pescadero del pueblo, y Tom Clarke, fotógrafo del *Wiltshire Times*, que captó muchos de los momentos idílicos de la época, ahora conservados en el archivo del club: grupos de personas refrescándose en la presa como las chicas de Busby Berkeley, gente saltando de los trampolines o nadando en la poza. Todos los años, media

docena de bañistas de Farleigh —Les Prince, Roy Virgo, George Applegate, Les Wells, George Raymond, *el Madero* Woodman y Frank Francis— acampaban en el manzanar de los hermanos Greenhill entre Semana Santa y septiembre, y todas las mañanas, a las seis y media, nadaban un rato antes de montar en sus bicicletas para ir a recolectar heno a Trowbridge.

Los nadadores de Farleigh fueron construyendo un vestuario de madera, la pasarela, unos baños, peldaños de madera para subir a la presa, una plataforma de madera (la de acero llegaría después) y un tosco trampolín improvisado, clavando una tabla alargada en un tocón: «Un poquito peligroso si llovía, porque resbalaba, pero cumplía su función». Luego llegó la estructura de acero de tres alturas de George Applegate, con tres largos trampolines para zambullirse en la poza profunda. «Hicimos la base con cemento y un montón de chatarra, como viejos cuadros de bicicleta, para que quedara bien unida. La plataforma era el orgullo de nuestro club de natación, y también había escaleras para entrar y salir del río. Teníamos un salvavidas a mano, para las emergencias, pero la mayoría de los bañistas se sentían muy seguros, rodeados de nadadores expertos.» Había competiciones de salto, exhibiciones, carreras contra clubes de otros pueblos y copas de plata para los ganadores. Durante la guerra, las mujeres de la Women's Land Army[5] acudían desde las granjas de la zona para bañarse cuando hacía calor. No todos los miembros regresaron en 1945. Sus amigos atornillaron a la base del trampolín una placa en su memoria.

Con el tiempo, solo quedaron dos de los hermanos Greenhill en la granja. Una de los primeros miembros del club, Blanche Francis, los recordaba. «Hacían una pareja encantadora, como los hermanos Marx. Dejaban a los chiquillos corretear por su terreno, montar en moto, acampar y bañarse.» En 1970, cuando ya habían muerto todos los hermanos menos uno, la granja de Castle Farm se vendió, y la nueva dueña no veía con tan buenos ojos a los bañistas. El club se enfrentó a la extinción cuando la mujer anunció que no prorrogaría su permiso, pero acabó salvándose por la generosidad de un granjero de la otra orilla. Les costó mil libras y mucho trabajo extra trasladarlo todo al otro lado del río —trampolines, vestuarios, baños, escalerillas—, pero lo hicieron, y la bandera del club vuelve a ondear en

Farleigh.

Nadé río arriba hasta llegar a un dosel de alisos de ramas bajas, imaginándome a los granjeros Marx, a los bañistas en sus bicicletas y el campamento del manzanar, en aquellos tiempos más hospitalarios y generosos, antes de que todo se volviera ceñido y privado, vallado y ordenado. Dos gallinetas alzaron el vuelo delante de mí como los hermanos Wright, aleteando cada vez más rápido a ras del agua hasta despegar al fin, arrastrando un tren de aterrizaje de patas larguiruchas color verde oliva y dedos finos. Un domingo caluroso del año anterior, los bañistas de Farleigh habían recibido la visita de un cabestro, que saltó al agua desde la base de un viejo trampolín. Doscientas personas lo vieron nadar río abajo, perseguido por los miembros del club, cuerda en mano. Al final pudo escalar el margen y salir por su cuenta. Esas cosas nunca pasan en las piscinas.

De repente, una de las gallinetas saltó como la alarma de un coche y empezó a cacarear sin cesar, como hipando; ni siquiera paró cuando salí del agua y me tumbé para secarme al sol en la alfombrilla de coco calentita, con la cabeza en el borde del trampolín, mirando al agua. La pradera estaba llena de dientes de león, con sus molinillos, y de galios que le daban un toque amarillo. Una blanca de la col aleteó sobre un calcetín blanco abandonado, explorando, y luego pasó a un bañador de niña que alguien había puesto a secar en un seto y que se había quedado ahí. La mariposa debía de pensar que las chapas eran flores, a juzgar por cómo las tanteaba, leyendo lentamente: «Carrera Femenina de 25 metros de Frome» o «Torneo Arcoíris de 50 metros de la Federación de Natación Amateur». El vestuario de hojalata crujió mientras se expandía por el calor. Un joven faisán carraspeó y empezó a cantar, con una tos entrecortada, entre los setos.

[5]. El «Ejército de Tierra de las Mujeres» fue una organización civil formada por las mujeres británicas que, en ausencia de los hombres, llamados al frente, se ocuparon de cultivar las granjas del país.

II

CARRERAS DE SALMONES

Dartmoor, 9 de julio

Dartmoor se me antojaba abrumador, sobre todo en el enorme mapa desplegado, que ocupaba toda mi mesa de paño verde de la Sala de los Mapas de Cambridge. Me perdía constantemente, incluso sobre el papel, mientras seguía con el dedo los ríos nacidos entre las finas curvas de nivel marrones que representaban turberas, colinas y pequeños picos. Cuando crucé de verdad aquel páramo, a la tarde siguiente, en coche, me encontraba en un estado anímico salvaje y lúgubre, acorde con el lugar, después de haberme pasado horas sudando en un atasco mientras bajaba por Somerset. Ese fue uno de los varios momentos en que me cuestioné en serio aquel proyecto estrambótico. Me había imaginado, ingenuo de mí, viajando de aquí para allá por las carreteras de Inglaterra en una especie de autobús descubierto, abarrotado de amigos, que colgaban sus toallas y bañadores en las barandillas para que se secasen como banderas al viento, mientras yo iba al volante como Cliff Richard en *Vacaciones de verano*. En cambio, huelga decirlo, todos estaban ocupadísimos con sus vidas, y mi viaje había resultado ser una aventura mucho más solitaria, incluso fugitiva.

El chapuzón helado en el río West Dart, cerca del puente de piedra de Hexworthy, me vino que ni pintado. Me lancé a una poza profunda, un poco más arriba, y, jadeando por el frío, nadé río abajo hasta un tramo rocoso donde abundaban los salmones. Al emerger, mi ánimo empezó a mejorar. A

fin de cuentas, iba a visitar a unos amigos: una familia amante del río que vivía en Dartmoor. El West Dart es espectacular en este tramo, y desciende ágil por el páramo, alzándose al chocar con las gigantes rocas de granito, de tres o cuatro metros de largo. Entré en los rápidos que comienzan a unos metros de la poza y me lancé hacia las aguas agitadas a la sombra del puente, molestando a un mirlo acuático que alzó el vuelo a una o dos rocas de distancia. El agua estaba fría y dulce. Ante la atenta mirada de un grupo de turistas japoneses en el puente, pasé un rato nadando, chapoteando y sumergiéndome para limpiar las sensaciones del viaje, sintiéndome un poco como una nutria inexperta en el zoo, y luego subí a una roca de granito caliente para secarme al sol. Media hora después, los salmones saltaban a mi alrededor.

El jueves por la tarde, después de obligarme a jurarles que guardaría el secreto, mis amigos me llevaron a una zona donde un torrente especialmente frío, que llamaremos Sherberton Stream, desemboca en el Dart. Casi desde su nacimiento en dos manantiales colina arriba, a los pies de un pequeño pico, el torrente desciende en picado, siempre a la sombra de una espesa arboleda, por lo que el agua de los manantiales desemboca en el Dart a la misma temperatura que tenía bajo tierra. En aquel tramo, el Dart se deslizaba como un glaciar blanco hasta una poza negra y profunda, a través de un valle escarpado, con robles y acebos en las laderas.

Mi amigo John y yo, con nuestras gafas, aletas y tubos de respirar, nos lanzamos sin dilación al agua profunda desde unas rocas, y nadamos a contracorriente hasta llegar a la poza. Lo que vimos allí nos asombró a ambos: a unos tres metros de profundidad, en el agua cristalina y veteada por el sol, había docenas de salmones, muchos de más de medio metro. Cuando nos acercamos, se giraron y empezaron a nadar con desgana río arriba, para desaparecer entre las burbujas del agua clara y verde, o en las sombras de las rocas del fondo. Los seguimos, remontando el río, hasta perderlos. Mientras volvíamos dando brazadas largas, sin esfuerzo, nos sorprendió la repentina embestida, en el costado izquierdo, del agua gélida del Sherberton Stream, que se vertía en la poza. Esa agua singularmente fría, rica en oxígeno, era lo que atraía a los salmones. John, que lleva más de treinta años bañándose ahí,

nunca había visto tantos peces en la poza. Es geólogo, ya sexagenario, y en los años sesenta y a principios de los setenta tenía una próspera mina de estaño en Dartmoor. De vez en cuando, aún criba el agua del río en busca de estaño u oro, más por placer que por dinero.

Dartmoor siempre ha sido una región rica en minerales. En su momento, Ashburton y Buckfastleigh tenían las minas de estaño más importantes del mundo. Eran el centro de un gigantesco comercio internacional que se extendía hasta Ámsterdam, Bizancio y el Nilo, como atestiguan numerosos elementos del río. John me indicó que los minerales, a veces oro o estaño, se acumulan en una especie de criba natural en los puntos en que el agua se riza. Vadeamos la zona en busca de obstáculos para la corriente que rizasen el agua. Vimos una veta de cuarzo que atravesaba el cauce, y buscamos estaño y oro debajo, cribando la grava con las manos ahuecadas. Los metales pesan más que los demás sedimentos del río, y se hunden de manera natural en esos huecos. Encontramos pepitas de estaño, muy negras y pesadas, con forma de chicle usado, pero no oro. También sacamos hematita, bautizada así porque sus pepitas de mineral de hierro se parecen a la sangre. Unas horas después, ya en su casa, en un campo cerca del río, John me enseñó la máquina cribadora que había construido en su taller, un chisme fantástico que parecía un dibujo de Heath Robinson, con un tambor rotatorio de acero perforado enganchado a la correa de su tractor.

John y su familia han desarrollado su propia técnica para nadar en el río, y todos los años, antes de que sus hijas crecieran, John las llevaba a nadar largas distancias río abajo, hasta Totnes. A la mañana siguiente, algo inquieto, probé ese nuevo estilo en el brioso tramo de río que atraviesa los campos cercanos a su casa. John me enseñó a surcar los rápidos, a deslizarme incluso en las aguas más someras, sin sacar la cabeza en ningún momento, respirando por el tubo. Esa postura eleva automáticamente el resto de tu cuerpo en el agua. Tienes que llevar un traje de neopreno para evitar los moratones y el frío, y mirar al frente con las gafas, atento a las rocas que se acercan rapidísimo, avanzando siempre con al menos un brazo estirado para esquivarlas cuando la situación lo requiera, impulsándote casi exclusivamente con las aletas.

Ver una roca acercarse a toda velocidad, con la irresistible fuerza del río a tu espalda, resulta aterrador al principio. Sin embargo, cuando abandonas el cuerpo a la corriente, sorprende comprobar con qué facilidad y naturalidad te arrastra río abajo, como las hojas translúcidas que ves bailar en el agua, iluminadas por el sol. La corriente te conduce por el mejor camino, pero hay que controlar el rumbo, como en una piragua, nadando más rápido que el río. Entonces entiendes por qué dicen que la cola de la nutria es su timón. Las gafas de bucear lo enmarcan todo y parecen agrandarlo, y los ruidos del río, así como tu respiración, se amplifican en el agua. Ves grava revuelta, resplandeciente como oropeles; antiguos ladrillos con el nombre de su fabricante casi desgastado; guijarros verde intenso, pepitas de hematita negras y oxidadas, una bolsa de plástico enganchada a una maraña de ramas bajo el agua, gambas de río, vetas de cuarzo reluciente, delgadas tiras de elodea que pasan flotando a tu lado, pequeños bagres que se esconden en las piedras y, de vez en cuando, la sombra de una trucha. Me deslicé por una serie de pozas naturales, largas y estrechas; tanques de granito de paredes escarpadas que aceleraban el río con una violencia atronadora, arrojándome garganta abajo, sobre siluetas oscuras que se alejaban a toda velocidad, junto a los restos de raíces de árboles amontonadas, hasta llegar al sosiego repentino de una poza profunda.

En el camino de vuelta por la orilla, enfundado en mi traje de neopreno, con aletas, gafas y tubo en mano, crucé un pasto con ganado y conocí al granjero, que me explicó que llevaba treinta años pescando en el Dart. Él iba vestido de *tweed* y yo de caucho goteante, pero no pareció reparar en ello, o tuvo la delicadeza de no mencionarlo, y pasamos un buen rato charlando sobre nutrias y salmones en la orilla. Me contó que, antes de la guerra, uno de los pasatiempos vespertinos de los habitantes de Buckfastleigh era reunirse en la presa para ver jugar a las nutrias. Me dijo que estaba siendo un buen año para los salmones y las nutrias: no había visto en su vida tal abundancia de ambas especies. Allí mismo, en la arena, distinguía noche tras noche las huellas de las almohadillas de las nutrias; y, solo unos días antes, había visto con sus propios ojos una hembra con su cría, cosa hartamente insólita. El Dart estuvo muchos años contaminado por los vertidos de dieldrina, una sustancia

química con que se trataba la lana de oveja en una fábrica de alfombras de Ashburton. Se sabe que el drástico declive del número de nutrias, que comenzó en los años cincuenta y derivó en su práctica extinción en casi toda Inglaterra y Gales, se debió a dicha sustancia. Para más inri, el detergente utilizado para lavar la lana también aumentó la presencia de fosfato y espuma. Sin embargo, el río por fin parece estar recuperándose, y las nutrias con él.

Al disponer de agua de veinticuatro quilates por doquier, el baño en aguas salvajes es tradición en todos los pueblos y aldeas que bordean el páramo de Dartmoor. Los habitantes de Throwleigh y South Zeal siempre se han bañado y han aprendido a nadar en una poza remota del valle de Blackaton Brook, un arroyo que nace en Raybarrow Pool, a los pies de la colina de Cawsand Hill, y fluye entre laderas escarpadas con aulagas y brezos. La diminuta poza ya contaba con un dique natural formado por peñascos, pero los lugareños tomaron la iniciativa y fueron agrandándola poco a poco, elevando la altura de las rocas. Quien me habló del sitio fue la señora Amy Harvey, ya casi nonagenaria, que había vivido toda su vida en Dartmoor y había pasado su infancia, en los años veinte, bañándose allí. Me había escrito una carta conmovedora, repleta de recuerdos vívidos sobre la poza, que hoy día siguen abarrotando los chiquillos de la zona.

La aldea de Peter Tavy cuenta con su propia poza en el arroyo de Colley Brook: un estanque de molino recóndito, donde los bañistas han colocado peldaños de piedra y un salvavidas. También visité la preciosa piscina local de Chagford, alimentada por el río Teign, con su cafetería al aire libre. Está rodeada de árboles por un lado y, por otro, de lo último que uno esperaría encontrarse en Dartmoor: un vigoroso seto de bambú. El agua del río llega a la piscina a través del rápido caz de un molino que pasa por un lateral. Hoy día, las autoridades sanitarias les obligan a echar cloro en el agua, pero a Pam, que vive en la casita de enfrente y tiene las llaves, no le gusta pasarse, porque el cloro se carga el sabor y el olor fresco del agua del río, que llega limpia desde el páramo. A sus ochenta y siete años, el suegro de Pam, que ayudó a excavar y construir la piscina original en 1947, sigue viniendo a diario en la temporada de baño para preparar el té.

Okehampton también tuvo una piscina de treinta metros alimentada por el río, propiedad de una asociación de bañistas, pero ya está tapada. La gente que creció allí, nadando en su «agua gélida», recuerda al estricto conserje de antes de la guerra, el señor Wallers. Los domingos abría la piscina a las siete de la mañana para que la gente pudiera nadar antes de irse tiritando a la iglesia o a catequesis. Luego la cerraba durante lo que quedaba de día: en eso consiste el puritanismo de Dartmoor.

En ese páramo hay manantiales por todas partes. De la turba que hay debajo de la colina de Great Kneeset brotan cinco ríos: el Taw, el Tavy, el Teign, el Torridge y el Dart. Sin embargo, de entre todos los ríos de Dartmoor, el Erme es el más furtivo. Nace bajo la alargada sombra de la Hartor Tor y fluye hacia el sur, atravesando Ivybridge, hasta llegar a las tierras de cultivo que rodean Holbeton, un terreno con tantas lomas que todo el mundo puede ver lo que hace su vecino. Los campos, los graneros y los setos se inclinan en todas direcciones, como la colcha de una cama deshecha.

Sentía curiosidad por el Erme desde que había escuchado por primera vez *The Cortège*, de Mike Westbrook, una obra a gran escala para orquesta de jazz y voces, con un movimiento, «El estuario del Erme», inspirado en el lugar donde viven el compositor y Kate Westbrook. La pieza acaba con un solo de guitarra eléctrica, largo y ultraterrenal. En cambio, el estuario, que vi por primera vez durante esa visita a mis amigos musicales, era muy real, y su agua estaba muy poco tibia, como comprobé dos días después al cruzarlo a nado, con la marea alta. Había salido de la playa de Coastguard's Beach y llegué al centro de la amplia bahía, donde vi un grupito de surfistas con el agua por la cintura, esperando las grandes olas que entraban desde el mar abierto después de romper en un banco de arena. Me sumé a ellos y empecé a nadar tierra adentro, cogiendo las olas. Sentía en los pies el impulso de la marea entrante, empujándome hacia el bosque que bordeaba la costa lejana. Cada vez que me rozaba una lechuga de mar, o que se me pegaba al brazo, creía que era una medusa y daba un respingo. Pero no tardé en acostumbrarme: estaba completamente rodeado de algas, y me caían encima, envolviéndome, con cada ola. Seguí nadando hasta casi disolverme, empujado desde detrás por el oleaje. Luego, cuando la marea subió aún más,

se fue configurando la playa arenosa del estuario. El bosque llegó casi hasta el agua, y empezó a acelerar a mi paso. Descubrí que yo también avanzaba a una velocidad emocionante, dando brazadas amplísimas, como un corredor de montaña en el tramo cuesta abajo. Era como nadar en un sueño, volando sin esfuerzo, sintiéndome atrapado por la corriente, sin una clara vía de escape. La marea creciente me impulsó más y más rápido a medida que se acercaba al embudo de la desembocadura del río, hasta arrojarme a un canal con embarcaderos, de fondo fangoso y laderas escarpadas, cerca de unos antiguos hornos de cal contruidos con piedra en la playa. Tuve que luchar con todas mis fuerzas para escapar de la marea y llegar al agua menos profunda, y con remolinos, de la orilla. Volví nadando hasta los hornos de cal y salí a la playa arrastrándome como una tortuga, pero no pude resistir la tentación de meterme de nuevo al agua para cabalgar por segunda vez la musculosa corriente, canal adentro.

Antes habíamos estado juntos de pícnic en la playa de Mothecombe Beach, al oeste del estuario, y Mike y yo habíamos nadado un rato en la bahía. Era un «día privado» en la playa: solo la gente de Holbeton, los lugareños de confianza, tenían permiso para entrar; y solo a una parte, mientras que la otra se quedaba libre para uso y disfrute de la familia Mildmay-White, dueña de la playa. De hecho, el precioso estuario del Erme podría haberse rebautizado «estrecho de Baring», habida cuenta de que todos los terrenos que lo rodeaban fueron adquiridos en la década de 1870 por los dos primos que controlaban el banco Barings: Edward Baring y Alfred Mildmay-White. Mothecombe es una playa privada, y los dueños de la finca cobran la entrada a la gente mediante un hombre apostado en una caseta de madera, en lo alto del sendero del acantilado que baja a la playa. La belleza salvaje de aquella propiedad costera daba fe de su gestión responsable.

Mike había bajado por el sendero del acantilado para encontrarse conmigo en los hornos de cal, y nos quedamos un rato observando el estuario. Una densa e ininterrumpida muralla de bosque pluvial inglés caía hasta el agua por toda la costa. Era una escena casi tropical, adornada por seis o siete garcetas posadas en un roble, o volando con sus largas patas estiradas. Las había visto el verano anterior en la península de Arne, en Dorset, donde

incluso han empezado a anidar. Ahora es habitual verlas también en la costa sur de Inglaterra, y ya no están confinadas a España, Portugal y el norte de África. Mientras subía la marea, oíamos a millones de gusanos diminutos sorbiendo en el fango. En la orilla de enfrente, una solitaria casa flotante se reflejaba en el barro, medio escondida entre los árboles.

Cuando me estaba cambiando en la arena, fuimos testigos de una escena que parecía rodada hacía cincuenta años: una madre, una abuela y un chiquillo pescaban cangrejos con una red, usando trocitos de pollo como cebo, debajo de una roca, escondite secreto de los cangrejos que la anciana conocía desde su infancia. Lo más inspirador de la estampa era esa continuidad que compartía con la historia de la señora Harvey y la poza de Blackaton Brook. Dos generaciones después, los cangrejos seguían debajo de su roca, y los niños del pueblo seguían bañándose en aquella poza salvaje.

A la vuelta, pasamos por un juncal animado por el canto improvisado de un grupo de carricerines comunes, que hacían solos como saxofones espontáneos y desinhibidos. Era evidente que Westbrook se sentía en su salsa, y recordó con aprobación el «canto irresponsable» que la guía ornitológica les atribuía. Nos detuvimos en un puente de madera para ver pasar la procesión de algas que transportaba la marea, creando la curiosa ilusión óptica de que los que nos movíamos éramos nosotros y el puente, como un barco en el agua, de vuelta al mar.

EL RED RIVER

Cornualles, 17 de julio

Me resultaba inconcebible estar tan cerca de Cornualles, bien entrado ya el verano, y no volver. Después de mi degustación de las aguas cornuallesas en las Sorlingas y Marazion, en primavera, estaba en la misma situación que el soñador de la canción de Fauré *Après un Rêve* («Después de un sueño»), que lo único que desea al despertar es volver a quedarse dormido, con la esperanza de regresar a su delicioso sueño y seguir disfrutándolo. Mis baños en las Sorlingas, y los recuerdos de otros veranos en Cornualles, eran tan maravillosos que anhelaba sumergirme de nuevo en el idilio de sus aguas resplandecientes. Así pues, crucé el puente de Tamar para volver allí, esta vez rumbo a la bahía de arena luminosa, con altas dunas a su espalda, que se extiende desde la costa al norte de St. Ives hasta el faro de Godrevy Point.

La desembocadura del Red River («el río Rojo»), en Godrevy, es excepcional por una decena de motivos. A su modesta manera, encarna la historia de Cornualles. Es un lugar especial, de los pocos de nuestra costa donde uno puede bañarse en agua dulce mientras mira directamente al mar, a un horizonte oceánico. Había marea baja, y me bañé en la enorme piscina creada por unas rocas que forman una presa antes de que el río las rebase y caiga a la playa. Estaba flotando a unos seis metros sobre el nivel del mar, con una vista panorámica de Hayle Bay, la bahía que llegaba hasta St. Ives, al fondo. Me gusta imaginar que el nombre de Godrevy proviene de algún

híbrido medieval del francés *rêve* y el inglés *God*, «el sueño de Dios», pero sé que es un disparate. No obstante, casa muy bien con la belleza salvaje que muestra en los días soleados y radiantes.

El resplandor metálico del río trascendía la metáfora. Por lo que respecta al Red River, el «patrimonio cornuallés» equivale a cadmio, cobre, cinc, plomo y también arsénico; todos los metales pesados tóxicos procedentes de las minas de estaño abandonadas, río arriba. Si nunca te has dado un chapuzón en arsénico disuelto, o en otra media docena de venenos, ya puedes parar de buscar. Sin embargo, bajo aquel sol cegador, el río parecía de lo más puro e incontaminado. Salía de su apacible y tranquilo valle posindustrial formando rápidos de agua blanca y reluciente, más propios de las montañas. Se hacía raro no ver salmones brincando sin cesar entre la espuma. El río rebosaba su presa rocosa y se dirigía al mar, serpenteando por la arena, pasando junto a piscinas de roca alimentadas por la marea. En su trayecto a través de la amplia playa, el Red River se reinventa con cada marea baja, trazando un delta en la arena fina y pizarrosa, como las ramas de un enorme árbol en invierno, veteándola con sutiles tonos grises y amarillos. Podría ser el Nilo, o el Ródano, atravesando la Camarga hasta Saintes-Maries-de-la-Mer.

Salí de la piscina natural y seguí el río por la playa, hasta la orilla del mar, sintiendo el leve y curioso cosquilleo de la arena húmeda y ondulada en la planta de los pies. Podía oírse claramente el crepitar de esas algas verdes y brillantes de restaurante chino, fritas y saladas por el sol, que había en los bordes de las piscinas; su roca gris estaba cubierta, como acné, de diminutos cráteres lunares que las lapas habían excavado durante siglos. Las olas ensordecedoras rompían contra mí mientras entraba en el mar, y me zambullí en esa agua agitada y vertiginosa para nadar un rato; luego atravesé de nuevo la rompiente y volví al río.

En pleno auge de la minería de estaño, el río era literalmente rojo, pues estaba teñido por el hierro de los laves y relaves. Las minas se drenaban mediante un sistema de *adits*, galerías más o menos horizontales que desembocaban en el río. El agua de las zonas más profundas de la mina, llena de metales disueltos, se bombeaba hasta dichas galerías y luego se vertía, contaminándolo todo a su paso. Sin embargo, ahora el río parece limpio, y

fluye por un cauce que los mineros enderezaron artificialmente en su día con fardos de vástagos, para acelerar sus aguas y así aislar los depósitos superficiales del metal, una técnica conocida como «separación del estaño», equivalente cornuallés de la criba de oro. Este cauce tiene unos tres metros de ancho y casi uno de profundidad. Y entonces reparas en algo curioso: no tiene algas, no se ve ni el más mínimo verde. Hoy día, el Red River sigue siendo uno de los ríos más contaminados del Reino Unido, aunque desde que cerraron las minas se está recuperando poco a poco.

Durante muchos años, los únicos seres vivos de este valle, desde Camborne hasta Godrevy, fueron los mineros, pero en los últimos tiempos, para regocijo de todos, se han visto unas cuantas truchas comunes en la cuenca alta del Red River, así como anguilas, espinosos y, en las pozas turbosas del valle, libélulas. Aún no hay ni rastro de los caracoles, gambas de río y otros pequeños animales que suelen encontrarse en los ríos: la razón es que suelen vivir entre el cieno o la grava del fondo, que sigue muy contaminado. Al observarla, nunca se diría que la zona fue una especie de predecesora de la catástrofe de Sellafield, pero la acumulación de los relaves mineros en el fondo del valle creó un paisaje lunar que ha estado completamente desprovisto de vegetación durante el último siglo, aunque ahora está resucitando.

El hundimiento reciente y definitivo de la minería de estaño también causó una contaminación drástica, estilo «río rojo», en la costa sur de Cornualles, cerca de Falmouth. En enero de 1992, el estuario de Restronguet Creek, donde el río Carnon desemboca en la preciosa ría de Carrick Roads, empezó a teñirse de rojo oscuro de repente. En cuestión de dos meses, más de cuarenta y cinco millones de litros de agua contaminadísima se vertieron al mar a través del pequeño y desdichado estuario.

Hay motivos para imaginar, y con razón, que la historia también haría enrojecer la cara de algunas autoridades, pero nada más lejos de la realidad. La parábola ilustra a las mil maravillas lo inestables que siguen siendo las leyes contra la contaminación en el Reino Unido. Cuando el precio del estaño y la pirita se desplomó en los mercados internacionales a finales de los años ochenta, la South Crofty Mine Company decidió cerrar su gran mina de

Wheal Jane, al norte de Falmouth. Las bombas se apagaron definitivamente a finales de 1990, pero el agua subterránea de la mina empezó a ascender y entró en los pozos y galerías, disolviendo y arrastrando hacia la superficie los metales venenosos, que acabaron vertiéndose de golpe en el río a principios de 1992. Además de cobre, cinc, cadmio y arsénico, los vertidos contenían una gran cantidad de hierro, que tiñó de óxido las aguas de Restronguet Creek cuando la marea tóxica del río Carnon, con su hilo sangriento de hidróxido de hierro, desembocó en el mar. A excepción de alguna que otra lombriz, aquí no hay fauna que llame la atención de los amantes de la naturaleza: no hay cangrejos, ni langostas, ni berberechos, ni por supuesto ostras.

Cuando Wheal Jane estaba a punto de echar el cierre, todos sabían lo que podía pasar, pero nadie se puso de acuerdo para atajarlo. Según la ley, los dueños de una mina son responsables de ella mientras esté ocupada, pero, en cuanto la abandonan, quedan exentos de toda obligación. Después de muchos titubeos, el Departamento de Medio Ambiente accedió a financiar parcialmente un sistema de filtración, de catorce millones de libras, diseñado por la Agencia de Medio Ambiente para intentar mejorar la situación. En otras palabras, se permitió que una empresa privada dejase tras de sí una grave y prolongada herencia de contaminación para que la sociedad lidiase con ella a costa del erario público. Mientras, el contaminador se iba de rositas. El principio propuesto por la red internacional Amigos de la Tierra, «el que contamina paga», parece haber caído en el olvido; no obstante, el Gobierno ha presentado una ley que exige a los dueños notificar el cierre de una mina por escrito con al menos seis meses de antelación. Dado que casi toda la industria minera de este país ya ha desaparecido, podría decirse que la medida equivale a cerrar con mucho brío la puerta del establo después de que el caballo se haya escapado.

Pero, aunque en Godrevy el río estuviera teñido de rojo químico, y muerto, también rebosaba de energía vital e imaginación gracias a la compañía teatral Kneehigh —que podría considerarse el Teatro Nacional de Cornualles—, acampada en una zona llana, cerca del margen del río en su camino al mar. Había dos o tres furgonetas, una tienda para cocinar, una mesa de caballetes y

un puñado de tiendas desperdigadas, resguardadas por las altas dunas, de diez o doce metros, a su espalda. Su escenario era el río y las dunas de alrededor, y a juzgar por el minucioso montaje podrían haber representado *El día de los trífidos*, *Robinson Crusoe*, *La tempestad*, *Las aventuras de Tintín* o todas esas obras en una. Y en eso consistía precisamente el espectáculo al aire libre de la compañía Kneehigh.

Río abajo, varios miembros de la compañía, con trajes de neopreno de pantalones andrajosos, trajinaban como la tripulación de un enorme velero, ajustando jarcias, colocando las alas de una marioneta gigante, construyendo túmulos, preparando una hoguera en la orilla con la madera escupida por el mar o bañándose en la misma poza que yo, porque ese espectáculo resultó ser la producción más acuática desde la escena de la cascada en *Desfile de candilejas*, película de Busby Berkeley estrenada en 1933. La silueta de un barco volcado se recortaba contra el mar en la orilla de guijarros, en la desembocadura misma del río. El barco tenía su mástil y su asta, y estaba decorado de forma curiosa, con collares de grandes piedras enhebradas en cuerdas que habían sacado de la playa, y esqueletos de peces hechos, con mucha maña, a partir de docenas de perchas de alambre. A los pies de las dunas, una hilera de tipis improvisados con palos de madera y jirones de plástico negro escupidos por la marea ondeaban con la brisa. En los márgenes de lutita, junto al puente del río, sobresalían unos enormes trífidos fabricados con tuberías de plástico amarillo y latas de Coca Cola a modo de tallos y estambres, respectivamente. Toda esa basura, recogida y reutilizada con mucho mimo por el escultor David Kemp, evocaba con claridad el deterioro que se escondía detrás del aparente idilio del Red River.

En un poste clavado en la arena, un letrero anunciaba el espectáculo de esa noche: *Nidos fantasma*. Había una silla y una mesa, a modo de taquilla, en lo alto de la escalera de madera que bajaba a la playa. Las entradas para esa función se habían agotado, cosa que me dejó patidifuso: ¿cómo podían agotarse las entradas de un espectáculo al aire libre, representado entre el margen del río y la playa? ¿Cuánta capacidad tiene un valle? Al volver de la playa conocí a Bill Mitchell, director artístico adjunto de la compañía

Kneehigh, que iba de acá para allá por la orilla del río con sus botas Dr. Martens y sus bermudas, mientras varios actores ensayaban en el agua. Me explicó que solo vendían ciento veinte entradas por noche porque el público tenía que moverse para seguir la acción: más gente lo ralentizaría demasiado. Mitchell definió lo que hacía la compañía Kneehigh como «teatro paisajístico». Quizá el cine sea su equivalente más cercano. Haces tomas lejanas, donde los actores se ven diminutos, en el horizonte, y luego cortas y pasas a otra muy íntima, un primer plano, con el público agrupado alrededor de dos actores que hablan en voz baja a pocos metros de distancia. Y ahí acaba la comparación, porque cuesta imaginar algo menos parecido a ver la televisión o a estar cómodamente sentado en la butaca del cine. Con la compañía Kneehigh te mueves en todo momento; formas parte del espectáculo.

Tenían que matar unas cuantas horas hasta la función, y me invitaron a tomar el té en la mesa de caballetes. Todos se habían enamorado de aquel sitio. Por las noches había luciérnagas, y me hablaron de sus baños vespertinos entre dos vientos, la brisa terrestre y la marina, cuando el mar parece una balsa de aceite y la playa está desierta. Al anochecer, hacían hogueras en la arena con la madera que encontraban en la orilla. A veces se posaban sobre el mar bancos de niebla marina que les hacían perder el sentido de la orientación, y nadaban a ciegas en el agua calma. Desde su campamento en las dunas, veían a la gente en acción. Los surfistas iban y venían con sus camionetas y sus furgonetas Volkswagen, y las aparcaban en lugares recónditos, donde acampaban. A las seis de la tarde se producía un claro cambio de turno en la playa: los turistas volvían a casa a tomar el té y los lugareños bajaban a la playa a relajarse después del trabajo.

El espectáculo de Kneehigh trataba sobre un Cornualles que otrora estuvo en auge y ahora está en quiebra, y los «nidos fantasma» son los de los pescadores de sardinas, que desaparecieron junto con sus bancos de delicias unos años después de la guerra, cuando la última sardina se marchó de la bahía de St. Ives. En la costa cornuallesa aún quedan en pie unos cuantos postes de los *huers*. Vi un par en los acantilados de St. Agnes, y uno en St. Ives; y en su día había muchos en las dunas que rodean la bahía de St. Ives.

Se trata de torres de avistamiento, de unos nueve metros de alto, con peldaños tallados. Un vigía se pasaba el día ahí apostado, cuanto más arriba, mejor, oteando la bahía en busca de los destellos de los bancos de sardinas. Cuando las localizaba, lanzaba un grito que recorría las aldeas y los campos, «¡Hevver!», y todo el mundo dejaba lo que estuviera haciendo y bajaba enseguida a la playa, cargaban sus redes, se adentraban en el mar con sus barcas de remo y pescaban sardinas a montones.

Todos los habitantes de St. Ives y alrededores tenían una barca, y puede que también un campo de cultivo, porque los cornualleses siempre han tenido tres o cuatro trabajos, según la temporada y su oficio. Sin embargo, la industria de la sardina era una tarea comunitaria: recogían las redes y repartían la pesca. Incluso el *huer*, que probablemente fuera el último en llegar al agua, se llevaba la parte que le correspondía. Ahora, los grandes pesqueros rusos y españoles se tragan las sardinas en el Atlántico, en alta mar, mucho antes de que puedan llegar a sus olvidadas bahías de Cornualles.

Los actores se zambullían, nadaban y chapoteaban en el río y en el mar desde el principio hasta el final de la función. En la escena de la pesca de sardinas, todo el público tenía que bajar a la playa amplia y resplandeciente en la puesta de sol. Los actores se adentraban en el mar con sus redes, y varios incluso llegaban hasta las olas vespertinas para rodear el banco imaginario. Luego empezaban a cantar, arrastrando las redes mojadas y pesadas hasta la playa, y todo el mundo acababa con los pies en el agua, echando una mano. Después, mientras el enorme sol se ponía, los actores encendían una hoguera en un círculo de piedras, y el público, colocado en una línea visual perfectamente sincronizada, disfrutaba de la escena de fuego, mar oscuro y sol, en vilo sobre el horizonte, a punto de sumergirse.

Bill Mitchell me contó que el reparto y él habían decidido que se empaparían desde el comienzo mismo del espectáculo. Recordaba haber visto a una compañía que fue a Penzance a actuar en la espectacular Jubilee Pool, una piscina de marea al aire libre. Para asombro de los presentes, consiguieron hacer toda la función sin que absolutamente ningún actor se metiese en el agua. El público se pasó la obra entera preguntándose lo mismo: «¿Cuándo van a meterse en el agua?». La gente se marchó negando

con la cabeza, con cara de incredulidad. Por lo tanto, el enfoque de Kneehigh abogaba por una inmersión total desde el principio. Al final de la actuación, todos saltaban al agua como sirenas, buceaban en distintas direcciones y salían al unísono para pronunciar una frase, y volver a sumergirse al punto. Dicen que el secreto de la actuación está en saber respirar, pero eso era otra cosa. Patrimonio Nacional, propietario de aquellos terrenos, obligó a la compañía Kneehigh a incluir una advertencia en su programa para que el público no bebiese agua del río. Toda precaución es poca.

Después de la función, y de una cena de pescado en un pub, pasé una noche maravillosa en la parte de atrás del relativamente fiable Citroën CX Safari, al lado de una cosechadora, bajo el techo de un henil al fondo de un sendero. Ahí radica la belleza de los Citroën cupé: puedes estirarte y dormir dentro, acurrucarte y leer, sacar la comida y almorzar ahí mismo, o llevar una pequeña biblioteca contigo. Hay gente que tiene unas cortinitas muy remilgadas en las ventanillas traseras, pero yo siempre llevo un enorme paracaídas de seda del ejército, con el que cubro el coche cuando estoy «en casa». Funciona como los visillos de los barrios residenciales: puedo ver el exterior, pero la gente, o las vacas, que ahí anda la proporción, no pueden verme a mí. También difumina la luz de manera hermosa, y atenúa la intensidad del amanecer, prolongando el sueño. Es de esos paracaídas que usa el ejército para lanzar paquetes de comida en casos de emergencia; lo bastante grande para, tirando de las cuerdas, convertirlo en una espaciosa tienda beduina. Es de seda marrón, naranja, verde y blanca, y puede camuflar un vehículo, aunque no se caracterice precisamente por su discreción. Evita que entren mosquitos grandes y pequeños, y te permite dejar las ventanillas y el maletero abiertos en las noches de bochorno. Aunque se empape, se seca en un santiamén con el sol. Una vez, mientras estaba acampado en un bosque de castaños cerca de Souseyrac, en Francia, oí el comentario estupefacto de unos paseantes madrugadores: «Mais alors, il est venu en parachute».

Me había entrado el gusanillo al oír a Bill Mitchell mencionar la espectacular piscina de marea de Jubilee Pool, por lo que la mañana siguiente crucé la

península rumbo a Penzance para darme un chapuzón mañanero. Puede que la localidad no represente el concepto de vacaciones perfectas para todo el mundo, pero antaño fue la capital de la Riviera de Cornualles. En cierto modo, recuerda a Calais o Dieppe: es un pueblo costero que no tiene nada que envidiar al resto, aunque sea más conocido como zona de tránsito, porque la gente pasa por Penzance para ir a las Sorlingas o a la península de Land's End («Fin de la Tierra»). Pero lo que de verdad hizo famosa a Penzance por derecho propio fue la gran inauguración, en mayo de 1935, de la Jubilee Bathing Pool, una enorme piscina descubierta de forma triangular, que se adentraba con intrepidez en el mar, recalcando su posición preeminente como la piscina más al sur de las islas británicas. Abrió el mismo año que la magnífica Tinside Pool de Plymouth, otra piscina a orillas del mar, que, para desazón de los muchos bañistas de esa localidad, ahora está abandonada y ruinososa.

La Jubilee Pool, con su espectacular cubierta, digna de transatlántico, y sus accesorios, escaleras y barandillas tubulares de acero inoxidable, es una construcción extraordinariamente teatral: mientras bajaba a la imponente piscina de roca artificial, con sus millones de litros de agua salada que entran con la marea alta, tenía la sensación de estar saliendo a escena. En un triángulo, no hay lugar para el concepto canónico de un ancho o un largo de piscina; no hay una dirección clara para el nadador tradicional. Quería practicar un poco en agua de mar antes de intentar cruzar el estuario del Fowey, así que acabé haciendo lo que un pez en una pecera, y nadé un buen rato siguiendo el perímetro triangular.

Aproximadamente a mitad de la primera vuelta me crucé con Madeleine, una pintora que se baña allí a diario, nadando a braza en tramos de cincuenta metros, de un lado a otro de la piscina. Solo había tres personas a remojo, contándome a mí, y el agua salada tenía de transparente lo que le faltaba de tibia. Cada uno disponía de más de un millón de litros para nadar, así que no podíamos evitar cruzarnos unas palabras; era como encontrarse con otra persona en medio del Atlántico. De vez en cuando, entre brazadas y cháchara, un helicóptero pasaba tranquilamente sobre nuestras cabezas, mar adentro, rumbo a las Sorlingas. Madeleine afirmaba sin titubeos que nadar es

mejor que el sexo, y que constituye una fuente de inspiración inestimable para sus cuadros. No sería yo quien se lo discutiera. Su comentario estaba en curiosa sintonía con la naturaleza sensual de las piscinas clásicas, que potenciaban la sensualidad del agua y el sol, además de contar, en muchos casos, con fuentes y grandes cubiertas o zonas de césped para broncearse. La blanca Jubilee Pool había sido diseñada como solárium, además de piscina. Se trata, en efecto, de un monumento megalítico para rendir culto al sol, no muy distinto de las Merry Maidens, un círculo de piedras situado en una colina cerca de Lamorna, a unos kilómetros de allí.

Madeleine me contó que los auténticos nadadores de Penzance saltan al mar desde las Battery Rocks, al otro lado del muro de la piscina. A las ocho de la mañana ya están en el agua, en todas las estaciones del año, desdeñando a quienes optan por la piscina. Según Madeleine, para la que el desdén era a todas luces mutuo, siempre están salvándose unos a otros de los tirones musculares sobrevenidos, y todos los años hacen una carrera desde el puerto de Newlyn hasta la Jubilee Pool, atravesando Mount's Bay, que en 1994 aún tenía un nivel de contaminación doscientas cuarenta veces superior al límite de seguridad recomendado.

La piscina de Penzance estuvo a punto de desaparecer en 1990, cuando el Consejo Municipal propuso convertirla en una «piscina recreativa» moderna, en el interior de un centro de ocio. Se salvó en gran medida gracias a la imaginación y la determinación de John Clarke, ayudante del arquitecto del condado de Cornualles, ya jubilado. Logró que la piscina se considerase un edificio de interés histórico, solicitó varias subvenciones y consiguió dinero para arreglos y mejoras. La piscina, recién pintada de azul y blanco, era literalmente cegadora. Tenía un diseño puro años treinta, con un uso exuberante y extravagante del hormigón y unas curvas románticas y poco prácticas. De primeras, me pareció la construcción más fascista que había visto en mi vida, con sus prietas filas de pequeños vestuarios sin puertas, dispuestos alrededor del agua como hileras de soldados. La supresión de las puertas de los cubículos, dejando unos huecos con forma de palito de pescado (para evitar el vandalismo, o cosas peores) fue una pincelada minimalista muy acertada, y el contraste entre luz y sombra, que creaba un efecto «teclas

de piano», los hacía parecer sarcófagos. Todo el recinto, como es natural, está extraordinariamente fortificado para resistir las inmensas olas, que en una ocasión consiguieron atravesar sus murallas durante una tormenta, el Miércoles de Ceniza de 1962. Mientras nadaba en insólitos triángulos, comprendí de repente por qué aquel sitio me inspiraba esa mezcla de temor y asombro: en realidad era un templo egipcio consagrado a los dioses del agua. Su majestuosidad era tan propia del Valle de los Reyes como de las películas de Leni Riefenstahl. Si alguna vez pusieran música ambiental (que lo dudo), tendría que sonar Wagner o Verdi.

Para mi sorpresa, el arquitecto de aquel espectáculo modernista no era francés, italiano ni ruso, sino el capitán Frank Lathan, un ingeniero municipal de Penzance. La Jubilee Pool había abierto en pleno apogeo del interés británico por las piscinas descubiertas y todo lo que implicaban: un estilo de vida urbano saludable, sol y bronceador; el nuevo culto de la vida al aire libre. Muchas de esas ideas se originaron en la alemana República de Weimar, a partir de los principios sociales de los que nacieron los *Volksparks*, donde las piscinas al aire libre no solo formaban parte del parque, sino que eran su corazón simbólico. Ya en 1920, el alcalde de Berlín, Gustav Böss, creó los nuevos «parques de la gente», con «campos deportivos, zonas de juego y lugares de baño gratuitos». El nuevo culto al cuerpo en Alemania se plasmó en *El hombre y el sol*, libro de Hans Surén publicado en 1925, del que hubo numerosas ediciones. El Consejo del Condado de Londres había liderado el auge de las piscinas descubiertas con las de Victoria Park, Hackney, Brockwell Park y Tooting Bec; además, desde 1929, George Lansbury, líder del Partido Laborista, permitió los baños mixtos en el lago Serpentine de Hyde Park. El mismo año en que los torniquetes empezaron a girar en Penzance, también se abrieron piscinas descubiertas en Ilkley, Norwich, Peterborough, Saltdean y Aylesbury.

Para la inauguración de la Jubilee Pool, el alcalde encabezó una procesión desde el Sailors' Institute, y el profesor Hicks, destacado veterano de guerra de Cornualles, se dio el primer chapuzón ante una multitud exultante, al que siguieron un desfile de preciosos modelos en bañador, carreras masculinas y femeninas de cien metros, una exhibición de saltos espectaculares e

imaginativos por parte de los Plymouth Divers y un excepcional partido de waterpolo entre el equipo de Penzance, actual campeón de Cornualles, y el de Plymouth. La Penzance Silver Band amenizó el día con sus instrumentos, y el editorial del *Cornishman* consideró la nueva piscina «una obra de arte».

Las piscinas descubiertas fueron cerrando una tras otra en las décadas de 1960 y 1970, y acababan tapadas o convertidas en aparcamientos, por lo general. Algunas, como la Tinside Pool de Plymouth, simplemente se abandonaron y están en ruinas. En 1991, la Thirties Society publicó el folleto *Adiós, piscina mía*, que informaba de que por culpa de los recortes de presupuesto en las piscinas descubiertas en los años ochenta «solo un puñado ha sobrevivido y [...] ninguna está fuera de peligro». En su día, ese movimiento debió de ser tan intenso en el Reino Unido como en el resto de Europa, pero nosotros lo hemos borrado de nuestra historia casi por completo. El primitivismo colectivo que representaba constituía una poderosa fuente de beneficios, en particular para el nivel de salud del país.

Cuando la Jubilee Pool se inauguró en los años treinta, las piscinas cubiertas y al aire libre de todo el país estaban tan abarrotadas de bañistas entusiasmados que empezaron a oírse las primeras quejas de los nadadores más formales: «¿No podrían poner una calle aislada para que entrenemos sin tener que abrirnos paso entre una marabunta de gente haciendo el ganso?», escribió un corresponsal de la *Swimming Times*. Comenzaba a surgir una dicotomía entre quienes nadaban por puro placer y quienes, en cambio, veían la natación como un asunto más serio.

Cada piscina tenía su club, y la rivalidad enardecía las pasiones. No había ejemplo más palmario que los partidos de waterpolo, como la cita anual entre los equipos de Penzance y Plymouth. Ya en 1926, el capitán del equipo olímpico, George Wilkinson, escribió que el waterpolo «ha degenerado hasta tal punto que en algunos casos vemos incluso codazos voluntarios en las costillas, tirones de brazos y otras acciones ignominiosas debajo del agua». En octubre de 1929, *Der Swimmer*, en un artículo sobre un encuentro internacional en Alemania, se quejaba de que «los partidos de waterpolo eran peleas. Nuestros jugadores tuvieron que cambiarse el bañador al menos siete

veces durante el partido».

Mucho antes que el fútbol, la natación fue incubando su propio partidismo, e incluso nacionalismo. Podemos advertir el nivel de excitación al que las competiciones populares de natación habían llegado a principios de los años treinta en el tono de esta carta a la *Swimming Times*. En ella se pueden apreciar todos los efectos mentales de un exceso de agua fría:

¡SE BUSCAN LUCHADORES CON UNA DETERMINACIÓN ENDIABLADA!

Queremos un líder en cada club, un auténtico líder que posea una determinación endiablada. Un hombre que no acepte un «no» por respuesta, que se niegue a reconocer la existencia de la palabra *imposible*; un hombre que no se conforme con esa actitud de «cualquier tiempo me vale» que parece tan arraigada entre tantos presuntos amantes de la natación.

Podemos hacerlo, ¡y tenemos que HACERLO AHORA! Me niego a esperar a la vejez para ver al oeste de Inglaterra ocupar el lugar que se merece.

Ironías de la vida, tuvieron que pasar sesenta años para que Penzance encontrara a su luchador determinado, John Clarke, que apareció justo a tiempo para salvar la Jubilee Pool de los bulldozers.

Las piscinas públicas descubiertas representaron una tendencia modernizadora, próxima al interés democrático por disponer de entornos de convivencia saludables y gratuitos, que colocasen con firmeza el placer y la salud en el centro de la vida civil. El escritor y analista de políticas públicas Ken Worpole ha destacado la relevancia del declive de las piscinas: «Su abandono en las últimas décadas habla muchísimo de nuestra vuelta a lo privado y lo interior; del retroceso de nuestra oferta de bienes colectivos». Quizá la restauración de la Jubilee Pool, la reapertura de la Brockwell Park Lido, la salvación de la Tooting Bec Lido de Londres y el reciente renacimiento, a las afueras de Brighton, de la Saltdean Lido, cuyo diseño elegante y sencillo fue obra de R. W. H. Jones, nos señalen el camino hacia días más sanos, felices y sensuales.

Paseé un kilómetro y medio por la bahía de Newlyn con la ingenua esperanza de poder nadar en el puerto o en la playa. Estaba hechizado por un cuadro de

dame Laura Knight, una de las pintoras de la Escuela de Newlyn, con un sencillo título: *The Boys*, «Los chicos». Está ambientado en el puerto de Newlyn, con la playa de arena en primer plano, y representa a un grupo de niños vistiéndose encima de un bote volcado, después de bañarse. A su espalda, varias docenas de chavales, la mayoría desnudos, chapotean en el agua turquesa del puerto, y algunos se adentran unos metros, vadeando, para ir al encuentro de un barco que se acerca. Laura Knight se había unido a los Nuevos Realistas, un grupo de artistas formado en Newlyn por Stanhope Forbes en 1899. Forbes y sus amigos se rebelaron contra el sentimentalismo y el romanticismo de la Royal Academy, y en 1886 crearon el New English Art Club. Su misión era pintar al aire libre la vida cotidiana y real de Newlyn y sus trabajadores. Como decía Forbes: «Cada rincón era un cuadro; la gente parecía posar de forma natural, en armonía con el paisaje». La estación de trenes de Penzance estaba a poco más de un kilómetro y medio, por lo que Newlyn se convirtió en el corazón de un mundo artístico y social: en la playa, en el puerto, y dentro y fuera de las casitas de pescadores convertidas en estudios. Fue precisamente en una de las fiestas que dieron allí Forbes y su esposa, Elizabeth Armstrong, donde Laura Knight y Alfred Munnings se conocieron y trabaron una amistad que duraría toda su vida, con una gran atracción entre ambos.

Mientras se vendía el último pescado en un cobertizo sin paredes, varios hombres barrían el hielo pisoteado del muelle y lo tiraban al agua turbia del puerto, a unos seis metros. Las ganas de bañarme allí se me quitaron en el acto. Se oían ruidos nítidos por todas partes: martillazos metálicos, radios, soldadoras, mangueras y los tonos graves de grandes motores. Envueltos en un intenso hedor a diésel, los barcos *Avalon*, *Ocean Spray*, *Marina*, *Keriolet*, *Prevail*, *Girl Patricia*, *Try Again*, *Trewarveneth* y *Golden Harvest* descansaban en el agua verde oscura. Había hombres colgados de cuerdas, pintando el *Rebecca Elaine*, o sentados, desatando redes anudadas, con la espalda desnuda al sol, mientras las enormes gaviotas mafiosas, que llevaban en el pico las entrañas de los peces, inspeccionaban la zona con su aleteo amenazante, sin pasar nada por alto. Estas matonas del mundo aviar volaban en círculos y se

posaban con suavidad en las jarcias, o cagaban indiscriminadamente sobre las cubiertas. Los barcos estaban pintados de blanco mierda de pájaro. Rollos de cable, altas pilas de paneles sujetos con cadenas, enormes bloques de granito: todo era pesado y resistente, y había que ir con cien ojos por el muelle, esquivando los montacargas, los cabos sueltos que pasaban volando y los camiones articulados de W. Stevenson & Sons, Trawler Owners. El lodo negro y las chillonas algas verdes del puerto, entremezclados con la capa de suciedad y el jaspeado arcoíris de las manchas de aceite en el agua, hacían muy difícil reconocer el paisaje inocente del cuadro de Laura Knight.

Bajé en coche por la costa rumbo a Land's End, en busca del agua turquesa, y la encontré en la cala de Porthcurno. Vi por primera vez su belleza vetuada desde el teatro al aire libre de Minack, en lo alto de un acantilado. Cuanto más te elevas sobre el mar, más hermoso y tranquilo parece, y las olas menguan hasta recordar a esas motitas del acabado del esmalte Hammerite.

La arena blanca y el agua verde y transparente, tentadoras, parecían lejanísimas. Bajé un sinfín de peldaños excavados en la roca hasta llegar a una buena posición desde la que observar la playa abarrotada. El clan de los bronceados se había adueñado de ella, con un importante contingente de Birmingham, acampado con sus paravientos, toallas gigantes y grandes cestas de pícnic. Allí había todo tipo de vida familiar. Era como estar en un barrio de las afueras y escuchar las conversaciones de cada casa, o ver cien obras de Mike Leigh al mismo tiempo. Nadie parecía inhibirse lo más mínimo por el gentío que tenía a su lado. Eran familias auténticas, con todos sus defectos.

También había bastante gente bañándose, pero la mayoría muy cerca de la playa, que se hunde abruptamente en las profundidades. El agua estaba cristalina, y bastante tibia. Me alejé nadando de la cala principal, trazando un amplio arco hacia mi izquierda, y al rodear las rocas pasé por otras dos playas donde solo hay arena cuando baja la marea. Ahí estaba otra vez, en el Atlántico limpio e incontaminado, el mismo mar que me había parecido tan insoportablemente frío unos sesenta kilómetros al oeste océano a través, en las Sorlingas, en primavera. Crucé la bahía en dirección a Logan Rock y acabé llegando a una zona de agua caliente y somera, en un banco de arena apenas sumergido, a unos cien metros de la playa. Ese extremo más alejado

de Porthcurno es lo que se conoce con el singular nombre de «playa nudista». Hoy día, en Francia o en Grecia sería una playa sin más. Al mirar hacia los acantilados, vi a varias personas corriendo un riesgo tremendo en su afán por bordearlos para llegar hasta esa playa. Las olas rompían con suavidad en el banco de arena, y, en cuanto me puse de pie, me sentí fuera de lugar, con mi Speedos negro, entre toda aquella gente guapa que paseaba con elegancia por el agua, cogida de la mano bajo el sol, con su bañador de bronceado. Su desnudez tenía un punto de agresividad sutil, y me recordó a un día de invierno en que iba por una calle de Praga sin sombrero y todas las cabezas enfundadas en piel se giraban a mi paso. Al igual que los «nudistas» de Holkham, llevaban su desnudez como un uniforme. Había entrado nadando en un dibujo de Bateman.

Justo entonces reparé en que la marea empezaba a subir, y había dejado la ropa demasiado cerca de la orilla como para estar tranquilo. Nadando a una brazada de lo más brioso me dirigí hacia la lejana motita azul que eran mis pantalones; al rato me giré para hacer un tramo a espaldas, y así observar los imponentes acantilados y lo que la compositora Imogen Holst definió una vez como «el contrapuntístico vuelo circular de las gaviotas». Disfruté de esa soledad momentánea. A medida que me acercaba a la orilla, el estrépito iba en aumento, y vi mis pantalones cortos, mi mochila y mis botas a unos metros escasos del agua, que se acercaba con voracidad. Hice un *sprint* final para rescatarlos, y luego me quedé secándome al sol, entre repantigado y tumbado en una de las rocas gigantes de granito gris con vetas de cuarzo que rodean la cala. Se me unió una vanesa de los cardos, que llegó aleteando y se posó en mis pantalones French Connection de algodón azul para tomar el sol.

Me quedé observando a aquellos británicos en acción. Siempre me ha atraído la teoría acuática sobre la evolución humana que el biólogo marino sir Alister Hardy sugirió por primera vez en un artículo de la *New Scientist* en 1960. Luego, Elaine Morgan desarrollaría esas ideas en su libro *Eva al desnudo*. A diferencia de Desmond Morris (que estuvo a punto de ahogarse a los siete años y no volvió a nadar), Hardy y Morgan creían que, durante las sequías mundiales del Plioceno, vivimos diez millones de años como

mamíferos semiacuáticos, vadeando y nadando en las aguas poco profundas y las playas de África, y de ahí evolucionamos al bipedismo. Pasamos por una transición marina hasta convertirnos en lo que somos, y nuestra vida en tierra firme desde entonces es relativamente reciente.

A excepción del mono narigudo de Borneo, somos los únicos primates que se bañan con frecuencia por el mero hecho de disfrutar del agua. También tenemos particularmente poco pelo, como los delfines, y solo nosotros, de entre todos los primates, poseemos una capa de grasa subcutánea similar a la de las ballenas, óptima para conservar el calor en el agua. Las ideas de Hardy partían de un hecho curioso: el vello vestigial de nuestro cuerpo está distribuido de una manera muy distinta al del resto de simios. Hardy descubrió que, cuando un humano nadaba en un túnel de agua, las líneas hidrodinámicas coincidían exactamente con las líneas de su vello corporal. Justo lo que cabría esperar de un animal evolucionado para la natación hidrodinámica, cuyas crías disfrutaban con naturalidad del agua. Mi joven amigo Stan nadó por primera vez en la bañera justo después de nacer, y con un año ya era una estrella de Los Patitos, el club de natación infantil de Hoxton. Las experiencias de Herman Melville en los mares del Sur, narradas en *Taipei: un Edén caníbal*, lo convencieron de nuestra afinidad natural por el agua:

Un día, al acercarme al río para bañarme en compañía de Kory-Kory, reparé en una mujer sentada en una roca, en medio de la corriente, que observaba con el más puro interés los brincos de un animalillo que jugueteaba en el agua, a su lado, y que al principio me pareció una especie de rana insólitamente grande. Atraído por esa imagen novedosa, me acerqué vadeando a ella, y apenas pude dar crédito a lo que vieron mis ojos: una criatura recién nacida, que no tendría más de unos días de vida, chapoteando como si acabara de salir a la superficie tras eclosionar en el lecho del río. Cada cierto tiempo, el pequeño soltaba un gritito y movía sus brazos y piernas minúsculos, intentando acercarse a la roca, y la madre orgullosa estiraba los brazos para cogerlo y llevárselo al pecho. Aquello se repetía una y otra vez, y el churumbel se pasaba en el río intervalos de hasta un minuto. En un par de ocasiones puso una cara rara al tragar un poco de agua, y empezó a toser y carraspear como si estuviera a punto de ahogarse. Entonces, la madre lo sacaba de un tirón del agua y, mediante un proceso que me abstendré de describir, lo obligaba a escupir el líquido. Durante varias semanas la observé llevar a su hijo al río a diario, en el fresco de la mañana y de la tarde, para que se diese un chapuzón. No es de sorprender que los isleños de los mares del Sur sean una raza anfibia, habida cuenta de que los lanzan al agua en cuanto ven la luz. Estoy convencido de que nadar es tan natural para un ser humano como lo es para un pato, y, sin embargo, cuántos

individuos perfectamente sanos mueren en las comunidades civilizadas, como gatitos ahogados, por culpa de los accidentes más triviales.

Como afirma D. H. Lawrence en su ensayo sobre Taipi, «la mayoría de quienes usamos la lengua inglesa somos gente de agua, venida del mar».

La antropología playera no hace sino confirmar mi entusiasmo por la hipótesis de Hardy. Mientras observaba la membrana que tenemos entre el pulgar y el índice (a diferencia de los otros simios), y a esos humanos, simios sin pelo, chapoteando y chillando de puro júbilo en el agua, reflexionaba sobre la transformación que la mayoría de nosotros experimentamos al sentarnos en la arena, al bañarnos, al nadar: de *Homo sapiens* a lo que Norman O. Brown, en *La vida contra la muerte*, denomina *Homo ludens*; de la neurosis a las ganas de jugar. Quizá, sencillamente, estemos más a gusto en el agua o cerca del agua que en tierra firme. Quizá la tierra sea nuestro problema.

Sin duda, en la playa la gente trabaja, o juega, con gran empeño. Erige elaboradísimos castillos de arena, construye presas y crea lagunas, surca la marea en complicados juegos acuáticos, se pasa horas seleccionando guijarros en la orilla, recorre kilómetros transportando equipos pesados, bajando acantilados, cruzando dunas, volviendo a subir. Se gasta una pasta gansa en complejos juguetes que funcionan con agua, se pasa días esperando para surfear la ola perfecta, acampa en las playas como nómadas, se sienta en una cabaña en la arena para contemplar el mar o, sencillamente, se quita los zapatos y los calcetines y pasea por el agua. A veces, el pintor L. S. Lowry sentía un impulso tan fuerte de sentarse frente al mar de Sunderland que cogía un taxi e iba hasta allí, a doscientos veinte kilómetros de su casa de Cheshire. Mi propia versión del paraíso atávico consistió en pasar lo que quedaba de tarde como los cerdos bañistas que había visto en Citnos con Dudley, alternando la lectura de la biografía de Daphne du Maurier escrita por Margaret Forster, tostándome en mi roca, con los paseos por la orilla de la playa, de agua pura y turquesa.

CRUZANDO EL FOWEY

Cornualles, 18 de julio

Ya había oscurecido cuando pasé con mi coche por el laberinto de caminos sinuosos y angostos que lleva a Polruan, en el margen este del río Fowey. Algunos tramos son tan estrechos que rozas la vegetación de las escarpadas cunetas por ambos lados. Dormí en el Citroën, cerca de la caseta de vigilancia del guardacostas, en lo alto del acantilado. Al despertarme, vi una densa bruma a través del maletero abierto y me quedé otro ratito dormitando debajo de mi paracaídas, oyendo de fondo el traqueteo atenuado del motor de un barco que rodeaba el acantilado.

Polruan y Fowey se miran a través del puerto natural que forma el profundo estuario del río, resguardado por las colinas donde se sitúan las dos localidades. En el conservador Fowey se dice que Polruan es una república socialista, porque pertenece a otro distrito municipal que siempre ha sido más radical. Fowey nunca ha tragado las viviendas de protección oficial que Polruan construyó en la parte alta de la colina, justo en sus narices. Se palpa en el ambiente que aún no han resuelto una enemistad que se remonta a la guerra civil inglesa, cuando Fowey era parlamentaria y Polruan realista.

Además de la omnipresencia del espíritu de Daphne du Maurier, Fowey y su río siempre han tenido un significado especial para mí porque era uno de los lugares favoritos de mi madre y mi tío Laddie, que vivieron casi toda su infancia en Cornualles. Mi abuelo trabajaba de inspector de Sanidad en

Truro, adonde la familia se había mudado desde Walsall. Eran siete en total, entre hermanos y hermanas, y tenían un vínculo muy fuerte debido a la relativa segregación que sufría una familia de Staffordshire en un colegio de Cornualles —cuando llegaron, los niños cornualleses creían que eran de Varsovia y les hablaban en un inglés *pidgin*—. Al ser forasteros, se relacionaban mucho más entre ellos que con los demás. Laddie, el mayor, acabó comprando un barco, un humilde yate donde todos los hermanos llevaban una vida más propia de *Golondrinas y Amazonas*, río Fal arriba y abajo, con alguna expedición ocasional a Fowey y Polruan. Allí también veraneaba una novia mía, a la que iba a ver con veintipico años, pegándome auténticas palizas maratonianas en coche desde Londres, de madrugada, y haciendo gala de un romanticismo digno de Du Maurier.

En cuanto llegué, supe que atravesar a nado la desembocadura del río Fowey no iba a resultar fácil. El meollo del problema era que, ya desde la época en que Du Maurier y sus gallardos camaradas vivían aquí, este ha sido un sitio para presumir. En cuanto entras al agua, con o sin barco, sales a escena. Las casas del pueblo se amontonan en la ladera de una colina, a modo de graderío, y aquí hay prismáticos para dar y regalar, y puede que también telescopios. Todas tienen un precioso ventanal, de los que cuestan un ojo de la cara si los rompes, desde el que controlar el panorama. Todo el mundo se fija en todo el mundo, y comentan en directo la orientación de las velas o el estado de la pintura del casco, o explican el itinerario que ellos tomarían si estuviesen a la caña del timón. Hay guardacostas de patrulla, pilotos dirigiendo buques enormes, que entran o salen del río con cargamentos de caolín de St. Austell, remolcadores, ferris, taxis acuáticos y barcos del Club de Yates de Fowey, y todos observan con atención de qué palo vas.

Bajé por las calles estrechas y empinadas de Polruan para coger el ferri que cruza hasta Fowey, y al llegar al muelle me puse detrás de una ordenada fila de perros, que siempre parecen ser mayoría en los ferris. En agosto, todos los perros del país se reúnen en Cornualles para disfrutar de sus vacaciones de verano, y el lanzamiento de palo es uno de los pasatiempos estrella en las playas cornuallesas. Durante el trayecto, estudié las corrientes del puerto. Al llegar a Fowey, consulté la tabla de mareas y, mientras daba buena cuenta de

una tosta de alubias al horno en el Lifeboat Café, intenté decidir el mejor itinerario para cruzar el río.

Después de debatirlo largo y tendido con mis amigos de Polruan, llegué a la conclusión de que el mejor punto era la entrada del puerto, cerca del mar abierto: desde las rocas a los pies del castillo en ruinas, en el lado de Polruan, hasta la cala de Readymoney Cove, a unos ochocientos metros, en el lado de Fowey. Si la cosa iba bien, dije ni corto ni perezoso, a lo mejor hasta nadaba ida y vuelta. El momento ideal sería una media hora antes de la pleamar, para aprovechar la tranquilidad de la estoa antes de que comenzase a bajar la marea. Sea como fuere, ya tendría que haber salido del agua cuando cambiase la marea, porque es precisamente al comienzo del flujo y el reflujo cuando tira con más fuerza.

Esa tarde, decidí nadar en la desembocadura del puerto con marea alta, para hacerme un poco al agua y las corrientes. No pretendía que fuese más que una corta sesión de prueba, pero, justo cuando había cogido un buen ritmo y estaba planteándome seguir, los guardacostas me interceptaron de repente. Una enorme lancha motora gris, parecida a un carcaj de antenas, se me acercó a toda velocidad, salida de la nada, y levantó una nube de agua al frenar, como un esquiador, a unos metros de mí.

—¿Está usted bien? —me gritaron.

—Estoy perfectamente, gracias —respondí, e, intentando poner la misma voz que quien dice: «Aquí, sacando las botellas de leche», añadí—: Aquí, nadando un rato.

Me explicaron, en tono admonitorio, que no debería nadar allí sin el permiso del práctico de puerto, y me pidieron que diese la vuelta.

—Pero si ya voy por la mitad. Lo mismo da que siga hasta el otro lado —sugerí, sintiéndome como un pez que discute con un pescador.

Ellos no lo veían así, y empezaba a hacer frío para quedarse debatiendo a flote; además, eran más grandes que yo y podían conmigo. Así que volví a Polruan, un poco alicaído, entre las risas de mis amigos, que me esperaban en la orilla.

Esa noche, cenando en una casita en primera línea de puerto, trazamos el plan de acción. Como era fin de semana, quizá hubiese demasiados barcos y

la travesía no fuera segura, por lo que mi única opción, aparte de rendirme, pasaba por nadar sin que los guardacostas me viesan, escondido detrás del barco de mi amigo Brian; confiando en que, si me pillaban, serían clementes al ver que había tomado la sensata precaución de ir escoltado.

Al día siguiente, llevamos el barco de escolta al punto de salida a la hora perfecta. Salté al agua desde las rocas y empecé a nadar a braza. Brian y sus hijos, Holly y Joe, iban charlando, y no me costó coger el ritmo, pegado al flanco del barco que daba al mar, fuera de la vista del práctico de puerto en su oficina. Además, ese subterfugio necesario le daba un toque de diversión. Si esto fuese el informe sobre una travesía del canal de la Mancha, añadiría que nadaba a veintinueve brazadas por minuto y que había salido a las 16:25. En la pleamar, el fondo del río Fowey queda a unos doce metros, y empecé a sentir la profundidad del agua que tenía debajo. Roy, capitán del *Tregeagle*, uno de los remolcadores que fondea a las afueras de Polruan, me había dicho que frente al muelle del ferri que va de Fowey a Bodinnick, río arriba, había un agujero de quince metros en el lecho del río, con un manantial de agua dulce. Nos cuidamos muy mucho de acercarnos allí.

Aunque procuraba evitar las zonas con algas flotantes, cada vez que una se me pegaba al brazo me zafaba con un respingo involuntario. El miedo a lo desconocido siempre está al acecho cuando nadas en aguas profundas. Se produjo un momento de tensión cuando una enorme lancha neumática Galaxy SP24, con motores gemelos Mercury 75, pareció venir directa hacia nosotros como un condón negro gigante, a toda velocidad, con el morro en el aire y un chaval de diez años al timón. Por lo demás, apenas había tráfico en el agua, por lo que pudimos mantener un rumbo relativamente recto, teniendo siempre como destino el castillo de St. Catherine, en el extremo de la cala más cercano al mar, para compensar la marea, que seguía subiendo y tiraba de mí río arriba. El agua estaba en calma, pero la brisa marina la picaba lo suficiente para que, mientras charlábamos, alguna ola ocasional cortase con un bofetón salado mis frases. Los niños, ojo avizor, buscaban medusas desde el barco, pero no apareció ninguna.

Cuando estaba llegando a la cala de Readymoney Cove, mi cabeza volvió a mi novia de Fowey. Aquella pequeña bahía arenosa me traía recuerdos

románticos, de baños a la luz de la luna hasta las plataformas flotantes ancladas frente a la costa. En la mitología de mi infancia, era en Fowey donde mi tío Laddie fondeaba, llegado desde Falmouth; donde le encantaba nadar. Una vez, en una de sus excursiones, mi madre y él trajeron una pequeña barca con la que fueron a explorar río arriba. En otras expediciones, navegaban por el río Fal y los arroyos que desembocan en Carrick Roads, o remontaban la ría Helford. De sus aventuras, con hogueras de madera a la deriva y baños nocturnos, salían mis cuentos para dormir.

Entré nadando en la cala arenosa y caminé por el agua cristalina de la orilla hasta llegar a la pequeña playa. Quizá no hubiese estado a la altura de Philip Rush en su triple travesía del canal de la Mancha de 1988 (28 horas y 21 minutos), o de la hazaña del doctor Chris Stockdale —travesía del canal de la Mancha seguida de trescientos veinticinco kilómetros en bicicleta, desde Dover a Solihull, y maratón completo alrededor de Birmingham—, pero me sentía genial. Fue un cruce directo, que hasta ahora había pasado inadvertido a los guardacostas; y, como no quería enfriarme con la brisa, volví al agua para afrontar la vuelta a Polruan, otra vez escondido por el barco. Nadar de un punto a otro, independientemente de la distancia, se parece mucho a escalar una montaña. Mientras observas desde la orilla tu objetivo, minúsculo en la distancia, te sientes intimidado; pero, cuando empiezas a nadar, vas relajándote y te sueltas, coges el ritmo, notas la textura del agua, abres los pulmones y respiras hondo; te vuelves acuático. Avanzaba con confianza, aunque seguía siendo consciente de la profundidad del agua que tenía debajo, y de la importancia de alcanzar la otra orilla antes de que cambiase la marea. Me estaba beneficiando de las aguas tranquilas de la estoa; pero, en cuanto la marea empieza a bajar, y los seis metros de agua marina se mezclan con el caudal dulce del río, todos luchando por escapar al mar abierto a través del canal relativamente estrecho del puerto, se libera de golpe una enorme energía contenida.

Estábamos a unos doscientos metros de la otra orilla, felicitándonos por habérsela pegado a los guardacostas, cuando de repente salieron de la nada y se acercaron con actitud resuelta a nuestra pequeña comitiva extraoficial. Por un momento pareció que la cosa iba a ponerse tensa, y los vimos sacar un

megáfono para infligirnos el sumun del bochorno. Sin embargo, su primera frase nos alivió un poco.

—Dios santo, pero ¡si es usted otra vez!

—No pasa nada, ya estamos de vuelta —dijimos rápidamente, y acto seguido nos disculpamos por las molestias que hubiésemos podido ocasionar de forma involuntaria. Fueron muy amables, y se limitaron a echarnos una regañina irónica, el equivalente náutico a la advertencia seguida de un «circule» de la policía. Un poco de buen humor el fin de semana nunca está de más.

Ya empezaba a saborear el baño calentito que, según me había dicho Brian, quizá me esperase al llegar a su casa. Tenía los dedos y los pies entumecidos, y recordé que, una mañana ventosa en un lago cerca de Leicester, un nadador de triatlón me había contado que el agua absorbe el calor del cuerpo veinte veces más rápido que el aire. Al pensar en las toallas calientes, las sales de baño y el grifo rojo abierto al máximo, seguí nadando con energía renovada entre los embarcaderos de Polruan y salí del agua por las rocas que había justo debajo de la casita, donde ya me parecía ver columnas de vapor en la ventana del baño.

En Polruan se toman muy en serio la natación. A lo largo de los años, ese puerto natural se ha cobrado la vida de demasiados vecinos, algunos jóvenes y llenos de vida, mientras volvían en una barca hinchable prestada, ya de madrugada, después de salir por Fowey y perder el último ferri; otros, volcados por alguna de las fuertes olas que a veces se forman en el puerto durante las tormentas. La gente cruza estas aguas una y otra vez, llueva o truene, por lo que hay motivos de sobra para ser un buen nadador, y en el colegio del pueblo es tradición enseñar a todos los alumnos no solo a nadar, sino a resistir distancias largas.

Cada año, a finales de junio, los chavales de diez y once años, de quinto y sexto, cruzan el puerto a nado. Muchos hacen la ida y la vuelta. El día se decide entre los profesores y el práctico de puerto, para aprovechar la pleamar de la mañana, a eso de las diez. A la hora indicada, los niños, completamente embadurnados de vaselina, salen de la terminal del ferri de Polruan. El muelle está abarrotado de alumnos más pequeños, padres, vecinos

y turistas, que los animan como forofos. Cada niño va acompañado de un bote de seguridad, y se despeja todo el tráfico del puerto para la ocasión. Los alumnos mayores, que quizá hicieron la travesía el año anterior, van en ferri al otro lado para dar apoyo moral. Cada vez que un niño toca la pared del muelle de Fowey, se oye una gran ovación. Algunos vuelven en ferri, y otros dan media vuelta con las mismas y regresan a Polruan, donde los reciben con una ovación doble, los envuelven en toallas y los llevan a casa a toda prisa, tiritando, para que se den un baño caliente antes de la tradicional chocolatada con bollos de crema en el Singing Kettle. La distancia en ese tramo es de unos cuatrocientos cincuenta metros en aguas abiertas, y en el centro del profundo canal pueden llegar a estar muy frías. Los jóvenes nadadores se entrenan en la piscina de Liskeard y en el puerto con sus padres. Cuando les llega el turno de completar la travesía del puerto, la mayoría puede nadar más de un kilómetro tranquilamente. Cuesta imaginar una experiencia educativa más estimulante; se trata de un auténtico rito de paso, en el sentido literal de la expresión.

A la mañana siguiente llovía. Mientras desayunaba en el Lifeboat Café, estudié el mapa de la península de Land's End buscando indicios de fuentes sagradas. Dedicaría esa jornada a la antropología *amateur*. ¿Qué mejor manera de pasar un día lluvioso que curiosear en busca de fuentes? A medida que viajaba y nadaba, tenía cada vez más claro, como había sospechado desde el principio, que nuestra relación con el agua es mucho más mística de lo que la mayoría de nosotros admite. ¿Hasta qué punto seguía existiendo la antigua creencia popular en los poderes curativos del agua? Hay fuentes sagradas desperdigadas por todo el país, pero desde la aparición de la red de abastecimiento de agua potable, en las décadas de 1920 y 1930, muchas han caído en el olvido. Sin embargo, ese extremo de Cornualles aún parecía estar bien surtido.

En primer lugar, fui a Madron, a tres kilómetros de Penzance, donde, calado hasta los huesos, encontré una fuente sagrada forrada de líquenes en una arboleda de sauces cenicientos. Los carboneros cantaban bajo la lluvia, o al

menos silbaban, por todas partes. Después de recorrer un arduo sendero embarrado a través del sotobosque, encorvado por la lluvia, enfilé un pasillo oscuro flanqueado por endrinos nudosos, hasta llegar a la confluencia de tres arroyos que parecían perderse en una pequeña fuente cenagosa de color vinagreta. Las madres cristianas traían aquí a sus recién nacidos para bautizarlos en la pequeña pila de piedra, unos metros más adelante. Un viejo y sufrido sauce, a orillas de la fuente, parecía cargar en sus ramas finas con los pecados del mundo. Estaba adornado con todo tipo de amuletos que lloraban en silencio con la lluvia, como un coro anhelante de voces peregrinas. Al descubrir tal variedad de piezas colgadas en el bosque, a plena vista, lo primero que se me pasó por la cabeza fue la cuerda tendida donde el guarda de caza expone las presas abatidas, otra reliquia viva de nuestro antiguo y animado diálogo con las deidades.

Había pañuelos, trozos de cintas de colores, una baraja, una corbata, cordonerías, guantes, un mechón de pelo de mujer, largo y castaño, tiras de sargazo vejigoso y algas pardas, una cuenta de restaurante, hilos de lana, un juguete móvil improvisado con pajitas, una estrella formada con palitos de helado pintados y colgados de una cuerda de seda, tapones de botella enhebrados, una trenza de helechos, diademas, ramilletes de flores silvestres, una prenda de la talla 38 e incluso la tarjeta de visita de un «osteópata, iridólogo y psicoterapeuta» galés con un apellido de dieciséis letras y un número de teléfono de Llangollen para «pedir cita». En otra tarjeta escrita a lápiz se leía: «Para encontrar la verdad, reconocerla y, lo más importante, actuar sobre ella». Cuando Daphne du Maurier vino aquí, «partió una ramita y la giró nueve veces mirando al sol». Sus buenas razones tendría, sin duda. Pedí un deseo secreto: completar con éxito la travesía más ambiciosa que tenía en mente, la del golfo de Corryvreckan. Aquel santuario húmedo podría estar en Lourdes, podría encontrarse en casi cualquier punto del Ganges. Los jirones de ropa y las reliquias que colgaban del árbol simbolizaban la «antigua» persona, antes de su purificación ritual en el agua. La lluvia caía sin cesar sobre esas oraciones, esas esperanzas empapadas, que goteaban. Y los tres arroyos seguían fluyendo, perdiéndose en la fuente.

Lo más curioso era que dichos arroyos entraban, en vez de salir de la

fuelle, como es habitual. Miré el reloj para cerciorarme de que no estaba retrocediendo. Me pregunté qué relación, de haberla, guardaría aquello con los «*pixies* de la suerte de Cornualles» publicitados en la contracubierta del astrológico *Almanaque del Viejo Moore*. Al ojear un ejemplar de la edición de este año, que aún parece compuesta con la imprenta original de Gutenberg, comprobé que ahora son dos los duendecillos que aspiran a conseguir nuestra fe, y nuestro dinero. Joan the Wad, «la Antorcha», afirma que es la «reina de los *pixies* de la suerte de Cornualles». Leemos: «Como garantía, cada amuleto se sumerge en el agua de la suerte del Saint's Well, Polperro», y se ofrecen distintos tipos de buenaventura: «Lotería, carreras de caballos, bingo, salud, ascenso laboral, felicidad». Puedes llevar a Joan the Wad en toda una gama de amuletos: broches, pendientes o anillos, de plata de ley o de latón. Su ingenioso eslogan reza: «¡La buena suerte te dirá que sí / Cuando Joan the Wad viaje junto a ti!».

A Joan the Wad le hace competencia Lowender, «el auténtico y genuino *pixie* de la suerte de Cornualles, para tu buenaventura y felicidad». Su amuleto hecho a mano está «bañado en la misteriosa laguna de Dozmary en el páramo de Bodmin Moor, donde moran los *pixies* de Cornualles», y puede comprarse en la tienda Merman, en Bodmin. Me dije que quizá encontrase uno de los dos amuletos, o ambos, colgando de un árbol a orillas de alguna de las fuentes que visitara; puede que hasta me topase con los auténticos *pixies*. Pero solo vi a un san Cristóbal empapado.

Encontré otro de esos spas para pobres en St. Uny, donde el agua de la fuente sagrada brota a los pies de Bartinny Hill, la última colina antes de Land's End. Unos peldaños de piedra descendían a una cámara frondosa y con eco donde estaba la fuente, y un letrero en un trozo de cartón advertía: Prohibido beber de esta agua. Ya no es seguro. No se explicaba por qué. También allí había un árbol nudoso de aspecto venerable, esta vez un espino blanco, lleno de ofrendas votivas colgadas de las ramas. Una paloma había construido su nido con varias. Vi que la gente se había llevado ramitas del árbol sagrado como recuerdo, y también había caracolas, perlas, collares y viejas correas de reloj cubiertas de algas. Se llegaba a la fuente por un

sendero a escasos metros de Carn Euny, un asentamiento de la Edad de Hierro donde estuve a solas con sus fantasmas. Algunas de sus casas enterradas siguen casi intactas, y desde el interior de una de ellas observé, al otro lado del gigantesco dintel de granito, toda la península de Land's End, con las torres de las iglesias de Sennen y St. Just al fondo. Mientras subía a Bartinny Hill, las nubes se disiparon a tiempo para regalarme una preciosa puesta de sol sobre las islas Sorlingas, claramente visibles, sesenta y cinco kilómetros al oeste. Luego empezó a ascender una neblina desde Penzance, y bajé la colina abriéndome paso entre el brezo espeso.

A tres kilómetros de allí, en Sancreed, pasé por la granja de Glebe Farm para llegar, cuando empezaba a anochecer, a una tercera fuente sagrada. Aunque el sendero estaba cubierto de vegetación y apenas se distinguía, había indicios de un tránsito ocasional. En su momento, la fuente de agua clara y tranquila, en una impresionante gruta de granito a la que se bajaba por ocho peldaños, había sido «cuidada y vigilada, como se merece todo lugar sagrado», por una pareja enterrada en las inmediaciones. Hay allí restos de una pequeña capilla de piedra, además de una cruz celta y un espino blanco sagrado repleto de amuletos, muchos de ellos trenzados con los lirios de día naranjas que abundan por la zona. También había ofrendas en las grietas de las paredes de piedra de la fuente: caracolas de colores, piedrecitas con formas, un diente de caballo, un san Cristóbal y una cabeza de ajo. Todos esos objetos estaban impregnados de significado, y de un potente y silencioso misterio. No cabe duda de que el efecto placebo es el principal método curativo de estas fuentes tradicionales; no obstante, el mero hecho de tomar las riendas de tu salud y hacer algo para mejorar tu situación ha de ser beneficioso de por sí.

En aquellas fuentes tuve la misma sensación que suelo experimentar en las iglesias rurales cuando leo el libro de visitas. Cada una de ellas, en apariencia solitaria y desierta, estaba al mismo tiempo abarrotada de presencias. En Cornualles, el vínculo religioso con el mar y Poseidón, así como con las ninfas de las fuentes, se remonta a hace muchísimos años. Los cementerios están llenos de marineros ahogados, y en Zennor, al oeste de St. Ives, hay una famosa sirena tallada en el lateral de un banco de iglesia. Mientras que las

iglesias inglesas pretenden imitar los bosques sagrados, las primeras iglesias de Cornualles, con sus techos de madera nervada y curvada, imitan la forma de los barcos, o incluso de los esqueletos de los peces.

Conozco otro lugar tan potente y misterioso como esas fuentes sagradas. A tres kilómetros de Newmarket, siguiendo la vieja carretera de Bury St. Edmunds, se llega al cruce de Moulton. En la cuneta hay un montón de flores, algunas frescas, otras de plástico, sobre una pequeña sepultura. Se trata de la tumba de Joseph, el niño gitano desconocido que al parecer murió en un accidente de carreta en este cruce en el siglo XIX. Hay una sencilla cruz de madera con su nombre, y se dice que el color de las flores de la tumba en vísperas del derbi predice el color del ganador. El año pasado conocí allí a un policía que pasa patrullando por la tumba varias veces por turno, y que me confirmó la historia que me habían contado unos mozos de cuadra del pueblo: aunque siempre hay flores frescas en la tumba, jamás se ha visto a nadie ponerlas.

Me quedé reflexionando sobre la naturaleza de los deseos, o súplicas, mejor dicho, que se ofrecían en aquellos lugares. Sospechaba que serían minoría quienes solo esperaban ganar la lotería. Lo que percibí principalmente fue dolor, y pena, aunque quizá solo fuese el poder de los elementos, que estaban descargando un mes de lluvia en veinticuatro horas. Tuve una especie de visión, estilo Stanley Spencer, donde todas las almas atribuladas emergían del agua, suplicando a los dioses de las fuentes para obtener su redención. Confío en que no fuesen demasiadas las que llamaran al emprendedor iridólogo y psicoterapeuta galés. Cuesta mucho acabar con determinadas creencias residuales. El nuevo centro comercial Castle Mall, en Norwich, no se parece en nada a un gran santuario pagano; y, sin embargo, todas las semanas hay que recoger las monedas de la fuente central que decora su interior. Todos los años, en Derbyshire, y en el resto del país, se siguen decorando las fuentes y pozos con flores para una celebración que se remonta a las Fontinalia romanas, fiestas florales en honor a las ninfas de los manantiales. Y, huelga decirlo, seguimos bautizando a los recién nacidos en las fuentes sagradas simbólicas, que llamamos pilas bautismales, en las iglesias de todo el mundo.

Ya era casi de noche cuando arranqué y puse rumbo a Ruan Lanihorne, un pueblecito cerca del río Fal, donde había alquilado una casa de campo con mis amigos Olivia y Gary. A la mañana siguiente seguía lloviendo, pero los tres estábamos decididos a ir a la costa norte, cerca de Padstow, para explorar la piscina de roca natural de Treyarnon, en Constantine Bay. No tardamos en recordar que estábamos en período de vacaciones, pues llegamos a la cola de una kilométrica comitiva de caravanas y autocaravanas holandesas que cada cien metros tenían que ralentizar la marcha, a ritmo de viandante, para pasar por las estrechísimas carreteras de Cornualles. Me he fijado en que las autocaravanas siempre llevan bicicletas enganchadas en la parte de atrás, supongo que a modo de decoración. Los cornualleses inventaron el control del tráfico allá por 1450. Si Gales o Wiltshire son gigantes dormidos, Cornualles es un guardia tumbado. Aquí, lo que de lejos parece un animal atropellado resulta ser una toalla o un bañador, despatarrado y hecho jirones por las ruedas de miles de autocaravanas.

Al llegar a Treyarnon aparcamos al lado de una furgoneta Volkswagen con el tubo de escape reventado y una andrajosa lona azul sobre una baca con varias tablas de surf apiladas. En la parte de atrás se leía un lema escrito con pintura: «Cien por cien *funky*». El sonido retumbante de un bajo, como de mazo, amenazaba con desarmar el chasis oxidado. A través de las ventanillas empañadas se entreveía un tenue grupo de surfistas en una actitud de relax extremo. Cuanto más arreciaba la lluvia, más decididos estábamos los tres bañistas a llevar a cabo nuestro plan. Embarrados y enfundados en impermeables chillones azules y amarillos, nos descolgamos con sumo cuidado por las rocas de pizarra que, como peldaños, bajaban por el pequeño acantilado hasta la enorme piscina natural bañada por la marea.

Una silueta esbelta y solitaria se estaba poniendo el bañador en una roca llana, un poco más abajo, y tapó su ropa con un chubasquero. Luego se lanzó al agua y empezó a nadar con una preciosa retriever negra. Gary y yo también entramos, y la perra, que luego supimos que se llamaba Moll, se acercó a saludarnos. Estaba espléndida en el agua, y se movía con una elegancia instintiva, con el hocico a ras del agua y la cola fuera, a modo de timón. La piscina tenía unos doce metros de diagonal y hasta dos de profundidad, y

estaba repleta de mejillones, anémonas, lapas, estrellas de mar y percebes. Mientras Moll nadaba a nuestro lado, me sorprendió caer en la cuenta de que apenas hay animales que no sepan nadar. Incluso los gatos nadan si no les queda más remedio, y los erizos, liebres, ardillas, topos, armiños y ciervos entran al agua de cuando en cuando. Hace poco vi un faisán macho cruzar a nado mi foso, donde cayó por accidente mientras correteaba por el jardín, al confundir un cúmulo flotante de lentejas de agua con el césped. Las jirafas quizá sean los únicos mamíferos que no saben nadar, porque pierden el equilibrio por culpa de su largo cuello.

En Newmarket cuentan con varias piscinas descubiertas para caballos, muy completas, y ya todos los entrenadores consideran que la natación es una parte esencial de la rutina de los equinos. Tonifica a los animales y mejora su condición física y su respiración. De hecho, quizá sería mucho mejor que los caballos nadasen, en vez de correr sus carreras. Eso es justo lo que hacen los tailandeses con los elefantes: las carreras de elefantes son grandes espectáculos nacionales en Tailandia, y los animales ganadores son héroes exactamente igual de famosos que el purasangre Red Rum. Uno de los campeones actuales es Hai Pok, un elefante de veinticinco años que hace poco se alzó con la victoria entre los vítores de la multitud que abarrotaba los márgenes del río Mun, al noreste de Bangkok. Se impuso a los demás elefantes al recorrer un tramo de doscientos cuarenta metros de río, y vuelta, en poco más de dos minutos. Luego superó por los pelos a dos estudiantes en una carrera de una orilla a otra.

En *Eva al desnudo*, Elaine Morgan sostiene que el elefante, al igual que la ballena, evolucionó como un animal acuático. En el agua, el peso no es un obstáculo, y el tamaño es una ventaja a la hora de conservar el calor corporal. Los elefantes siguen usando instintivamente la trompa como tubos de respirar cuando atraviesan los cauces de los profundos ríos africanos; y su piel holgada, sin apenas pelo, sugiere que antaño su capa de grasa subcutánea debía de ser más gruesa, para rellenarla mejor, como le ocurre a su pariente mamífero más cercano y de piel tersa, el manatí. Elaine Morgan cita el caso de un elefante que hizo una excursión de trescientos veinte kilómetros, pasando de isla a isla, por la bahía de Bengala. Tardó doce años en completar

el viaje, y en algunos de los saltos entre islas llegó a nadar más de un kilómetro y medio en océano abierto.

El escritor y naturalista Robert Burton ha sugerido que el rasgo distintivo de un auténtico mamífero acuático es que «no avanza pataleando, sino mediante giros de la cola o movimientos sinuosos del cuerpo». Las ballenas, las focas y los manatíes, huelga decirlo, entran en esa categoría, pero Burton traza una interesante línea entre nutrias y visones, que se percibe al comparar el nado subacuático de ambas especies. Los visones nadan pataleando como los perros, y en cuanto a velocidad y agilidad pierden por goleada contra las nutrias, que flexionan la cola y la parte inferior del cuerpo arriba y abajo, como las ballenas, y no de un lado a otro, como las focas. Además, tienen los principales órganos sensoriales —ojos, oídos y nariz— en la parte superior de la cabeza, al igual que el hipopótamo, señal de su auténtica adaptación al agua. Solo se me ocurre un perro con algún indicio de una adaptación real para nadar: el insólito perro de agua portugués, que tiene las patas traseras palmeadas. Estuvo a punto de extinguirse, pero ahora han vuelto a criarlo. Era evidente que Moll estaba disfrutando muchísimo de su baño, y cuando al fin salió del agua y se sacudió, salpicándonos a todos, llovía con tanta fuerza que casi ni nos dimos cuenta. Acto seguido volvimos a zambullirnos.

La magia de las piscinas de marea es que la luna renueva de manera natural el agua dos veces al día, y que cuando hace sol pueden calentarse y superar la temperatura del mar. El verano anterior me había bañado en otra famosa piscina de roca en Dancing Ledge, en la costa de Dorset, cerca de Langton Matravers. Está en tierra de nadie, allende los pastos ondulantes. Hay que bajar por una pendiente inclinada hasta una antigua cantera, y de ahí descolgarse por el pequeño acantilado hasta llegar a una amplia y espectacular cornisa de roca marrón grisácea agujereada, donde hay una profunda piscina rectangular excavada. La crearon, volando la roca con dinamita, los hermanos Eric y Geoffrey Warner, fundadores de Spyways, un colegio privado de Langton Matravers que ya ha desaparecido, donde Derek Jarman comenzó su formación.

Dancing Ledge es una espectacular playa petrificada cubierta por las olas, que levantan altas lenguas de espuma al chocar con sus acantilados, ahuecando la roca con unos golpes sordos que sientes en los pies, para luego rebotar y retroceder hacia el mar, donde se estrellan contra las olas que llegan a su vez, en un incesante espectáculo de espuma. El inquieto mar de Dorset toquetea y acaricia la cornisa de roca, como la mano de un amante que se desliza por la media, subiendo por el muslo. La piscina es una cavidad excavada en el suelo pétreo, de tres metros de ancho y casi ocho de largo, y, cuando sube la marea, las olas nevadas cubren de espuma las rocas y vuelven a caer al mar en cascada, por el borde de la cornisa. Un sinfín de arroyuelos se vierte en su interior cada vez que el agua retrocede, y una docena de soles te ilumina, resplandeciendo contra la roca y sus cráteres.

La pequeña piscina zarandea al bañista, agitándolo al son atenuado de las olas que estallan en las cuevas ocultas debajo de los acantilados. Sus paredes perpendiculares están cubiertas de algas, y salir resultaría difícil de no ser porque, en un extremo, el agua llega hasta el mismo borde, por lo que el bañista puede escapar arrastrándose como una foca. Cuando baja la marea y el mar está en calma, Dancing Ledge es un paraíso para los amantes del agua. Puedes tumbarte en la roca gris y caliente para secarte al sol, entre amonites del tamaño de una rueda, y luego volver a zambullirte en el rectángulo de agua salada y fresca. Unas señales indican que, en su día, hubo una barandilla o una escalera de acero fijada a la roca para bajar a la piscina. Ahora no hay nada, a excepción de una grata ausencia de salvavidas o señales de advertencia: los dueños de este precioso tramo de costa debieron de pensar que había que estar chiflado para no tratar al mar aquí con el respeto que se merece.

Paul, Damian y Andy, los socorristas de Treyarnon, estaban en su caseta de madera, con los pies en el mostrador, mirando al mar. El trabajo escaseaba ese día: no había ni una tabla de surf a la vista, y las únicas personas en el agua éramos Olivia, Gary y yo. Dejamos a Moll y a su dueño en la piscina de roca y nos lanzamos a las olas en medio de una tormenta de categoría,

después de consultarlo con los tres de la caseta, que sin duda nos debieron de tomar por locos.

—Hay una corriente que se mueve en sentido horario, entrando a la cala por la derecha y saliendo al mar por la izquierda, así que si os quedáis en el lado derecho no pasará nada.

Aunque les toca salvar a menos bañistas que surfistas (que se adentran alegremente sin mostrar el más mínimo respeto por las resacas ni por esa mala costumbre que tiene el viento de empujar las tablas mar adentro), unas noches antes los habían llamado para que rescatasen a toda una flotilla de bañistas nocturnos achispados: se habían adentrado demasiado en la corriente traicionera que bordea la punta de la cala, y los estaba arrastrando hacia mar abierto. Los socorristas y varios voluntarios formaron una cadena humana en el lado este de la punta, cortando la trayectoria que seguirían la corriente y los bañistas en apuros. Agarrados de la mano, se estiraron para formar una barrera viva que los atrapara cuando rebasaran la punta de la cala. La estrategia tuvo éxito y todos pudieron volver a la playa sanos y salvos.

Los socorristas culpaban a las «piscinas recreativas» cubiertas de agua tibia, que malcriaban a los jóvenes bañistas e impedían que aprendiesen a respetar el mar como es debido. Existe una tendencia creciente a salir a surfear o nadar sin preocuparnos por nuestra autonomía, dando por sentado, sin más, que los socorristas están ahí para rescatarnos si algo se tuerce, como si el océano no fuese otra cosa que una piscina recreativa gigante.

A la mañana siguiente me desperté en la casa de campo de Ruan Laniorne con los primeros síntomas de un resfriado, pero era el último día completo de mis amigos en Cornualles, y la noche anterior habíamos planeado una aventura que no pensaba perderme por nada del mundo.

Desde que, un verano de hacía muchos años, me hospedara en una casa de Calamansack, enfrente de la ría Helford, había estado imaginando cómo sería nadar en el río del Francés, la misteriosa ensenada boscosa donde Daphne du Maurier ambientó su famosa novela. Una tarde de mediados de aquel verano fui hasta allí con mi hijo en una barca hinchable, aprovechando la marea alta,

y nos adentramos respetuosamente en las sombras de la ensenada silenciosa. Podía percibirse todo su misterio, con multitud de robles medio sumergidos que goteaban, cubiertos de algas, como esqueletos de dinosaurios, y el agua rizada por las olas a causa de los bancos de mújoles que suben ahí a desovar. Osamos aventurarnos un poco entre los árboles oscuros que se agolpaban a orillas del río, sintiendo los fantasmas del lugar.

Allí fue donde Daphne du Maurier pasó su noche de bodas, el 19 de julio de 1932, con su apuesto oficial de guardia y esposo, fondeados en el *Ygdrasil*, su yate de seis metros. Tommy *Boy* Browning era el comandante más joven del Ejército Británico. Había sido condecorado con la Orden del Servicio Distinguido a los diecinueve años, era corredor de obstáculos olímpico y había formado parte de la selección inglesa de bobsleigh. A finales del verano anterior, había aparecido con un amigo por Fowey, a bordo del *Ygdrasil*. Había leído la primera novela de Du Maurier, *Espíritu de amor*, y había ido a Fowey a «conocer a la chica que lo había escrito». Lo consiguió, y un año después, a las siete y media de aquella mañana de julio, estaba remontando la ensenada de Pont Creek en un bote, rumbo a la recóndita iglesia de Lanteglos, a la que Daphne también llegaría en bote, para casarse con él, a las ocho y cuarto. Con ese desdén por las tradiciones que la caracterizaba, Daphne había fijado la boda temprano para que Tommy y ella pudiesen aprovechar la marea de la mañana a bordo del *Ygdrasil*. Los invitados, aún con cara de sueño, tomaron un desayuno nupcial apresurado en la casa de Du Maurier en Ferryside, a orillas del río Fowey, y acto seguido la pareja se puso su vieja ropa de navegación y zarpó rumbo a mar abierto, la ría Helford y el río del Francés.

En Fowey me había bañado en la tranquila cala a los pies de Menabilly, la casa aislada, situada en una ladera boscosa al oeste del pueblo, donde Daphne du Maurier y su familia vivieron durante veinticinco años. Después de atravesar el bosque de Menabilly, al otro lado de Alldays Field, llegué a la cala donde ella se bañaba, y caminé por el agua, pisando los suaves guijarros, entre piscinas de roca llenas de preciosas lechugas de mar y anémonas. Me adentré solo en el agua, hasta la boca de la cala desierta, y la rodeé varias

veces, mirando de cuando en cuando hacia el bosque que escondía la casa. Compartía con Du Maurier esa predilección por los lugares tranquilos y aislados, y, después de la cala de Menabilly y del río Fowey, nadar en el río del Francés me parecía una secuela natural.

* * *

Hay pocas imágenes más inspiradoras que el bosque de robles que abarrota los márgenes y cuelga sobre la ría Helford, extendiendo sus ramas mucho más allá de la delgada franja de arena que desaparece con la marea de sizigia cuando el río se desborda. Los robles son viejos y musgosos. Llevan siglos creciendo sin que nada los perturbe, y cuando caminas por la orilla de arena, con la marea baja, hay que esquivar sus ramas, que señalan al agua. Son como las ramas de los árboles que flanquean la vía y que Thomas Hardy describe en *Los habitantes del bosque*: «se extienden por encima del camino, en cómoda horizontalidad, como si pudieran tenderse sobre el aire frágil».[6] Hay un cangrejo debajo de cada piedra que giras, y ostras solitarias en el barro. Bosque verde, río azul; nada más.

Cuando llegamos al pueblo de Helford, intentamos, sin éxito, alquilar un bote para que nos escoltase mientras nadábamos en la ría. Habíamos planeado cruzar el paso de Helford y llegar a Calamansack para empezar desde la orilla más alejada; pero, como iba a resultar imposible, debatíamos sobre la dirección: remontar o descender el río del Francés. El cambio de marea tomó la decisión por nosotros, así que recorrimos a paso ligero un kilómetro y medio de sendero a través del bosque hasta llegar a la cabecera enfangada, y me metí al agua sin más dilación. No había un alma en los alrededores, pero sí tanto fango que mis compañeros tomaron la sabia decisión de quedarse en tierra.

Aquello habría podido ser perfectamente el río Limpopo. La marea empezaba a bajar, y el agua se retiraba poco a poco de los márgenes embarrados. Los primeros cien metros de la ensenada pantanosa eran profundos, con un fango aterciopelado con textura de yogur, y luego había

que avanzar casi arrastrándose por una sopa marrón y somera, bajo un dosel de ramas de roble. Cada uno de mis ruidos resonaba en el bosque silencioso. El río estaba oscuro, y obstruido por los troncos serpentinos de los muchos árboles caídos y las guirnaldas flotantes de algas enmarañadas. Estaba tumbado y avanzaba impulsándome con las manos, como una morsa. Cuando el agua ya solo tuvo la profundidad de un charco, empecé a moverme como uno de esos peces del fango que viven en los manglares de los ríos de África occidental. Me sentía profundamente primitivo, el eslabón perdido de la cadena evolutiva que partía de la lombriz de tierra, hasta que por fin alcancé el lujo de unas aguas más profundas y pude liberarme, nadando a brazadas amplias, con las que pasé bajo el arco de un árbol caído. Mientras me alejaba, pensé en lo mucho que había disfrutado de mi comunión con el fango, y caí en la cuenta de que también acababa de representar la evolución de la natación. La experiencia fue tan deliciosa, por inesperada, y el fango tibio tenía una textura tan curiosa y agradable, que llegué a preguntarme si no me habría topado, o revolcado, con una terapia completamente nueva; algo relacionado con el grito primigenio. Concluí que el fango es una de esas cosas de la vida que solo te gustan cuando estás en ellas.

Pronto llegué a una zona mucho más profunda, y entré en la poza verde donde, en la novela de Du Maurier, *Dona*, la protagonista, descubre por primera vez el barco del Francés, fondeado en su escondite. Por usar las palabras de la autora, me asaltó la sensación de ser «un intruso en el tiempo», y su evocación del lugar, pasados ya muchos años del amanecer en que el barco pusiera rumbo al mar abierto, se me hacía muy real: «no hay barcos fondeados en el remanso que apunten al cielo con sus airosos mástiles, no se oye el ruido de la cadena al pasar por el escobén, ni el aire huele a tabaco fuerte ni llegan cadenciosas voces extranjeras por el agua».[7] Una garza me lanzó una mirada rápida, para ver si era comida, y despegó a cámara lenta, como un espectro neblinoso que se elevaba desde el agua para evaporarse entre las copas bajas de los árboles. Seguí descendiendo por el centro de la ensenada, cada vez más profunda, y unas olitas irritantes empezaron a darme bofetadas. Noté el saborcillo salobre de esa agua marrón, aunque me consolaba saber que el Helford es uno de los ríos menos contaminados de

Gran Bretaña. Últimamente, eso sí, han surgido problemas, porque en algunos de los campos ribereños se ha puesto de moda cultivar bulbos y se usan nitratos como fertilizante. Las sustancias químicas que se filtran al agua no son amigas de las famosas ostras del Helford, que descansan en sus conchas. Tampoco harían ninguna gracia a los mújoles y lubinas que remontan el río, ni a las truchas marrones que, más arriba, pasan por debajo del estrecho puente de Gweek.

Nadé un kilómetro y medio bajando por el río del Francés, hasta su desembocadura, mientras me imaginaba el modesto yate azul marino del tío Laddie resoplando tranquilamente por estas aguas con la marea alta, explorando la ensenada, y tarareaba para mis adentros algunas canciones de *Mud Slide Slim and the Blue Horizon*, de James Taylor. Justo enfrente, al otro lado del paso de Helford, vi la casa de Calamansack en la que me hospedara en su día. Un viento del este llegado del mar soplaba en el canal, y las olas en miniatura golpeaban, gruñonas, la playa de arena. Salí del agua al lado de uno de los gigantescos robles alargados, donde mis generosos amigos me recibieron con mi jersey y una acogedora toalla. Mientras volvíamos caminando al pueblo de Helford para dar buena cuenta de un chocolate caliente y un té con leche y *scones*, yo estaba eufórico, como suele pasarme después de un buen baño, pero la voz se me empezó a quebrar. No le di mucha importancia hasta que me desperté de madrugada con una fiebre de caballo y dolor de garganta.

Teníamos que dejar la casa alquilada por la mañana, así que me arrastré en coche hasta Fowey como buenamente pude, cogí el ferri a Polruan y me encerré, solo, en la casita en primera línea de puerto, donde pasé todo un fin de semana febril, perdido entre alucinaciones y sueños del remolino de Corryvreckan, que ya empezaba a inquietarme. Soñé con sus profundidades insondables y su frío de acero, convertí mi cama en una vorágine, medio ahogado debajo del edredón ondulante, apenas consciente del sol que brillaba fuera y del aleteo de los veleros que entraban y salían, plácidamente, del puerto de Fowey.

- [6]. Thomas Hardy, *Los habitantes del bosque*, Madrid, Impedimenta, 2012. Traducción de Roberto Frías.
- [7]. Daphne du Maurier, *El río del Francés*, Barcelona, Alba, 2019. Traducción de Concha Cardeñoso.

LA BOMBARDERA DE BLANDFORD

Dorset, 31 de julio

Había perdido un largo fin de semana en Cornualles, en un maremágnum de sueños febriles, casi todos impregnados por la preocupación ante la difícil tarea que, por alguna razón, me había impuesto. La idea de dar una brazada más se me antojaba del todo imposible, y ya ni siquiera sabía con certeza qué día era. Las visiones de las pinturas marinas de Hokusai me abrumaban cada vez que me levantaba entre mareos, y cuando perdía o recuperaba la conciencia. Estaba a merced de enormes olas de marea, o me deslizaba, respirando con dificultad, por gigantescas versiones blancas del Támesis o el Humber. Se me llegó a pasar por la cabeza la inquietante posibilidad de que estuviese convirtiéndome en Ned Merrill. En *El nadador*, Merrill parece emprender en plena forma su triatlón de natación, carrera y bebida por las piscinas particulares de Long Island, pero la cosa empieza a torcerse imperceptiblemente hasta que el personaje acaba avanzando a duras penas en medio de una tormenta, delirante, al borde de la hipotermia. Algunas frases del relato flotaban en mi cabeza y me perseguían: «Había nadado demasiado, había estado sumergido demasiado tiempo y el agua le había irritado la nariz y la garganta». ¿Sería la enfermedad de Weil, que llegaba para ajustar cuentas conmigo después de mis comentarios desdeñosos entre coracles y bañistas en el río Avon?

Tengo el vago recuerdo de que era lunes cuando, hecho un trapo, me

arrastré en coche hasta la casa de unos amigos en Dorset, para hacer una cura de descanso tumbado en una hamaca en su huerto de frutales de la colina. El tiempo, con su habitual sentido de la ironía, estaba espléndido. El médico dijo que no era la enfermedad de Weil, solo gripe o una infección de garganta («Lo más probable es que la pillase en el mar», dijo en tono animado), y, después de dos días colgando en la hamaca, y muchas tazas de té, ya estaba listo para la playa y la cura de agua fría de la costa de Dorset.

Dorset es una de las mejores zonas de toda Inglaterra para bañarse en el mar: desde las glamurosas arenas de Bournemouth hasta los acantilados desmigajados de Lyme Regis. Cuando el tiempo acompaña, es un sitio ideal para disfrutar de la natación en serie: había sido precisamente en Dorset donde había probado por primera vez, un año antes, mi idea de una ruta anfibia, bañándome, en el intervalo de unos días, en Studland Bay, Dancing Ledge, Kimmeridge Bay, Lulworth Cove, Stair Hole, Durdle Dor, Ringstead Bay y Chesil Beach. En la algosa bahía de Kimmeridge me mezclé con los mújoles, demasiado perezosos para apartarse, y pasé tanto tiempo tumbado en las rocas calientes, reliquias fosilizadas del fondo marino tropical de hace ciento cuarenta millones de años, que las amonitas se me quedaron marcadas por todo el cuerpo. Me había quedado muy cerca de Burton Bradstock, a tres kilómetros de Bridport, que era hacia donde ahora nos dirigíamos, bajando por nuestra colina.

Camino de la playa, nos topamos con Peter y Barbara, una pareja atractiva y bronceada de Portland Bill, amigos de mis anfitriones, que nos confirmaron que vivían en la playa, como quien dice. Acampamos juntos a los pies de los acantilados calientes, en la cresta de guijarros de la marea alta. Cuando propuse que nos metiésemos en el agua, Peter empezó a rebuscar como un poseso entre la ropa seca, y acabó teniendo que pedirle diez peniques a su mujer.

—Una ofrenda a Afrodita —me explicó, arrojando la moneda al mar.

Me dijo que tenía la costumbre de invertir una libra para que los dioses marinos le fuesen propicios, un hábito que se remontaba a sus años en la Armada. Se notaba que era importantísimo para él, y le confesé que Neptuno debía de tenerme por un tacaño de aúpa, puesto que solo le había ofrecido

alguna libación ocasional, un culín de vino, por la borda de un velero. Me metí en el agua con cierto recelo, pero su abrazo amable me sorprendió gratamente. En esa playa la pendiente es muy pronunciada y el mar pronto se vuelve profundo y oscuro. Nos alejamos de la costa y volvimos la vista para observar la pequeña localidad, toda amarilla y azul, como en los clásicos carteles turísticos que había en los andenes de las estaciones de la posguerra. Los acantilados, de un naranja intenso, están dispuestos en capas, como un bizcocho Battenberg, y ni siquiera los geólogos tienen forma de saber cuántos años los separan. Están repletos de fósiles, a la espera de que el martilleo de la siguiente tormenta invernal los saque a la luz. Algunos se encuentran entre las rocas a los pies de los acantilados, en los tramos donde se han desmoronado. Los guijarros de la playa son diminutos, redondeados y lisos, muy cómodos para los pies descalzos. Aquel día también estaban calentitos. Dos cisnes pasaron sobre nosotros con un aleteo sibilante, atravesando el mar perezoso rumbo a la gran colonia de Abbotsbury, detrás de Chesil Bank.

Peter volvió con los demás y yo me quedé observando la cafetería de la playa, donde la gente se relajaba al sol, comiendo auténtico bizcocho Battenberg y contemplando el mar. Es evidente que a los lugareños les gusta venir a Burton Bradstock para pasar el día disfrutando de sus sencillos placeres: la playa, el mar, la entretenida búsqueda de fósiles, el cobijo de los acantilados, la extraordinaria cafetería, un ratito de *frisbee*, una revista, quizá un libro. Sin duda, la proporción de lectores de aquella playa se situaba por encima de la media, y el ambiente estaba curiosamente tranquilo, como en una biblioteca o en un club de lectura. También había varios nadadores serios, y las cabezas que despuntaban del agua aquí y allá eran una compañía reconfortante.

Nadé un rato a espalda, observando el tráfico aéreo de grajillas y golondrinas sobre los acantilados: me sentía, o eso me pareció, mucho mejor que en tierra firme —aunque quizá solo fuese una fanfarronada de mi organismo—. Mientras bordeaba la costa a nado, entre ensoñaciones, también bordeaba los límites de la inconsciencia: la frontera entre soñar y ahogarse. Al mismo tiempo, una parte de mí sentía que podría seguir, tan ricamente, hasta Portland Bill, a más de treinta kilómetros por el infinito terraplén de

guijarros de Chesil Beach. Este arranca en Burton Bradstock y sigue hacia el sur, formando una ligera curva: el mar ordena sus piedras con tal precisión, desde los guijarros de este extremo hasta las rocas lisas y enormes de Portland, que, según cuentan, un pescador perdido en la niebla que toque tierra entre Lyme Regis y Portland Bill puede saber su posición exacta por el tamaño de las piedras de la playa. El año anterior ya había nadado en Chesil Beach, adentrándome incluso hasta donde no hacía pie por uno o dos metros, y había sentido la fuerza de las corrientes de marea costeras. John Bayley, en sus memorias sobre Iris Murdoch, *Elegía a Iris*, cuenta que la autora estuvo a punto de ahogarse en Chesil durante una de las expediciones acuáticas de la pareja con Reynolds Stone, artista y diseñador de Dorset. Mientras salían del agua por la pendiente de guijarros, los dos hombres iban tan absortos en su conversación que no se dieron cuenta de que a su compañera, arrastrada por la resaca unos metros por detrás, la había sumergido una ola, y solo se salvó gracias al empujón de la segunda. Iris no menciona el incidente hasta mucho después, esa noche, ya en la cama, más como anécdota que como una cuestión de vida o muerte.

Cuando volví a la seguridad de la playa, me senté en las rocas con el pequeño grupo y empezamos a contarnos historias acuáticas. En la de Barbara, el protagonista era un radioaficionado que vivía en Portland Bill, al lado de las casetas de los guardacostas, y que se bañaba en Chesil Bank todos los santos días hasta que, durante una tormenta repentina que se formó mientras estaba en el agua, lo mató un rayo. Peter, igual de funesto, recordó un accidente en el hotel St. Pancras, diseñado por Gilbert Scott, en la década de 1920. Una noche, después de una alegre y embriagadora velada, uno de los huéspedes se metió en el enorme depósito de agua del tejado para nadar un rato. Se ahogó, y no lo descubrieron hasta cuatro o cinco días después, cuando el agua del hotel empezó a saber raro y mandaron a un fontanero a inspeccionarla.

Otra de las historias acuáticas la protagonizaban Jeffrey Bernard y el actor John Le Mesurier, viejos amigos de borracheras que se inventaban juegos disparatados, que solo conocían ellos, para divertirse en secreto cuando estaban con otra gente. Uno de sus favoritos consistía en ver quién era capaz

de colar, como quien no quiere la cosa, los clichés más descarados en una conversación sin que los demás se diesen cuenta. Un día entraron en un pub de una pequeña localidad costera de Devon y le comentaron al dueño que el mar estaba precioso. «Pues sí —les respondió—, pero es traicionero. La semana pasada, sin ir más lejos, un chiquillo se metió a bañarse y se ahogó.» Todos los parroquianos se sumieron en un respetuoso silencio. Después de una pausa, Le Mesurier dijo: «En fin, estas cosas demuestran que las apariencias engañan: toda precaución es poca», a lo que Bernard soltó un sonoro resoplido en su vaso, y acto seguido estalló en una carcajada descontrolada; la pareja tuvo que marcharse para no volver.

Al ver las toallas secándose en los balcones del hotel Cliffs, al que se subía por unas escaleras serpenteantes talladas en el acantilado arenoso, me acordé de *Las vacaciones del señor Hulot* y del hotel costero en el que está ambientada la película. Uno puede salir del hotel a primera hora e ir directo al mar, paseando tranquilamente, para darse un chapuzón antes del desayuno, igualito que Hulot. El hotel donde Jacques Tati rodó la película sigue en pie en la localidad bretona de Saint-Marc-sur-Mer, cerca de Saint-Nazaire. Un amigo mío, amante del cine de Tati, se hospedó allí hace poco. Aparte de una pequeña modernización del interior, no había cambiado nada. El hotel seguía siendo fiel a la película, y por ende atemporal. De hecho, Tati mandó construir una falsa entrada del hotel en la playa, para que pareciese estar más cerca de la arena que en la realidad. Todo lo demás era auténtico. El comedor es el mismo, a excepción de un par de discretas fotografías del director y su equipo en las paredes. La alta y observadora escultura de Hulot nunca está quieta, sino que se inclina hacia un *je ne sais quoi*. Como un ciclista, no puede dejar de moverse. Ese hombre inclinado hacia delante, de paso alegre y enérgico, desafía la gravedad. La levedad de su ser simboliza un idealismo gallardo, quijotesco, de otro mundo. Como el hombre ajeno a su tiempo que era, habría estado como en casa en aquella playa.

Burton Bradstock es una de las dos localidades costeras más próximas a Bridport, baluarte británico de la natación en el mar. De las dos, West Bay, que los vecinos más ancianos aún llaman Bridport Harbour, está mucho más cerca, a pocos cientos de metros del centro del pueblo, y es donde los

habitantes de Bridport aprendían a nadar. Como no había piscina, se metían al agua en la desembocadura del puerto, desde una plataforma de madera con una escalera. El Bridport Swimming Club tenía su zona delimitada con boyas, y, a pesar del oleaje que a veces se colaba por la estrecha entrada del puerto, a los principiantes los sujetaban con una sencilla cuerda de tela atada a la cintura y los mandaban escalera abajo, «a las profundidades negras y gélidas», como recuerda un bañista de Bridport. Cuando entraban al agua, el monitor tensaba la cuerda y caminaba de un lado a otro de la plataforma, como un paseador de perros. A medida que cogían confianza, iban aflojando poco a poco la cuerda hasta soltarla, y les tocaba nadar literalmente por su vida.

Los fundadores del Bridport Swimming Club fueron un tal George Elliot, dueño de Elliot's Stores, una cadena de tiendas del pueblo, y sus amigos Andrew Spiller y Colonel Roper, que según cuentan nadaba con un solo brazo. Desde 1908, Spiller participó en un montón de competiciones de natación en el puerto de Bridport y en las playas de la zona. En 1918, su amigo de chapuzones y coetáneo, George Wadham, volvía a Inglaterra después de un viaje al extranjero, y su barco estaba entrando en el Mersey cuando se produjo un apagón y chocó con otro navío. A pesar de ser un nadador experto, Wadham se ahogó, y el mar arrojó su cadáver tres semanas después en la costa de Gales. Lo encontró un barco cuyo capitán, curiosamente, conocía a Wadham, que en el momento del naufragio solo llevaba la ropa interior y una riñonera con ocho guineas. Para gran irritación de su madre, se había tatuado en el brazo: «George Wadham, Bridport». Tenía cinco hijos, todos fantásticos nadadores, a excepción de su hija Gladys, que odiaba el mar porque ahogó a su padre.

La hija de Gladys Wadham, Elizabeth Gale, aún vive y cultiva un terreno en Bridport. De niña se bañaba en West Bay, y a menudo hacía en su bicicleta los seis kilómetros largos que separaban su casa de Burton Bradstock y el club de natación, ida y vuelta, tres veces al día. Su tío George, el hijo mayor de Wadham, también fue un famoso nadador y jugador de waterpolo de Bridport, y un pilar para el club. Sobrevivió a dos naufragios en la guerra, era amante de los baños fríos y siguió nadando en la playa de West

Bay hasta bien entrada la setentena. Siempre que el tiempo lo permitía, se adentraba en el mar solo y se alejaba mucho de la costa, y en una ocasión llegó a nadar hasta la barca de un pescador, a kilómetro y medio de la orilla, para preguntarle la hora.

DÍA SEGUNDO, 8 de junio de 1808. Hemos vuelto a reunirnos en el puente de *King's Mill Bridge*, donde nos hemos subido a una Barca y hemos navegado Río abajo hasta una isla, a pocos metros del Puente, cuya propiedad hemos reivindicado al bajar a Tierra a un chiquillo de nombre Jervis, para que en adelante se conozca como la *Isla de Jervis*. Hemos continuado Río abajo hasta llegar al primer Juncal, y después de arrancar varios Juncos hemos proclamado el límite del Señorío en el punto del Río al que llegamos en la Excursión de ayer: una pradera conocida como *Lewisham Mead*. Luego hemos regresado, remontando la Corriente hasta *Lydlinch Water*, también conocida como *Leaden Water*, y hemos navegado hasta otro Juncal [...]. Desde allí hemos rodeado la pradera de *Ham Meadow*, hasta el Abrevadero que hay enfrente de *Hayward's Meadow*, donde John White ha cruzado el Río a nado, con Levi Warren a la espalda; cuando he puesto pie en la susodicha Pradera, ha declarado que sus Ochenta Áreas pertenecen a la Parroquia de Marnhull [...]. John White ha cruzado el Río a nado desde el margen de esa Pradera, y ha llegado a la de *Brownes Meadow*, en el margen opuesto, de la que ha reclamado Cuarenta Áreas.

De Un relato de la excursión por los alrededores de Marnhull, al norte de Sturminster Newton, subiendo el río Stour, de John Hussey, lord del señorío,
junio de 1808

Sorprende descubrir cuánta agua había en el río Stour de Dorset hace doscientos años; y en junio, para más inri. Ahora se ha encauzado entre altos márgenes para evitar las inundaciones estacionales de las praderas de riego, que otrora hiciesen del valle un lugar tan rico y variado todo el año. En consecuencia, el río serpentea a través de Dorset oculto a la vista durante buena parte de su curso, pasando inadvertido, o vallado para impedir el uso público. El «relato de la excursión por los alrededores de Marnhull», que podría estar sacado del *Bevis* de Richard Jefferies, o de las *Golondrinas y amazonas* de Arthur Ransome, refleja clarísimamente esa obsesión inglesa por la exactitud en los límites de la propiedad, que hoy día aún nos impide acceder a la mayoría de nuestros ríos. Como otros muchos, el Stour se encuentra en estado crítico, por hermoso que parezca a simple vista. Llega un momento en el que se extrae tanta agua de un río que casi deja de fluir. Su agua se drena para el suministro público en veintiún puntos de su curso, y la

industria y la agricultura también consumen parte de su caudal. Además, los fertilizantes agrícolas se filtran al lento y mermado río, lo que propicia la aparición de un exceso de algas y malas hierbas. Es un Stour distinto al que Hardy conoció cuando vivía a orillas del río, en Sturminster Newton, y escribió *El regreso del nativo*.

A la mañana siguiente, me acerqué a los cobertizos para piraguas del club de remo del internado Bryanston, en el margen del río: estaban desiertos. Al doblar la esquina de unas casetas con techo de hojalata, me topé con una culebra de collar que tomaba el sol en una zona de césped cerca de la orilla. Me vio de inmediato, y se alejó deslizándose por la hierba con su pequeña cabeza bien erguida, la lengua parpadeante y un destello blanco en el cuello. Ver una serpiente era buena señal: son excelentes nadadoras y cada vez escasean más, aunque esa mañana me interesaba sobre todo la entomología. Me había acercado al río picado por la curiosidad de la bombardera de Blandford, un insecto casi mitológico, terror y azote de los bañistas y de los ciudadanos terrestres y corrientes del valle del Stour desde hace años.

Me lancé al Stour desde una grada de hormigón y nadé río abajo, entre márgenes arbolados, por un agua tranquila y turbia, pero bastante limpia a juzgar por su olor. La ola de proa que creaba al avanzar se extendía, como una amplia flecha, de orilla a orilla. Ni rastro de la bombardera. Me dejé llevar por la suave corriente, desde los cobertizos para piraguas, pasando por los campos deportivos del Bryanston, hasta la zona de baño del antiguo internado, poco antes de la presa, que ya no es más que una plataforma de hormigón donde en su momento había trampolines. Los alumnos que estudiaban allí en la época de los baños en el río recuerdan que sus chapuzones en cueros siempre iban acompañados de las risitas nerviosas, entre los árboles de la otra orilla, de las chicas de Blandford, que se acercaban a curiosear. A veces también se escapaba un alarido: la bombardera había atacado a uno de los bañistas.

La bombardera de Blandford es una subespecie de un tipo de mosca negra, la *Simulium posticatum*, que en verano emerge del río en cantidades enormes. Como es natural, los bañistas semidesnudos son los que más riesgo corren. La picadura de la bombardera puede causar una hinchazón y un dolor

considerables, que suelen durar un par de semanas, y una víctima con la que hablé me contó que, estando en su huerto en pantalones cortos, una incursión a baja altura de la bombardera lo dejó hecho un san Sebastián, con las piernas cubiertas de hilos de sangre. Algunos años habían llegado a registrarse más de mil víctimas.

Lo más interesante de la diminuta mosca es la rica e imaginativa mitología desarrollada a su alrededor. Los lugareños siempre la han considerado un insecto forastero, inmigrante ilegal con alas venido de África o Sudamérica. Según una versión popular, la mosca llegó por accidente en un envío de mariposas realizado desde una expedición entomológica en Sudamérica, liderada por el profesor de Biología del Bryanston. Otros están firmemente convencidos de que el insecto llegó en estado larval dentro del barro africano incrustado en las botas de los soldados que regresaban al campo de Blandford desde el Congo. Llegó un momento en que empezó a circular por el pueblo el alarmante rumor de que la mosca de Blandford podía transmitir la ceguera de los ríos, como otras especies similares de mosca negra hacen en África, aunque allí es de verdad. Ninguno de esos rumores tenía el más mínimo fundamento, pero hubo quienes, cuando el príncipe de Gales propuso desarrollar la cercana localidad de Poundbury, temieron que también su pueblo se expandiese demasiado rápido, y echaron leña al fuego con muchísimo gusto. Un vecino llegó a sugerir que se añadiese Cuna de la bombardera de Blandford en los carteles municipales a la entrada del pueblo. Todos esos mitos nos dicen mucho más de la xenofobia inglesa que de la bombardera, que es en realidad una de nuestras cuarenta especies nativas de mosca negra y lleva aquí millones de años. Necesita un hábitat muy concreto, que el Stour, mira por dónde, le ofrece.

El arma secreta de la bombardera de Blandford es el anticoagulante de su saliva, que ayuda a las hembras embarazadas, que necesitan proteínas desesperadamente, a chuparnos la sangre. Además de pasarnos una leve hemofilia, a menudo causan una reacción alérgica. La mayoría de las víctimas reciben picaduras en las piernas, y lo más curioso es que en el valle del Stour nunca han faltado chiquillos correteando en pantalones cortos. Además del Bryanston, hay otros tres internados en el rango de bombardeo

del río. Las sucesivas generaciones de alumnos pudientes, y puede que incluso de sangre azul, han sido un blanco muy atractivo para la bombardera. Las enfermeras y los maestros debían llevar un registro exhaustivo de los impactos directos en aquellos chavales ansiosos por terminar las clases o los entrenamientos, pero que acababan con los pies en alto en la enfermería, leyendo los cómics de la *Beano*.

Los estudiantes del Bryanston estaban segregados en su tramo de río, siempre despejado de hierbas para deleite de los jóvenes remeros, y solo se les permitía bañarse ahí. Al parecer, la mayoría de los colegios privados han colonizado sus propias pozas, muy bien señaladas en la mitología arcana de las clases altas y organizadas según sus típicas jerarquías. El Winchester College tenía Gunner's Hole, Milkhole y Dalmacia. La Harrow School disponía de una laguna privada, donde nadaba Byron, y los alumnos del Eton College se bañaban en el cercano Támesis. En *La educación de Tom Brown*, Thomas Hughes ofrece una clara muestra de la importancia de los baños en el río Avon para la vida académica de la Rugby School:

Los administradores del colegio alquilan, o al menos alquilaban, este kilómetro y medio de río para que se bañen los niños. El sendero que conduce a Brownsover cruza el río por «las Tablas», un curioso y viejo puente formado por una sola tabla de madera que se adentra cuarenta o cincuenta metros en las praderas llanas que hay a cada orilla del río, puesto que en invierno las inundaciones son frecuentes. Antes de llegar a las Tablas estaban las zonas de baño para los más pequeños: Sleath, la primera, donde tenían que empezar todos los novatos hasta que demostraran a los socorristas (tres individuos muy serenos, a los que se pagaba para que estuvieran allí a diario en verano, con el fin de evitar accidentes) que eran capaces de nadar decentemente; entonces les dejaban pasar a Anstey, unos ciento cuarenta metros río abajo. Allí había una poza de dos metros de profundidad y casi cuatro de diámetro, que los chiquillos jadeantes se afanaban por cruzar, dándose mucha importancia porque no hacían pie. Después de las Tablas llegaban las pozas más grandes y profundas: la primera era la de Wratishlaw y la última la de Swift, muy famosa, con una profundidad de entre tres y cuatro metros en las partes más hondas, y unos veinticinco metros de diámetro, desde la que había un precioso tramo a nado hasta el molino. Swift estaba reservada para los alumnos de quinto y sexto, y tenía un trampolín y dos escaleras. Las otras solo contaban con una escalera, y podían usarlas todos los alumnos de los demás cursos, aunque cada clase mostraba más predilección por una poza que por las otras. En aquella época, los chicos del colegio preferían la poza de Wratishlaw, y Tom e East, que habían aprendido a nadar como peces, aparecían por allí con puntualidad suiza en verano, siempre dos, y a menudo tres veces al día.

Todos los niños del pueblo de Blandford aprendían a nadar en otro tramo

del Stour hasta que, en 1924, se construyeron unos baños al aire libre, alimentados por el río, en un «tanque de ladrillo» al lado del puente del pueblo. Se zambullían en el río saltando desde el viaducto del ferrocarril, ya demolido, y recogían platos esmaltados del lecho fangoso. Cuando abrieron los baños no se perdió la tradición, y se celebraba un torneo anual de «saltos con plato». ¿Cómo interpretaría esos rituales un antropólogo llegado a Blandford desde, pongamos, la cuenca del Amazonas? A los saltadores de viaducto, una picadura de la bombardera debía de parecerles un riesgo menor.

Mientras volvía, remontando el río a nado, apenas pude notar la corriente, y no vi ni rastro de la esquiva mosca.

UN MUNDO PEQUEÑO

Suffolk, 2 de agosto

Aunque ya estaba casi recuperado de mis fiebres del río del Francés, el cuerpo aún me pedía disfrutar de la comodidad de mi foso, y al día siguiente salí de Dorset rumbo al este, hacia Suffolk, donde repasaría mis andanzas por Gales y el suroeste de Inglaterra antes de dirigirme al norte. Cuando llegué a casa, ya de noche, sorprendí en la puerta trasera a un erizo, al que deslumbré al encender la luz. Estaba rebuscando entre los pétalos secos de una rosa «Buff Beauty». El pequeño esteta daba buena cuenta de ellos, masticando con gran estruendo, como si fuesen patatas fritas. Estaba en su mundo, aparentemente ajeno a mi presencia, pero cuando yo movía un pie o hacía el más mínimo ruido se quedaba petrificado. Seguimos jugando al «Un, dos, tres, escondite inglés» unos minutos, hasta que se alejó trotando a una velocidad sorprendente, con su brillante abrigo de púas ondeando como la seda y sus pantalones de pelaje moteado.

El foso se había calentado hasta alcanzar casi los veintiún grados, y empecé a nadar los sesenta largos de mi milla. No parece más grande que la piscina del pueblo, de veintitrés metros, pero mide casi cinco más, y está unos once grados más frío. Cuando la temperatura del agua es aún más baja, solo hago dos, cuatro o seis largos: siempre un número par, porque solo puedo entrar y salir por un extremo. Cada largo son diecisiete brazadas, así que mi milla supone unas mil veinte. Mientras nadaba de aquí para allá, me pregunté,

distraído, cuántas brazadas habría dado hasta entonces en mi peregrinaje, y cuántas me quedarían, y di las gracias por no estar patrocinado, ni por competir con nadie, ni siquiera conmigo mismo. No soy más que un nadador corriente y moliente, como la media; y me doy con un canto en los dientes si puedo nadar en algún sitio interesante y, a ser posible, hermoso.

En *Memoria de los poetas de los lagos*, De Quincey describe el estrecho vínculo entre la inspiración de Wordsworth y sus largos paseos diarios, y cuenta los kilómetros recorridos por el poeta a lo largo de su vida: «Calculo, y dispongo de datos fiables, que con esas dos piernas Wordsworth debió de recorrer una distancia de entre 280 000 y 290 000 kilómetros». Mi distancia nadada jamás se movería entre esas cifras, y mucho me temía que tampoco igualaría las 127 575 brazadas y 214 326 patadas que se calcula que dio Philip Rush en su triple travesía del canal de la Mancha de 1988. Lo importante, me decía yo, era que un kilómetro en mi foso me sentaba exactamente igual de bien que una travesía del canal de la Mancha, y no se hable más.

El agua salvaje de mi foso, purificada de forma natural, no tiene casi nada que ver con el agua abstracta del grifo, mucho más parecida a la electricidad o al gas: es algo que enciendes o apagas, que controlas, que pagas. Como sostiene Colin Ward en su libro *Reflejados en el agua*, convertir el agua en un bien es algo antinatural, porque el agua es un regalo, como el aire y la luz del sol. La red de abastecimiento de agua potable no llegó a muchos puntos del Reino Unido hasta la década de 1920, cuando la gente empezó a pasar del sabor familiar del agua viva de su comunidad a la omnipresencia muerta que sale del grifo. Antes el agua era un todo; ahora hay dos tipos, la viva y la muerta.

Todos los sistemas artificiales y seminaturales exigen mantenimiento y dan trabajo. El foso no es una excepción. Cuando los pájaros llegan para anidar, tengo que podar el seto del margen sur para que entre toda la luz posible. Cuando me ponía las gafas de bucear, veía las algas del fondo estirarse hacia la luz del sol como las agujas de la catedral de Gaudí. Los tritones subían desde las profundidades verdes para tomar aire y volvían a sumergirse al punto, como buscadores de perlas. Lo más urgente era limpiar el exceso de algas. Si las dejaba a su aire, se pudrirían en el foso, lo llenarían de cieno y

acabarían desoxigenándolo. Además de impedirme nadar.

Usaba la cabeza de hierro de un rastrillo de jardín como desbrozador improvisado, que se hundía cuando la lanzaba hasta el otro lado del foso, enganchada a una larga cuerda. Sacaba del foso marañas oscuras de algas y las apilaba en el margen con una horqueta. En cada madeja brillante de algas verdes veía algo que resplandecía o se retorció, o el destello metálico de un escarabajo buceador. La tarea siempre me llevaba más de lo previsto, porque revisaba cada maraña empapada en busca de animales, para rescatarlos, devolverlos al agua y observarlos alejarse nadando: tritones jóvenes, un garapito, larvas de tricóptero en sus casas pegajosas o un puñado de los innumerables caracoles de agua dulce que filtran mi foso continuamente. A veces los dejo un rato en el acuario para observarlos. El garapito rema con su cuerpo turquesa intenso como un pingüino al nadar, y los escarabajos buceadores también tienen esa forma hidrodinámica de torpedo. Dejo cada pila de algas en el margen del foso una semana o así, para que se escurra, y las ratas toperas se cuelan y construyen un laberinto de túneles debajo del techo fresco de algas.

Nunca es fácil saber cuántas sacar y cuántas dejar, porque todo tipo de animales, incluidos los tritones y las libélulas, ponen sus huevos ahí. Despejé el centro del foso y las dejé en los márgenes, que seguían rebosantes de vida. De una sola rastrillada saqué cinco tritones crestados, un tritón común, dos escarabajos buceadores, dos caracoles de agua dulce bien grandes y un montón de pequeños caracoles carnero, como amonitas diminutas. Las delicadas flores carmesí de las escrofularias que bordeaban el foso empezaban a salir, y, mientras nadaba, vi una rata topera esconderse sigilosamente entre los juncos y desaparecer en el margen. A ras del agua también observé a las libélulas apareándose, unidas en vuelo como dos aviones repostando, y el ascenso caprichoso de los molinillos de los dientes de león, a la deriva en las columnas térmicas que se elevaban desde el agua. No cabe duda de que el aire está más frío cerca de la superficie, y también a la sombra del enorme sauce que preside un extremo del foso, donde el agua se eleva hacia el cielo convertida en savia a través de una cascada de hojas plateadas y susurrantes.

Mientras nadaba mi milla, me crucé varias veces con un solitario escribano de agua, que iba de un extremo a otro trazando una serie de bucles y círculos que recordaban a la caligrafía. Al igual que los guérridos, aquello no era nadar, sino caminar por el agua, en una balsa formada por su propio menisco. Su rumbo, en apariencia arbitrario, me hizo preguntarme dónde iría y para qué. Aunque él podría preguntarse lo mismo sobre mí. Aquel encuentro me invitó a reflexionar sobre la individualidad de los insectos, que solemos imaginar como autómatas, todos programados para comportarse exactamente igual. Un año antes, *Microcosmos*, un largometraje francés sobre la vida real de los insectos en un campo cualquiera del sur de Francia, me había impresionado con las imágenes de sus pequeños gestos cotidianos, como acicalarse las antenas o preparar su cama en la flor de una campanilla. Esas escenas nos recordaban un poco a nuestros propios gestos; apuntaban a nuestra relación con unos seres que solemos concebir en un mundo aparte.

Los dos directores, Marie Perennou y Claude Nuridsany, no tardaron en comprobar que la individualidad de los insectos se manifestaba en los diferentes temperamentos y dotes interpretativas de sus diminutos actores, y necesitaron varias sesiones de *casting*. En una escena, una mariquita tenía que escalar una brizna de hierba y alzar el vuelo desde la punta. De entre veinte candidatas, los directores solo encontraron tres actrices naturales a cuyas patas encomendar la escena tal y como la habían escrito. Y de los varios escarabajos peloteros a los que hicieron una prueba, solo uno sabía pasar con su pelota por delante de la cámara como Dios manda. Los demás se habían negado, tercios como ellos solos, a demostrar su *savoir-faire*. Entre los anfibios, he notado personalidades muy distintas en los sapos de jardín que a veces se cuelan en la cocina, probablemente porque tengo un horno Aga. Cuando los cojo para devolverlos al huerto, que es donde deberían estar, controlando las plagas, algunos se dejan sin rechistar, no se oye un murmullo, pero otros dan una batalla indecorosa, intentando escapar, y me perfuman las manos con un veneno de imitación, casi inocuo, que en teoría debería hacer que los soltara, muerto de asco.

Mientras nadaba los últimos largos, pensé en que realmente somos un pueblo fosado, receloso de Europa, e incluso con dudas sobre el Eurotúnel.

No es de extrañar que los fosos estuviesen tan de moda en el siglo XVI, cuando franceses, españoles u holandeses podían invadirnos de un momento a otro. Hasta el inglés más humilde podía tener su propio canal de la Mancha. Y caí en la cuenta de que, en efecto, yo estaba haciendo la travesía del Canal; de que no me diferenciaba mucho del Wemmick de *Grandes esperanzas*, en su casita de madera rodeada por un foso, a la que invita a Pip:

La elogí mucho. Creo que era la casa más pequeña que había visto en mi vida; con unas ventanas góticas de lo más curioso (la gran mayoría de ellas falsas) y una pequeña puerta gótica por la que casi no se cabía.

—Es un asta de verdad, ¿sabe? —dijo Wemmick—, y los domingos izo una bandera de verdad. Y mire otra cosa: cuando cruzo este puente, lo elevo, así, y corto la comunicación.

El puente era una tabla, y salvaba un foso de poco más de un metro de ancho y medio de profundidad. Pero resultaba muy grato ver con qué orgullo lo elevaba; y lo hacía rápido, sonriendo con un placer auténtico, que no era mecánico.

EXTINCCIONES

Suffolk, 4 de agosto

Al día siguiente me encontré con una nutria en el Waveney. Doblé una curva del río, mi favorito de Suffolk, y la vi ahí, tomando el sol en un tronco flotante cerca de un juncal. Habría agradecido tener un momento cara a cara con ella, pero fue demasiado rápida: se deslizó al agua en el acto, seguida de su gran cola de remo, con tal sigilo que apenas formó una onda. Pero pude ver su pechera blanca, y la silueta inconfundible del animal, y supe que había invadido su territorio. También era consciente de que la nutria estaba en las inmediaciones, siguiendo mis movimientos desde debajo del agua. No se había detenido a intentar comprender mi insólita forma de acercarme; se había marchado sin más. No había perdido ni un segundo. Casi no podría decirse que coincidiéramos, y sin embargo soy capaz de ver a cámara lenta cada fotograma del fugaz encuentro, hasta que el tronco húmedo y recién desalojado giró para recuperar el equilibrio, balanceándose ligeramente; y de revivir mis emociones, una mezcla de euforia por esa audiencia efímera e insólita con el animal más solitario del río (Ted Hughes lo llamaba «el rey del escondite») y de vergüenza por haber interrumpido su particular solaz.

Todo el mundo sabe que las nutrias estuvieron a un pelo de bigote de la extinción en Inglaterra y Gales a finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta. Ocurrió de forma repentina e insidiosa. Sin embargo, hay señales esperanzadoras de que están volviendo poco a poco a muchos de sus

ríos tradicionales. Han tenido que pasar treinta años para que los potentes venenos que las mataban, pesticidas organoclorados como el aldrín, el dieldrín y el ddt, desaparezcan de los ríos, arrastrados por la corriente, y para que la gente tome conciencia de que las nutrias solo sobrevivirán en aguas salvajes y no encauzadas, ni contaminadas, donde abunden los bosques húmedos, los montones de madera desordenados, las ortigas y los árboles nudosos llenos de huecos, como en los cuentos, y donde escaseen los humanos.

Estaba nadando a dieciséis kilómetros del foso, donde el Waveney traza la frontera entre Norfolk y Suffolk. Es un río secreto, a ratos perezoso, a ratos ágil, que corre sobre un lecho poco profundo de grava dorada y de repente se torna tranquilo, solemne y profundo. Serpentea a través de praderas de riego, bosques húmedos y pantanos, en una cuenca amplia que antaño variaba con las mareas entre Yarmouth y Diss, cerca de su cabecera en la gran divisoria de aguas Redgrave Fen, donde también nace su gemelo, el Pequeño Ouse, que fluye en dirección contraria, hacia los Fens. El Waveney, con sus pozas secretas y sus playas de arena ocasionales, está repleto de zonas para bañarse, trampolines improvisados con palés de madera, cuerdas colgantes y canoas boca abajo en los márgenes. Cada tres o cuatro kilómetros te topas con una presa y un molino de agua encalado.

Seguí nadando, pasada la poza de la nutria, bajo una suerte de hechizo. Entonces caí en la cuenta de que la magia de ese animal no provenía tanto de su escasez cuanto de su invisibilidad. Merced a esa costumbre juguetona y dionisiaca suya de sustraerse a la vista, las nutrias personifican los espíritus del río. Henry Williamson lo sabía cuando escribió su gran poema mítico *Tarka la Nutria*. Como todo espíritu que se precie, la nutria solo revela su presencia a través de determinadas señales. Hay que buscar sus huellas en los márgenes de arena, o los excrementos aromáticos que dejan para marcar su territorio, como pistas en una caza del huevo de Pascua, debajo de los puentes o en las ramas más bajas de los sauces y alisos.

Que antaño las nutrias abundaban en el Waveney es algo que, hasta hace poco, podía comprobar claramente cualquiera que fuese al Harleston Magpie, principal punto de reunión de sus cazadores, los Eastern Counties Otter

Hounds. Antes de que renovaran el pub, aún había cabezas y patas de nutrias en sus paredes; y no muy lejos de allí, en el De la Pole Arms de Wingfield, incluso tienen expuestos animales completos, disecados en urnas de cristal. Un amigo mío de Suffolk heredó un abrigo de caza de *tweed* rojo y azul que perteneció a un miembro de los Eastern Counties Otter Hounds. Tenían que asarse corriendo río arriba, río abajo, y yendo de pub en pub por el valle con ropa de *tweed*. Mi amigo, estudioso de las costumbres rurales, también vio una vez una pata de nutria en un escudo de madera con una enigmática inscripción: «Shanghai Otter Hounds, molino Wortwell, 1912». Un año después, se topó con la explicación por casualidad, en una librería, mientras ojeaba las memorias de un agente de policía de Shanghái, Maurice Springfield, que, al parecer, era el presidente de los Shanghai Otter Hounds y en 1912 había comprado varios perros en Suffolk para llevárselos a China. Debieron de permitirle salir a cazar con el contingente de Anglia Oriental, quizá a modo de prueba, y dio con la desdichada nutria en el molino Wortwell.

Un sábado por la mañana del otoño anterior yo había cruzado Suffolk, rumbo al ayuntamiento de Westleton, para asistir a un curso sobre rastreo de animales organizado por la Suffolk Wildlife Trust, que nos permitiría participar en una inspección de los ríos del condado en busca de nutrias, visones y ratas toperas. Éramos unas cuarenta personas en la sala, donde estudiamos las diapositivas de sus huellas y aprendimos sobre su conducta. También nos fuimos pasando de mano en mano, con mucha solemnidad, unos tubitos de plástico que contenían mierda de nutria y de visón. Aquello recordaba un poco a las catas de vino: agitabas un poquito la caca, olías y pasabas la muestra a tu vecino. Nuestro tutor describió los excrementos de nutria como «perfumados», con un aroma parecido al té de jazmín; acaso con un matiz de aceite de pescado y heno de luna nueva. También circuló una muestra de té de jazmín. Había que tener un señor olfato para ser un buen detective de nutrias. No nos quedó más remedio que creer a nuestro tutor cuando nos dijo que los excrementos de nutria también son «alquitranados y pegajosos». Los excrementos de visón, en cambio, son muy parecidos a los de nutria, pero huelen a goma quemada o pescado podrido. Me pareció que la

faceta estética del asunto constituía una cierta amenaza para nuestra objetividad científica.

Esa tarde fuimos todos juntos al Eel's Foot de Eastbridge, desde donde se veía la central nuclear de Sizewell B, y recorrimos el margen del río Minsmere con mirada de cocodrilo, en busca de auténticos y genuinos excrementos de nutria. Las nutrias del Minsmere, que sin duda observaban la escena desde la seguridad de algún tronco hueco, fueron testigos del insólito espectáculo de ver a cuarenta humanos en fila, completamente tumbados en la orilla del río, olisqueando sus bolitas de heces y emitiendo murmullos de admiración. Alguien vio una burbuja y los cuarenta nos quedamos petrificados, ojillos brillantes avizor, pero solo era una burbuja. Me parece que, desde entonces, dejó de gustarme el té de jazmín.

Me había topado con mi nutria del Waveney poco después del molino Mendham, cerca del punto en que había entrado al agua, una exuberante pradera donde a finales de verano crecen unos bejines gigantes —en una ocasión, había tantos que al principio los confundí con un rebaño de ovejas, o con unos bañistas con el culo al aire—. El estilo braza, muy sigiloso, había vuelto a beneficiarme. Seguí nadando río abajo, sobre alegres serpentinatas ondeantes de vallisneria, acariciado por las hojas flexibles de los nenúfares amarillos, y doblé un sinfín de meandros, pasando al lado de cisnes que refunfuñaban, pero se alejaban nadando, hasta que fui a parar al mundo secreto y tranquilo de uno de los canales de drenaje que atraviesan en línea recta las praderas de inundación. Medía un metro y medio de ancho, estaba repleto de gallinetas y bullía de insectos. Los caballitos del diablo, de todos los colores y formas, se cortejaban como posesos en mis narices, sin prestarme la más mínima atención. Incluso revoloteaban sobre mí en plena faena, consumando la hazaña de volar y copular al mismo tiempo: una especie de «club de polvos de altos vuelos» en versión insecto. Las libélulas enormes, algunas azules, otras marrones, subían y bajaban en picado al agua, justo encima de mí, o se quedaban posadas, muy tranquilas, en los nenúfares. Al atravesar los juncos veía ascender filas de burbujas unos metros por

delante: las anguilas se hundían aún más en el barro, o alguna gallineta se alejaba buceando. Las anguilas son la comida favorita de las nutrias y los peces de agua dulce más nutritivos. Aquel era uno de esos lugares que chiflarían al animal que más echo de menos en este río: el coipo. Eso me hizo reflexionar sobre las diferentes posturas que adoptamos con los animales. Al igual que la nutria, el coipo era un buen nadador y tenía un pelaje exuberante, y hace unos años se extinguió en este río por culpa de la actividad humana. A su singular manera, también ha desarrollado su propio mito: de hecho, lo único que queda de él es la leyenda, porque, desde que se extinguió en Gran Bretaña, a nadie parece pasársele por la cabeza la posibilidad de reintroducirlo.

El último coipo del Waveney fue martirizado, como Hereward *el Proscrito*, en algún rincón juncoso de los pantanos en 1989. Antes se veían muchísimos disfrutar del río, nadando despreocupadamente de aquí para allá. Yo vi mi último ejemplar en 1986, acicalándose en el margen de un riachuelo de Thornham Magna, en un manantial cerca de Eye. También vi varios coipos en mis descensos en piragua por el Waveney. Al igual que los visones, al principio esos animales veganos e inofensivos se habían escapado de las granjas de peletería. Son nativos de Sudamérica, y es probable que fuesen víctimas de un racismo animal parecido al que ahora sufren los visones. Vivían en los ríos y pantanos y mostraban las inclinaciones habituales de los roedores, por lo que se alimentaban —y de vez en cuando se atiborraban— de zanahorias y remolacha azucarera. Otro de los pasatiempos favoritos del travieso coipo consistía en excavar madrigueras en los márgenes de los ríos y las defensas ribereñas, azuzando aún más la paranoia de los granjeros, que temían que buena parte de Anglia Oriental quedase inundada.

Los coipos eran buenos nadadores y tenían las patas palmeadas. Las hembras engendraban quintillizos dos veces al año, y tenían los pezones en la parte alta del pecho, por encima de la línea de flotación, para amamantar a sus crías sin dejar de nadar, bien escondidas en el pantano. Podían alcanzar el metro de longitud, y los diecisiete kilos de peso, por lo que nunca tuvieron un depredador natural en Anglia Oriental. Como eran muy grandes y muy fecundos y muy glotones, a las autoridades del Ministerio de Agricultura les

pareció demasiado y, como ya hiciera Pat Garrett, contrataron a una patrulla de hombres para que cazasen hasta el último coipo de los pantanos. Empezaron a aparecer jaulas con trampas del tamaño de casetas de jardín por todo el Waveney, con zanahoria y remolacha azucarera como cebo, y unos hombres con gorras de visera y furgonetas blancas trajinaban de aquí para allá por el valle. La operación se alargó muchos años, hasta que alguien en el Ministerio cayó en la cuenta de que el coipo no era el único interesado en su supervivencia: lo último que querían las buenas gentes del Servicio de Control del Coipo de Norfolk y Suffolk era exterminarlo por completo. Corre el rumor de que al final tuvieron que convencerlos de acabar el trabajo mencionando unas generosas indemnizaciones por despido, tamaño coipo.

El *Waveney Clarion*, periódico de la comunidad y voz de los habitantes del valle del Waveney, no tardó en reconocer el rico simbolismo del control del coipo. Si un animal decidía inmigrar a aquellas marismas, ¿por qué no habían de recibirlo con los brazos abiertos, independientemente de su origen? Haciendo honor a su tradición progresista, el periódico salió en férrea defensa de esa colorida mezcla de cultura latinoamericana —con su amor por la diversión, el buen comer y el mucho beber— y de pachorra y travesura roedora, personificada en un coipo de culo gordo que luchaba contra los agentes viles y abusones, pero pánfilos, de Control del Coipo. Así nació *Coipo Comix*, tira de Mick Sparksman.

El *Clarion* era uno de los periódicos regionales más vendidos en la década de 1970, muy leído entre la creciente colonia de románticos y progresistas que vivía o se había instalado en las inmediaciones del Waveney y compartía los ideales estilo *Whole Earth Catalog* llegados desde Woodstock. Muchos eran de Londres, como yo, y se dedicaban en cuerpo y alma a la vida rural. El personaje de Coipo era la estrella del periódico. Con sus pantalones a cuadros y su bufanda atada al cuello, era una especie de oso Rupert *hippy*; y hacía unas travesuras que sus camaradas ni siquiera se atreverían a soñar. Pero también era inocente. Él y sus amigos Rag el Conejo, Perro Errante y Ratón Pachón siempre estaban a un pelo de caer en manos de los agentes de Control del Coipo. Tenía debilidad por la cerveza Adnams, las zanahorias, las

remolachas azucareras, los mejillones de agua dulce y las jarras de vino casero a base de remolacha azucarera. Siempre estaba «muerto de hambre», y se escaqueaba de sus perseguidores disfrazándose: de pato, de conejo, de espantapájaros e incluso de muñeco de nieve. En una tira hacía autostop y viajaba a Londres en un camión de arenques ahumados de Lowestoft, y en el trayecto se daba un atracón y se ponía ciego de Adnams. En el partido anual de críquet entre coipos y conejos, los conejos se apuntaron todas las carreras y los coipos solo anotaron dieciséis tantos antes de que los eliminasen a todos. Coipo era un miembro activo del chapucero Ejército de Liberación de los Coipos, y ayudaba a organizar una fiesta anual, la Hoguera del Reggae y la Sidra. También ejecutó con éxito la danza de la lluvia durante una de las sequías de Anglia Oriental. Su himno favorito, que silbaba en los momentos críticos, era *All Things Bright and Beautiful*.

Volví remontando el río contra la suave corriente, a través de las praderas, hasta el molino Mendham, donde el pintor Alfred Munnings pasó su infancia. El hermano de Munnings, Frederick, acabó siguiendo las huellas de su padre y fue molinero. Su sobrino Robert Moss me hizo un animado relato de su educación acuática en las vacaciones de su niñez, que pasaba allí, durante la Primera Guerra Mundial.

El joven Robert y sus primos aprendían a nadar en tres fases. En la primera, en marzo, los montaban en la parte trasera descubierta del camión del molino y los llevaban a casa de su tía abuela Ellen, a sesenta y cinco kilómetros, en Mundesley, en la costa norte de Norfolk. Al llegar, les ponían un bañador a rayas, los llevaban a la playa y los capuzaban en el mar. Se creía que mojarles la cabeza a los niños los protegía de los resfriados. La anciana se metía al agua con ellos y con los vientos helados de marzo. La regla era: «Si no hay chapuzón, no se almuerza», independientemente del tiempo que hiciera. Ni siquiera en su estancia de un año con la Armada en el paralelo 80 norte, en pleno Ártico, volvió a pasar Robert Moss tanto frío.

Las clases de natación se reanudaban en el molino Mendham, donde había un enorme sauce llorón al lado del cobertizo de los botes. Ahí, el río cubría lo justo para que las madres de los niños hiciesen pie donde las ramas del sauce se hundían en el agua, pero no sus hijos, que tenían que mantenerse a flote

agarrados a la punta de las ramitas, cada vez con más confianza, porque tenían la sensación de estar nadando de verdad. Luego sus madres los agarraban de los pies y les enseñaban a mover las piernas a estilo braza.

Ya estaban listos para la tercera fase, que tenía lugar en la confluencia del río principal con los canales del molino. Allí aprendían a usar la técnica tradicional de los niños del pueblo: consistía en recurrir a un haz de juncos, de metro y medio de largo y medio metro de grosor, que doblaban en forma de uve y se colocaban debajo de las axilas, a modo de manguitos rudimentarios. Entre las compuertas del desagüe del molino siempre había una buena cosecha de juncos flotantes, como se aprecia en un cuadro de Alfred Munnings expuesto en la Royal Academy, donde una pareja de jóvenes rema con su barca hacia los juncos de la orilla de ese mismo canal. El haz de juncos se ataba con hilo de cáñamo, que normalmente gorroneaban al hombre que remendaba los sacos del molino. Se requería cierta pericia para hacerlo: no había que atarlo demasiado fuerte ni demasiado suelto, puesto que, con cada uso, algunos juncos tenían que ir soltándose. En teoría, cuando el haz se hubiese deshecho por completo, el aspirante a nadador ya no lo necesitaría. Y así era.

Aquel día, al atardecer, fui en busca de la denominada «Bungay Beach», una de las pozas del pueblo homónimo, al otro lado de los campos pantanosos de Outney Common, donde el río se curva en un meandro de tres kilómetros. El sendero pasaba por un estrechísimo puente de hierro fundido y hormigón, de una arcada, con solo cuarenta centímetros de ancho: el espacio justo para una persona. Las autoridades municipales encargaron su construcción en 1922, y su económico diseño lo deja a uno patidifuso: tiene solo un pasamanos, en un lado, y mide casi ocho metros de largo. Recuerda a esos puentes dibujados en los platos de porcelana, y la única explicación es que esté ahí para uso de los bañistas. Luego el sendero atravesaba una isla con una espesa arboleda, hasta el extremo que quedaba río arriba, donde un golpeteo rítmico, que no acababa de ubicar, resonaba entre ocho castaños de Indias gigantes, de los que colgaban varias cuerdas con mangos de madera sobre una poza profunda y

verde, rodeada de raíces pulidas. Dos niños estaban aporreando sus bañadores contra los troncos para escurrirlos. Cuando me acerqué nadando a la maraña de raíces, en el agua profunda, sentí una de esas corazonadas repentinas que todos los nadadores en aguas salvajes reconocen, y me invadió el miedo a lo que pudiera acechar debajo de la superficie. Era una poza ideal para lucios: ¿y si hubiese un lucio enorme escondido en uno de los agujeros del margen, debajo de las raíces? Volví nadando frenéticamente al centro del cauce.

Unas semanas antes había hablado de esos miedos, racionales o no, con Stephen Rees, un fontanero que nada en el río Cherwell, unos kilómetros al norte de Oxford. Una tarde de finales de agosto de 1996, el señor Rees estaba bañándose en uno de los estanques del molino de Cherwell, entre Somerton y Upper Heyford. Nadó hasta el otro extremo de la poza, donde desembocaba un canal de agua blanca, más rápida y agitada, y estaba a punto de remontarlo, pero decidió esperar a su compañero agarrado a una rama de sauce con la mano izquierda. Casi al momento sintió «un golpetazo» en el brazo derecho, que seguía ondeando en la ágil corriente. Lo primero que pensó fue que se habría dado contra una rama sumergida, pero al mirar vio la cabeza de un lucio enganchado a su antebrazo, y luego el destello de sus escamas cuando el pez se alejó.

—Pon que pesaría entre cinco y siete kilos, y mediría casi ochenta centímetros. Lo único que vi fue la cabeza y el destello cuando desapareció. Luego el agua empezó a teñirse de rojo. Como no puede decirse que estuviese moreno, supongo que, con la agitación, el lucio me confundió con un pez blanco. Tenía un buen desgarrón en el brazo y se veían los agujeritos de los dientes. Salí del agua enseguida y tuve que regresar a casa en coche con la camisa envolviendo la herida y un buen susto en el cuerpo.

El señor Rees acabó en el hospital, donde le dieron ocho puntos en el brazo y le pusieron la vacuna del tétano. Pero la experiencia no le ha quitado las ganas de nadar en los ríos, e incluso ha vuelto a esa misma poza varias veces para darse un chapuzón. En otra ocasión también fue con caña y sedal, buscando venganza, pero solo consiguió pescar un ejemplar de casi dos kilos. El caso es que el señor Rees es el guarda del club de pesca de la zona, así que quizá el lucio lo reconoció. Él sabe de buena tinta que en el Cherwell hay

lucios muy grandes: hace unos años, un amigo de su padre pescó un ejemplar de más de quince kilos cerca del estanque del molino. No obstante, el señor Rees sostiene que las posibilidades de que te muerda un lucio mientras te estás bañando son ínfimas. Su teoría es que su atacante llevaba un tiempo atrapado en la poza, incapaz de remontar el canal de agua rápida, y estaba hambriento, porque ya se había zampado todos los peces. Y, entre que el agua estaba agitada y no veía la hora de llevarse algo a la boca, le mordió.

Paul Guinea, un nadador de Shetland, me contó una historia parecida. Mientras salía de uno de los lagos de la isla, hace no mucho tiempo, una anguila le rodeó la pierna y se subió a la barca con él. Tampoco hay que descartar que Stephen Rees fuese víctima de la «rabia del pescado». En octubre de 1996 leí en *The Times* que un pescador de Konakovo, en Rusia, pescó un ejemplar de cuatro kilos y medio e intentó besarlo. El pez le clavó los dientes en la nariz y los médicos tuvieron que abrirle la mandíbula haciendo palanca, a pesar de que ya estaba decapitado. Una vez, en Dresde, un amigo mío vio la furgoneta de una pescadería con esta sucinta muestra de ingenio teutón escrita en un lateral: «Los tiburones comen gente. Los tiburones son peces. Plántales cara: ¡come más peces!».

Escapé de Bungay Beach sin más inquietud que la ocasionada por el lucio imaginario: cuando mi cabeza lo puso ahí, no hubo forma de sacarlo. Era un sitio precioso para bañarse, y parecía muy popular. Mientras regresaba por el puente de los bañistas me crucé con otro grupo de jóvenes. Al mirar hacia abajo, reparé en un par de bañadores abandonados que flotaban en la corriente.

A la tarde siguiente, nadé de una punta a otra de Benacre Broad, en la costa de Covenhithe, unos kilómetros al norte de Southwold. Es una laguna de agua dulce y fondo limoso, separada del mar por una lengua de arena y una playa de guijarros, y tiene los días contados. El esqueleto blanquecino de un árbol solitario se erigía en la arena, desafiante. Mientras volvía nadando hacia la lengua de arena, con el mar más allá, los grajos graznaban desde el bosque oscuro a mi espalda y un zarapito lanzó un reclamo entre los juncos. Long

Covert, el viejo bosque tapizado de jacintos silvestres al lado de la laguna, avanza ciegamente hacia el mar. En primavera, los jacintos y las silenes rosas se extienden hasta la franja de gujarros, abarrotada de raíces y tocones podridos de robles y sicómoros. Entretanto, el mar salaba los árboles en el límite del bosque hasta matarlos. Primero marchitaba sus hojas, y luego los envenenaba hasta dejar los troncos blancos y desnudos. Crucé la playa en treinta pasos y me adentré en el mar del Norte.

Había llegado allí por el sendero que arranca en la magnífica iglesia en ruinas de Covehithe y pasa a los pies de unos acantilados desmigajados. Cada año, el sendero se adentra un poco más en la tierra, porque las tormentas de invierno se van comiendo cachos de Inglaterra. El año anterior, Roger Middleditch, un granjero afectado por los desmoronamientos, había plantado zanahorias. Cuando fue a cosecharlas, algunas colgaban del acantilado y otras ya estaban desperdigadas por la playa como peces. Al año siguiente, sus hileras de cebada llegaron hasta el borde mismo del acantilado y se despeñaron como lemmings. En invierno, el señor Middleditch había perdido unos doce metros por culpa del mar. Dos años antes, habían sido veinte. Desde mediados de la década de 1970, cuando la erosión empezó a acelerarse misteriosamente, las olas se han comido diecinueve hectáreas de su granja. En un principio tenía casi ciento veinte; ahora no llegan a cien. Además, del campo de 8,5 hectáreas que en los años setenta se extendía hasta el mar, al otro lado de la granja, ya apenas quedan 1,5. Mientras me alejaba por los caminos estrechos, rumbo a Dunwich, recordé sus palabras serenas y estoicas: «En menos de veinticinco años el mar habrá llegado a la iglesia y a nuestra granja. La iglesia desaparecerá, la casa y los edificios de la granja desaparecerán, Benacre Broad desaparecerá».

Richard Mabey, asiduo paseante de las playas de Anglia Oriental, cree haberse hecho una idea del efecto que esta costa cambiante produce en nuestra mente: «A veces me preguntaba si la cercanía de estos límites inestables de la tierra formaba parte del encanto secreto que veíamos en Norfolk; el reflejo de un deseo semiconsciente de ser nosotros también tan circunstanciales como la espuma del mar; de vivir sin ataduras, de soltarnos, de vernos arrastrados a una costa impredecible».

Aquella tarde visité la Atlántida particular de Suffolk, y al anochecer nadé sobre las iglesias sumergidas de Dunwich. Desde hace años, los peregrinos acuden para contemplar lo que ya no está, o para mirar al mar en los días de tormenta y escuchar el mítico tañido submarino de las campanas de cincuenta iglesias hundidas; o acaso para escribir algún verso tal que: «Donde la ruina ceñuda observa a los muertos mudos». La marea estaba casi en su punto álgido, y entré en el agua por la orilla inclinada y guijarrosa, cerca de las cabañas de los pescadores. El golpeteo de los guijarros, arrastrados por las olas como castañuelas, se veía amplificado por la noche y por el mar frío del ocaso. La luna, atravesada por la estela horizontal de un avión, recordaba a la nota de un pentagrama.

Aquí nunca hubo cincuenta iglesias, ni de lejos, por más que lo dijese en 1754 un historiador de Southwold, Thomas Gardner, y por más que la exageración arraigara junto con el repiqueteo submarino de sus campanas, tocadas, según cuentan, por el mismo mar violento que arrasó la ciudad y el puerto medievales la noche del 14 de enero de 1328. Cientos de casas, graneros y almacenes de seis parroquias acabaron inundados. En 1573 solo seguían en pie dos iglesias, y la mayor parte de lo que se salvó, a excepción de la iglesia de All Saints, quedó destruido en la gran tormenta de 1740. Sin embargo, una de las torres de la iglesia siguió en pie en la playa, rectísima, con la marea baja; hasta que se derrumbó en torno a 1900. La erosión del mar ha sido tan absoluta que las únicas pruebas históricas que se conservan de su existencia están en los documentos. La tempestad no solo se llevó iglesias, tiendas y casas, sino también colinas, un bosque destinado a la caza y el principal puerto en el que se basaba la prosperidad de la ciudad. Lo barrió todo como un castillo de arena y bloqueó la entrada del puerto, cerrándolo para siempre, con un gigantesco banco de guijarros. El contraste entre el fragor de una ciudad portuaria medieval en el punto álgido de su prosperidad y el horizonte vacío y silencioso actual basta para hacer reflexionar, aun al espíritu menos profundo, sobre la transitoriedad de las cosas. Lo único que queda de Dunwich (además del aparcamiento) es un café, un pub, dos cabañas de pescadores, una hilera de casas y una iglesia del siglo XIX. El único edificio medieval que sigue en pie es la capilla en ruinas del lazareto de

St. James, del siglo XII, antaño muy alejada de la muralla de la ciudad. Su supervivencia recuerda en cierto modo al mito de Filoctetes: los marginados acabaron resistiendo.

La incómoda playa de guijarros desciende abruptamente: fue un alivio entrar en el mar, y enseguida nadé hacia el agua, profunda, oscura y melosa en comparación con la claridad del Waveney del día anterior. Superada ya la rompiente, mientras flotaba como una marsopa en el oleaje, me pareció ver con meridiana claridad el retroceso de los acantilados. La arcilla rocosa en la que se asienta Suffolk se erosiona con facilidad, y las tormentas y mareas desgastan y desplazan sin descanso la capa superior de piedra, creando una topografía submarina tan cambiante que hay que redibujar las cartas náuticas cada dos por tres. Yo era el único bañista de aquella noche fría, y desde el mar todo parecía remotísimo. Al norte, el faro de Southwold; en el horizonte, un buque de carga y un pesquero; y, hacia el sur, en Sizewell, el centelleo ostentoso de la central nuclear. Moverme a través de la noche, suspendido entre las olas sobre la ciudad extinta, era como nadar sobre los campos de la Edad de Hierro sumergidos de las islas Sorlingas.

EL ESTUARIO DEL WASH

Norfolk, 1 de agosto

A las cinco en punto de la mañana puse rumbo al norte, pasando por el distrito de Breckland, los Fens septentrionales y el estuario del Wash. El sol aún estaba saliendo cuando me lancé al agua en Santon Downham, un pequeño pueblo de casitas de una planta, de ladrillo de Cambridge amarillo grisáceo cubierto de líquen, donde vivían los guardabosques. El dosel de árboles que la rodeaba empujaba la localidad, situada en un claro inesperado del bosque de Thetford, con calles bordeadas de limas, pinos silvestres y robles. Todo parecía pequeño: la oficina de correos, el bonito puente de hierro blanco en celosía y el Pequeño Ouse. Me metí en el agua por una bahía de arena tan fina y limpia que podría haber estado a orillas del mar. Sabía que allí había una poza desde que fui un cadete desdichado en un campamento militar del instituto, con unos catorce años. Estábamos en pleno verano y, con el calor, los uniformes caqui de lana áspera nos picaban lo que no está escrito. Ocurría exactamente lo mismo con los calcetines gruesos y las enormes botas. Alguien debió de apiadarse de nosotros, porque nos apretujaron en la parte de atrás de una camioneta y nos zarandearon por unos caminos de arena que parecían infinitos, hasta que llegamos a ese río que parecía un espejismo y nos quitamos la ropa para sentir su abrazo acogedor, como el regazo y los besos frescos de nuestras madres. Entonces, igual que ahora, sentí la caricia de los largos mechones esmeralda del ranúnculo

acuático, que ondeaban y vibraban con la corriente. El agua estaba cristalina y resplandeciente: el brillo del sol se reflejaba en el lecho calizo cubierto de grava, mientras los peces entraban y salían a toda velocidad de los manojos de algas. En ese tramo el río llega a la altura del muslo, y, si nadas contracorriente, flotas casi inmóvil en su agua sedosa, como las miríadas de piscardos que me mordisqueaban tímidamente los pies cuando me senté en la orilla para disfrutar de la soledad de la primera hora de la mañana.

El Pequeño Ouse es un uadi que cruza el desierto de Breckland. Sorprende descubrir un río tan bello en este paisaje árido y arenoso; es como llegar a lo alto de una cresta yerma y contemplar los palmerales exuberantes del valle del Draa, al sur de Marrakech. En el Neolítico, cuando la zona era un concurrido centro neurálgico de la minería de sílex, el río debía de ser un lugar bullicioso.

Dejé la ropa cerca del puente y, caminando descalzo por la arena tibia del margen, remonté un kilómetro y medio de río; luego volví con la corriente, dando suaves brazadas a través de las algas sensuales, y pasé por más bahías de arena y zonas soleadas entre las dunas y los juncales en miniatura de los márgenes. El río estaba cubierto por un polvillo naranja, polen de los álamos, que solo se veía a ras del agua, y se formaban arcoíris juguetones en las cortinas pulverizadas de las bombas que regaban un campo de patatas con el agua fluvial. Los oscuros cachos se ocultaban entre las raíces de las mimbreras, en los márgenes, y debajo de cada piedra que giraba se escondía una urbanización de larvas de tricóptero.

El Pequeño Ouse es el reflejo del Waveney: también mana de las turberas de Redgrave Fen, pero fluye en dirección contraria y desemboca en el Gran Ouse de los Fens a la altura de Brandon Creek. Volví hacia el puente chapoteando y disfrutando del río, entre exuberantes márgenes de adelfillas, juncos y salicarias, y llegué justo cuando lo cruzaba la furgoneta de correos y aparecía por allí el primer grupo de niños para bañarse.

Crucé Santon Warren con el coche y pasé por el yacimiento minero de Grime's Graves hasta llegar a Ickburgh, donde, después de aparcar, enfilé un camino que atravesaba una arboleda y una pradera. Oí el fragor del río antes de verlo: fluía con vigor, con un baile más propio de un arroyo de montaña, a

los pies de un sendero de hierba que bordeaba un bosque pantanoso. Era el Wissey, un río tan secreto que incluso su nombre suena a susurro; un río de una belleza embriagadora, que parece haber evitado, quién sabe cómo, el siglo XX, al que las sequías y la sobreexplotación, no digamos ya la contaminación, le son ajenas. Estaba repleto de peces y flores silvestres; y, por lo que me habían contado, también de cangrejos de río, y de náyades, maravillosamente apartado de cualquier tipo de civilización. En los márgenes había espesas capas de mentas acuáticas violetas, nomeolvides y dientes de león, y bullían con nubes de mariposas limoneras y blancas de la col, que hurgaban en la salicaria que crecía a orillas del río. El agua estaba cristalina, entre el verde oscuro y el dorado, y el lecho de terciopelo, cubierto de ranúnculo y gravilla, resplandecía bajo el sol. El río parecía de otra época, y fluía con la misma dulzura que el de la *Ofelia* ahogada de Millais, engalanado de flores silvestres. (De hecho, el artista pintó el cuadro cerca de Ewell, en Surrey.)

El Wissey nace en el vivero de peces fosado de una granja situada en Shipdham, cerca de East Dereham, en Norfolk, y al poco se adentra en un campo de entrenamiento del Ejército, tierra de nadie que lleva vedada para la mayoría de nosotros más de cincuenta años; que pasa meses y meses en calma absoluta y, sobre todo, que no está cultivada. Así pues, protegido de la contaminación de la agricultura moderna, el Wissey es uno de los ríos de llanura más limpios de Anglia Oriental.

Sintiéndome un picaflor fluvial, con el pelo aún mojado de mi baño en el Pequeño Ouse, entré con sumo respeto a través de unos juncos y, vacilante, empecé a nadar a braza río abajo, en un agua que cambiaba de tempo cada dos por tres, pasando de tramos calizos y someros a pozas más profundas, bajo la sombra intermitente de los alisos. A veces cubría tan poco que tenía que impulsarme por el agua rizada de veinte centímetros sobre mullidos lechos de ranúnculos acuáticos. De repente, doblaba una curva y el río me lanzaba hacia delante a toda velocidad, casi como en Dartmoor, y aparecía en un agua que me llegaba por la cintura, rodeado de las efímeras siluetas de truchas y cachos.

Es probable que el nombre del Wissey derive de la palabra *wise*, que en

inglés antiguo significaba «río»; y quizá los Wissa, una tribu de Anglia Oriental, fuesen en un principio «el pueblo del Wissey». Pero ¿cómo es posible que el nombre de la localidad de Wisbech, mucho más al oeste, en los Fens, provenga de un río que en ningún momento pasa por allí? Es una prueba interesante e impactante de hasta qué punto ha cambiado el curso de los ríos de los Fens con el paso de los siglos. El Wissey, que otrora discurría hacia el oeste hasta llegar a Wisbech, es interceptado por el Ouse a la altura de Denver, y así desemboca en el estuario del Wash por King's Lynn. Muchos de estos cambios se han producido por los sucesivos drenajes de los Fens, que comenzaron con los romanos. Los ríos de las marismas van acumulando cieno en su lecho y se elevan sobre el terreno circundante. Al final, alguno puede acabar reventando sus márgenes y lanzarse campo a través, en un nuevo curso. Los lechos ricos y cenagosos de los ríos y canales extintos se denominan *roddons*, y las carreteras serpenteantes que atraviesan los Fens siguen el trazado de los primeros meandros de aquellos ríos. También las hileras de viejos sauces nos señalan los cursos de agua del pasado. En Cottenham, al norte de Cambridge, se puede pasear por el cauce del antiguo canal de Carr Dyke, y en Welney se aprecia con claridad el *roddon* negro y limoso del río Cam prehistórico.

Mientras me deslizaba por un túnel verde, me llamó la atención una serie de espigones de madera, dispuestos en diagonal en el Wissey. Eran como remos sumergidos para orientar una canoa, y creaban unos remolinos similares en el agua. La Agencia de Medio Ambiente construía esas estructuras, llamadas *croyes*, para desviar la corriente y vigorizar el río: cumplían una función parecida a la que tenían las rocas en los cursos de los ríos de Cumbria. Al obligar a la corriente a pasar por un espacio más estrecho, crean una turbulencia que poco a poco excava una poza río abajo, arrastrando el lecho arenoso y dejando el fondo de grava. En esa grava viven distintos tipos de animales, y así se enriquece la diversidad de la vida fluvial. Cuando el río se desborda, esas pozas con remolinos se convierten en refugios donde los peces y otros animales se protegen de la tormenta. Además, en los ríos relativamente rectos se pueden colocar *croyes* alternados para recrear los

meandros perdidos: resulta harto curioso que la misma gente que se ventiló en su día los meandros se gaste ahora el dinero del contribuyente para volver a crearlos.

No había un alma en los alrededores, y ya empezaba a oírse el zumbido de los insectos en aquel día tórrido. Un martín pescador pasó como una flecha azul en llamas sobre mí. Siempre los oyes con antelación, emitiendo un silbido estridente a su paso para despejar el espacio aéreo, como el señor Sapo al timón en *El viento en los sauces*. Las parejas iridiscentes de caballitos del diablo, con sus franjas negras, levantaban el vuelo desde los juncos, cortejándose, o se posaban, enganchadas. El nombre de estos elegantes insectos, *Agrion splendens*, encaja con su aspecto a la perfección. El azul era el color de moda en ese río. Los frágiles caballitos del diablo y las enormes y azules libélulas zurcidoras volaban a ras del agua, sin prestarme la más mínima atención. Me sentía como Gulliver al pasar entre la flota liliputiense. Las piedras ocultaban larvas de tricóptero, como reinas y reyes cubiertos de perlas, y las inquietas gambas de río se escabullían en busca de cobijo.

En el puente de Didlington, kilómetro y medio río abajo, encontré una poza natural, con su cuerda reglamentaria colgada de una rama. En ese tramo el agua era profunda, sin algas, y nadé a la sombra de un cenador formado por una curiosa arboleda de robles atrofiados, muy juntos, que nunca se habían podado. El bonito puente de hierro fundido estaba decorado con guirnaldas de lúpulo salvaje, pero los alrededores de Didlington, en Breckland, parecían abandonados: no había visto un alma en toda la mañana, a excepción de varios cientos de patos blancos con un aspecto lamentable, a lo lejos, desperdigados en un campo de rastrojos a la sombra de doseles verdes, como los invitados de una boda, presa del desconsuelo. En la estación de aforo del río, al lado de la presa de Didlington, un llamativo letrero rojo de la Agencia de Medio Ambiente metía a los bañistas en cintura:

ADVERTENCIA

SE CONSIDERA DELITO SALTAR AL RÍO DESDE UN PUENTE, ESCLUSA O CUALQUIER OTRA ESTRUCTURA, ASÍ COMO NADAR A MENOS DE 36 METROS DE LAS PUERTAS DE UNA ESCLUSA, UNA PRESA O UNA ENTRADA DE AGUA O EN EL INTERIOR DE UNA

ESCLUSA.

SANCIÓN MÁXIMA: 50 £. NOS PREOCUPAMOS POR SU SEGURIDAD.

Después de almorzar de pícnic a orillas del pequeño río, seguí en coche hasta Hilgay, al sur de King's Lynn, donde me bañé por error en lo que resultó ser el Cut-off Channel, de sonido poético, una de las principales arterias del sistema de canales de drenaje de las marismas. Discurre hacia el oeste, trazando un amplio arco, desde Mildenhall hasta la esclusa de Denver Sluice. Luego caí en la cuenta de que había leído mal el mapa: creía estar nadando en el tramo bajo del propio Wissey, que en realidad pasa por el pueblo, en paralelo al canal, unos ochocientos metros más abajo. He ahí una muestra del confuso entramado de cursos fluviales en los Fens. Crucé el agua somnolienta cerca de Snore Hall, una antigua residencia que dormita allí desde hace siglos, semihundida en la turba, y en la que podría haberse inspirado perfectamente Toad Hall, la villa del señor Sapo en *El viento en los sauces*. El canal tenía unos treinta y cinco metros de ancho, era profundo y se perdía en el horizonte en ambas direcciones. Un par de pescadores me observaron pasar nadando, y de paso rescatar a un rutilo. Había salido del agua de un salto para ir a aterrizar sobre una maraña de algas flotantes. Aquella desconcertante experiencia no se parecía en nada a mi baño en el tramo alto del Wissey: era como nadar en una minestrone caliente. Buena parte de la superficie estaba atascada por islas de algas medio podridas, y agradecí poder salir de esa agua negra, tambaleándome a través de un juncal cenagoso, mientras me preguntaba qué demonios le habría pasado al río cristalino de hacía media hora. Estaba enormemente decepcionado, y no caí en la cuenta de mi confusión hasta más tarde.

Unos metros después de Denver Sluice, una esclusa gigantesca cuyas puertas controlan la salida principal del sistema fluvial de los Fens, nadé en el Gran Ouse, que desemboca en el mar por King's Lynn. En ese punto el río tiene casi cien metros de ancho, y atravesé sus aguas profundas, espesas y marrones sin perder de vista, con cierta inquietud, una flota de cisnes que me observaba desde la inmensa mole de acero verde de la esclusa. Sentía la potencia y la profundidad del río, y me imaginé que sería una sensación parecida a la de nadar en el Ganges. El agua estaba granulosa por el limo,

como una fotografía antigua. En la otra orilla había un desguace que llevaban unos gitanos, lleno de camiones y grúas muertas, donde dos ponis moteados trotaban entre una cantidad alarmante de hierba cana. (Es muy venenosa para los animales, aunque las preciosas polillas de Burnet, de alas carmesí, se alimentan de ella.)

Nadé hacia las chimeneas del sueño de todo coipo: la fábrica de remolacha azucarera más grande de Europa. A orillas de la rotonda que llevaba a la gigante fábrica había un pequeño campamento: una caravana cromada, un camión, una caseta de perro y un humilde yate sostenido por puntales. Había entrado en territorio gitano, que se extendía hasta Wisbech. Sus caballos siguen pastando en los márgenes de los ríos, pero ahora hay muchísimos menos que en la época en que los granjeros de estas marismas, como Coley Ambrose en Stuntney, criaban y tenían más de doscientos caballos de tiro. En su momento, los gitanos iban con sus azadas a sacar remolachas, y recogían guisantes, cebollas y patatas por todos los Fens. También ayudaban a las mujeres de los pueblos en la recolección de fruta. Unas semanas antes había conocido a una mujer de Wilburton que me contó que trabajaban siguiendo el ritmo de las estaciones: «Empezábamos por la remolacha, luego uva espina, después ciruelas, y manzanas; luego recogíamos patatas, y otra vez manzanas, y al final las guardábamos en los cobertizos». En muchas ocasiones trabajaban envueltos en la neblina de las marismas: «Una vez fuimos a coger patatas y había tanta niebla que creíamos que estábamos solos, pero, cuando se despejó, vimos el campo lleno de gente».

Como no perdía de vista a los cisnes vivos, estuve a punto de estrellarme contra uno muerto, en su último viaje hacia el mar; y, cuando me impulsé en el margen para salir del río, parecía el Hombre Verde, cubierto de lentejas de agua. Mientras nadaba en ese cóctel turbio de marismas diluidas, me costaba aceptar que, en ese tramo, el Gran Ouse incluyese a los resplandecientes Pequeño Ouse y Wissey, al Granta cristalino, al sagrado Lark y al Wicken Lode, de dulcísima agua mineral: todos confluían en el Gran Ouse para desembocar en el estuario del Wash por King's Lynn. El Gran Ouse. Ese nombre y esa sensación evocaban el origen mismo de la vida, donde todos empezamos, donde todos acabamos, el alfa y omega de los Fens, entrada y

salida de todas las anguilas de treinta condados, parada obligada en el trayecto de ida y vuelta al mar de los Sargazos. El baño y el emplazamiento eran tan increíbles que, al cabo de unos días, solo las lentejas de agua de mi toalla me recordaban que no había sido un sueño.

Seguí adentrándome con el coche en los Fens, hacia el oeste: pasé por casas desperdigadas a la buena de Dios, construidas sobre cimientos de madera semihundida; atravesé Salters Lode y Nordelph, rumbo al Well Creek, y al atardecer me bañé en el canal de drenaje de Middle Level Drain. El Well Creek es un canal estrecho que sigue el curso original del río Wissey y sirve de enlace navegable para llegar a los ríos Old Nene, Twenty Foot y Old Bedford. Pasa sobre el Middle Level Drain por un acueducto, y me bañé allí por un motivo más que válido: nunca había nadado en un acueducto, ni a dos alturas distintas en un mismo punto. Había varias esclusas con puertas enormes para controlar el caudal del Middle Level Drain, y el agua entraba a borbotones en el Well Creek, bombeada desde el canal de drenaje inferior.

Vi una pandilla de chavales acumulando cientos de libras en multas de la Agencia de Medio Ambiente: se encaramaban a las puertas de las esclusas y saltaban al Middle Level Drain, a seis metros. En el tramo del acueducto, el Well Creek se estrechaba hasta la anchura justa de un barco, y otro de los pasatiempos de los chicos consistía en abordar los barcos estrechos que pasaban lentamente por él, contonearse de una punta a otra de la cubierta, en bañador, y saltar luego por el otro lado, para disgusto de la tripulación y entre el griterío de ambos bandos. Me explicaron que era una tradición; un juego pirata de las marismas desde tiempos inmemoriales.

Aunque en un principio se inclinaban por observarme con recelo, e incluso hostilidad, como el viejales invadeterminios que era, la pandilla del Well Creek me dedicó una mirada más benévola cuando ejecuté un salto respetable, a la par que furtivo, al Middle Level Drain, donde nadé unos cuatrocientos metros, pasando por una casita a orillas del canal, con un viejo embarcadero de madera, un huerto de frutales y otro de verduras. La fragancia de los varios miles de rosas cultivadas, llegada de los campos circundantes, impregnaba el canal. El agua del Middle Level Drain, de casi treinta metros de ancho, estaba sorprendentemente clara y tibia; y, mientras

nadaba hacia el oeste, resplandecía dorada bajo el sol. Se trataba del canal de drenaje más hermoso que había visto en mi vida.

Aquel era en realidad un ensayo del majestuoso baño que tenía previsto darme unas horas después, para poner la guinda al día, en el mismísimo estuario del Wash. Cuando volví al acueducto y la esclusa, pasé nadando por debajo de ambos, con un espacio de menos de quince centímetros para la cabeza sobre el agua. La culpa de aquella sinvergonzonería la tenía Enid Blyton: los Cinco siempre estaban entrando y saliendo de cuevas de contrabandistas o canales prohibidos, normalmente por la noche, haciéndose señales con linternas —todos los personajes de los libros de Enid Blyton llevaban siempre una linterna, y la pila no se gastaba nunca—. Aquellas aventuras descabelladas fueron de las primeras historias que leí: basta que vea una esclusa o un acueducto para volver a tener seis años. Los Cinco nunca se llevaban multas, solo un severo: «Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa aquí, niños?».

Bajo el resplandor polvoriento del ocaso, me dirigí en coche hacia el estuario del Wash para bañarme al fin allí, siguiendo los pasos del rey Juan sin Tierra, cuyo tesoro se perdió en aquellas arenas movedizas en 1216. Mirando el mapa, Gedney Drove End me pareció un buen punto de partida, habida cuenta de que sonaba recóndito y romántico. Y sin duda era una localidad recóndita. Aparqué en la puerta del pub y atravesé un maizal por un sendero solitario, casi borrado por el arado, con lo que corría en todo momento el riesgo de caer al canal. (Sostiene De Quincey que eso era lo que Wordsworth hacía con todos sus compañeros de caminatas: empezaba a tu izquierda y te iba escorando inexorablemente a la derecha hasta que llegabas al borde de la cuneta; entonces te colocabas a su izquierda, y él giraba hacia el otro lado.)

Por fin llegué a la muralla del mar, una pendiente herbosa de nueve metros, con una empinada escalera de madera y un pasamanos desvencijado. Había letreros varios sobre los peligros de las mareas y los arroyos, y en otro aparecía un bañista atravesado por una agorera línea roja: era clavadito a mí. A pesar de todo, disfruté de la belleza austera de aquel paisaje minimalista a la luz mortecina de la puesta de sol. Los arroyos y las marismas se extendían

hasta el olvido, y una torre de vigilancia del campo de tiro de la Real Fuerza Aérea se recortaba contra el cielo. Solo quedaban los últimos riachuelos borboteantes de la marea saliente.

En el horizonte se veían tres o cuatro buques encallados, miniaturas del *General Belgrano*, objetivo de las ametralladoras y bombas de los cazas los días laborables. La puerta de la torre de vigilancia estaba cerrada con un candado enorme, pero alguien no había resistido la tentación de poner un cartel: Prohibido el paso a toda persona no autorizada a partir de aquí, acompañado de un dibujo de una persona no autorizada atravesada por una franja diagonal. Me dio la impresión de que también se parecía asombrosamente a mí, y caí en la cuenta de que a los burócratas los mueve el mismo instinto compulsivo que caracteriza a los grandes grafiteros. Me adentré con cautela en la marisma, un desierto de barro resquebrajado y pequeños arroyos serpenteantes que de repente cobró vida con docenas de cangrejos; estos huían para ponerse a salvo y se colaban entre las grietas mientras me hacían gestos desafiantes, y aun diría obscenos, con sus pinzas.

Pasé de puntillas por delante de otro cartel: Peligro. Bombas y misiles no detonados. Es ilegal y muy peligroso desenterrar cualquier objeto que se encuentre en la marisma. Podría estallar y matarlo. Eso ya era harina de otro costal. Nada de míseras multitas de cincuenta libras para los potenciales piragüistas, recolectores de hinojo marino y buscadores del tesoro del rey Juan sin Tierra en el estuario del Wash. Miré con sentimiento de culpa los altavoces de la torre de vigilancia, casi esperándome la regañina. Escudriñé el paisaje y distinguí otros objetivos a media distancia, que parecían personas no autorizadas plantadas en el barro con sus botas de agua.

Había sido un ingenuo al creer que podría bañarme en el estuario del Wash. Aunque no le hubiesen quitado el tapón y no se hubiera vaciado, probablemente habría aparecido en algún radar y me habrían cosido a tiros. Me retiré a la New Inn de Gedney Drove End, famosa por su colección de cientos de cerditos de porcelana, donde hundí la cabeza en el comedero, y luego volví zigzagueando por el sendero, al estilo de Wordsworth, para acampar y pasar la noche, como una persona no autorizada, en el borde solitario del impracticable estuario del Wash.

NATANDO VIRTUS

Derbyshire, 12 de agosto

Mientras enrollaba mi tienda de campaña cubierta de rocío, entre la bruma matutina, comprendí que acampar a orillas del estuario del Wash era la mejor forma de relacionarse con ese lugar; las únicas raíces que deberían echarse en aquella mezcla tan cambiante de tierra y mar, donde la línea de costa se redibujaba con cada marea. Me encantan los horizontes vastísimos de Anglia Oriental, pero si me quedo más tiempo de la cuenta corro el riesgo de aplanarme, y el celta que hay en mí también necesita la turbulencia de las colinas, y el brío de los ríos y arroyos de montaña.

Salí de Lincolnshire en coche a través de la campiña, y pasé por el bosque de Sherwood y Nottingham (rebautizados como «Tierra de Robin Hood» en los letreros) rumbo al extremo sur de las tierras altas de Inglaterra: el parque nacional de Peak District, en Derbyshire, desde el que los ríos Derwent, Wye y Dove descienden para confluír con el Trent en el estuario del Humber, en Hull. El paisaje cambió radicalmente en Matlock, enésima y exitosa ciudad balneario en otros tiempos, mientras me adentraba en el Peak District recorriendo el profundo valle del Derwent, y luego el del Wye. No pude evitar la tentación de detenerme en Ashford-in-the-Water y pasear hasta Water-cum-Jolly para darme un chapuzón en ese río de truchas brioso y arbolado. Quizá el nombre del sitio, «Agua con Dicha», fuera invención de los cartógrafos; y quizá mi baño en ese enorme estanque de molino, profundo

y rebosante, rodeado por una pared caliza y con una atronadora cascada de doce metros que caía en el cauce, al lado de un puente de madera precario, fuese un espejismo de nadador, nacido de las inclemencias del largo viaje y de ese nombre fascinante, casi en inglés *pidgin*. Water-cum-Jolly parecía encarnar en tres palabras la esencia misma de las dichas de la natación.

Llegué a Hathersage con el tiempo justo para darme un chapuzón, antes de almorzar, en la pequeña piscina descubierta y climatizada del pueblo, situada en lo alto de una colina y rodeada por unas vistas espectaculares de los suaves picos del parque nacional, casi hasta Kinder Scout, Jacob's Ladder y Mam Tor, y a tan solo veinte minutos en coche de Sheffield. La tradición librepensadora de la localidad se remonta a Little John, primer activista verde, enterrado en el cementerio de la iglesia.

Era la primera vez en mi vida que veía una piscina con un quiosco de música; una estructura imponente, de tejado octogonal y estilo Regency, compartida con el campo de bolos, unos metros más allá. En los vestuarios olía a bancos de madera recién limpios, y al salir había zonas de césped con hayas rojas y castaños, y unas gradas en un lateral. Desde la calle, el edificio de la piscina parecía más bien un granero con armazón de madera, tejado a cuatro aguas y paredes revestidas de tablones desgastados. Al lado había varias pistas de tenis, y un popular restaurante con cafetería abierto para todo el mundo. La piscina, que no se había modernizado lo más mínimo y estaba preciosa, desempeña claramente un papel fundamental en la vida social del pueblo.

Me sentí acogido de inmediato, y toda la frustración acumulada en el estuario del Wash se disolvió en aquella agua azul, climatizada hasta unos efusivos veintinueve grados. La piscina estaba abarrotada de vecinos de Hathersage muy en forma, que hacían largos humeantes: eran nadadores extraordinarios. No es de extrañar que, en los días de calor, la cola de gente ansiosa por darse un chapuzón se extienda por las calles de Hathersage, y más de una vez la piscina ha tenido que cerrar sus puertas solo una hora después de abrir.

Me dio la sensación de haberme zambullido de lleno en las páginas de *El discípulo del filósofo*, de Iris Murdoch, ambientada en Ennistone, una ciudad

balneario inglesa donde la vida gira en torno a las piscinas y los baños, calentados de forma natural por el agua que brota de las fuentes termales. El lema sobre las puertas de los baños de Ennistone es *Natando Virtus*; todos los vecinos se bañan siete días por semana, mañana, tarde y noche, y meten por primera vez a sus hijos en las piscinas infantiles cuando tienen seis semanas. Los baños de la novela, centro neurálgico de la vida local, desempeñan un papel similar al del ágora ateniense. «La natación en serio —explica el narrador— era motivo de orgullo en nuestra ciudad.» En la cafetería de la piscina de Hathersage, los bañistas leían los periódicos y se metían entre pecho y espalda copiosos almuerzos, estilo Little John, en un ambiente sociable típico del norte de Watford, que sorprende gratamente al forastero sureño.

—Buenas tardes, señor Johnson. ¿Tiene por ahí esa libra que me debe?

—¿Podemos hablar de las condiciones?

George Lawrence, un exitoso fabricante de cuchillas metodista de Sheffield, financió la piscina para la gente de Hathersage, y hoy día aún la gestiona el Consejo Municipal. En su momento, el agua provenía de un manantial de la colina y se calentaba con una caldera de carbón. Cuando se acumulaba el barro, los vecinos se pasaban dos semanas vaciándola y otras dos rellenándola. Todo el que echaba una mano podía bañarse gratis. Durante muchos años, cumpliendo con la voluntad del señor Lawrence, estuvo cerrada los domingos, pero el pueblo ha decidido relajar un poco tal puritanismo y correr el riesgo de recibir la visita del evangelista que llegó a la Ennistone de Iris Murdoch gritando: «Habéis destronado a Cristo y ahora adoráis al agua».

Desde la piscina resplandeciente, me imaginé la orquesta tocando para amenizar los «bailes de té» que se celebrarían alrededor del quiosco en tardes como aquella. Eso me hizo pensar en el estrecho vínculo entre la música y la natación. El ritmo es uno de sus principales placeres, amén de su esencia: cuando nado en la piscina me gusta llevar un ritmo mental, siempre que no quede ahogado por la música clorada de fondo, uno de los mejores motivos, para mi gusto, por los que nadar en los ríos y en el mar. Por otro lado, podría ser interesante usar transductores sumergibles para crear un sistema de sonido

subacuático, y que la música tocada en directo al borde de la piscina se transmitiese a través del agua. Al igual que el canto de las ballenas, que puede viajar hasta seiscientos cincuenta kilómetros, la música que se escucha bajo el agua tiene una nitidez mágica y maravillosa.

Después del baño me sentía profundamente dichoso, y me senté en un banco, cerca de las gradas, con una taza de chocolate caliente y el periódico, al lado de una profesora de matemáticas en bañador que, armada con un bolígrafo rojo, se relajaba corrigiendo una pila de ecuaciones de cuarto de secundaria. Me dijo que, en su día, el quiosco siempre se adornaba con banderitas en la semana de fiestas y las bandas de viento tocaban allí. Ahora no puede usarse porque la barandilla no cumple con la normativa de la Comunidad Europea.

Tres días después descubrí otra piscina en la localidad de Ingleton, en los Yorkshire Dales, que los mineros del pueblo habían construido en 1933. Todo el trabajo fue voluntario, y en un principio la piscina descubierta se llenaba mediante una tubería que la conectaba con el río Doe, que pasa por al lado. Los domingos se vaciaba abriendo la esclusa que había en un extremo, y todos los vecinos acudían religiosamente para ayudar a limpiarla; los lunes volvía a llenarse, y se iba calentando con el paso de la semana. Se les ocurrió una forma de subir la temperatura del agua: el efecto caldera generado por la inmersión colectiva de bañistas a treinta y seis grados y medio. (El nombre colectivo para denominar a esos bañistas de agua fría podría ser «tiritada».) La piscina era lo bastante profunda para saltar desde el tejado del vestuario, y nadie había tenido jamás ningún inconveniente con el agua no clorada del río. Puede que estuviese fría, pero siempre era gratis, y después de los bailes de los sábados la gente iba a darse un chapuzón de medianoche. En 1974, los vecinos de Ingleton alicataron su piscina, instalaron una caldera y empezaron a cobrar una entrada baratísima. El agua estaba a unos exquisitos veintiocho grados cuando me zambullí; y la climatización, huelga decirlo, había convertido la piscina, económicamente sostenible, en el atractivo centro social del pueblo.

UN ENCUENTRO CON LAS NÁYADES

Yorkshire Dales, 13 de agosto

En Yorkshire existe una gran tradición de nadar en la naturaleza. En verano, mientras se pasaban su turno sudando entre el calor y el polvo subterráneos, los mineros de carbón debían de pensar con auténtico anhelo en los muchos ríos y arroyos frescos que atraviesan el territorio calizo de los Dales. No había otro gremio en el que los baños comunitarios y rituales constituyeran una parte tan esencial de la vida: siempre había duchas o lugares donde bañarse en la boca del pozo. Y meterse en el agua sigue siendo un instinto natural en esta región del mundo. Los paseos y las rutas en bicicleta por las montañas siempre han sido muy populares en el norte, y los Dales están repletos de tentadoras pozas donde refrescar el cuerpo exhausto. Las fuentes y los ríos subterráneos brotan por doquier en este laberinto calizo. Cada pueblo tiene sus lugares predilectos, algunos secretos y de difícil acceso, que suelen llamarse «pozo» tal o cual, como el Pozo del Foso (Foss Hole) o el Pozo del Boticario (Chemist Hole), en el espléndido río Doe, que bordea el norte de Ingleton.

La acción de los ríos ha configurado y esculpido los Yorkshire Dales. El Swale, el Ure, el Nidd, el Wharfe, el Ribble, el Aire, el Skirfare y el Tees nacen en estas colinas; el Lune fluye hacia al sur y sale de Cumbria para desembocar en Lancaster, y el Eden discurre hacia Carlisle, al norte. Gracias a su abundancia de agua, hay pocos lugares más ricos en flores silvestres que

los terrenos calizos, y Richard Mabey, amante de los Dales, me había intrigado al hacer un comentario, como quien no quiere la cosa, sobre una poza particularmente recóndita y cautivadora, al norte de Littondale, que me hizo emprender su búsqueda. Además, su advertencia de que tendría que bajar haciendo rápel no hizo sino avivar mi curiosidad. Me describió una poza cristalina de toba calcárea, escondida en una grieta en la montaña, a la que se llegaba remontando un arroyo y que estaba protegida por un cañón de caliza, en el sendero que va de Arncliffe a Malham. Sonaba demasiado interesante para no buscarla y, en cualquier caso, no podía quitarme de la cabeza los nombres que mencionó: el arroyo de Cowside Beck y los acantilados de Yew Cogar Scar.

A primerísima hora de la mañana me despertaron los gritos de los vencejos y el canto de una golondrina, escondida en el alero de mi ventana de guillotina abierta del hotel Falcon, en el parque municipal de Arncliffe. Me acordé de mi casa. Ese pequeño hotel es uno de los favoritos de los pescadores de truchas del río Skirfare, afluente del Wharfe, y no parecía haber cambiado gran cosa desde 1950. Era de esos sitios en los que podía imaginarme a T. H. White, refugiándose para pasar el fin de semana.

Empecé mi ruta campo a través hacia Malham, y subí a lo alto de la garganta escarpada por la que fluía el arroyo. La silueta minúscula de un ciclista avanzaba lentamente en dirección a Settle, por la carretera que quedaba al otro lado de la garganta —una «carretera cruel», según dicen en el pub del pueblo—. Las señales de actividad se advertían por doquier: en el sendero; en los huecos desgastados de las ovejas, que revelaban el marrón de la tierra; en las barandillas de pino de las escaleras, pulidas por las manos. Las gigantescas paredes de roca caían por los márgenes inclinados del valle, casi en vertical, hasta el arroyo, y las capas de caliza se distinguían entre la hierba como el relleno de un sofá raído.

El sol había salido y se reflejaba en el agua de Cowside Beck, cuyo murmullo se oía con nitidez unos cien metros más abajo. Cuando llevaba algo más de tres kilómetros subiendo por el sendero de la cresta, llegué a una pendiente que descendía hacia el fondo de la garganta, cada vez más lejano. No había un camino marcado, y la bajada era tan abrupta que apenas se veían

unas decenas de metros por tramo, pero decidí dar el salto, más o menos literalmente, hacia el arroyo. Costaba determinar, aun mirando el mapa, si me dirigía a Yew Cogar Scar, los espectaculares acantilados que bordeaban una parte de la garganta. Hacen honor a su nombre, «Peña de los Tejos», con un bosque perpendicular de tejos nudosos que, quién sabe cómo, se aferran a la pared de roca. Confiaba en que la escarpadura por la que estaba bajando fuese la de Cowside. La pendiente era tan vertiginosa que los animales apenas habían pastado allí, por lo que había grandes matas de hierba y agujeros del tamaño ideal para hacerse un esguince. Una brisa severa subía de la garganta, amenazando con derribar a los llamativos caracoles de concha amarilla y negra que se agarraban a las campanillas y a los galios amarillos. Lo sentía por ellos, aunque yo también me esforzaba por no perder el equilibrio, y seguí descolgándome sin pararme a pensar demasiado. Lo más sorprendente era que hubiese árboles. Los viejos serbales curvados, los fresnos y los espinos blancos crecían, intrépidos, en los salientes rocosos más inopinados, quizá el único sitio en que un retoño no sería pasto de los rumiantes. Felizmente, llevaba conmigo una cuerda de escalada con la que rodeaba un tronco siempre que podía, y así fui bajando a tramos hasta el fondo.

Ya sentía la emoción de la búsqueda, y miraba con ansia a mi alrededor para localizar las pozas ocultas. Había aterrizado en el fondo del cañón, un poco más arriba de los acantilados con tejos. Lo primero que vi fue un conejo negro, que desapareció en una pared de roca; y luego otro. ¿Habría una colonia abandonada allí? Al contemplar aquellas rocas imponentes pensaba que podría estar perfectamente en California. No tenía ni la más remota idea de cómo iba a salir. Fui remontando el arroyo a pie, y doblaba cada curva con esa ilusión cálida del placer anticipado.

Al cabo de un buen rato, llegué a un bosquecillo de fresnos en los márgenes y oí el prometedor estruendo de una cascada. Y allí, a mis pies, hallé la recóndita poza de toba calcárea, donde el agua alegre resplandecía, formando remolinos. Era casi circular y estaba bordeada de musgo. En un lateral, unos peldaños naturales se sumergían en sus cristalinas profundidades, que bajo la cascada alcanzaban los tres metros. Me desnudé y, acto seguido, me zambullí en el agua. Estaba tan fría que me pareció lanzarme a un lecho de ortigas.

Luego llegó la estimulante avalancha de adrenalina y de endorfinas, o «endelfinas», como las llamó una vez un amigo, el opiáceo natural con que el cuerpo se anestesia contra el frío. Según el precavido *Manual de medicina de Oxford*, los cambios de humor que causan «son difíciles de demostrar científicamente, aunque parece producirse cierta sensación de bienestar». Para los bañistas, el acertado palabro de mi amigo da en el clavo: cuando sales del agua te sientes como un delfín. El Cowside Beck fluía a toda velocidad hacia mí, como una ráfaga de viento bajo los árboles, y brotaba con suavidad entre dos rocas hasta caer a la poza, que me dediqué a explorar, a veces palpando debajo de la superficie espumosa con las manos y los pies, otras buceando, o nadando contracorriente para quedarme flotando en el centro. Un poco más arriba, un torrente tributario caía por una serie de cascadas y pozas excavadas en los montículos de toba calcárea acumulada durante siglos. Si no fuese tan natural y antigua, resultaría muy fácil confundir la toba con esas rocas artificiales que se ven en la Exposición Floral de Chelsea. En realidad, se trata de agua petrificada que va acumulándose, como la cal de una tetera, a partir del limo que transporta la corriente. Es voluptuosa y esponjosa, y le encanta vestirse con delicados musgos y algas.

Salí del agua encaramándome a una roca del lateral herboso y, goteando, escalé para bañarme en una segunda poza, unos treinta metros río arriba, cuya agua fragorosa y gélida volvió a cortarme la respiración. Al cabo de un rato regresé a la poza circular: me sumergí de nuevo para bucear bajo la cascada y emerger detrás de la cortina de agua, con la cabeza, las manos y los pies congelados, sintiéndome de maravilla. Los miembros se me desentumecieron en esa poza de toba suave, cuya agua caía por la roca bañada por el sol: comparado con el torrente glacial, aquello me pareció un baño caliente.

Me pregunté cuántos excursionistas habrían descendido hasta esas aguas tentadoras, recónditas y escondidas como ellas solas. El sol se reflejaba en los cantos blancos y redondeados del fondo, y los márgenes estaban salpicados de cojines mullidos de hierba espesa y tomillo, como si estuviesen dispuestos para una reunión nocturna de las ninfas. Mientras viajaba por la región en 1933, J. B. Priestley conoció a una mujer que vivía en una de las remotas

granjas de los Dales, «una robusta campesina del West Riding, no como tus imaginativas señoritas amantes de las manualidades», que juraba haber visto hadas bailar en la colina. En Inglaterra aún hay ciertos lugares que conservan una magia incuestionable. Aquella poza me hechizó: podría haberme quedado todo el día y también la noche, tan contento, en compañía de las náyades que acudiesen a la reunión. Sin embargo, un hombre ha de cuidarse muy mucho de besar a un espíritu del agua, pues, ya lo dice la canción de *folk* inglesa *George Collins*, eso lo conduciría a una muerte segura, a él y a cualquier mujer que él besara después. Puede que las antiguas deidades paganas se hayan marchado de buena parte de nuestra tierra, pero aún no han abandonado todos sus rincones.

El agua helada me había abierto el apetito, y para almorzar me zampé un triste sándwich tumbado en un colchón de tomillo, con la cabeza apoyada en una almohada de musgo del mismo tamaño y textura que los antimacasares de los trenes de la British Railways. Luego decidí remontar el torrente tributario, ladera arriba: pasé por tramos de rocas sueltas, y por alguna que otra humilde cascada, hasta llegar a unas cuevas en lo alto de la escarpada Cowside. Los escarabajos peloteros adormilados se movían con lentitud entre la hierba, y los conejos de Yorkshire salían como flechas de todas partes, más ágiles que sus perezosos parientes de Suffolk, saltando entre las rocas como bolitas de billar romano. En lo alto de la grieta escarpada había un montón de manantiales que brotaban profusamente sobre una esponja gigante de toba, adornada por capas de musgos, helechos, hepáticas y algas. Me senté en la entrada de una cueva para comerme otro sándwich de queso, sazonado con unas hojas de acedera que había recogido en el ascenso, dando las gracias por la generosa pista que me había conducido a ese spa salvaje y hermoso.

Por la mañana, fui en coche a Malham y salí del pueblo a pie, bajo un sol radiante, hacia el nacimiento del río Aire, en lo alto de la espectacular cascada de Gordale Scar. En algunos pastos de la zona había grandes parches de geranio de prado azul pastel, que también crecía en las cunetas de las carreteras, salpicadas aquí y allá con tramos de geranios de sangre, de un

llamativo color magenta. El clima cálido, así como la lluvia del día anterior, explicaban el exuberante canto de los saltamontes y la crecida de los ríos. Después de ascender por la ladera de toba calcárea, al lado de la cascada, llegué al borde de las repisas calizas que se alejan hacia el norte, hasta el manantial del arroyo de Gordale Beck, en la recóndita granja de Middle House Farm, cerca del lago de Malham Tarn. Cuando llega al pueblecito, el arroyo ya acumula la suficiente agua para merecerse otro título: convertido en el río Aire, discurre a través de Skipton y Leeds hasta desembocar en la vasta extensión marrón del estuario del Humber, en Goole, poco antes de Hull.

El camino se allanaba a lo largo de una cresta, y me descolgué por las paredes de roca escalonada hasta llegar al arroyo, que en el tramo más cercano a la cascada discurre medio escondido por una grieta abrupta. Allí había varias pozas excavadas en la maleable roca caliza, que recordaban a vasijas elaboradas con la técnica de los rollos. Era una zona resguardada, soleada y caliente, gracias a los enormes paneles solares naturales de roca blanca. Aproveché la soledad absoluta para darme un delicioso chapuzón calizo. Escogí con detenimiento mi poza y no tardé en encontrar la ideal, tapizada de musgo y lo bastante profunda para una zambullida gélida bajo el sol caliente. Al salir del agua decidí tumbarme en el borde de la rústica piscina, con los pies dentro de su frialdad exquisita.

Apenas unos minutos después se me sumó una sanguijuela, que exploraba la poza con gran ahínco y nadaba con una elegancia extraordinaria. Costaba determinar su tamaño porque cambiaba de forma continuamente, enrollando y estirando su cuerpo negro como hacen las mujeres para comprobar la calidad de las medias en Marks & Spencer. Oscilaba entre los cuatro y los nueve centímetros, y era el animal acuático más grácil que había visto en mi vida. Al igual que con los cerdos, nuestro idioma abusa del nombre de las sanguijuelas. Esta inspeccionaba el borde de la poza con actitud autosuficiente, y no es de extrañar, porque son hermafroditas, como sus parientes, las lombrices de tierra. Parecía no tener ninguna prisa, y es que las sanguijuelas y su familia son animales de mucha pachorra: aplazan la reproducción hasta los seis o siete años, y pueden llegar a vivir quince. De las once especies nativas de Gran Bretaña, solo cuatro chupan la sangre de

verdad. Las demás se alimentan de moluscos y pequeños animales acuáticos, engulléndolos enteros. Al parecer, a la sanguijuela le basta una comida para ir tirando seis meses, de ahí que Theodore H. Savory las recomiende como animal de compañía en *El mundo de los animales pequeños*. Tuve la inmensa fortuna de que Savory fuera mi profesor de zoología; tenía sanguijuelas en su laboratorio, un lugar mágico repleto de libros, campanas de cristal y redes para cazar mariposas, poblado de arañas vivas (su primera pasión) etiquetadas en latín, que observaban a los bípedos desde sus terrarios de cristal y caoba. En cuanto entré en su clase me sentí como en casa, porque reconocí el reconfortante aroma de mi habitación de la periferia, abarrotada también de terrarios medio destartalados donde vivían mis escamosos y reptantes amigos: lagartos, tritones, luciones, insectos palo, ranas de árbol y ratones blancos.

Esa sanguijuela podría haber sido perfectamente una sanguijuela medicinal, pero no había mostrado demasiado interés en los dedos de mis pies, ni en mi brazo cuando lo metí en el agua, y me imagino que habíamos estado compartiendo el baño en la poza. Al parecer, las sanguijuelas medicinales ya eran una rareza en 1802, cuando Wordsworth escribió su poema *Resolución e independencia*, donde conoce a un anciano cazador de sanguijuelas a orillas de un estanque, que le dice:

*Las veía por doquier en su momento,
pero han mermado con un declive lento,
aunque yo persevero, y donde puedo las encuentro.*

Sin embargo, ahora parecen ser relativamente abundantes en ciertos sitios. Y aún pueden salvar vidas: en Gales hay incluso un criadero de sanguijuelas con mucho éxito, que las suministra a hospitales de todo el mundo. También existen las sanguijuelas de los peces, y de los patos, que se alimentan en el interior de sus orificios nasales. Para extenderse a nuevos hábitats, las sanguijuelas con espíritu viajero necesitan que algún animal se acerque a su estanque o río a abreviar. En cuanto se enganchan, el anfitrión involuntario las traslada a la siguiente poza. Allí, en Gordale, las sanguijuelas podían viajar sin dificultad en las ovejas.

Una libélula emperador se elevó desde la cascada, hacia el infinito cielo azul de la garganta, y mi sanguijuela siguió nadando por la poza, con su elegante estilo ondulado, hasta desaparecer en una minúscula cueva en la toba. También había renacuajos, muy jóvenes, gambas de río y larvas de tricóptero, y un escarabajo negro ahogado. Después de bañarme y probar la dulzura inocente del Gordale Beck, me parecía increíble que bastase un viaje de ciento y pico kilómetros por nuestra tierra para convertirlo en el contaminado estuario del Humber. La frase de W. H. Auden «Una cultura no es mejor que sus bosques» también vale para nuestros ríos.

NADANDO CON LOS ÁNGELES

Yorkshire del Norte, 16 de agosto

El sábado amaneció con una espléndida mañana azul, y los márgenes del Wharfe, a su paso por la abadía de Bolton, ofrecían una escena casi bíblica. En una curva del río, a los pies de las ruinas de la abadía, hay una ancha playa de arena; estaba convencido de que vería a Juan el Bautista elevarse entre los bañistas y bendecirlos por haber tenido el sentido común y la confianza para bañarse en aguas salvajes. Apenas eran las once de la mañana, pero media Harrogate, Bradford y Leeds ya estaba en el río. La escena era una mezcla de un paisaje de playa de L. S. Lowry y de la obra de Stanley Spencer *Cristo predicando en el Támesis a su paso por Cookham*. El termómetro implacable subía, acercándose a los veintisiete grados, y Yorkshire se había puesto a jugar.

Nadie hacía dinero con toda aquella diversión fluvial —y menos aún el duque de Devonshire, dueño de las tierras—, excepto la cafetería y el restaurante de los márgenes, bastante concurridos. A fuerza de bañarse allí desde hace años, la gente de Yorkshire ha establecido una suerte de derecho que el duque, sabiamente, parece reconocer. Me zambullí de inmediato y empecé a nadar desde un punto, río arriba, en que el agua pasa entre dos enormes rocas y adquiere una velocidad estimulante, para luego recuperar un ritmo más pausado al pasar por las zonas más profundas. A ratos nadando, a ratos caminando por el agua, según lo permitiese el caprichoso cauce, al fin

llegué a la popular playa a los pies de la abadía, donde me sequé al sol, y volví paseando a la cafetería para tomarme un helado. Era como una Blackpool del interior: los hombres escuchaban el críquet en sus tumbonas, había partidillos de fútbol por todas partes, y colchonetas y barcas hinchables. Se trataba de una piscina natural en línea recta, de una belleza espectacular; prueba de que un gran número de personas bañándose en el río no tenían por qué dañar el entorno.

Después de pasar por Skipton en mi coche, rumbo al noroeste, hacia Ribblesdale, Settle e Ingleton, llegué a uno de los puntos más septentrionales del sistema de canales inglés: Gargrave, a orillas del Leeds and Liverpool Canal. Eran las dos de la tarde, ya hacía un calor considerable y llevaba un tiempo con ganas de bañarme en un canal, aunque, por alguna razón, lo había ido posponiendo. Había oído rumores sobre una playa en el sistema de canales veneciano de Birmingham, cerca de la intersección de Spaghetti Junction, pero nadie parecía saber con exactitud dónde estaba. También había contemplado las aguas aceitosas del Grand Union Canal en la dársena de Caledonian Road, en Londres, desde la cubierta de un barco estrecho; e incluso había llegado a meter un pie en el Monmouthshire and Brecon Canal, cerca de Talybont-on-Usk. Algo me inhibía, ignoraba el qué, pero iba a tener que remediarlo: a fin de cuentas, según John Betjeman en *Un tipo de Shropshire*, el fantasma del capitán Webb, primer nadador en completar la travesía del canal de la Mancha, nadaba en el canal de su Dawley natal, cerca de Ironbridge:

*[...] cuando el capitán Webb, hombre de Dawley,
el capitán Webb llegó desde Dawley,
nadando por el viejo canal
que transporta ladrillos a Lawley.*

Jamás iba a encontrar un canal con un tiempo y una temperatura tan propicios, así que paré el coche, crucé un campo hasta llegar a una esclusa y enfilé el camino de sirga en busca de un lugar tranquilo, preguntándome cuántas bicicletas, cochecitos y carros de supermercado oxidados habría en el fondo del canal. No me lancé de cabeza. Entré en el agua chocolateada con

los pies por delante, descolgándome desde el parapeto de piedra y esperando una gran profundidad. Para mi sorpresa, en el margen solo me cubría por las rodillas, y el suelo descendía suavemente hasta un fondo de cieno, que apenas me atreví a rozar, y que quedaba a un metro cuarenta de la superficie en el centro. Caí en la cuenta de que las barcazas tienen poco calado y no necesitan mayor profundidad, al margen de los tramos con esclusas. Al pensar en las esclusas me asusté. La idea de verme arrastrado por las pesadísimas puertas de madera y de que el agua me tragase no me hacía ni pizca de gracia. Aunque el peligro en ese momento, lo sabía de sobra, no residía tanto en que el agua me tragase, sino en que yo me la tragara.

Era un canal bastante ancho, con unas bonitas vistas elevadas sobre el campo al norte de Skipton. Cuando el primer barco estrecho pasó por mi lado había espacio de sobra para ambos, y el único peligro eran sus olas de proa, que me amenazaban con un sorbo de aquella agua de aspecto sospechoso o un trago de gobios. Cerré herméticamente la boca y nadé una milla simbólica de las cientos que entretienen Inglaterra, hasta llegar casi a la siguiente esclusa, a la altura del Anchor Inn. El agua tenía una temperatura agradable, y me llevé un pequeño chasco al no encontrarme carros de supermercado ni cochecitos hundidos. Ni siquiera un triste cuadro de bicicleta. Pasé por el campo de críquet de Gargrave, y podría haber seguido nadando en esa dirección hasta Burnley, Blackburn, Manchester, Liverpool, Stoke-on-Trent, Birmingham y Londres. O haber dado media vuelta y llegar a Leeds y Sheffield. Sin embargo, decidí encaramarme al borde y salir del agua (cosa no siempre fácil en un canal), para volver dando un paseo en bañador.

Era un día tan caluroso que apenas llamaba la atención de los paseantes y los capitanes de las barcazas con los que me cruzaba. Me alegraba haber nadado en un canal, y sentir todos esos años de trasiego laboral en las baldosas desgastadas del camino de sirga y en el agua revuelta. Tengo amigos que juran haberse bañado en las dársenas de Kingsland y Paddington, en el Grand Union a su paso por Londres, y que han sobrevivido para contarlo. Algunos de los canales de Yorkshire, con nombres que evocan un pasado industrial (el Huddersfield Narrow, el Aire & Calder), salvan desniveles increíbles a través de los montes Peninos. Entre Hebden Bridge y

Todmorden, el Rochdale Canal tiene trece esclusas en poco más de diez kilómetros, y la cantidad de trabajo humano que se invierte cada año en la apertura y cierre de las compuertas del Calder and Hebble Canal entre Halifax y Wakefield ha de ser ingente.

Oí hablar de Hell Gill por primera vez mientras tomaba el té en el Bernie's Caving Café de Ingleton, después de darme un chapuzón en la piscina construida por los mineros del pueblo. Gavin Edwards, un espeleólogo de Aysgarth, me describió un cañón escondido, un profundo tajo en la roca caliza lleno de agua espumosa, en una caída abrupta de sesenta metros, situado en unos páramos remotos cerca de Garsdale Head, en la cuenca alta del valle Wensleydale. Me explicó que no mucha gente lo conocía, pero que, con las condiciones propicias, podía descenderse la garganta por el agua. Las palabras con que Gavin describió el lugar me cautivaron de inmediato, y decidí ir en su busca. A la sazón no era consciente de lo mucho que aquella experiencia se apoderaría de mis sueños en las semanas sucesivas.

Compartía mesa con un grupo de espeleólogos, todos parroquianos del café, que se estaban metiendo entre pecho y espalda unos enormes platos de salchichas y sándwiches de patatas fritas. Habida cuenta de que en la espeleología tu vida puede depender de tu capacidad para deslizarte por una grieta del tamaño de una rendija de buzón o una cueva como una manguera, su dieta me impresionó un poco. Fue interesante constatar que muchos eran hijos y nietos de mineros: coincidían en que probablemente llevaran en la sangre el instinto de adentrarse en la tierra; no les daba tanto miedo porque se habían criado entre mineros. El café era el cuartel general de la mafia de espeleología local: estaba lleno de equipos en venta y decorado con pósteres y fotografías del interior de cavernas inmensas engalanadas con estalactitas, o de espeleólogos colgados boca abajo sobre furiosos torrentes subterráneos. Había cuerdas, arneses, cascos, linternas y enormes mapas en la pared, que mostraban el extraordinario laberinto de cuevas y grutas interconectadas que rodea Ingleton, como el mapa del metro de Londres. Podías planear la ruta del día: empezar bajando por el Camino del Gusano, por ejemplo, hasta llegar

a la Grieta Estrecha de Cojones; atravesar la Caverna del Monstruo y dirigirte luego al Piano Eléctrico a través del Paso de la Quilla; arrastrarte por el Paso de Ramsden, girar en el Cruce de la Salchicha y volver a la superficie a través de la Entrada del Canalla. El local tenía cierta atmósfera de guarida, donde decenas de tipos duros y delgados, apasionados de la excavación, quedaban para intercambiarse notas y anécdotas fantasiosas sobre su metro particular. Los hallazgos de los espeleólogos se debaten a fondo y se bautizan con nombres que recuerdan a estrategias de ajedrez, como el Dilema del Doctor o la Caja Prieta. La necesidad de transmitir indicaciones detalladas en ese mundo crepuscular ha acuñado una de esas jergas ingeniosas propias de las subculturas. De la pared también cuelga la guía *Nuevas rutas*, repleta de instrucciones inverosímiles para escalar rocas o navegar por las cuevas:

SWINDALE: LOS HUEVOS DEL GATO 6a (fácil). Pared a la derecha de la Grieta de la Castración. Partiendo del lado derecho es fácil subir al tejado, hacia la izquierda, hasta las pequeñas repisas; hay que cablear la Grieta de la Castración (sí, soy un cagado), dar un paso a la derecha, justo encima del tejado, hacia el centro de la pared, y desde ahí escalar con cuidado hasta la finísima grieta del Primer Corte. Una vez superada, se sigue hacia la derecha para acabar.

Jan y Andy, agosto del 97

Aquel día, al anochecer, me di un baño solitario en una de las pozas del pueblo: la oscura piscina a los pies de la cascada de Beezley Falls, en el río Doe. El agua cae por varias paredes de roca, desde seis metros de altura, a la poza profunda, flanqueada por laderas boscosas y casi perpendiculares de doce metros. Me desvestí y dejé la ropa en un saliente rocoso, al lado de la poza, y reparé en los detalles propicios: la rama precaria y desgastada de un viejo roble con cuernos de ciervo, en lo alto de la pared, se extendía sobre el agua como una horca; colgaba de ella una soga raída y desgastada por las inclemencias del tiempo. El aire se había enfriado de repente bajo el cielo despejado, y el agua parecía espesada por el misterio cuando me descolgué por las rocas umbrías: después de zambullirme, crucé a nado el remolino central hasta llegar a la cascada, y rodeé su fragoroso epicentro. Por la noche, el ruido en la poza era mucho más intenso; una especie de sonora ovación ininterrumpida, hermosa y amenazante a la vez. Parecía aumentar y morir, luego redoblarse, y volver a remitir, como si hubiese un público fantasmal en

las butacas rocosas de alrededor. Después de atravesar los campos de fuerza invisibles de esas aguas turbulentas, floté de espaldas para observar el cielo nocturno, al otro lado de la pared de roca imponente y el dosel del roble. Con cada brazada en esa profunda caldera de agua oscura y brillante, me sumergía en la corriente trémula y probaba su sabor fresco y turboso. El río se desbordaba sobre una estrecha cornisa de roca, y esa segunda cascada formaba a su vez otras tantas, que descendían a toda velocidad por la garganta escarpada y serpenteante hasta perderse rumbo a Ingleton, resonando entre los robles cubiertos de líquenes. Me sentí profundamente solo; no tanto porque no hubiese nadie cuanto por ser un perfecto forastero en aquel lugar trepidante, un *offcumden*, como aún dicen en Ingleton: «gente venida de lejos».

Volví al día siguiente a mediodía, movido por la curiosidad de presenciar las idas y venidas diurnas de aquel teatro de agua furiosa, y me encontré una escena asombrosa. Había bañistas en los márgenes abarrotados, en lo alto de la cascada, en la poza, en cada roca. Algunos temerarios incluso se lanzaban al agua desde la cascada, dejándose zarandear por su fuerza. Ante una platea de adolescentes impresionadas, al otro lado de la poza, los chicos hacían cola en la rama de roble desgastada que había visto la noche anterior. No parecía quedarle ni una gota de vida, pero era lo bastante flexible para soportar el peso del insensato medio de Ingleton. Los chicos recorrían el precario trampolín haciendo equilibristismo hasta llegar al centro de la poza; posaban y luego saltaban. Parecían quedarse suspendidos una eternidad, pataleando en el aire, antes de tocar el agua. Temía que la rama cansada se quebrase de un momento a otro, pero no ocurrió. Algunos se balanceaban en la sogas, calculando el momento idóneo para soltarse y ascender un momento antes de caer al vacío. Una vez que te lanzabas, tenías que soltarte sí o sí, so pena de acabar estampado contra la otra pared. El escaso e informal control del tráfico aéreo hacía muy arriesgado nadar a los pies de la cascada, así que me bañé en el tramo que había justo encima y remonté el río con esfuerzo, de poza en poza, deteniéndome de vez en cuando para refrescarme en los remolinos que se formaban en las bahías rocosas de los márgenes.

La noche anterior había acampado en Kingsdale, a tres kilómetros de allí, al

cobijo de la Cheese Press Stone, una roca que dominaba la carretera de un solo carril que iba de Ingleton a Dent. Bajo mis pies, escondido en la caliza, discurría un sistema de once kilómetros de ríos subterráneos, pasos sumergidos y cuevas inundadas. Un grupo de expertos e intrépidos espeleobuceadores, con sede en Ingleton y Dent, se había sumergido para recorrer kilómetros y kilómetros de esos ríos subterráneos, explorarlos y mapearlos por primera vez. Con gran ingenuidad, pregunté en el Bernie's Café si yo también podría bucear por esas cuevas.

—Hombre, eso depende de cuánto tenga pensado vivir —me respondieron.

Por la mañana, mientras desayunaba en mi campamento, un velo de neblina blanca flotaba sobre los ríos que confluyen en Ingleton. Vi bajar a un par de cazadores de conejos por la ladera del páramo, escopeta en mano, para echar un ratito de buena mañana. Eran de Oldham y habían salido en su maltrecho Ford GT Manta rojo la madrugada del sábado para estar en el páramo a las cuatro. Los dos eran tipos bajos, enjutos y bigotudos, y llevaban uniforme de camuflaje y gorro de lana negra, amén de varios conejos colgados alegremente al hombro, unos cuantos por cabeza. Para describirme su expedición del fin de semana anterior, en los terrenos de una granja al otro lado del valle, me dijeron:

—Había tantos conejos que aquello parecía una alfombra de pelo.

Esa tarde, en Kirkby Lonsdale, un viento cálido hacía ondear el tapiz de parra virgen que recubría las paredes del Royal Hotel, en la plaza del pueblo. Di un paseo por el cementerio de la iglesia hasta el mirador conocido como Church Brow («la Frente de la Iglesia»), y entré en el río Lune, treinta metros más abajo, por el inclinado margen lleno de árboles. Me dejé llevar por la corriente, trazando la amplia curva que rodea las praderas de riego del pueblo. Aquel era el paisaje de bosques, praderas y río que Turner pintó, y que Ruskin describe en *Fors Clavigera* como «una de las vistas más hermosas de Inglaterra». El río era ancho, y en algunos tramos somero, y pasé nadando por el parque del pueblo, hasta llegar a unas aguas más rápidas, que se aceleraban al colarse entre grandes rocas gris oscuro, rumbo al puente de arco

de piedra de Devil's Bridge («Puente del Diablo»).

El río formaba una poza profunda, a quince metros del punto más alto del puente, y de repente me vi rodeado de otros bañistas. Había varios grupos de personas en los márgenes, caminando por el agua de la orilla o nadando. La mayoría eran moteros y estaban de ruta dominguera. Debía de haber unas mil motos aparcadas cerca del puente, así que rondarían las dos mil personas, entre ellas algún que otro exponente de los Ángeles del Infierno, apoyadas en el vertiginoso parapeto del puente, arremolinadas alrededor del camión de perritos calientes o abarrotando los márgenes. Un halo cromado y cegador embellecía la escena. Todo brillaba y resplandecía bajo el sol: las chupas de cuero, las tachuelas, las Ray-Ban y el río, que se escabullía sigilosamente a través de los antiguos arcos de piedra.

Lo que vi sobre el puente me dejó petrificado. Un joven motero byroniano, desnudo de cintura para arriba, se subió al parapeto, como si quisiera saltar para suicidarse. Hubo una gran conmoción y mucho griterío, e imaginé que sus colegas estarían intentando disuadirlo: un paso en falso y podía caerse. Una ráfaga de imágenes se me pasó por la cabeza: Harold Lloyd en lo alto de un rascacielos, James Dean e Evel Knievel. El joven hacía amago de saltar, levantaba los brazos, como si quisiera tirarse de cabeza, estiraba los dedos de los pies y se ponía de puntillas. La multitud guardaba silencio, pero luego su determinación flaqueaba y retrocedía unos centímetros. Entonces volvían a arrancar los gritos. Seguí acercándome por el río y me percaté, con gran consternación, de que en realidad la muchedumbre lo estaba azuzando.

—¡Venga, mariquita! Ya te has cagado siete veces, ¡salta ya!

Había oído hablar de los rituales de iniciación de los Ángeles del Infierno, pero eso me parecía pasarse un poco. Justo en ese momento, todo el mundo volvió a callarse, y esta vez el joven saltó, hendiendo el silencio en su caída a la poza, que se me hizo eterna, entre dos rocas gigantescas. Una ovación ensordecedora salpicada de obscenidades varias resonó en toda la garganta cuando el saltador emergió como un yo-yo para dirigirse a la orilla, al parecer indemne. En menos que canta un gallo ya había otro kamikaze subido al parapeto, en el centro del puente, que como luego comprobé estaba claramente desgastado por los pies. Al instante empezaba el coro de cacareos,

acompañado de expresiones de ánimo tal que: «¡Gilipollas!», «¡Que lo bajen!», «¡Venga, hostia!».

Una procesión más o menos ininterrumpida de lemmings saltadores siguió tirándose del puente toda la tarde, a veces en pareja, como Paul Newman y Robert Redford en *Dos hombres y un destino*. Era una vieja tradición, según me contaron, y el Devil's Bridge es desde hace mucho tiempo un punto de reunión de los jóvenes temerarios que, los domingos de verano, llegan en sus máquinas voladoras desde todo el norte de Inglaterra. El principal riesgo del salto desde Devil's Bridge radica en la importancia de caer en el punto más profundo de la poza, que desde esa altura parece relativamente pequeño, y en no perder la verticalidad, para hacer una entrada limpia en el agua a toda velocidad. Entretanto, una escisión del grupo desviaba la atención del público con saltos tarzanescos (con su grito correspondiente), usando la soga oficial de Kirkby Lonsdale a modo de liana. También había Janes, aunque la superioridad numérica de los Tarzanes era abrumadora. Hacían cola en una de las grandes cornisas de roca debajo del puente, y se balanceaban en una rama de sicómoro para lanzarse a la poza. Un orgulloso padre motero incluso empujó a su hijo al río, agarrado a la soga. El chiquillo tendría cuatro años como mucho, y aún no llevaba tatuajes. Los márgenes escarpados formaban un anfiteatro natural para la función de aquella tarde, y el numeroso público mostraba su reconocimiento. Un grupo de graciosetes incluso ponía notas del uno al diez, levantando vasos de cartón aplastados como los jueces en las Olimpiadas. De fondo se veían los típicos letreros que prohibían bañarse o hacer piragüismo en el río, cubiertos de bañadores mojados, puestos a secar al sol.

Tamaño muestra de anarquía y pura alegría de vivir era una inspiración; y, milagrosamente, nadie pareció sufrir el más mínimo percance. No vi a nadie saltar de cabeza, y cuando pregunté me dijeron que la poza era «profunda, pero no tanto». Toda la escena parecía sacada de las páginas de *Tres hombres en un bote*, donde Jerome K. Jerome describe la presa de Sandford, en el Támesis:

La poza que hay debajo de la presa de Sandford es un lugar perfecto para ahogarse. La resaca es

fortísima, y basta que te sumerja una vez para que te des por despachado. Un obelisco indica el lugar donde ya se han ahogado dos bañistas, pero los peldaños del propio obelisco sirven de trampolín para otros jóvenes, ansiosos por comprobar si se trata de un sitio peligroso de verdad.

Los saltos de trampolín son un arte en declive en el Reino Unido. Pocas piscinas los permiten, y ya se han desmontado la mayoría de los trampolines. La profundidad mínima de seguridad recomendada por la Federación de Natación Amateur para saltar desde el borde de la piscina es nuestra propia altura con los brazos estirados. Muchos bañistas miden más de metro ochenta, así que el mínimo rondaría los dos metros cincuenta. Hay cantidad de piscinas que ni siquiera cubren tanto; y el trampolín, como es natural, exigiría aumentar la profundidad.

Aún recuerdo la primera vez que salté desde el trampolín más alto de la piscina de Watford, y también de la de Kenilworth, ese mismo verano. Aquellos momentos, subir ese tramo extra de peldaños, agarrado a la barandilla con manos trémulas, confiando en que nadie lo notase, constituían importantes ritos de paso. Y aún más importante era el día en que, en vez de saltar, te tirabas de cabeza. Cuando dabas el fatídico paseillo por la alfombra de coco hasta el borde del trampolín, sabías que todas las miradas estaban puestas en ti; no había marcha atrás. Si te fallaban los nervios, saltabas de pie, no de cabeza. En la piscina del colegio, la plataforma más alta estaba tan cerca del techo que podías estirar los brazos y agarrarte a una viga con gotitas de agua condensada, avanzar poco a poco, suspendido, y soltarte. Sigo soñando con esos momentos.

Samuel Beckett se habría sentido como en casa en Kirkby Lonsdale. De niño acostumbraba saltar desde los árboles: en una ocasión, se encaramó a la copa de un abeto de dieciocho metros y se lanzó al suelo, confiando en que las ramas bajas amortiguasen su caída. Desarrolló una pasión obsesiva por los saltos peligrosos, en piscinas, desde acantilados y en sueños.

Richard Hoseason Smith, nadador en aguas abiertas y saltador de trampolín nacido y criado en las islas Shetland, me escribió para explicarme que varias generaciones de isleños habían aprendido a saltar desde un acantilado que llamaban Giant's Leg, «la Pierna del Gigante». Mide cuarenta y cinco metros de altura y hay una serie de cornisas en la roca hasta llegar a la cima. De

pequeños, se limitaban a ir subiendo, peldaño a peldaño, a medida que su confianza, o su fanfarronería, aumentaba. En las Shetland no hubo piscina hasta 1969, así que todo el mundo se bañaba en el mar. Richard pasaba parte de sus vacaciones de verano en Norfolk, y era un asiduo de la que antaño fue la piscina descubierta más grande del país, en Great Yarmouth. Todas las tardes de verano se celebraba una exhibición de salto en la piscina, y se ofrecía un premio de cinco libras a todo el que se lanzase desde la plataforma más alta. Medía treinta metros de altura, y la piscina alcanzaba los siete de profundidad. Por aquel entonces, Richard tenía once o doce años, y ya era un saltador curtido en los acantilados de Shetland. Los voluntarios tenían que saltar primero desde el trampolín de ocho metros para demostrar su pericia: Richard superó la prueba y pudo subir a la plataforma más alta. A treinta metros, lo único que se ve son los azulejos del fondo de la piscina, pero tu objetivo es la superficie; y, sobre todo, quieres tener la certeza de que, en efecto, hay agua. Así pues, Richard pidió a un amigo que se sentara en el borde de la piscina y chapoteara con los pies para agitar la superficie. Ganó tanto dinero en premios por sus espectaculares saltos en la piscina de Yarmouth que acabaron prohibiéndole participar en la exhibición. En su salto de despedida, se lanzó desde los hombros de un tipo. A otro saltador le gustaba tirarse de cabeza, envuelto en una capa de arpillera en llamas. Y otro saltó desde una escalera de mano que había amarrado a lo alto de la plataforma.

En la década de 1920, había en Norwich una pandilla de chavales de la calle y vendedores ambulantes que se bañaba en el río Wensum y saltaba desde los puentes a cambio de calderilla. El pintor Edward Seago, por aquel entonces en plena adolescencia y que siempre se había sentido cautivado por los gitanos y forasteros salvajes de todo tipo, trabó amistad con ellos e iba a verlos con frecuencia. Como los chavales de Ely, los más intrépidos subían aún más alto y saltaban desde la grúa que descargaba las barcazas. Sin embargo, la palma de la insensatez se la llevaba Sonny Goodson, nieto de un famoso cazador furtivo de Norwich llamado Billy *Pitler* Goodson. Sonny escalaba hasta el tejado de una altísima fábrica de tintes en el distrito de St. George y se lanzaba al río desde el parapeto. Una tarde de 1924, Sonny iba a

enfrentarse al reto más espectacular de toda su carrera de saltador. Sin duda, la libra que se apostó con un par de vendedores de la zona debió de parecerle una golosina a aquel chaval de quince años; además, tenía que hacer honor a la tradición temeraria de su familia. Escaló hasta el tejado de la Escuela de Arte de Norwich, pegada al puente de St. George Street, y se colocó en la cornisa de ladrillo a los pies de la cúpula de cobre de la torre, a veintiún metros del asfalto. Entonces, en vez de lanzarse directamente al agua desde su lado del puente, río abajo, tomó impulso para saltar hacia delante y, trazando un espectacular arco de trayectoria ascendente, intentar caer al otro lado del puente, río arriba. Se dice que sus pies pasaron rozando el parapeto. La distancia horizontal que salvó rondaba los doce metros. Más adelante Goodson afirmó que, en aquel momento, el río tendría unos tres metros y medio largos de profundidad, aunque desde entonces se ha acumulado mucho cieno en el fondo. La pequeña muchedumbre que se arremolinó para contemplar la hazaña de Sonny hizo una colecta y le dieron dos chelines y cuatro peniques, además del dinero de la apuesta. Luego invitó a una decena de amigos a Yarmouth para celebrarlo. El episodio llegó a oídos de la policía, que le soltó a Sonny una buena regañina, y hasta ahí el reconocimiento que recibió.

Hacía demasiado calor para no estar en el río, y el salto desde puente era un deporte que yo solo practicaba como espectador, así que di media vuelta y empecé a remontar el refrescante Lune mientras los moteros iban subiéndose en sus corceles y alejándose en pequeños enjambres. Algunos habían hecho barbacoas y hogueras en las rocas, y el humo flotaba sobre el agua a la luz rojiza del atardecer. Lo que más me gustaba de ese río era su combinación de juegos animales y humanos. Los salmones siguen remontando el Lune desde Lancaster cada año, y las garcetas y garzas que pescaban en los márgenes del río no parecieron importunadas por la presencia de los ángeles en el puente, a escasos metros de ellas. Nadé, vadeé y caminé a tramos hasta llegar a mi mochila, escondida en la orilla, y me dirigí al pub del hotel The Sun para planear la expedición a Hell Gill, el lunes por la mañana. Mientras intentaba conciliar el sueño esa noche, acampado en Barbondale, los ecos de las voces con el acento diáfano de Cumbria que había oído en el pub se fundían con el

murmulo del riachuelo, arrullándome; y entretanto me imaginaba Hell Gill, algo nervioso, dada mi absoluta inexperiencia espeleológica.

EL DESCENSO A HELL GILL

Frontera entre Yorkshire y Cumbria, 18 de agosto

En el Bernie's Café de Ingleton me habían dicho que, si osaba adentrarme en Hell Gill, me esperaba una experiencia a medio camino entre la espeleología, la natación, el surf y la escalada. Para descubrirlo, iba a tener que atravesar a pie el páramo salvaje de Abbotside Common, dejando atrás Wensleydale y Garsdale Head. Después de una mañana perezosa en el entorno salvaje de Barbondale, conduje hasta Garsdale y enfilé la carretera que lleva a Kirkby Stephen. Aparqué medio coche en Yorkshire y medio en Cumbria, en la frontera entre los dos condados. Dejar atrás el valle del río Eden en una tarde soleada y remontar a pie el arroyo de Hell Gill, que es su manantial, se me antojaba de lo más parecido al paraíso terrenal. Había dedaleras y truchas, y un busardo se elevó perezosamente en el cielo. Desde allí, el Eden discurre hacia el norte y pasa por Appleby, hasta desembocar cerca de Carlisle; sin embargo, algo raro debió de ocurrir durante la Edad de Hielo en la corteza terrestre, porque Hell Gill se encuentra a escasos metros del manantial del río Ure, que fluye en dirección contraria, hacia el Humber.

Metí una cuerda y los escaarpines de neopreno en la mochila y enfilé el camino que pasaba por encima de las vías del tren entre Settle y Carlisle, para luego subir hacia la granja de Hell Gill Farm, siguiendo el arroyo, hasta llegar a un puente y un bosquecillo que crece alrededor de la abrupta garganta que me había llevado hasta allí. Seguí ascendiendo, bordeando los árboles, y de

repente la vi: la entrada del cañón. El arroyo pasaba entre cuatro rocas estrechas como un embudo y desaparecía en la montaña por una grieta escarpada y oculta. Aun estando a pocos metros, era imposible saber qué se ocultaba ahí; y precisamente en ese carácter secreto del arroyo reside uno de los posibles orígenes de su nombre, del alemán antiguo *Hala*, «el que cubre, el que esconde», y del verbo *hel*, «esconder». Al asomarme al abismo, y oír el fragor salvaje del agua despeñándose por la cornisa de roca, me sentí como un niño en lo alto de un tobogán gigante, o cualquier otra atracción de feria igual de peligrosa: no tenía claro, ni muchísimo menos, que aquello fuese buena idea.

La garganta de Hell Gill es como una gruta cuyo techo, a unos veinte metros de altura, se ha abierto de par en par. Desciende más de trescientos cincuenta metros por la colina, casi en vertical, en una serie de cascadas y pozas rebosantes excavadas en la roca caliza. Geológicamente, es probable que el túnel de caliza empezara a formarse a finales de la última Edad de Hielo, hace once mil años, cuando el agua derretida no encontró más vía de escape que fluir hacia abajo, a través de las capas alternas de caliza, lutita y arenisca, en la parte alta de la colina. Como el glaciar superior seguía bloqueándola, el agua empezó a excavar la débil capa de caliza que encontró aquí y fue erosionando la roca hasta crear la garganta.

Mi arrebató de pavor transitorio se tradujo en una exploración improvisada del cauce alto del arroyo, bañado por el sol de la tarde, que en esa zona traza la frontera entre los dos condados. Haciendo gala de una energía digna de un maestro de la procrastinación, remonté el arroyo, vadeando aquí, nadando allá; zigzagueando entre Yorkshire y Cumbria, a través de enormes bloques de caliza gris repletos de fósiles. Las truchas nadaban entre las ondas o se escondían como flechas en las sombras del arroyo. Chapoteé un rato en la poza de una cascada, de metro y medio de profundidad, y descubrí grandes toboganes de agua, tablas de entre seis y nueve metros de suave roca caliza, otrora arrecifes coralinos que despuntaban del lecho marino tropical, hace doscientos ochenta millones de años. Uno podía pasarse ahí todo el día y no ver un alma; y, aún mejor, tener la certeza absoluta de que nadie le molestaría. Un halcón había cazado varias palomas, y las había despedazado

en la roca que bordeaba mi poza. Las manchas negras en la caliza y las plumas arrancadas, desperdigadas aquí y allá, acentuaban la desolación del páramo.

Armándome de valor, regresé al borde turbulento de la garganta e hice, no pude remediarlo, lo que en mi fuero interno sabía un dislate: me deslicé por la boca del mismísimo abismo. Llegué al primero de una serie de suaves cuencos de caliza, de entre metro y metro y medio de diámetro y profundidad, que descendían por el barranco inundado excavado en la piedra, adentrándose en espiral hacia lo ignoto. Bajo la luz tenue, las paredes suaves y mojadas tenían un precioso tono aguamarina, y la roca resplandeciente, repleta de diminutos cráteres, recordaba a la superficie de la luna. Todos los instintos me pedían que me agarrase a algo, pero ¿a qué? El hielo y el agua lo habían pulido todo a la perfección. El torrente intentaba arrastrarme inexorablemente, por lo que seguí bajando, casi a rastras, por el interior tenue y reluciente de Hell Gill, a través de una serie de pozas frías, en un largo grito primigenio.

Todos los baños tienen una esencia atávica, pero aquel era de una intensidad tan primitiva que rayaba lo visceral. Me sentía como Jonás dentro de la ballena. Cada vez que me descolgaba o me veía arrastrado a una nueva caldera caliza, me parecía que no tendría fondo, pues la turbulencia del torrente volvía el agua opaca. Mientras me deslizaba por ese útero mágico, ensordecido por el estruendo y el borboteo de la corriente, entre paredes de roca pura, con una ínfima grieta de cielo sobre mi cabeza, sentía al mismo tiempo inquietud y euforia. El agua se vertía en copas, jarras, platillos, cucharas; se decantaba, se agitaba y se hervía. Se pulverizaba al caer y podías respirarla; te salpicaba la cara, se te metía en los oídos, te picaba con su fuerza, rebotaba en cada superficie curvada, trabajaba implacablemente para esculpir la caliza maleable y plasmar las formas de su ordenado movimiento. Detrás de aquel caos aparente, todo ese ruido y furia respetaban las estrictas leyes de la hidrodinámica.

El descenso era tan escarpado y laberíntico que resultaba imposible saber o ver lo que venía después. La humedad verdeazulada y resbaladiza y la suavidad omnipresente, sumadas a mi semidesnudez, no hacían sino dejarme

más indefenso, como un recién nacido. Aquello parecía un sueño de mi nacimiento. Unos estruendos ignotos, tal que profundos y potentes latidos de corazón, llegaban del interior de la tierra. Era justo como lo describía Frederick Leboyer en *Por un nacimiento sin violencia*: «El horror de nacer radica en la intensidad, en la inmensidad de la experiencia, en su variedad, su sofocante riqueza [...]. Es una experiencia sensorial tan inmensa que escapa a nuestro entendimiento».

Todas las personas con las que había hablado sobre ese descenso me habían dicho que, una vez dentro, tienes que seguir bajando, porque escalar es imposible. Me alegraba de haber llevado los escares de neopreno, por el agarre de las suelas, pero la cuerda no me servía de nada: todas las superficies eran tan lisas y perfectas que no había dónde amarrarla. En el fondo era consciente de que no debería estar haciendo aquello solo. Había infringido impulsivamente la primera regla de los espeleólogos y los escaladores: decirle a alguien dónde vas antes de salir. La sensación se acentuó cuando llegué a una cascada que, a juzgar por el fragor, caía hasta Australia, y podría ser la fuente del retumbante ritmo de *Atom Heart Mother* de Pink Floyd, cada vez más fuerte e insistente.

De pronto me vi debajo de un saliente rocoso, donde había una cuerda fijada a la pared en varios puntos, colgando sobre un abismo oscuro. Era imposible ver dónde acababa, cómo sería de profunda la poza que había debajo, a cuántos metros se encontraría. No tenía ni idea de dónde estaba el siguiente punto de apoyo: el torrente caía a plomo por el borde de roca y desaparecía en un vacío gótico. Una opción era lanzarme a ciegas por la catarata con la esperanza de caer en la poza, que quizá fuese lo bastante profunda para un aterrizaje seguro. Sin embargo, la voz del sentido común se elevaba sobre el estruendo, gritándome que tenía las mismas posibilidades de estamparme contra una pared de roca. El dilema, junto con la pura soledad en que me encontraba, hizo volar frenéticamente mi imaginación. ¿Quién me decía a mí que no estaba, como el escalador del cuento *El país de los ciegos* de H. G. Wells, atrapado en una tierra subterránea llena de personas que, como yo, se habían adentrado con gran optimismo en el cañón de Hell Gill y se habían quedado atrapadas al otro lado de la cascada? También recordé que,

en el cuento de Wells, la mayoría de los ciegos propone extirparle los ojos al recién llegado.

Analiqué la situación con detenimiento, pero sin dejar de pensar rápido, porque cada minuto que pasaba sin moverme estaba más mojado y tenía más frío. Cuando vas a usar una cuerda, lo habitual es engancharte con un mosquetón, pero yo no tenía arnés. Unas horas antes me había cruzado con un par de espeleólogos en la carretera y habíamos hablado un rato. Iban pertrechados con arneses, hebillas y mosquetones, y recordaban a dos vendedores de ferretería: maldije la hora en que no les había preguntado por Hell Gill. En cuanto dejase de estar apoyado en el borde de roca y me quedara colgando de la cuerda no habría marcha atrás. Tendría que bajar a pelo, con una mano detrás de otra, y ya tenía los dedos medio entumecidos. Pero ¿hasta dónde? No me hacía ninguna gracia quedarme atrapado en un arroyo gélido toda la noche en bañador. Sin embargo, me habían dicho que era imposible dar media vuelta y salir escalando. ¿Era imposible de verdad? Me quedé pensativo, y pasé una eternidad luchando contra mi reticencia a volver y aceptar una convicción cada vez más intensa: lo lógico era al menos intentar subir. El paulatino debilitamiento de la luz de la tarde que se filtraba en la garganta terminó de convencerme: trataría de subir a través de las cascadas de agua y, si me resultaba imposible, no me quedaría más remedio que arriesgarme a bajar. Con la ayuda de unos nervios de acero, los escaarpines de neopreno y una dosis liberadora de adrenalina, conseguí remontar la chimenea estrecha, de poza en poza, cascada a cascada, luchando contra el agua. Avanzaba lentamente, abriéndome paso como un salmón, y decidí que algún día volvería con un compañero, un poco más de información y el equipo idóneo.

Cuando al fin salí por la boca de la garganta, eché la vista atrás con cierta incredulidad y saludé al cielo. Después de vestirme, deambulé un rato, remontando el arroyo mientras disfrutaba de la agradable temperatura del atardecer, y me quedé dormido en la hierba como un recién nacido. Me despertó de golpe el silbido ardiente de un busardo al abalanzarse sobre una incauta paloma. Hubo una explosión muda de plumas gris pálido, como una bomba lejana. Sentí un soplo de viento en la hierba, aunque quizá fuese un

conejo blanco que salía por patas. «¡Qué sueño más curioso!», me dije, y fui a prepararme un té.

CALIENTE Y FRÍO

Argyll, 20 de agosto

No sé muy bien qué me pasó en Hell Gill, pero me sentía profundamente transformado y purificado después de aquel largo descenso en el que me calé hasta los huesos. Nunca me había adentrado tanto en la tierra, ni tan solo, ni tan desnudo. Podría haberme engullido, pero allí estaba, otra vez fuera. Como cualquier chiquillo de cinco años, había empezado a excavar un hoyo para llegar a Australia y lo había abandonado al cumplir los seis. Pero ahora sentía que había completado algo; que mi descenso y mi esfuerzo respondían a algún propósito que se me escapaba. Era la misma sensación que sigue al esfuerzo de forcejear a través de un gran sueño. Cuando me despierto, la esencia de esa sensación puede alargarse varios días, por lo que sé que ha sido importante, aunque no sepa el porqué, y habito al mismo tiempo el mundo real y el onírico.

Fue entonces, siguiendo ese impulso de dejarme llevar, cuando decidí abandonar la ruta que había planeado en un principio, saltarme el Distrito de los Lagos, con su aglomeración de senderistas, e ir directamente a Escocia en la época de menos lluvias y temperatura más agradable. Motivado y eufórico después de mi descenso a Hell Gill, mi único deseo era encontrarme con la belleza y el silencio de la costa oeste de Escocia y las islas Hébridas. Anhelaba nadar en sus lagos e islas salvajes, y por fin me sentía preparado para hacer la travesía hasta Jura y enfrentarme al remolino de Corryvreckan.

Me di mi primer baño escocés dos días después, en Ardpatrik, en la costa de Argyll. Ya me había hospedado antes en la preciosa y antigua finca del fiordo de West Loch Tarbert; de hecho, la primera vez que vi Jura, al otro lado del mar, fue desde Point Hut, una solitaria cabaña de madera encaramada a las rocas de Ardpatrik Point. Quedé cautivado en ese mismo momento. De lejos, la isla recuerda al dibujo de la serpiente que acababa de comerse un elefante en *El principito* de Saint-Exupéry. Las tres jorobas son los Paps, tres picos que se elevan hasta los setecientos cincuenta metros de altitud. La luz, que se refleja en el mar que baña la isla, crea la sensación de que está flotando, suspendida en el aire, como Laputa en *Los viajes de Gulliver*. La ilusión óptica se intensifica por la luminiscencia creada por las nubes, que tienen tendencia a cubrir Escocia mientras que en las islas Hébridas el tiempo está despejado y soleado, como un halo. En cuanto vi Jura, supe que tenía que ir allí, y desde entonces había vuelto varias veces a aquel paraíso escabroso.

Antes de enfrentarme al golfo de Corryvreckan, quería atravesar a nado el fiordo de Ardpatrik; casi la misma distancia, pero sin remolino. Mi habitación del Ardpatrik House miraba a ese precioso brazo de mar (de entre ochocientos y mil doscientos metros de anchura, según la marea), allende los extensos prados inclinados, un campo con ganado de pelo áspero y el humo de la chimenea de la vieja casa en la terminal del ferri, donde elaboran el pan de la zona. El ferri de Caledonian Macbrayne pasa cada mañana por la ventana rumbo a Islay, y a las Hébridas. Las focas, los cormoranes y las nutrias se lanzan al mar desde las rocas; y, al otro lado del fiordo, una casita solitaria, con su propio muelle, se erige en la colina. En mis otras visitas había hablado más de una vez con mis amigos sobre la posibilidad de cruzar el fiordo, pero nunca nos habíamos animado.

Esperamos hasta la tarde para aprovechar la pleamar de la marea de sизigia, cuando el fiordo fuese más profundo y no hubiera corrientes. El plan era remar desde la casa del ferri hasta el muelle de la orilla opuesta. Luego yo volvería nadando, escoltado por la barca. También habíamos planeado el horario para evitar toparnos con el ferri a su regreso de Islay. Cruzamos el brazo de mar bajo un cielo carmesí, e hicimos un pícnic en el pequeño embarcadero; mis compañeros, muy atentos, me dejaron té caliente de sobra

en los termos para que entrase en calor después de la travesía. En la barca íbamos cuatro personas, Caroline, Ruth, Neil y yo, y un par de spaniels, Louis y Nelly.

Me lancé al agua desde el muelle de piedra a las seis en punto. El fiordo estaba limpio y frío, y en el primer tramo tuve que atravesar el bonito bosque de algas pardas que crece en las aguas más someras. Bonito para todo el mundo, menos para los nadadores, claro: las algas pardas tienden a rodearte el cuello y los brazos, así que no tardé en sentirme como Isadora Duncan en su fatídico paseo en coche, o como el Houdini que saltaba al agua desde el embarcadero de Southend, atado y metido en un saco lastrado. Tener que desenmarañarme me cortó un poco el ritmo, pero pronto llegué a aguas más profundas y frías y, ya libre, seguí nadando a braza. Caroline remaba a mi lado, mientras que Ruth y Neil escudriñaban el mar en busca de medusas, delfines u otros avistamientos interesantes, y entretanto me animaban desde la barca, generosos. Neil nos habló de Belnahua, una de las islas Slate, donde la luz cambia cada media hora y se puede nadar en las profundas lagunas de sus canteras inundadas, abandonadas hace ya mucho tiempo. También nos contó que una noche su hermana se había quedado encerrada en el acuario de Brighton. Hablamos de nadar en la isla de Jura, que, según me dijeron, tiene más lagos que días un año, y sopesamos las posibilidades de atravesar el remolino de Corryvreckan.

Recientemente se habían avistado orcas en el fiordo, pero no apareció ninguna. Louis estaba preocupado por mi seguridad, y cada dos por tres se asomaba a la popa y me miraba gimoteando. Las cestas del pícnic, y la presencia del perro alerta en la bancada, hacían que nuestra flotilla pareciese sacada de una auténtica aventura de los Cinco. Cuando nadas en alta mar, te invade una curiosa mezcla de vértigo y euforia ante el milagro de verte transportado por esa masa de agua que te impulsa desde abajo. Estaba cruzando el principal canal de la ruta del ferri, y una pequeña ola entró al fiordo desde el mar abierto. De pronto apareció una foca de enormes bigotes, que nos acompañó un rato durante la travesía dando claras muestras de curiosidad, y que emergía del agua de cuando en cuando, cada vez en un punto cardinal distinto: al verla sumergirse, no teníamos ni idea de en qué

dirección buceaba, y nunca aparecía donde la esperábamos. Era del todo inofensiva, y un buen punto de referencia en el agua: cuando te enfrentas al lejano horizonte de una travesía larga, cualquier cosa que te sirva para convencerte de que estás avanzando ayuda, y mucho. Entonces Caroline sugirió que podría darme un baño calentito al llegar a casa, y empecé a nadar con el doble de energía, rumbo a la costa. Unas boyas amarillas me indicaron que ya había recorrido tres cuartas partes justo cuando, como de costumbre, empezaba a relajarme con cada brazada. El último tramo siempre parece el más rápido, y llegué a la playa una media hora después, entre barcos fondeados y boyas.

Ya en la casa, pasé como un rayo del frigidarium al caldarium, y me di un segundo chapuzón, igual de memorable, en uno de los baños del Ardpatrik House. La inmensa bañera, con patas de león y más de dos metros de largo, tenía una columna de porcelana blanca en un extremo, que culminaba en un complejo conjunto de palancas y válvulas de latón que accionaban el tapón. En el otro extremo había un altar de hierro fundido esmaltado y jaboneras de cerámica con forma de concha. El agua suave y ligeramente marrón de las fuentes de la colina salía a borbotones, como whisky caliente con especias, por dos de los tres grifos gigantes. El vapor ascendía y se acumulaba en el techo alto, empañando los ventanales que daban al jardín amurallado. El sistema de tuberías era majestuoso e imponente: recorrían todas las paredes, como si formaran parte de un enorme instrumento musical, y el lavabo tenía cuatro grifos distintos. Todo el baño estaba revestido de elegante madera de caoba, como en los viejos tiempos, antes de que las crisis forestales la vedaran para los ciudadanos responsables. Incluso la cisterna estaba rodeada, como un barril, de paneles de madera pulida; parecía sacada de una iglesia.

Tras una inmersión prolongada en agua fría, el nadador sensato siempre se da un baño templado, después de haber pedido a un amigo de confianza (que carezca de un sentido del humor demasiado acusado, a ser posible) que pruebe el agua. Entre las «endelfinas», los termorreceptores de frío, la adrenalina, la tiroxina y el hipotálamo, el cuerpo tiene mil formas de protegerse del frío, y se anestesia para evitar el malestar de la exposición prolongada. El nadador prudente sabe que a los dedos entumecidos no se les

da bien juzgar la temperatura del agua. ¿Acaso hay mayor placer que salir del mar, revigorizados por el frío, y calentarnos paulatinamente las manos y los pies girando poco a poco el grifo del agua caliente? El baño templado nos parecerá delicioso y calentito en comparación con el agua del mar. Entrar de esa forma en la bañera, como un prelude de los excesos posteriores, equivale a poner en práctica lo que los psicoanalistas denominan «recompensa aplazada». Es la antesala del hamán al que ahora pasamos, al abrir el grifo del agua caliente, que desata una cascada abrasadora que reduce a cero la visibilidad y lleva el baño a nuevas cotas de placer. Nos quedamos ahí tumbados, con las carnes heladas a remojo, y sentimos el calor, la suavidad, la embriaguez de esa indulgencia exenta de culpa que penetra en cada célula, que eleva nuestros pies hacia las nubes de vapor del techo, mientras abajo ya se oyen los preparativos de la cena. Aquella bañera con forma de bote tenía unas proporciones tan generosas que parecía haber espacio para dar una o dos brazadas, y me quedé un ratito flotando, haciendo largos imaginarios mientras se desvanecían el entumecimiento y el hormigueo; abriendo a ratos el grifo del agua caliente, como quien está en el porche tomando una copa al atardecer y se echa otra lagrimita.

Que hoy día los baños calientes sean de lo más normal para muchos de nosotros quizá no resulte tan beneficioso como parece. Edward Bowen, un solterón asceta que una vez hizo a pie los ciento veintinueve kilómetros entre Cambridge y Oxford en veinticuatro horas, encargado del internado de Harrow en el que vivió G. M. Trevelyan, le dijo a este: «Joven, no deberías darte un baño caliente dos veces por semana si no quieres acabar como los últimos romanos». A T. H. White, por su parte, le parecía que lo razonable era hacerlo una vez por quincena, y sostenía que: «El auténtico hedonista viste casi siempre de arpillera, para poder disfrutar plenamente, cuando se pone los pantalones de seda pura, del placer de rodar por el heno». Puede que nuestro estilo de vida, mimado y sobrecalentado, nos haya privado de una habilidad natural evidente en la mayoría de los mamíferos: disfrutar de ambos extremos del espectro frío-calor. Siempre he sentido debilidad por la película *El pequeño salvaje*, de François Truffaut, en la que este interpreta a Jean Itard, antropólogo y profesor de Victor, un joven salvaje criado por lobos al que

encontraron en un bosque cerca de Saint-Affrique, en la región francesa de Aveyron, en 1800. Antes de pasar a estar bajo la tutela de Itard, el encargado de cuidar de Victor es *monsieur* Bonnaterre, profesor de Historia Natural del colegio de Saint-Affrique, que escribe detalladas notas sobre su comportamiento y repara en que el muchacho disfruta tanto del frío como del calor de una chimenea:

Una tarde en la que estábamos a muchos grados bajo cero, lo desvestí por completo, y pareció encantado de quedarse sin ropa. Luego lo agarré de la mano y recorrí con él los largos pasillos del colegio, hasta llegar a la puerta principal, para que creyese que iba a sacarlo fuera. En vez de mostrar el más mínimo titubeo, no dejaba de tirar de mí para que saliésemos. La experiencia me hizo llegar a la conclusión de que ambas cosas no son incompatibles. Puede que el frío le resulte indiferente y al mismo tiempo disfrute calentándose en la chimenea, habida cuenta de que los gatos y los perros se comportan de forma idéntica.

Al igual que las chimeneas, los baños calientes propician la meditación, y me quedé soñando a remojo hasta casi la hora de la cena, imaginando los chapuzones fríos que me esperaban.

* * *

A la tarde siguiente, bajo un cielo azul orlado con lejanas nubes blancas en el horizonte, los cuatro nos bañamos en la cantera de Belnahua, con paredes de pizarra pura y ciento y pico metros de agua turquesa. La isla contenía una inmensa piscina natural, elevada sobre el nivel del mar, tan sumamente cristalina que, cuando nadábamos, veíamos nuestra sombra reflejada allá abajo, en el fondo, nadando por delante. A nuestro alrededor, a escasos metros de distancia, el azul oscuro del mar abierto, y las Hébridas: Fladda, Scarba, Jura, Lunga, las Garvellachs (las «islas del mar», el lugar favorito de san Columba), Luing, Mull y Colonsay. La luz y el cielo no dejaron de cambiar en toda la tarde: del azul intenso, con nubes lejanas y cegadoras, a un rojo y dorado cada vez más profundo. Lanzarse desde las rocas a esa laguna inmensamente honda, limpia y salada intensificaba la vertiginosa sensación de volar en el agua. Había una curiosa ausencia de plantas acuáticas, y unas vistas nitidísimas del fondo, hasta los pies de las paredes de pizarra excavada.

Las únicas señales de vida en el agua correspondían a unos pececillos de ocho centímetros que iban de aquí para allá mordisqueando la roca, en apariencia desnuda. La tranquilidad y el silencio eran tales que, mientras nadábamos, se oía el murmullo de la marea, allende la franja de tierra y la playa negra.

Habíamos subido por el estrecho de Luing en una preciosa lancha motora de aluminio, rumbo al puntito en el horizonte que era Belnahua, una isla minúscula y casi cuadrada, que medía poco más de cuatrocientos metros de lado. Ahora la isla está deshabitada, pero en su momento vivían allí unas cien personas, y los hombres trabajaban en las canteras de pizarra. La pizarra de Belnahua, y de la isla de Easdale, unos kilómetros al norte, más cerca de Mull, se encontraba en los tejados de buena parte de Glasgow, Edimburgo, Dundee, Belfast e incluso Nueva York, porque a menudo los cargueros cruzaban el Atlántico con bloques de pizarra como lastre.

La corriente del estrecho de Luing es fuerte, y aunque los motores gemelos de la lancha tenían potencia de sobra, tuvieron que sudar la gota gorda para avanzar por un mar en calma, pero repleto de corrientes, remolinos y esa suavidad tersa que oculta una gran turbulencia bajo el agua. Jura quedaba al suroeste, y en nuestro trayecto pasamos cerca de Scarba, a menos de tres kilómetros del golfo de Corryvreckan y su remolino. Miré hacia el canal que tendría que cruzar, entre Jura y Scarba, y luego observé las corrientes enfrentadas, luchando bajo la superficie. Su agitación tuvo un efecto palpable en todos nosotros, que nos quedamos un rato en silencio.

Pasada Scarba, bordeamos otra célebre y peligrosa corriente de marea que hay al norte de la isla, la llamada Grey Dog («Perro Gris»), y nos dirigimos a Belnahua, dejando el faro blanco de la diminuta isla de Fladda unos cientos de metros a estribor. Fondeamos en la costa sur de la isla, al lado de un muelle en ruinas, y caminamos unos metros por el agua, sobre un fondo de guijarros de pizarra que recordaban a calderilla. Conseguir que el ancla agarrase no fue tarea fácil.

En Belnahua todo estaba en ruinas, a excepción de su belleza salvaje. Había dos hileras de casitas de pizarra desmoronadas, con moquetas de hierba larga, donde solo seguían en pie las paredes y las chimeneas. Lo que quedaba de las

ventanas, agujereadas y semiderruidas, enmarcaba unas espectaculares vistas de las islas Garvellachs y los lejanos Paps de Jura, al otro lado del mar. Había piezas de maquinaria abandonada desperdigadas por todas partes: engranajes y poleas, postes, ejes, ruedas, piñones, grúas, bolardos picados y tramos oxidados de vías estrechas. Todas las playas eran plateadas, negras y grises, con arena negra finísima y monedas de pizarra de distintas cantidades, algunas moteadas con una noche estrellada de piritita; otras con caprichosas estrías de cuarzo, elegantes líneas blancas que parecían hechas a lápiz, como garabatos de las sirenas. Las mareas las habían ordenado por tamaño, como libros colocados de pie, en líneas ondulantes y espirales que reflejaban la turbulencia y los remolinos que se formaban sobre ellas.

Nadamos de un extremo a otro de la cantera en esa agua resguardada y relativamente caliente, cuya calma absoluta contrastaba de manera radical con la convulsión interior del mar que nos rodeaba. Una playa formada por peldaños de pizarra descendía hasta la enorme piscina, de unos doscientos setenta metros de largo, con dos islas estrechas y alargadas en el centro, entre verdes y grisáceas, que casi la dividían en dos. Al llegar al otro extremo, subimos a un enorme radiador de pizarra bañado por el sol. Nos recibieron unas pequeñas arañas que tejían sus telas entre las grietas de la roca caliente, que les venía de maravilla a mis manos heladas cada vez que entraba y salía del agua. Luego me fui a explorar. Pasé un rato observando el hogar de una de las casas de los canteros, bajo el techo azul, y después subí a la parte más alta de la isla, con unas vistas sin parangón. La cresta central, cuya forma recordaba a un viejo refugio antiaéreo de hormigón, debía de ofrecer algo de protección natural contra las inclemencias del tiempo a los isleños que trabajaban en las canteras, o que cultivaban la poca tierra que había. Todas las casas estaban en el sur de la isla. Pasar el invierno excavando pizarra debía de ser desolador.

Resulta casi imposible bañarse en las playas negras de Belnahua debido a la imperceptible ferocidad de las mareas, a excepción, quizá, de los momentos de estoa. Hay varias playas en la isla, separadas por rocas negras, cada cual con sus rasgos peculiares: una es un montón de pisapapeles negros y calientes; otra, una acumulación de calderilla de pizarra, dispuesta en formas

acuáticas, amontonada alrededor de las rocas. Me bañé en una ensenada rocosa, resguardada del mar. El agua estaba más fría que la piscina de la cantera, y asombrosamente cristalina, por lo que agrandaba como una lupa cada detalle del fondo. Al otro lado de las rocas, la marea crecía con la suficiente potencia para arrastrar hasta al nadador más fuerte. Subía a toda velocidad por la costa, cambiando sin cesar el contorno de la isla, cada uno de los granos de arena negra, con sus tirones nerviosos e implacables. Absorbía y agitaba los guijarros, que castañeaban como dientes, con sus tiempos y contratiempos. Hicimos un pícnic en la hierba, al borde de la piscina de la cantera, con esa música de fondo, mientras observábamos la torre blanca del faro de Fladda, a menos de un kilómetro; antaño, los fareros podaban su jardín amurallado, pero ya estaba descuidado. Cuando nos alejamos en la lancha motora, la marea iba en el mismo sentido que nosotros, y volvimos a tierra firme a toda velocidad, rebotando en el agua como una piedra plana. Al girar la cabeza para contemplar Belnahua bajo la luz del ocaso, pensé que recordaba muchísimo a un atolón desierto e incoherente en las Hébridas. Y he de confesar una cosa: un minúsculo cargamento de guijarros de pizarra se coló en mi mochila, y ahora descansan, como islotes, en mi escritorio.

EL REMOLINO DE ORWELL

Jura, islas Hébridias, 22 de agosto

Mientras escudriñaba el mapa de Jura en la biblioteca de Cambridge, con su desconcertante oferta de masas de agua para nadar, estuve a punto de planear mi itinerario lanzando dardos al mapa con los ojos vendados. Cuando conoces la isla como yo, comprendes que siempre habrá un sinfín de bellezas y dificultades por descubrir. Se te resiste a cada paso. Para un nadador, aquí se combinan el cielo y el infierno. Tiene aguas exquisitas y playas espectaculares, pero también un amenazante remolino y algunas de las corrientes de marea más feroces de las islas británicas. Tiene una única carretera, apenas hay senderos (solo los que abren los ciervos), llueve con mucha frecuencia y en verano hay mosquitos. En realidad, es un desierto leonado, con menos de doscientas cincuenta personas en cuatrocientos catorce kilómetros cuadrados de isla. Por eso puedes pasarte días deambulando por Jura sin cruzarte con un alma, y probablemente por eso George Orwell se fue a vivir allí en abril de 1946.

Orwell había visitado Jura por primera vez en septiembre de 1945, por consejo de su amigo David Astor, cuya familia poseía una finca en la isla. A nadie se le pasaba por la cabeza que el viaje fuese algo más que unas meras vacaciones; sin embargo, cuando el escritor se enteró de que podía disponer de una granja recóndita cerca de la costa norte, decidió que se mudaría allí. Su mujer, Eileen, murió de repente ese invierno, y durante unos meses

abandonó el plan, hasta que en abril de 1946 se trasladó a Barnhill. La casa estaba a cuarenta kilómetros de la tienda más cercana. No tenía electricidad ni teléfono, y los últimos ocho kilómetros de sendero eran casi impracticables, pero Orwell no veía la hora de marcharse de Londres y quería que su hijo Richard, de tres años, creciese en el campo. ¿Había mejor sitio para un chiquillo que una isla salvaje? Empezó a cultivar modestamente la tierra y un huerto, iba a pescar, plantó árboles frutales, se compró una barca de remos con un motor fueraborda y empezó a escribir *1984*. Debieron de cautivarlo las adversidades y la emoción intrínseca de la isla. Aunque, al estar desiertas, las Hébridas Occidentales también habían sido el lugar de retiro de los santos celtas que querían oír la voz de Dios en el silencio. Para escribir su novela profética sobre la política y el alma humana, Orwell necesitaba un refugio silencioso, donde pudiera oírse a sí mismo pensar, con ese sentido común tan especial que lo caracterizaba.

Era media tarde cuando llegué a la remota playa arenosa de Glenbatrick Bay, una bahía situada en la lejana costa oeste de Jura. En la contigua isla de Islay había preguntado a los pescadores del muelle por un barquero, y me habían dicho: «Si quieres ir a Glenbatrick, ahí lo tienes». Me señalaron un hombre de aspecto imponente que cargaba una elegante lancha neumática; resultó ser el terrateniente en persona, lord Astor, sobrino del amigo de Orwell, que estaba haciendo acopio de provisiones para su solitaria casa en la isla. Accedió de buena gana a cruzarme al otro lado del estrecho de Islay y me invitó a un té cuando desembarcamos.

Luego me zambullí en el agua tranquila y cristalina de Glenbatrick Bay, calentada por el fondo de arena. Es un tramo de costa salvaje, fortificado por una sucesión de crestas rocosas y escarpadas que se alejan de las tierras altas en dirección al mar, como rompeolas, y cada una resguarda una playa de arena o guijarros. Nadé con la marea creciente —sin perder de vista mi mochila, punto de referencia en la playa—, que me llevaba claramente fiordo arriba. Dos focas perezosas me observaban desde una de las rocas que despuntan por doquier, como dientes de cocodrilo, hasta que la marea las esconde. También había nutrias. El sol cegador trazaba un surco ardiente por el centro del fiordo, y resplandecía sobre el pelaje cubierto de brezos de la

isla, que desde el mar parecía ofrecer paseos sencillos, pero ya sabía yo que no. Di media vuelta y empecé a nadar con esfuerzo hacia la playa, en cuyo extremo veía la casita de piedra blanca, y de fondo las tres cumbres redondeadas de los Paps, con curiosas franjas blancas de cuarcita, como si unas aves gigantes prehistóricas llevaran millones de años posándose y cagando sobre ellas. El pico más alto siempre parece tener una nube blanca flotando justo encima, como el Kilimanjaro.

Acampé a buena hora, sobre las seis de la tarde —antes de que los mosquitos saliesen a jugar—, después de escoger una zona llana y con brezos, cerca de una de las playas elevadas que abundan en esta costa. La primera vez que había visto las palabras «playa elevada» en el mapa, repitiéndose como un hechizo y formando una cenefa a lo largo de la costa occidental de Jura, me habían entrado unas ganas locas de ir a esa zona salvaje y explorarlas. Esas crestas con grandes guijarros suaves, color gris claro con vetas púrpuras, que recuerdan a piedras de *curling* u hogazas de pan, forman terrazas que se elevan entre tres y nueve metros sobre el nivel del mar, a lo largo de buena parte de la costa a barlovento de la isla. Son un monumento a los siglos y siglos de olas gigantes que han golpeado la isla, intentando girarla como una tortita. Jura respondía levantando enormes murallas de roca húmeda, en cuyas cimas las distintas generaciones de hormigas erigen hormigueros que crecen hasta parecer pequeños túmulos, pues construyen sobre las ruinas de sus antepasados. El brezo, el musgo y el arándano arraigaban en el suelo fértil: los ciervos los mordisqueaban como artistas de la poda, haciendo que parecieran tejados de hierba.

Cuando el sol empezaba a ponerse, encendí entre dos rocas una pequeña hoguera con madera a la deriva y brezo seco, para mantener a raya a los mosquitos que salen de la nada y pueden hacerle la vida imposible a todo el que no tenga la piel muy curtida. Descubrí que, lanzando puñados de helechos muertos al fuego, podía llenarles la trompa de humo, aunque también mi cara. Mientras reflexionaba sobre el mar, me acordé de la mejor solución al problema y, después de deslizarme sigilosamente en el frío fiordo, nadé un rato entre las olas rosas y violetas. Los mosquitos responden al calor del cuerpo, así que enfriarlo es una estrategia inteligente. La hembra es la

única de la especie que pica, y solo cuando lleva huevos y necesita proteínas. Los machos son inocuos y vegetarianos, y pasan buena parte del año sin meterse con nadie, alimentándose de plantas podridas y néctar. Es probable que el *Culicoides impunctatus* haya hecho más que nadie por la conservación de la naturaleza en las tierras altas y las islas escocesas, disuadiendo a las hordas de turistas: el país debe de perder millones en posibles ingresos turísticos. Al salir del agua eché una carrera hasta la toalla y la ropa, arrojé más helecho al fuego y me senté a secarme como un arenque ahumado. Cené pan y sardinas, observando el rastro suave de las discretas y turbulentas corrientes submarinas. Desde el interior de la tienda se veía Colonsay en el horizonte, y reparé en una pequeña barca que emergió de la luz del ocaso cuando, a las nueve menos diez, el sol tocó la pequeña isla.

Reinaba un silencio inmenso; solo se oía el mar, rompiendo suavemente en la playa de guijarros, justo debajo, y el runrún del motor de la barca. Al ponerse el sol, oí un ancla caer a la bahía, el chapoteo de los remos de un bote hinchable, voces; y luego el crepitar de una hoguera en la playa, a pocos cientos de metros. Lo único que veía era la barca fondeada. Se levantó una suave brisa y los mosquitos se esfumaron. Me tumbé con la cabeza fuera de la tienda, desvelado, y contemplé la luna llena que bañaba el mar de plata, con el corazón latiendo con fuerza por el espectáculo puro y primigenio de la isla.

Me desperté al amanecer con el ruido de un barco pesquero que lanzaba trampas para langostas en el fiordo. Cuando saqué la cabeza de la tienda, varios ciervos me observaban desde la colina. El ciervo rojo es el principal habitante de la isla: se dice que hay unos cinco mil. Ellos son los que trazan los únicos senderos a través del terreno abrupto, y no hay momento en el que no te tengan vigilado, por lo general desde las zonas altas. Se dice que «Jura» es una versión estilo teléfono roto del nórdico antiguo *Dyr Oe*: «Isla de los Ciervos».

Después de un desayuno espartano a base de agua de riachuelo, galletas y una naranja, recogí el campamento y empecé a deambular, subiendo y bajando por las laderas escarpadas de una serie de barrancos repletos de helechos que descendían hasta miles de calas ocultas en la costa. El fiordo de

Loch Tarbert casi corta en dos la estrecha isla, apretándola como un corsé ceñidísimo. Me dirigí hacia el interior, siguiendo los senderos zigzagueantes de los ciervos, y no dejé de subir hasta llegar al primero de una serie de laguitos que centelleaban bajo el sol, trazando una línea telúrica imaginaria a lo largo de la isla. Sin mostrar recato alguno ante los ciervos, entré en la inefable suavidad del lago Mic-a-phi y lo atravesé de punta a punta. Si algunos ríos de los Fens eran claros como la ginebra, aquello era como nadar en whisky puro de malta. El agua, profunda y refrescante, no estaba para nada fría; rondaría los dieciocho grados. El lago me tiñó el cuerpo del ligero tono dorado de una carpa, y me mantuvo a flote como si llevase manguitos mientras atravesaba de nuevo los doscientos metros del agua más limpia del mundo, probándola de cuando en cuando. Sentir su suavidad balsámica en cada miembro, a cada brazada, era celestial.

Una hora más tarde, el efecto del baño en el lago, combinado con la dura caminata, se me empezó a subir a la cabeza. La mucha gente que disfrute de cocerse y derretirse, dándose baños calientes a diario, concebirá los placeres del agua helada o las excursiones por la montaña como algo muy ajeno, probablemente rayano en el sadomasoquismo, pero yo ya empezaba a tener calor, y me puse a buscar el río Liundale, que desemboca en el lago. De repente, al doblar una curva del sendero animal, encontré lo que buscaba. Una cascada de cinco metros y medio caía desde el páramo hasta una profunda poza marrón como la turba, justo encima de la playa. El río, que se filtraba a través del musgo de los páramos, volvió a teñirme el cuerpo de ámbar, y nadé hacia el agua profunda, a entre seis y nueve metros de la orilla. La poza estaba enmarcada por tres paredes perpendiculares de roca. Quizá se pudiera saltar desde lo alto, pero por suerte no había miembros del Cuerpo Aéreo de Kirkby Lonsdale para comprobarlo. Pasé por debajo de la cascada, buceando a través de su turbulencia atronadora, y salí al otro lado de la cortina de agua blanca. Estaba absurda y extraordinariamente fría, y me cortó la respiración. El agua que llega directa de la montaña nos acelera la sangre e hincha cada capilar con un chute de adrenalina, enviando endorfinas que penetran en los centros de placer del cuerpo y el cerebro, para que nuestro espíritu empiece a flotar y no se pase todo el día posado.

Mientras nadaba en la zona más profunda de la poza, sentí la corriente de aire frío que se elevaba desde la superficie y subía por la chimenea de roca de la cascada. Había docenas de arcoíris en ese halo borroso de agua pulverizada en que se convierte la cascada antes de evaporarse en el aire, ese terreno fronterizo entre los elementos donde juegan las náyades. No en vano, nadé bajo la atenta mirada de un dócil mirlo acuático que me hacía compañía. Esos diminutos espíritus fluviales que se cuelan de incógnito suelen ser muy timoratos, y vuelan nerviosos de roca en roca, siempre en el límite de tu campo visual, por lo que a veces te preguntas si de verdad están ahí. Sin embargo, este iba a lo suyo, buscando entre las piedras húmedas insectos acuáticos o caracoles de los que alimentarse, como el petirrojo que revolotea en la pila de compost de mi casa. Quizá estuviese más acostumbrado a la compañía de los santos: san Columba debió de conocer aquellas costas, que no quedaban muy lejos de Iona. Aquí han cambiado pocas cosas desde el siglo VIII, cuando era más sencillo, y probablemente más seguro, viajar por mar que por tierra. Los lugareños siguen diciendo que el mar los une a las otras islas y a Irlanda; no que los separa.

Tardé dos minutos en descolgarme por la empinada garganta del río hasta llegar al mar, donde me bañé en una estrechísima ensenada, entre dos paredes de roca. Sin embargo, la marea había cambiado y retrocedía a una velocidad alarmante, como un río, así que volví a la cascada y me senté en una cornisa herbosa, invadido aún por el cosquilleo de la euforia, para secarme al sol mientras observaba las idas y venidas de las libélulas y las mariposas. El mirlo acuático hizo una reverencia y se marchó volando.

Los senderos de los ciervos ascendían por una pendiente inclinada hasta un punto desde el que divisé un lago mucho más grande, Maol an t-Sornaich, contenido a doce metros sobre el nivel del mar por una espectacular presa de guijarros que formaba una amplia bahía curva, perfectamente ordenada, con piedras del tamaño de un huevo en un extremo y de hogazas de pan en el otro. Las rocas pulidas, con vetas grises y púrpuras, eran más suaves que la piel, y aún brillaban con el agua de la marea saliente, que ya bajaba por el fiordo de Loch Tarbert como los rápidos de montaña. Crucé ese enorme desierto deslumbrante y grisáceo, un auténtico reto para los tobillos. Bajo la

luz del sol, cada guijarro arrojaba una sombra nítida y espectacular sobre el siguiente. Me lancé al agua y atravesé el lago, ahora rizado por una ligera brisa, hasta llegar a los acantilados del otro lado. El sol y las nubes se perseguían sobre la superficie, y no tardé en volver a la orilla a brazada ligera, algo inquieto por la escala de lo que me rodeaba —los acantilados imponentes y la gigantesca presa natural—, que no tenía nada que ver con la íntima poza de la cascada.

En mi siguiente baño me lancé al agua desde el muelle de madera de un cobertizo para botes, en un pequeño lago de truchas que, resguardado por las colinas púrpuras, era una auténtica delicia. El lago tenía una parte somera, donde se vertía un riachuelo, y otro extremo profundo, contenido por una pared de piedra, que descendía por una escalera de peces hasta el mar. Cada vez que el viento me estrellaba una pequeña ola en la cara, yo tragaba agua tan contento. Después, las truchas se dedicaron a dar saltos de más de un metro mientras yo leía en la orilla, en la puerta de una cabaña de pescadores, apoyado en un bote volcado. Quizá ese era uno de los placeres en los que pensaba Orwell cuando le escribió una carta a su amiga Celia Paget:

Hicimos excursiones maravillosas en el otro lado de la isla, que está casi deshabitado, pero donde hay un refugio de pastores vacío en el que se puede dormir. Es una costa hermosa, de agua verde y arena blanca, y pocos kilómetros tierra adentro hay lagos llenos de truchas que nadie pesca porque están demasiado lejos de todo.

Seguí atravesando el terreno de Jura, que en gran parte es como un cepo gigante para humanos, saliéndome de los senderos de los ciervos para no molestar a las gordísimas arañas embarazadas en sus telas. Caminar por Jura no es para cobardes. La verdad es que hacen falta pezuñas, no botas. Y siempre hay ciervos en el horizonte, vigilantes, con las orejas erguidas como hojas. Me bañé en otros dos lagos, uno de ellos con nenúfares blancos, hasta que llegué a la carretera a las cuatro, justo a tiempo para pillar el autobús de correos de la tarde, que transportaba provisiones y cotilleos, escolares y correspondencia, de un extremo a otro de la isla. Alex, el conductor, me llevó hasta Ardlussa, al norte, donde vivían los vecinos de Orwell, el señor y la señora Nelson. Después de refrescarme y nadar un rato en la minúscula bahía, acompañado de una foca, encaré los once kilómetros de sendero que

conducían a Barnhill, desde donde había otros tres hasta el golfo de Corryvreckan.

El camino que Orwell tenía que hacer para ponerse en contacto con el mundo exterior era arduo, si bien es cierto que le gustaban las adversidades y siempre había disfrutado poniéndose a prueba: haciéndose pasar por un vagabundo en los campos de lúpulo de Kent, viviendo sin blanca en París y Londres, luchando en Cataluña, dirigiendo un pequeño negocio en Wallington, cuidando cabras a las afueras de Marrakech o cultivando la tierra de Jura. Orwell probó distintos medios de transporte en ese sendero. El primero fue una moto, que se le averiaba cada dos por tres. A menudo llevaba una guadaña a la espalda para cortar los juncos que crecían —y crecen— en medio del camino, y se tiró muchas horas sentado en la cuneta, trasteando con el motor, confiando en que pasara alguien que le ayudase. Aunque era un manitas para otras muchas cosas, no era mecánico. Luego tuvo un camión poco fiable, un poni temperamental, una vieja camioneta Austin y un bote pesquero con el que iba a Ardlussa a recoger suministros y a sus visitas cuando hacía buen tiempo.

Mientras recorría los últimos kilómetros y ya empezaba a sentir el peso de la mochila, me imaginé la vida de Orwell allí: recoger madera, encender un fuego de turba, liarse un cigarrillo, plantar patatas, escribir a máquina en la habitación de arriba —encima de la cocina— o nadar en una bahía arenosa y verde, de agua cristalina, en el lado salvaje de la isla. No cabe duda de que le gustaba nadar. Cuando estudiaba en Eton se bañaba en el Támesis con su amigo Bobbie Longden, el gran amor de juventud de Cyril Connolly y futuro director del Wellington College. En una entrevista de radio en 1960, otro amigo de Orwell, Denys King-Farlow, dijo que le encantaba la natación, «aunque nunca se preocupó por nadar o lanzarse al agua con estilo».

Y precisamente durante una expedición a Glengarrisdale Bay, para acampar en la bahía y bañarse en la costa deshabitada de la isla, esa tendencia natural de Orwell por la aventura estuvo a punto de acabar en tragedia. Corría el largo y caluroso agosto de 1947, y Orwell zarpó en su bote acompañado de su hermana Avril y su hijo pequeño Richard, además de dos sobrinas adolescentes y un sobrino de veintipocos años que habían ido de vacaciones.

La circunvalación de la isla fue como la seda y, después de pasar dos días entre baños, pesca y excursiones, acampados en la bahía, montaron en el bote para volver a Barnhill. Avril y una de las sobrinas prefirieron regresar caminando.

Sin embargo, Orwell había calculado mal las mareas y, cuando entraron en el golfo de Corryvreckan, el remolino arrancó el motor fueraborda del bote. Se salvaron gracias al sobrino de Orwell, Henry Dakin, un joven oficial del ejército que tuvo la fuerza suficiente para sacarlos remando del remolino antes de que fuese demasiado tarde, pero volcaron cerca de una de las pequeñas islas del golfo. Richard se quedó debajo del bote y Orwell tuvo que bucear para sacarlo. Lo perdieron todo, hasta los zapatos. El grupo consiguió encaramarse a la isla rocosa y ponerse a salvo, y allí se quedaron hasta que, unas horas después, pasó un pesquero.

Al fin llegué a Barnhill, una casa de piedra sorprendentemente grande, con el tejado de pizarra, un par de edificios anejos de una planta en cada extremo y unas vistas imponentes del estrecho de Jura y la tierra firme, al otro lado. Su belleza radica en su absoluto aislamiento. En 1947, Orwell contrató a un joven escocés, Bill Dunn, para que los ayudase a él y a su amigo Richard Rees a llevar la granja. En su momento llegaron a tener cincuenta ovejas, diez vacas y un cerdo. Al observar aquella tierra húmeda y cubierta de juncos costaba imaginarse cómo habrían podido prosperar.

Bill acabó casándose con la hermana de Orwell, Avril, que también vivía allí. Había perdido una pierna en Italia, en la guerra, y tenía la costumbre de clavar una tabla en la punta de su pierna de madera para que no se hundiera en el terreno pantanoso. A principios de los años ochenta, Bill Dunn cruzó el golfo de Corryvreckan nadando. Conocí a gente que presencié la gesta. Se quitó la pierna de madera y se embadurnó de grasa de oveja. Como hacía un día tranquilo y el agua estaba en calma, se presentó una flotilla de pequeñas barcas para acompañarlo. Llevaba varias semanas practicando en las bahías de la isla. Dunn era de complexión fuerte, ancho de pecho y espalda, y cruzó el golfo, nadando a crol desde Jura hasta Scarba, en poco más de media hora. Yo, a esas alturas, ya tenía grabada a fuego en la cabeza la distancia entre las dos islas: 1340 metros.

Seguí hacia el norte, rumbo al golfo de Corryvreckan, y pasé por una segunda granja solitaria, donde el camino se convertía en un sendero que serpenteaba por las colinas. El sol empezó a ponerse y los mosquitos se estaban volviendo insoportables, así que busqué una cresta llana y con brezos para acampar. Es sorprendente lo buena que puede llegar a estar una cena a base de pan y sardinas después de un largo día de natación y caminatas. Fue el explorador sir Richard Burton quien dijo: «En el desierto se disfruta de la mera presencia de los animales». Cerré la cremallera de mi tienda para dejar fuera a los mosquitos y me sumí en el dulce sueño del agotamiento, que sienta como un manantial al cuerpo: casi puedes notar la renovación de cada célula. Sin embargo, mi descanso también estaba impregnado del temor ante la próxima etapa de mi viaje, y pasé toda la noche soñando con el golfo de Corryvreckan.

El día amaneció inesperadamente gris, y una lluvia finísima llegaba desde el mar mientras hacía los últimos tres kilómetros de sendero casi invisible hasta la orilla del golfo. Movidado por el inexorable impulso de enfrentarme a mis miedos nocturnos, caminaba como un lemming hacia el norte, a paso lento. Era imposible saber cuál de los dos estaba más agitado, si el remolino o yo. Oí el estruendo del mar antes de verlo; el bramido continuo y grave de las olas furiosas. El sonido perturbador, transportado por la llovizna, llegaba con nitidez a mis oídos. No vi desplegarse ante mí el vasto cielo azul que me había imaginado; casi todo el paisaje estaba compuesto de tonos grises y apagados. La costa era una pendiente escarpada y fortificada, sin playas; paredes de roca agrietada con ensenadas estrechísimas, como tajos, que la marea atlántica llenaba y vaciaba, con un horrible gorgoteo que me recordaba a la silla del dentista. Ahí lo tenía, eso era el golfo de Corryvreckan. Uno de los tramos de agua con peor fama de las islas británicas. Mientras lo observaba, en el extremo de Jura, me sentía como el último hombre de Europa, título provisional de Orwell para *1984*.

El mar que rodea esa región de las Hébridas Occidentales está repleto de corrientes enfrentadas, que pasan por los profundos canales de los estrechos entre islas; es decir, rara vez está en calma. Las enormes masas de agua intentan entrar y salir por unas islas que se interponen en su camino. El golfo

de Corryvreckan es tan peligroso que la Marina Real lo clasifica oficialmente como «innavegable». A pesar de tener poco más de ochocientos metros de ancho, casi todo el fondo está a unos noventa de profundidad, a excepción de un punto clave, donde una enorme roca cónica se queda a tan solo veintisiete metros de la superficie. La llaman *Cailleach*, «la Arpía». La singular amenaza del golfo de Corryvreckan se debe a la increíble fuerza de la marea atlántica, que a veces atraviesa el estrecho a una velocidad de quince nudos. La roca piramidal hace que se forme sobre ella una ola de hasta nueve metros que, al chocar con las corrientes turbulentas llegadas de las dos orillas, crea el remolino de Corryvreckan.

Lo que ninguna guía de navegación podría transmitir jamás era la atmósfera del lugar, profundamente inquietante; la intensa presencia física del remolino, la escala de la turbulencia. El viento y las mareas conducían hacia el golfo estrecho las olas, que se estiraban por el kilómetro y medio que medía el canal, cayendo unas sobre otras, hasta llegar al mar abierto, en la costa exterior de Scarba.

El remolino se veía con nitidez, a unos trescientos metros de la costa, hacia el extremo occidental del golfo. Dentro de su circunferencia había una melé de olas blancas que forcejeaban, empujando en todas direcciones, estrellándose de frente, todas contra todas. Fuera, el agua estaba letalmente en calma. El bañador, bien dobladito en mi mochila, me parecía insignificante mientras estaba allí plantado al borde de la costa, sintiéndome diminuto, incapaz de apartar la mirada del epicentro del vórtice. Costaba mucho creer que alguien hubiese podido cruzar de Jura a Scarba nadando.

La travesía de Bill Dunn forma parte de toda una tradición de épicos desafíos a ese *maelstrom*; fue Bhreachan, uno de los primeros reyes nórdicos, quien la comenzó, y bautizaron el golfo en su honor: Coire Bhreachain. Como prueba de su amor, juró pasar tres días y tres noches con su galera fondeada en el golfo, con tres anclas especiales, cuyas cuerdas eran de lana, de cáñamo y de cabellos de virgen. Las dos primeras se soltaron, pero el cabello de virgen resistió hasta la última hora de la última noche. El barco se vio arrastrado por el remolino y, más tarde, el perro negro de Bhreachan sacó su cadáver a la orilla. Lo enterraron en Uamh Bhreacain, una cueva en la

costa norte, a un kilómetro y medio de donde me encontraba.

Tuve que afrontar la cruda realidad: no iba a poder cruzar el golfo de Corryvreckan, al menos no esa vez. Nadar solo sería una auténtica locura, y con ese tiempo un suicidio. Pero ¿lo habría hecho, aun con la marea y el tiempo idóneos? ¿Para qué? Sin duda lo habría intentado, de haber tenido la escolta de una barca y de un navegante de la zona con experiencia. Sería una prueba, una forma de enfrentarme a un riesgo para sentirme más vivo, como quien escala un árbol o una montaña. El remolino me asustaba, y por ende me cautivaba, dominaba mis sueños. Pero también había otro motivo: el anhelo de sentir la intensa experiencia física de participar, por así decirlo, en el derroche de energía desatada de Corryvreckan. Quizá sea eso lo que anhele el lobo cuando aúlla a la luna, y quizá el mío fuera un deseo igual de irrealizable que el suyo. No obstante, sentía que el remolino, que estaba en connivencia con la luna y se renovaba con cada marea, también podría renovar al nadador lo bastante osado para aprovechar el momento idóneo y cruzarlo en una hora de calma. Sería como pasar de puntillas al lado de un tigre dormido. Keats escribió, en una carta a su amigo Bailey: «Si un gorrión se posa delante de mi ventana, participo de su existencia y picoteo la gravilla». Al nadar cerca del remolino de Corryvreckan, quería «participar de su existencia», sentir que formaba parte de él, que nadaba con y no contra él, en uno de sus momentos de sosiego.

El remolino y el golfo eran la quintaesencia de la naturaleza salvaje de Jura, una de esas cosas que el estado policial del *1984* de Orwell habría abolido, porque sabían que la naturaleza salvaje incita a la libertad de pensamiento y de acción. Cuando Winston y Julia van al campo y hacen el amor en la aparente soledad de un claro entre los fresnos, apenas se atreven a hablar, porque saben que hay micrófonos escondidos en los árboles. Los remolinos y los lugares salvajes están vinculados inexorablemente con nuestra capacidad para ser creativos, como demostró Orwell cuando decidió mudarse a Jura para escribir su última novela.

Solo los ciervos fueron testigos de cómo daba media vuelta y me alejaba de Corryvreckan a paso lento, colina arriba. Con el cambio de plan, decidí recorrer la costa en busca de la lejana cueva de Bhreachan, y luego bordearla

hacia el sur hasta llegar a Glengarrisdale Bay, uno de los lugares favoritos de Orwell. El mapa estaba repleto de cuevas en ese litoral inexplorado, y también quería ver la cueva de la Calavera de Maclean. Cuenta la historia que su ocupante fue asesinado en un conflicto entre clanes, probablemente a manos de los dominantes Donald. Hasta no hace mucho, aún quedaba gente en Jura que recordaba haber jugado en su infancia con la calavera de Maclean, ensamblando las piezas rotas como en un puzle. Siempre llevaban a los muertos de la isla a esas cuevas para que descansaran antes del viaje a Iona, donde los enterraban.

Estaba en medio de las colinas cuando la lluvia se me echó encima. Caía en espesas cortinas, empujada por un viento del oeste cada vez más fuerte, y empecé a calarme de lo lindo. El páramo pantanoso también se inundó rápidamente. Las botas se me llenaron de agua porque me había dejado los pantalones impermeables en la tienda, como un pánfilo. Cada vez que me peleaba con el mapa empapado, que ondeaba al viento, me perdía aún más. La lluvia, que parecía disparada por un cañón de agua, se me coló incluso en la mochila. Justo cuando mi agradable sensación de soledad se estaba convirtiendo en un penoso aislamiento, me crucé con un sapo que venía en sentido contrario por el sendero turboso trazado por los ciervos. Se irguió, estirando las patas traseras como un corredor en los tacos de salida, y me clavó una mirada desafiante en plan «ni se te ocurra joderme, chaval». Me aparté para dejarlo pasar. Sin embargo, ese encuentro con otro ser vivo me levantó el ánimo, como quien dice. Y también las preciosas babosas azabache, y la multitud de insectívoros rocíos de sol, una de mis plantas favoritas desde la primera vez que la vi en el New Forest, en una excursión botánica con el colegio. En esta isla son las aliadas de los seres humanos, pues atrapan a los mosquitos con sus tentáculos melosos. Empecé a tararear para mis adentros, sumido en el curioso mundo privado de sonidos que se crea en el interior de la capucha húmeda y pegajosa de un anorak. Me esforcé al máximo por creerme esa idea de George Meredith de que deberíamos «disfrutar de todos los cambios de tiempo», y esa otra frase suya de *El egoísta*: «La más intensa de las lluvias se convierte en una animada compañera cuando el caminante resuelto desdeña la incomodidad de la ropa mojada y las

botas chirriantes». Seguí avanzando a trompicones, ametrallado por las ráfagas de lluvia, entre caminando y chapoteando, e intenté desdeñar la incomodidad con todas mis fuerzas. El tiempo no hacía sino empeorar.

Decidí desistir de mi visita a las cuevas y dar media vuelta. Una bruma densa se vertía de colina en colina, y ya estaba *mokado*, palabra romaní que significa «calado hasta los huesos» y a la que George Borrow recurrió en una ocasión, como quien no quiere la cosa, para ganarse a sus interlocutores mientras buscaba cobijo de un chaparrón en un campamento gitano de Cornualles, cerca de Rosewarne. A esas alturas, mis pies ya habían nadado una carrera de larga distancia dentro de las botas. Sentí la aparición inminente del pie de trinchera bajo los calcetines deshechos, y de las ampollas incipientes que se hinchaban como globos. No sé muy bien cómo, pero conseguí volver al único refugio en kilómetros a la redonda: mi tienda de campaña. Me quedé tumbado dentro, dando mordisquitos a una tableta de chocolate como un adolescente, mientras pensaba en los trece kilómetros de caminata que me esperaban para volver a Ardlussa y coger el autobús de correos, añorando profundamente el baño de Ardpatrick.

UN CASTILLO EN EL AIRE

Northumberland, 28 de agosto

La larga carretera que recorre el sur de Jura me dejó tiempo de sobra para dedicarme a reflexionar sobre mi frustrada travesía del golfo de Corryvreckan. Tenía el ánimo por los suelos, pero decidí que ya volvería para intentarlo de nuevo. Enfilé la carretera que sale de Edimburgo por el sur y recorre la costa de Northumbria hasta llegar a la playa de arena de Bamburgh, otrora transitada por los primeros cristianos celtas llegados de Iona. El mar estaba como una balsa de aceite, y me lancé al agua fría para nadar un buen rato, directo a las islas Farne, casi escondidas en la bruma plúmbea. El faro destacaba como la franja blanca de la pechera de una nutria. Estaba solo ante aquel horizonte vastísimo, a excepción de una pareja de enamorados tumbados como focas entre las suaves olas de la marea saliente. La bruma flotaba sobre mí como el humo de un puro, formando una segunda superficie que atravesaba con cada brazada.

A mi espalda, el castillo de Bamburgh se recortaba como una nube en un cielo siempre cambiante. El agua tardó un buen rato en volverse más profunda, pero de repente me vi atravesando la calma aceitosa de un baño onírico y mudo. Seguí dando brazadas hacia el faro, situado en la isla donde Cuthbert, sucesor de Aidan, primer obispo de Lindisfarne, pasó retirado los últimos años de su vida. Le gustaba rezar metido en el mar, con el agua por el cuello, de madrugada. Al amanecer salía a la playa y, arrodillándose en la

arena, reanudaba sus oraciones. En *Las vidas de los santos* se cuenta que uno de sus hermanos monjes vio dos nutrias salir del agua para calentarle los pies con su aliento y secarlo con su pelaje.

Cuando la bruma se espesó, di media vuelta y volví nadando hacia el castillo, bañado por un rayo de sol: demasiado romántico para ser verdad. La pareja enamorada se alejaba por la playa, caminando entre los riachuelos de la arena, por los que las estrellas de mar y las pequeñas medusas se deslizaban de vuelta al mar. Dos corredores pasaron chapoteando por la línea del agua en retirada, y oí el fragor lejano de los truenos en el interior. Mientras atravesaba la playa ancha y encharcada, el sol dejó de iluminar el castillo, que de repente pareció gris y amenazador. A su espalda, el atardecer dorado y lejano. Las gaviotas flotaban sobre el mar sin mover las alas, elevándose en la bruma que teñía de gris pálido el horizonte. Justo cuando me estaba vistiendo empezó a llover, y de pronto me sentí solo y ridículo en esa vastísima y magnífica playa. Me eché la mochila al hombro y empecé a correr descalzo por la arena profunda, a los pies de las altas dunas, hasta llegar a un pasillo natural y enfilar un sendero que se alejaba de la costa entre el barrón, que me picaba en los tobillos mojados mientras corría, ralentizado por la arena pastosa. Al frenar cada una de mis zancadas, la arena confería a esa carrera un carácter onírico, como el del baño que acababa de darme.

Las islas Farne seguían flotando como planetas suspendidos en la bruma. Me sentía mucho más mojado que en el mar, y hasta el interior del coche parecía brumoso. Estaba abatido, hecho un despojo. Sin embargo, cuando atravesé el diluvio y me metí en una cabina telefónica de la desierta Bamburgh, un arcoíris apareció sobre el castillo celestial. Todo era disparatadamente espectacular y triste a la vez. Volví al coche y me dirigí a la isla de Lindisfarne por la carretera elevada sobre la playa, envuelto en mi propia bruma, sin preocuparme por la posibilidad de quedarme bloqueado cuando subiese la marea. En el siglo VII, el rey Osvaldo de Northumbria encargó a Aidan que dejara el monasterio de Iona y fuese hasta allí para convertir a su pueblo al cristianismo. Aidan decidió vivir en Lindisfarne porque le recordaba a Iona, y porque la marea cortaba la carretera dos veces al día y aislaba la isla para la oración. Oí los gritos de las focas, escondidas

en la penumbra, mientras caminaba por la curvada playa del puerto al atardecer, pasando por algunas de las construcciones más bonitas de Inglaterra: hileras negras de cabañas que los pescadores habían improvisado con los cascos alquitranados de barcos volcados.

EL MEANDRO

Río Windrush, 29 de agosto

Me lancé de cabeza desde las brumas norteñas de Lindisfarne y Bamburgh hacia el sur, hasta el nacimiento del Támesis en los Cotswolds (no «los montes Cotswold», nombre tautológico, como apuntó William Cobbett, puesto que los *wolds* son montes). Atravesé tormentas con mi Citroën, y conduje por carreteras resplandecientes hasta bien entrada la madrugada. Dormí en el propio coche, cerca de Oxford, con el tamborileo incesante de la lluvia en el techo: me sentía cutre y exhausto, asqueado conmigo mismo por abandonar el estado de gracia que había alcanzado en el mar de Northumbria para devorar un «desayuno-comida-cena» en una grasienta área de servicio de una autopista cualquiera. Me metí en el saco de dormir dando las gracias por el único lujo del viaje: mi almohada de plumas de ganso. Me habían invitado a la fiesta de cumpleaños de un amigo arquitecto en Coleshill, cerca de la cuenca alta del Támesis, y estaba tan patéticamente ávido de compañía que llegué con un día de antelación, por lo que dispuse de todo un viernes pasado por agua para matar el tiempo en los Cotswolds. La verdad era que odiaba ir al sur y aborrecía la infinita rectitud de las autopistas negras e inhóspitas. Cuánto anhelaba encontrarme una curva en la carretera —aunque fuese el más mínimo giro—, algún tipo de alivio contra la implacable eficacia de viajar en una continua línea recta. A pesar de la compañía de la radio, no hay cosa más solitaria que una carretera larga y rígida. Además, en Escocia y en

el norte de Inglaterra había mucha más agua, muchas más costas que patear, muchos más chapuzones desconocidos.

Ironías del destino, ese fue el día en que, con el sueño aún en los ojos y las líneas rectas en la cabeza, descubrí una manera completamente nueva de nadar en los ríos. Una «tercera vía» de la natación, de una sencillez tan cristalina que nadie había reparado en ella. Sucedió en el Windrush, un afluente del Támesis que discurre por los Cotswolds; aquel día, para mí, su belleza radicaba en que, haciendo honor a su nombre compuesto, aún serpentea y aún fluye a toda velocidad.

A kilómetro y medio de Burford, siguiendo el sendero sinuoso que conduce a Widford, río abajo, encontré el meandro más perfecto que había visto en mi vida. Las ovejas pastaban en las praderas, y el césped podado estaba en unas condiciones óptimas, mullido y verdísimo. En el estrecho cuello del meandro había dos viejos sauces desmochados. Uno estaba disfrazado de híbrido, con rosales silvestres, espinos blancos y saúcos que crecían en los recovecos marsupiales de su tronco angustiado. Cada uno era un mundo independiente, con ciudades de insectos entre las arrugas mugrientas de su corteza y generaciones de nidos en su copa espesa. Me metí en el agua por el lado del meandro que quedaba río arriba y lo rodeé nadando, hasta llegar casi al mismo punto en que había empezado; entonces salí del río a los pies de los sauces gemelos y, dando un par de saltos por el césped, ya estaba otra vez en el agua, para dar otra vuelta alrededor de la herbosa península, impulsado por la corriente.

El Windrush fluía con fuerza y velocidad, crecido por las lluvias, arrastrándome y expulsándome hacia fuera con su fuerza centrífuga. No cubría más de un metro, a veces bastante menos, y era cristalino, con un lecho de grava bajo los cúmulos de ranúnculo acuático que ondeaban con la corriente. El río serpenteaba alegremente por todo el valle, libre de las restricciones que se le hubiesen podido ocurrir a alguien para enderezar los garabatos de su cauce exuberante y unirlo al Támesis. Iba a lo suyo, como el chiquillo quejicoso y remolón de Shakespeare camino de la escuela. Y, como cualquier agua que fluye, quería moldearlo todo a imagen y semejanza de su ondulación constante. Mordía sus márgenes, excavándolos; los redondeaba

hasta convertirlos en meandros. Si se hiciese una grabación aérea de la historia de un río a cámara superlenta, parecería una serpiente nadando, o una manguera de jardín desbocada por el agua que la recorre. Si se lo deja a su aire, el río siempre tenderá al meandro. Así es como se alargan y se ralentizan, para tener más caudal, para hacerse más interesantes y gratos a ojos de los humanos, y también para los animales que los habitan. Al aumentar la longitud total y el caudal del Windrush, esos recodos, meandros y praderas de inundación frenan y minimizan el impacto de las tormentas repentinas, porque almacenan el agua de las crecidas. También ofrecen un hábitat natural mucho más rico para los animales fluviales que buscan cobijo en los recovecos irregulares y en todos los rincones del caprichoso curso del río.

A pesar del tiempo plomizo de la tarde, esos baños en bumerán me resultaron gratísimos, porque resolvían el eterno problema del nadador fluvial: la vuelta a la toalla y la ropa. Era como lanzarse por un tobogán sin parar, ahorrándose la faena de tener que subir cada vez. Estaba tan sumamente encantado con mi hallazgo que nadé en círculos hasta marearme. Por suerte, no llegó nadie por el sendero para ser testigo de aquellos excesos, al margen de unas cuantas ovejas que no parecían demasiado impresionadas.

Un rato antes había entrado al agua por un hueco en los juncos, río arriba, y había tenido un público mucho más atento: un rebaño de vacas blancas y negras en la orilla opuesta, que trotaban hasta la siguiente curva del río, atónitas, cada vez que me veían pasar a su lado a toda velocidad, impulsado por la corriente crecida. El Windrush es un río de fochas, así que no había ni rastro de gallinetas. En su día debió de librarse una guerra devastadora entre las dos especies para dirimir el territorio, y las fochas habían triunfado.

Mis chapuzones cíclicos se parecían mucho a los paseos en bicicleta que doy por las carreteras sinuosas de Suffolk. Todas las virtudes del ciclismo se encuentran también en la natación: la economía del esfuerzo, el desafío a la gravedad, el ritmo danzante y la necesidad de no dejar de moverse, so pena de hundirse o volcar. Además, en su condición de medios de transporte, las dos actividades podían clasificarse sin lugar a dudas como ecológicas. Disfrutaba del movimiento deslizando y del balanceo de la bicicleta tanto

como de la plasticidad de la natación. Y, cuando te lanzas por una colina inclinada a toda velocidad y los setos pasan como flechas a tu lado, el aire te golpea la cara como cuando saltas de un trampolín. Estás volando, igual que vuelas y te deslizas en el agua. En la bicicleta, como en el agua, también hay que controlar el cuerpo: los movimientos bruscos no tienen cabida, e incluso una piedra se hunde lentamente. Así pues, cuesta mucho sufrir un tirón muscular en el agua o la bicicleta; las dos ofrecen, en esencia, un ejercicio benigno. Completar una ruta circular en bici, volver al mundo de la gravedad ordinaria, siempre resulta muy grato; como cuando salí del Windrush por última vez a los pies de los sauces desmochados.

A la tarde siguiente salió el sol en la fiesta de cumpleaños de Coleshill; había arquitectos con vasos voladizos de champán desperdigados por la hierba. Me alejé paseando con un amigo y fuimos a explorar el parque de Coleshill, en busca de las falsas acacias traídas de los Estados Unidos que William Cobbett comercializó como «árboles langosta» (así los llamaban al otro lado del charco). En 1822 vendió a lord Folestone 13 600 árboles, ni más ni menos, para que los plantasen en el parque en grupos de doscientos. «Son las arboledas más hermosas que he visto en mi vida —escribe el modesto Cobbett en *Paseos rurales* cuando llega a Coleshill y ve sus árboles, que pasados solo dos años ya miden casi cinco metros—. Si la gente quiere bosques, bosques preciosos, y rápido, que vayan a ver las arboledas de Coleshill.» Cobbett habría sustituido de buena gana todos los olmos de Wiltshire por una plaga de «langostas» de haber tenido la más mínima posibilidad. Deberíamos dar gracias de que no pudiera hacerse con el *Cupressus lawsoniana*. Mi amigo y yo no conseguimos encontrar el viejo árbol arrugado, lleno de nidos con búhos, que, según cuentan, aún sobrevive. Resulta curioso que Cobbett visitara Coleshill e hiciera una publicidad tan prolija de sus árboles en *Paseos rurales*, pero no se dignara mencionar siquiera el edificio agrícola más espectacular de Inglaterra, el granero de Great Coxwell Barn, a solo tres kilómetros por carretera. Entré en el edificio con los últimos rayos de sol de la tarde. Las enormes puertas de madera estaban

abiertas de par en par, como esclusas, y dejaban pasar la luz dorada. Cuando William Morris vivía en la cercana mansión de Kelmscott Manor, le encantaba visitar el granero; le parecía igual de hermoso y solemne que una catedral.

Hacía una tarde calentita y agradable, y después de la fiesta me di un buen baño en la poza que había debajo de la esclusa de Buscott Lock, en lo que Morris llamaba «el bebé Támesis», al oeste de Kelmscott, río arriba. En este tramo en la frontera de Oxfordshire, el Támesis aún es bastante humilde, y el agua de la esclusa estaba lo bastante clara para ver las siluetas oscuras de las tencas nadando perezosamente entre los tallos de los nenúfares. Entré en el agua por el margen escarpado, deslizándome sobre la hierba desgastada y la tierra fangosa, practicando lo que los opositores de la natación salvaje denominan «erosión de los márgenes». Aquella era, a todas luces, una zona de baño muy popular. Nadé en grandes círculos en la poza, bajo la atenta mirada de varios cisnes y rodeado de viejas y altas mimbreras enmarañadas. Eran los mismos árboles que habían inspirado a Morris, en sus excursiones pesqueras en su batea, para diseñar el papel de pared «Willow Boughs». Me pregunté qué le habría parecido aquel surtido de horrendos letreros gigantes que avisaban del peligro de bañarse en aguas profundas. El olor a pescado y lentejas de agua impregnaba el ambiente.

En Kelmscott, fui a ver la tumba de Morris. La encontré en el rincón sureste del cementerio de la iglesia, debajo de un laurel de entre metro y medio y dos metros, casi esférico, como el propio Morris. Ese rincón tranquilo es un arboreto en miniatura, con un seto maduro de boj, dos tejos, un arbusto de lilas, espinos blancos y hiedra. También contiene las lápidas con las iniciales de Janey y May Morris. El encargado de diseñar la tumba de Morris fue su amigo y socio Philip Webb; según cuentan, se inspiró en una antigua lápida de ese mismo cementerio. A Morris le encantaba esa iglesia por su sencillez, y su lápida solo está decorada con dos finos grabados que suelen interpretarse como árboles. A mí me gusta ver en ellos umbelíferas: tallos de perifollo verde, o de ameos, una de las flores más comunes y hermosas que crecen en los arcenes. En primavera, esta preciosa planta debe de florecer alrededor de la tumba, formando nubes blancas que reflejan la modestia de los grabados.

La lápida está colocada en horizontal, apoyada sobre dos bloques a unos treinta centímetros del suelo, como una barca de remos volcada, con la quilla mirando al cielo, para pasar el invierno.

Esa tumba elevada evoca la levitación, la huida del alma del cuerpo. Recuerda, de algún modo, los rituales de los islandeses o los nativos americanos. Y a mí me hizo acordarme de un pasaje del *Musketaquid* de Thoreau, cuando descubre el cementerio del antiguo pueblo de Dunstable, cerca del margen del río Merrimack, y reflexiona sobre lo extraordinario que resulta que los muertos yazcan bajo lápidas por doquier. Al igual que Morris, Thoreau condena el efecto opresivo de «todos los grandes monumentos situados sobre los cuerpos de los hombres, desde los tiempos de las pirámides». Sugiere que «un monumento debería al menos “apuntar a las estrellas” para indicar hacia dónde se ha marchado el espíritu, y no dónde está postrado, como el cuerpo que ha abandonado». Thoreau critica que siempre escribamos «Aquí yace», cuando podríamos escribir «Aquí se erige».

No pude evitar pensar que probablemente fuese en su batea, en el río, donde Morris se sintiese más en casa; y que sin duda habría sido su elección para cruzar al más allá. En una carta a Janey Morris fechada en 1888, describe el río a su paso por aquí con estas palabras:

Es un río harto agradable para navegar, y los márgenes aún están muy hermosos, adornados con flores: las más espectaculares son las salicarias alargadas y las adelfillas, y esa flor de un amarillo intenso que crece muy junta, en cúmulos; pero también hay una preciosa flor azul oscuro, yo diría que artemisia, y además tenemos las flores violeta de la menta de caballo, la oreja de ratón, y aquí y allá algunas reinas de los prados que han salido con retraso.

Morris vivió la mayor parte de su vida cerca del agua: de niño al lado del foso de Water House, en Walthamstow, y luego en las dos casas que bautizó Kelmscott: la Kelmscott Manor de ese pueblo y la Kelmscott House, a orillas del mismo río, pero en el barrio londinense de Hammersmith. Para él, era lo más natural del mundo ser enterrado en una barca, flotando sobre la tierra.

EL VUELO DE LAS GOLONDRINAS

Suffolk, 5 de septiembre

Aprovechando que mi siguiente destino era la costa de Essex, di un pequeño rodeo para acercarme a Suffolk y a mi foso. Pasar por el familiar cartel de «Vigilancia vecinal», que lleva siglos en la entrada del pueblo, siempre me arranca una sonrisa cuando vuelvo. Algún gracioso le ha pegado un escopetazo de cerca y lo ha convertido en un colador, y ahora emite un silbido escalofriante los días de viento, como una alarma antirrobo eólica. Sin embargo, el cartel no había disuadido a las ardillas de birlar mis nueces. Cuando llegué, apenas se molestaron en detener su trasiego: cogían el botín del árbol y, después de recorrer el techo del granero, lo bajaban por la gran mimbrera y lo introducían en alguna cámara acorazada subterránea, donde lo dejaban bien guardadito para futuras contingencias. En invierno las veo deambular por el césped, desesperadas, intentando recordar dónde están los escondites.

El foso conservaba unos estables dieciséis grados, a pesar del tiempo, que de repente se había vuelto fresco y otoñal. El agua, de una transparencia cristalina por lo general, estaba oscurecida por una capa aceitosa de polen llegada de los campos. Cuando la atravesé nadando, formé a mi paso arcoíris viscosos y veteados, que se rizaban con un jaspeado vivo, y abrí una estela negra y limpia, de un metro de ancho, que reflejaba el cielo y los árboles invertidos. Mientras hacía el largo de vuelta, ya se estaba cerrando otra vez

como un par de cortinas, y salí del foso como una abeja de una flor, completamente cubierto de polen. La mayoría de los anfibios adultos ya habían salido del agua y las algas habían dejado de crecer. Las hojas muertas se hundían poco a poco y se posaban, bocarriba, en el fondo del foso.

Las golondrinas llegadas de África en abril, que aún ocupaban sus nidos en la chimenea, me impidieron encender un fuego otoñal. En realidad, las golondrinas son aves de cueva, así que no cuesta entender su atracción por esa enorme garganta de ladrillo de nueve metros de profundidad, de la que pueden entrar y salir volando tranquilamente. La chimenea tiene más de cuatrocientos años, y me resulta fascinante pensar que esa familia de golondrinas, ya una dinastía, lleva todos esos veranos regresando para anidar aquí. Los últimos polluelos de la segunda nidada, que ya habían echado plumas, seguían en el nido. Aunque hayan empezado a volar, aún vuelven a sus nidos de la chimenea todos los días al anochecer y se quedan un buen rato de palique hasta bien entrada la noche, como los chiquillos en un dormitorio. De entre todos los cantos de las aves, la alegre cháchara de las golondrinas es mi predilecta. El suyo es un lenguaje que ya casi empiezo a entender cuando me quedo al lado de la chimenea y pongo la oreja para escucharlas. Mientras vuelan en círculos o se lanzan en busca de insectos, o cuando bajan en picado a pescar en la superficie del foso, se llaman continuamente las unas a las otras. En cambio, en la chimenea su conversación es distinta, más íntima, más expresiva y variada, a veces polémica, otras una pura cascada de gozo. Su vuelo inicial es su mayor hazaña: ya en el primer intento, los polluelos han de ascender más de siete metros y medio en vertical, como cazas Harrier, por el conducto hollinado, para llegar a la luz del sol y el aire libre. Una vez fuera, expresan su júbilo por la novedad del vuelo con grandes caídas en picado y ascensos y tirabuzones sobre la casa, mientras yo observo sus primeros arcos elevados con el corazón en un puño y alegría paterna.

Ahora que el tiempo había empeorado, me moría de ganas por encender una buena chimenea. Por un momento deseé que las golondrinas no tardaran en marcharse, como a veces nos pasa cuando un invitado se demora un pelín más de la cuenta después de cenar. Thomas de Quincey confiesa que eso le ocurría a mucha gente con Coleridge, que era capaz de llegar para el

almuerzo y quedarse una semana. Sin embargo, en cuanto noto que ese egoísmo asoma sigilosamente, me recuerdo que no soy más que un recién llegado para esa antigua dinastía de nómadas, que se asentaron aquí muchos siglos antes de que yo apareciese en escena y que, lo espero de todo corazón, me sobrevivirán mucho tiempo.

LOS PAPELES DE JAYWICK

Essex, 17 de septiembre

La playa de Jaywick Sands es el primer sitio al que fui de vacaciones. Fue apenas dos o tres años después de la guerra, y yo tendría unos cuatro años. Debió de impresionarme muchísimo, porque recuerdo algunas cosas como si fuera ayer. Al parecer, casi todos mis tíos, tías y primos estaban allí, y habíamos alquilado uno de los palafitos de madera que hay en la bahía. Recuerdo que un tío me levantaba para que tocara el techo, y que me gustaba chapotear en los charcos de agua y arena que se formaban en el bosque de pilotes a remojo que sostenían las casas. El olor del mar y las algas lo impregnaba todo, y mis primos y yo nos pasábamos el día subiendo y bajando a la carrera por las escaleras de madera de las otras casas, o saltando desde el porche a la arena húmeda y suave. Era como vivir en un castillo de arena. Aquella ciudad de casitas humildes me cautivó, y desde entonces soy un enamorado de la vida en las cabañas. Hasta la fecha, no hay sitio en el que sea más feliz que en el cobertizo donde guardo las herramientas o en la cabaña de la playa de algún amigo.

Mi recuerdo más nítido de las vacaciones en Jaywick es la captura de mi primer pez. El tío Laddie, el bromista de la familia, que luego me enseñaría a nadar en la piscina de Kenilworth, me hizo una sencilla caña de pescar con un alfiler curvado a modo de anzuelo y me llevó a la playa, donde saqué una platija enorme en menos que canta un gallo. Volvimos a la villa de chabolas

con nuestra pieza, triunfantes, y todos dimos buena cuenta de ella para almorzar. Varios años después me enteré de la verdad: Laddie había comprado la platija más grande de la pescadería y la había enganchado a mi anzuelo con un hábil juego de manos. Esa conspiración caritativa fue el punto álgido de las vacaciones.

Era la primera vez que volvía allí desde aquella degustación inicial de los placeres de la vida vagabunda en la playa. Mis amigos de Essex me habían hablado varias veces de Jaywick, una colonia de vacaciones *hippy* donde la gente ocupaba las cabañas de madera, vivía a base de manzanas y tenía a los perros atados con cuerdas; historias que no hacían sino alimentar mi deseo de volver. Debido a su posición, casi al nivel del mar, en un terreno recuperado a los pantanos cerca de la desembocadura del estuario del Blackwater, el tiempo no es lo único que pasa de largo por Jaywick: la localidad representa también un callejón sin salida en el mapa, apartado del grueso de visitantes que sale de Colchester los días de verano rumbo a Clacton, Frinton y Walton-on-the-Naze, con las tablas de *windsurf* sujetas a la baca del coche. Nadie ha invertido demasiado dinero en Jaywick, y en consecuencia aún puede palpase en el ambiente algo de su atmósfera y su carácter originales. La farmacia del pueblo ha sobrevivido, quién sabe cómo, y en su escaparate aún se expone una polvorienta tableta de chocolate laxante. Y el Model Farm Restaurant sigue abierto a orillas de la carretera, aunque la granja modelo que le da nombre ya cerró.

Me eché al hombro la pequeña mochila gris del ejército alemán en la que guardaba mi equipo de natación y me dirigí al extremo más alejado de la playa, hasta llegar a las grandes rocas de un rompeolas que resguarda esa punta de la bahía. En la arena fina había charcas llenas de caracolas y de conchas de ostras y de berberechos, y el hormigón del rompeolas estaba cubierto de sargazo vejigoso. Eran las conchas de las mejores ostras de Inglaterra, ostras Colchester, cultivadas en la isla de Mersea, a poco más de treinta kilómetros remontando los estuarios del Blackwater y el Colne, en tierra de Arthur Ransome. Alrededor de la bahía, la gente se preparaba para la tarde. Una mujer descolgaba la colada de una soga tendida entre dos postes en la arena, y oí los pitidos que anunciaban el comienzo de las noticias de las

seis en la radio de algún vecino.

Fue un baño gélido, pero maravilloso, con el sol poniéndose detrás de la central nuclear de Bradwell, al otro lado de las vastísimas aguas del estuario, pasados St. Osyth y Brightlingsea. El mar estaba tan resplandeciente que parecía haber dos puestas de sol: una en el cielo, detrás de un fino banco de nubes, y otra en el agua, derritiendo la central nuclear. No es muy habitual ver una puesta de sol en el mar desde la costa este, y yo disfrutaba de un mirador privilegiado a ras del agua. Nadé en las profundidades marrones de una laguna de arena agitada, al oeste del espigón de rocas artificial que forma un diminuto puerto para lo poco que queda de la flota pesquera de Jaywick: dos o tres barquitos con cabinas diminutas, como casetas de huerto, con las amarras tirantes por la fuerza de la marea.

Me giré para observar la costa y la curiosa gama de bungalós en primera línea de playa, iluminados por el reflejo de la luz mortecina, con sus paredes de tabloncillos de colores chillones. En un extremo de la pequeña y curvada bahía de arena estaba el Jaywick Beach Bar, que se adentraba en el agua sobre una plataforma de hormigón de casi cinco metros, y detrás, aún más lejos, una torre Martello. Una sumaca fondeada se mecía con la marea, y su estela araba la suave superficie del agua. Los bungalós diminutos estaban rodeados de cercas de madera de colores. Un avión ligero pasó sobre la bahía y aterrizó detrás de las casas, en un minúsculo aeródromo que tenía una manga de viento y un cartel que publicitaba los vuelos de placer por la costa. Los restos ásperos de un viejo rompeolas sobresalían de la arena: se diría que las tormentas habían lanzado los bloques de hormigón como dados. El espíritu anacrónico y desafiante de Jaywick se condensaba en un letrero donde se anunciaba el pub: Jamás hay que darse por vencido – Entretenimiento en directo, colocado en el paseo marítimo en miniatura. En efecto, el paseo era estrechísimo, y si acaso parecía un sendero de playa confinado entre el mar y los bungalós, con sus pilotes y sus porches, que miraban apretujados a la arena, como quien apuesta en el hipódromo y busca un buen sitio para ver la carrera. En el horizonte de dunas bajas, un caballo y su jinete trotaban en círculos.

Nadé al cobijo del rompeolas, en paralelo a la marea, directo hacia el ojo

del sol, y vi a las gaviotas pasar a una velocidad endiablada sobre mí, y a un par de piragüistas inclinándose en sus remos para avanzar. A esa hora del día, a veces reina en el mar una calma insólita, y las voces y el chapoteo rítmico de la madera en el agua me llegaban desde muy lejos con absoluta nitidez. Los perros ladraban entre las matas de barrón, tensando las correas de cuerda; se oyó el bufido de un caballo y, a través de la bahía, desde uno de los porches de luz tenue, llegaban las notas de los Status Quo. Intenté imaginarme los sonidos de la década de 1930, cuando la gente pasaba la tarde bailando al son de la banda del Brooklands Club o del gramófono del Morocco Café. Seguí nadando hacia el sol poniente, descendiendo por su estela de fuego, como si fuera el último que vería antes del invierno. Quería agarrarlo, como una pelota de playa huidiza. Me estaba dando, literalmente, un baño de sol.

Como otras muchas localidades improvisadas, Jaywick creció a partir de una serie de parcelas vendidas en los años treinta por un promotor de Dulwich, F. C. *Foff* Steadman, que aspiraba a convertir la zona en un centro turístico. En 1928, Steadman pagó siete mil quinientas libras por las marismas, dunas y canales recuperados, pero el Ayuntamiento de Clacton le negó el permiso para la construcción de casas porque no les convencía el sistema de alcantarillado en unos terrenos tan bajos. Lejos de rendirse, Steadman solicitó el permiso para construir «chalés de playa» y «casas de baños». Y en 1929 ya estaba vendiendo chalés de playa en los periódicos londinenses por entre veinte y cien libras, y parcelas con aparcamiento o jardín que iban de las veinticinco a las doscientas libras. Los chalés se pusieron muy de moda entre los londinenses del East End y en 1931 ya había doscientos viviendo en Jaywick. Sacaban el agua con una bomba manual y tenían baños portátiles; para vaciarlos contrataban a unos operarios, «los chavales del retrete», que llegaban con su tanque sobre ruedas —el «carro de la miel»— tirado por un par de caballos a los que todos llamaban Mierdero y Zurullo. Ese mismo año, más de doscientos vecinos abarrotaron el Beach Café para la primera reunión de la Asociación de Propietarios de Jaywick.

El toquecillo *cockney* se percibe claramente en su creatividad para dar nombre a las cosas. Cuando sufrieron una inundación en 1948, uno de los

vecinos, Adrian Wolfe, construyó la primera defensa contra el mar, que no tardaron en bautizar como «Muro de Adriano». En vez de números, cada chalé tenía su propio nombre: *Días Perezosos*, *Ruta del Viento*, *¡Yupi!*, *Espuma de Mar*. Al igual que los nombres de las calles, decían mucho sobre las pretensiones románticas de los dueños de las parcelas. Todas las callejuelas de Jaywick tienen el majestuoso nombre de «Vía» tal o cual, inspirado en las flores que crecen a orillas del mar: «Lavanda de mar», «Cardo de mar», «Acebo de mar», «Aciano de mar», «Clavelina de mar». En realidad, todas y cada una de esas plantas ya se han extinguido en Jaywick, por lo que sus nombres son fuente de una melancolía que se acumula a medida que deambulamos por sus calles llenas de baches. Hay incluso un «Carril de las Serpientes», bautizado en honor de las culebras de collar que, antes de extinguirse en Jaywick, hace ya mucho tiempo, vivían entre los juncos de esa parte del pueblo. Luego, en homenaje a los automóviles que habían propiciado el desarrollo de Jaywick, bautizaron otras veinticinco avenidas con una letanía de nombres de fabricantes desaparecidos, como Humber o Alvis, con la feliz consecuencia de que podías veranear en Sunbeam Avenue, «la Avenida Rayo de Sol».

Los románticos habitantes de Jaywick se construyeron un muelle de madera y tenían un bote salvavidas llamado *Berilo*. En los folletos publicitarios les habían prometido mil seiscientas horas de sol al año, y tenían toda la intención de exprimirlos. Incluso llegó a exponerse un chalé de playa de Jaywick en la Ideal Home Exhibition de 1935. Sin embargo, con las inundaciones que asolaron la costa este en 1953, Jaywick se convirtió de golpe en Bangladés: hubo que rescatar en bote a quinientos vecinos, que se habían quedado atrapados en sus vulnerables casas, y murieron treinta y cinco personas.

Me había demorado en el agua hasta ver el último hilo de sol, y pasé bastante frío cuando volví nadando por mi Avenida Rayo de Sol particular hasta la orilla tibia y poco profunda y salí a las rocas para secarme. A pesar de la ligera agitación del agua, propia de la costa este, el mar estaba transparente. Mientras me frotaba vigorosamente con la toalla, pensé que la Agencia de Medio Ambiente cataloga el Blackwater y el Colne como ríos de

primera categoría, y que también las aguas de su estuario estarían muy vigiladas, pues fluían sobre uno de los cultivos de ostras más preciados del planeta. Media docena de ostras Colchester puede salir por entre doce y quince libras en Wheelers, Bentleys o Bibendum. Sin embargo, luego miré otra vez hacia la central de Bradwell, que habían vuelto a cerrar por una grieta en una tubería o un conducto defectuoso, y tuve mis dudas.

Mientras paseaba por la playa, intenté imaginarme cuál sería el punto exacto en que había pescado mi primer pez. La arena forma una pendiente suave, así que no debí de tener ninguna dificultad para sacar la platija exánime a la orilla. De hecho, quizá hasta estuviese ya destripada y cortada en filetes. Más adelante, encontré los restos de varias hogueras de madera a la deriva; boñigas de caballo, en la zona donde ataban a los ponis de la playa, y una densa franja de algas secas, conchas de ostras, botellas de plástico y cuerda de nailon azul grasiento, que venían a sumarse a la atmósfera de despreocupación generalizada que tanto me gustaba de ese sitio. Después de que un sinnúmero de localidades costeras se haya apuntado a esa moda de tener playas ordenadas, agradecí el cambio. Las algas y los restos flotantes pueden ser muy útiles: conforman el núcleo de las futuras dunas, pues las tormentas de arena se acumulan a su alrededor, y son hogar de las pulgas de playa y otras *delicatessen* que constituyen la dieta de muchas aves costeras, como los zarapitos y los correlimos.

Mientras volvía tranquilamente por el paseo marítimo en miniatura, vi hileras de pinzas de madera bailando en las sogas tendidas en paralelo al mar, en la arena revuelta sobre la línea de la marea alta. Alguien acababa de darle una capa de naranja chillón a *Fuera Preocupaciones*, y *Felices Vueltas* estaba en venta. Un gato negro se entretenía persiguiendo mosquitos en la playa. Todo el paseo marítimo recordaba a un expositor de helados, con tonos rosas, cremas, naranjas y azules, como si las casas estuviesen en pijama. Nadie corría las cortinas; de hecho, nadie parecía preocuparse de nada, como quien dice. En Jaywick, todo miraba hacia fuera, aunque los únicos que habrían podido curiosear dentro de las casas eran el mar y el tiempo. En los porches y las verandas de madera había un poco de todo: windsurfistas, barcos de fibra de vidrio, tumbonas y mesas de pícnic. El pueblo destilaba esa sensación

remota de mi infancia. Parecía extraordinariamente frágil, como si pudiese marcharse flotando, un día cualquiera, con la subida del mar del Norte.

GRANDES ESPERANZAS

Kent, 18 de septiembre

La primera vez que vi el Medway, mientras pasaba de Essex a Kent a la mañana siguiente, fue desde lo alto del puente que lanza la autopista M2 rumbo a Dover y Francia. El río resplandecía bajo una capa de neblina que no tardó en disiparse con los potentes rayos de un sol temprano, y los barcos fondeados parecían palitos en medio del imponente río. Me dirigí a Chatham, donde di una vuelta por el magnífico muelle, entre desierto y dormido, y escalé por las vigas de madera crujiente del gigantesco edificio del dique seco, con armazón de madera, suelo cubierto de barro y paredes de tablas solapadas, encaladas como un granero de los Shakers. Luego seguí por el río hasta Gillingham, y, después de enfilear Water Lane, llegué al astillero que había detrás de los gasómetros.

—Denis está a bordo. Pégale un grito —me dijo un hombre que llevaba un motor fueraborda en brazos.

Vi levantarse la portezuela de una trampilla y Denis me saludó desde la cubierta del *Doris*, un precioso pesquero de madera atracado cerca del embarcadero, con una chimenea de la que salía un denso penacho de humo de carbón. Se acercó en barca a recogerme. Con su barba y sus ojos centelleantes, Denis tenía ese semblante filosófico típico de los hombres de mar. Nos tomamos una taza de té a bordo, en el camarote que había al lado de la estufa crepitante, y planeamos el itinerario que seguiríamos para cruzar el

Medway rumbo a la isla de Hoo Salt Marsh y a la fortaleza de Hoo Fort.

Denis, que se ha pasado la vida entrando y saliendo en barco del Medway, había accedido, con la generosidad que lo caracterizaba, a escoltarme en su barca de remos. Y yo me alegraba, porque aquella travesía me ponía bastante nervioso, la verdad sea dicha. Era mi primer gran río industrial, que atraviesa el corazón de la zona con mayor densidad de población de Kent: unas cuatrocientas mil personas viven a orillas del Medway entre Chatham, Rochester y Gillingham. Lo que más me asustaba era la contaminación: corría el rumor de que en esos ríos podía contraerse la hepatitis B, la polio o alguna infección bacteriana. Pero también habría fuertes corrientes en la parte profunda del canal navegable; además, claro está, de las propias naves. La isla de Hoo Salt Marsh tiene kilómetro y medio de largo y se encuentra a poco más de un kilómetro del margen sur, en el centro del río. En su extremo este se erige una fortaleza naval en ruinas; una de las dos que se construyeron en el río en 1860 para defender el astillero de Chatham y a nuestra Armada de las invasiones. Mi plan era llegar nadando a la isla en los últimos cuarenta y cinco minutos de marea creciente y visitar a Steve, un artista que acampa en Hoo Fort y trabaja en la isla.

Si algo me había enseñado el baño en Jaywick es que a finales de septiembre el agua ya está demasiado fría para nadar un buen rato a cuerpecito gentil. Me puse el traje de neopreno a bordo del *Doris* y montamos en la barca para ir hasta Gillingham Strand, el punto de salida, pasando sobre bancos de algas que la marea iba sumergiendo al subir. El sol quedó eclipsado por una nube gris que descendía hasta la línea negra y alargada de la marisma y del río, en el horizonte. Mientras entraba en el agua por el margen de guijarros, una melancólica brisa del noroeste, llegada del fangoso río verde, empezó a soplar en nuestra contra.

Empecé a nadar hacia el primer objetivo, una barca verde fondeada a varios cientos de metros de la orilla, que se mecía con la marea, y di mi primer trago de agua salobre del Medway. Las olas, que llegaban en diagonal desde la izquierda y me pillaban desprevenido cuando iba a tomar aire, entorpecían mis brazadas. Eso era justo lo que me había impedido conciliar el sueño esa noche. Resoplar y escupir los desagradables tragos, o intentar nadar sin meter

la cabeza en el agua, no hacía sino ralentizar aún más mi ritmo: tendría que aprender a cogerle el gustillo al agua del Medway o abandonar la travesía, una posibilidad demasiado bochornosa para contemplarla siquiera. Denis me iba indicando el itinerario desde la barca: «Ve hacia la boya naranja, y luego a la verde». Dejé atrás los últimos barcos fondeados, un bonito pesquero de Whitstable de trece metros de eslora y un par de antiguos lugres, muy típicos del suroeste de Inglaterra, cuyas jarcias tatuaban los mástiles con el golpeteo de la brisa. Entonces me fijé en un par de torres de alta tensión a lo lejos, a un lado de la chimenea de la central eléctrica de Kingsnorth, el único elemento erguido en el mundo horizontal que se desplegaba ante mí.

El río era de color verdín, la isla aún se veía borrosa y hasta ese momento no nos habíamos cruzado con grandes naves o remolcadores de los que preocuparnos. Llevábamos un arnés de lona atado a una cuerda larga, por si Denis tenía que sacarme a toda velocidad de la trayectoria de alguna embarcación. Fui consciente de la vertiginosa profundidad del río en cuanto llegué al centro del principal canal navegable. Cuando superé la línea de barcas sentí el impulso de la marea, como la corriente de aire que eleva un planeador, y alargué instintivamente las brazadas para avanzar con la máxima potencia y el menor esfuerzo posibles.

Habíamos salido a las dos menos cuarto y la pleamar era a las dos y media, por lo que la marea me estaba empujando río arriba; cosa que, bien pensado, era preferible a verse arrastrado hacia el mar. A mitad del trayecto caímos en la cuenta de que ni Denis ni yo llevábamos reloj y no teníamos ni idea de cuánto quedaba para que cambiase la marea. Yo seguía con los ojos clavados en la chimenea de la central eléctrica mientras atravesaba la corriente en lateral, como un cangrejo, y la isla y la fortaleza se iban enfocando en primer plano. En las bocas de los ríos pasan cosas curiosas. El agua dulce del río fluye sobre el agua del mar, que a medida que sube la marea se desliza tierra adentro, por debajo, pues es más densa y pesada. En mi boca también estaban pasando cosas curiosas: desde aquel día, siempre asociaré la palabra «Medway» con el sabor de su agua color caqui.

A veces Denis remaba por delante de mí, otras a un lado, o por detrás. Los dos habíamos entrado ya en un ritmo zen. Su bisabuelo había sido el último

habitante de la isla Hoo Salt Marsh, que pertenecía al astillero y siempre se ha usado como vertedero para los dragados del río. El bisabuelo de Denis era el guarda de la isla, y vigilaba las gabarras fondeadas y la maquinaria que dejaban allí. Los guardacostas se lo encontraban a menudo a primera hora de la mañana, saliendo como un espectro de la bruma con su barca de remos para llevar a sus dos hijas al colegio de Gillingham. Al final, su casita de una planta quedó enterrada por el barro dragado que se iba acumulando en la isla. La familia criaba conejos negros, y a veces soltaba a alguno. Los cazadores furtivos de la zona aún cazan de cuando en cuando a uno de sus descendientes, con una mancha blanca en el pelo. En la isla también hay zorros, que se alimentan de las ratas y los conejos, o de los cangrejos de la orilla.

Hasta 1858, dos años antes de la construcción de la fortaleza, en las aguas profundas de este estuario había varias prisiones flotantes fondeadas, con las que sin duda estará familiarizado el lector de *Grandes esperanzas*. Se trataba de buques de la Armada desmantelados y cruelmente reconvertidos en cárceles, donde los prisioneros esperaban a que los enviaran a Australia. Aunque en su novela Dickens ubica esas prisiones flotantes en el estuario del Támesis, en realidad estaban en el Medway. No cabe duda de que él conocía esos barcos y las marismas del Medway desde su infancia en Chatham, donde vivió de los cuatro a los diez años. También volvió para vivir a orillas de ese río en 1854, seis años antes de la publicación de *Grandes esperanzas*. El imaginativo paisaje del libro era, sin duda, el mismo en el que ahora me encontraba literalmente inmerso. Y quizá estuviese siguiendo el mismo itinerario que Magwitch cuando se lanzó al agua desde su Alcatraz flotante y escapó. Puede que, al llegar a Hoo Salt Marshes, se abriese camino por los riachuelos cenagosos de la marea baja hasta acabar en la otra orilla del río, en el cementerio del pueblo de Hoo, donde se produjo el terrorífico encuentro con Pip con el que empieza la historia. Aunque Magwitch, huelga decirlo, jamás habría podido nadar toda esa distancia vestido, con un agua gélida y con la pesada bola de presidiario encadenada a la pierna.

El río estaba más tranquilo en el lado de sotavento de la isla, y nadar resultaba más sencillo. Al rato, Denis gritó desde la barca que ya veía la

hierba claramente, y Steve apareció en la orilla para recibirnos, como Próspero. Pasé nadando entre una maraña de troncos sumergidos y estacas de madera limosa que sobresalían del agua, y luego supe que en su momento habían sido un embarcadero. Tocamos tierra en una playa de guijarros y salí tambaleándome; me apoyé en la barca, intentando encontrar mis piernas terrestres, y volví la cabeza para contemplar la línea plomiza e infinita de la otra orilla.

Mientras Denis regresaba a su margen del río, después de acordar que volvería a recogerme más tarde, atravesé con Steve un bosque bajo con saúcos, zarzas y un peral que se estaba asilvestrando hasta llegar a la fortaleza. Yo estaba igual de famélico que Magwitch en el cementerio, y había visto varios espejismos con tazas de té en mi travesía hacia la isla, probable reacción a los varios litros del sospechoso Medway que me había tragado. Así pues, fue una grata sorpresa comprobar que Steve ya había encendido una hoguera de madera a la deriva, que crepitaba en una de las chimeneas originales de la fortaleza, y había puesto una tetera al fuego. Habíamos entrado por un terraplén cubierto de vegetación y a través de una tabla colocada sobre un charco, como un puente levadizo simbólico; luego pasamos por la inmensa y chirriante puerta fortificada, con una barra de hierro de casi dos metros a modo de cerrojo (que Steve echaba por las noches). Sumidos en la oscuridad, recorrimos lentamente un túnel de ladrillo arqueado (el almacén de la pólvora) y subimos por una escalera de caracol de piedra, adornada con arbusto de las mariposas, a la galería superior: Steve había acampado en uno de sus baluartes. A veces llega a pasar varios días viviendo y trabajando ahí.

Yo observaba con los ojos como platos el asombroso edificio, un imponente polígono de once lados construido con granito, ladrillo, acero y madera, que albergaba once cañones de ánima rayada y boca de veintidós centímetros, de doce toneladas cada uno. Las paredes estaban construidas con bloques de granito de metro y medio, colocados sobre juntas de plomo, y cada baluarte para artillería tenía su chimenea y su casamata, donde en su momento estaría el cañón ensordecedor, que miraba al río, a las marismas, a la central eléctrica de Kingsnorth o a Fort Darnet, una fortaleza gemela construida en esa misma

época en otra isla, a poco más de un kilómetro de distancia. También se podía tender una cadena de acero entre las dos fortalezas, a través del canal navegable, como defensa adicional para el astillero de Chatham. Era comprensible que la Armada quisiera evitar a toda costa que se repitiese la exitosa incursión y ataque a la flota inglesa de Chatham por parte de los holandeses del siglo anterior. Hoo Fort es uno de los edificios históricos más espectaculares de Inglaterra, y uno de los más olvidados, sin lugar a dudas.

Los lienzos de Steve estaban apoyados en las paredes o colgados de una cuerda, como bacalao seco. Eran una suerte de colaboración entre el hombre y el río. Cuando me cambié y terminamos de comer, nos encaminamos por la marisma para explorar la isla y ver algunos de sus trabajos en curso. La marea, que ya se retiraba, reveló una serie de lienzos extendidos en la orilla o en los canales lodosos que serpentean por la marisma. La acción de la marea arrastraba los sutiles pigmentos del barro sobre los lienzos, formando preciosas franjas de estrías grises, marrones y negras, asombrosamente parecidas al propio paisaje en que nos encontrábamos. Luego Steve secaba los lienzos, los llevaba en la barca de Denis a su estudio del astillero de Dockyard y completaba el cuadro comenzado por el río usando sus propios pigmentos, elaborados con barro, materiales naturales y objetos hallados en la isla. Uno de sus verdes, por ejemplo, estaba hecho del verdín raspado de los clavos de cobre y otra chatarra de barcos encontrada en la orilla. En ese momento trabajaba en una instalación que titularía *Tiempo y marea*: colgaría un lienzo en cada una de las once casamatas de la cercana Fort Darnet y llevaría a la gente en barca a verla.

Paseamos por la costa este de la isla y vimos los cascos de madera de varios arrastreros abandonados, gabarras de cemento hundidas y un buque mercante de vapor, el *Moonlit Water*, que pertenecía a un traficante de droga que lo abandonó y se esfumó. La isla llevaba siglos siendo un vertedero y un punto de descarga de los dragadores, y sus costas se componen de un amasijo de cascos de cerámica romana, monedas, botellas antiguas y huesos. De hecho, al llegar a la playa de guijarros, Denis me había indicado que tenían carbón mineral incrustado, a modo de percebes: una herencia del pasado industrial de aquel estuario. Que él recoge como combustible para su estufa. En cuanto

a Steve, dispone de un cómodo suministro de tomates frescos que crecen en varias tomateras silvestres, entre el barro y los escombros de la isla. En la costa norte encontramos incluso una urna funeraria rota, arrastrada por la marea, con los huesos de un romano incinerado, que había salido a la luz recientemente por la erosión constante de los bancos de barro de la orilla.

Luego regresé a la costa de Gillingham con Denis y dejamos a Steve en su isla. En el trayecto de vuelta en barca sobre mis brazadas, reflexioné sobre lo que me había dicho mientras contemplábamos los huesos romanos: que yo no era, ni muchísimo menos, el primero en hacer esa travesía. En el año 43, el emperador Claudio había enviado un ejército invasor de treinta y cinco mil hombres, bajo el mando de Aulo Plaucio, para que desembarcasen en la costa de Kent y sometieran a los bretones. Al llegar al Medway se enfrentaron a sesenta mil bretones, a las órdenes de Carataco y Togodumno, en la otra orilla del río. A la sazón, el estuario podía vadearse con la marea baja, pero los bretones habían saboteado el vado excavando profundos canales. Sin embargo, Aulo contaba con un regimiento de bátavos, una tribu germánica que vivía en una isla en la desembocadura del Rin, famosos nadadores. Cuando subió la marea, justo antes del amanecer del tercer día de un tenso punto muerto, Aulo ordenó a tres mil bátavos que atravesaran el estuario nadando con sigilo, con las armas atadas a la espalda. Pillaron por sorpresa a los bretones dormidos y fueron directos a por los ponis de las cuadrigas. Mientras cortaban despiadadamente los tendones de miles de animales, dos batallones del Noveno Regimiento cruzaban el río en toda una gama de balsas, odres hinchados y coracles saqueados. Los seguirían los elefantes y camellos que habían viajado con ellos. Las fuerzas defensoras tuvieron que retirarse, y el regimiento anfibia siguió su marcha hacia el Támesis, que también pudieron cruzar a nado, porque los bretones aún no habían perfeccionado la medida disuasoria definitiva contra los nadadores fluviales: la contaminación.

UN BAÑO EN EL CANAL DE LA MANCHA

Kent, 19 de septiembre

A la mañana siguiente di mis primeros pasos por el lugar de Inglaterra más parecido a un desierto: el cabo de Dungeness. El mar ha acumulado allí millones y millones de guijarros, formando una gigantesca playa elevada que se lanza al agua, después de Romney Marsh, como la nariz de Cyrano de Bergerac. Las fotografías aéreas muestran las espirales formadas por los guijarros, que recuerdan a las seiscientas especies de flores silvestres que crecen en este terreno poco prometedor. Casi una tercera parte de las plantas con flores de Gran Bretaña crece aquí, quién sabe cómo, de forma natural, y hoy día Dungeness es tan famoso por su central nuclear como por un jardín, el de Derek Jarman. Toda la zona es un organismo vivo, como Blakeney Point, Orford Ness o Chesil Bank, que cambia continuamente de forma, adentrándose en el mar.

En mi viaje a través de Kent, en el que vi altos camiones cargados de chatarra, santuarios de animales y cafeterías móviles en las áreas de descanso de las carreteras principales de Maidstone y Ashford, pasé por las tierras baldías y neblinosas de Romney Marsh, un paisaje atemporal. A casi cinco kilómetros de allí, me crucé con un granjero en un viejo tractor Ferguson gris, y luego con una cuadrilla de mujeres que recogían patatas y puerros con las manos, como en su momento hicieran las de la Women's Land Army. Todos los canales tenían nombres curiosos, tal que Jury's Gap Sewer («Sumidero

del Jurado»), y atravesaban la llanura sin rumbo aparente, como si estuviesen perdidos. También mi carretera parecía serpentear, absorta, siguiendo el curso de canales pasados y presentes, hasta que por fin llegué hasta los primeros guijarros de Denge Beach. Aparqué el coche al borde de aquella playa salvaje y austera y eché a andar por sus dunas guijarrosas y su terreno ondulante y cubierto de maleza hasta llegar al Britannia, a cuatro kilómetros, un pub situado en la mismísima punta de Dungeness, a los pies del faro. Me quedé un rato hablando con el dueño mientras me bebía un té, preguntándome si se disiparía alguna vez la bruma marina, que ocultaba el horizonte y eliminaba cualquier sentido de la perspectiva en aquella tierra recóndita, con sus aisladas cabañas de pescadores y sus bungalós de madera desperdigados entre los guijarros. El autobús n.º 12 llegó vacío desde Dymchurch, rebotando en los baches de la carretera de hormigón, y aparcó en la acera de enfrente, donde en su día se encontraba el Grand Hotel. Pasados cinco minutos siguió su ruta, aún vacío. Las pocas siluetas que se recortaban contra el paisaje se movían con aire pausado, ralentizadas por los guijarros.

La bruma no daba muestras de querer levantarse, pero decidí acercarme a la orilla de todos modos. Las cabañas de los pescadores, cubiertas de creosota, tenían los mismos nombres que sus barcos: *Oasis*, *Parcela de Mar*, *La Famosa*. La luz del sol había derretido la brea de los tejados, donde los gorriones y los estorninos daban saltitos de aquí para allá, pavoneándose. Los aviones comunes se agrupaban, impacientes, en los cables del tendido telefónico sobre un viejo vagón de tren, que en su día perteneció a la reina Victoria y en el que ahora vivía alguien.

Nueve metros por debajo de la playa elevada, a los pies de la escarpada orilla de guijarros, aquel tramo del canal de la Mancha parecía tranquilo, pero remotísimo, como el agua en el fondo de un pozo. Bajé por las gradas de piedrecitas resonantes y, completamente solo entre la bruma, me zambullí en el agua profunda. Allí no había zonas someras; tampoco horizonte: solo un gris que lo envolvía todo, y el centelleo hipnótico del faro escrutador, en lo alto. Mientras me alejaba nadando, me sentí empequeñecer ante la inmensidad de la playa a mi espalda y la imponente profundidad del agua tranquila, que bañaba la costa inclinada y sumergida. Tenía muy presente la

profundidad, y me sentía como en alta mar, porque estaba nadando al final de un muelle natural; es la misma sensación que experimentamos al lanzarnos desde un velero en mar abierto. Así pude percibir con mayor hondura los versos de Keats, en su soneto *Estrella brillante*: «Las aguas se mueven con sacerdotal empeño / en la ablación pura de las costas humanas».

Solo cuando nadamos en aguas profundas somos capaces de percibir el movimiento de las mareas como una realidad cósmica, relacionada con la luna y las estrellas. Aquel era, sin duda, uno de los baños más puros de toda la costa sur de Inglaterra, y pasé un buen rato disfrutando de su frescor, purificando mis brazos y piernas, confiando en no contaminar demasiado esa agua con el barro del Medway. El mar estaba fresco, pero no tardé en acostumbrarme y empezar a nadar a braza en círculos, consciente de las corrientes costeras que rodeaban ese cabo donde tantos barcos han naufragado. Después del traje de neopreno del día anterior, la desnudez del bañador era una gozada, y podía ver con total nitidez mis manos blancas atravesar el agua transparente con cada brazada. Resultaba irónico que, a pocos cientos de metros, una central nuclear estuviese enfriando su fiebre eterna con esa agua cristalina, como uno de los monstruos condenados de la *Odisea*. Esa reflexión me hizo volver a la orilla, hacia el imponente muro de guijarros y mi mochila solitaria, lejos del alcance de la marea. Allí todo era más grande que la vida, menos mi mochila y yo. La tenue silueta del último faro de Dungeness dominaba la escena. Se trata del quinto que han construido en el cabo desde 1615: los guijarros no dejan de acumularse y alejar la playa, por lo que los faros se van quedando tierra adentro, para confusión de los barcos.

Después del chapuzón, sintiéndome brillar por dentro, exploré la parte alta de la playa y descubrí el placer de la comida casera —huevo de bacalao ahumado y filetes de arenque extragrandes— en el Jim's Smokehouse de Pearl Cottage, justo al lado de Prospect Cottage, la casa de Jarman. Jim me contó que en primavera llegaban de Londres montones de griegos en coche para recoger los retoños tiernos de la col marina. Antes también los lugareños la consideraban una exquisitez, y apartaban con el pie los guijarros que rodeaban las plantas para blanquear las hojas. Es allí donde se encuentra una

de las pocas colonias silvestres de esta especie, una planta que otrora era muy común en nuestras costas cambiantes. Jim me enseñó su jardín, que recordaba a un exuberante cielo de Manhattan, con gordolobos y otras flores nativas con semillas, plagado de tijeretas. Tenía varios estanques cubiertos de alambre para proteger a las carpas doradas de las garzas, y otro lleno de renacuajos de rana bermeja, que suelta en la marisma cuando son adultas para compensar el reciente predominio en Dungeness de la ruidosa rana toro, que, como el jabalí que vive en otras partes de Kent, es una especie introducida.

El jardín de Jim no tenía vallas, y se fundía con el vasto jardín natural de Denge Beach. Así es como se hacen las cosas allí, aunque luego Jim me señaló con expresión triste el terreno de un vecino, que había cambiado de manos recientemente y que había sido vallado. La codicia que representaba, entre todos aquellos jardineros librepensadores, cuyas parcelas indefinidas se fundían con el desierto salvaje, resultaba chocante.

—Si hay una cosa que me pone de los nervios son las vallas —me dijo Jim.

Las comunidades de pescadores, sobre todo las que usan redes, tienen una esencia comunal. La mayor parte del trabajo es compartido y cooperativo. Impera la confianza y la interdependencia. Así pues, ¿qué falta hacían las vallas?

El amigo de Jim aún se gana la vida saliendo a pescar en el último barco de madera de Dungeness. En esa tierra hay algo profundamente triste, que Derek Jarman debió de sentir y expresar en su jardín, lleno de reliquias de la industria pesquera. Prospect Cottage, donde vivían Jarman y Keith Collins, es una sencilla casita de pescadores construida con tablas negras; tiene las ventanas y las puertas amarillas, y una alarma antirrobo a juego. Ese día había varios chubasqueros amarillos colgados, inmóviles, en la cuerda de tender. La casita es un lugar de peregrinación para los jarmanófilos, aficionados de su cine y jardineros llegados de todos los rincones del mundo, a menudo sin concertar una cita, para admirar su originalísimo jardín natural. Es una casa tan modesta, y resulta tan evidente que se trata de un lugar de retiro, que decidí no molestar y la rodeé, alejándome hacia el oeste, siguiendo la vía estrecha abandonada del ferrocarril entre Romney, Hythe y Dymchurch, que antaño transportaba a los turistas y que hoy día siguen

usando los aficionados a los trenes de vapor.

Avancé hundiéndome en los guijarros, a través de llantenes, coles marinas, plantas de salvia, linarias, milenramas, galios amarillos y genistas, hasta llegar a otro tramo de vía estrecha que iba de la carretera de hormigón a la playa. Había pequeños vagones oxidados abandonados sobre los guijarros, que antaño se usaban para llevar sin demora la pesca a los camiones que esperaban en la carretera, primera etapa de su viaje hasta el mercado de Billingsgate. Las ruinas de nuestra industria pesquera yacen por doquier. Toda la playa era un cementerio industrial de cabañas abandonadas, anclas oxidadas, cabestrantes para barcos fabricados con motores y cajas de cambios de taxis, redes enmarañadas sin esperanza, depósitos de gasolina que goteaban sobre caracolas, el torso abollado de una locomotora, una torre para secar redes desierta, un bulldozer semihundido en los guijarros y varias autocaravanas Dormobile adormecidas. De fondo, la mole grisácea y deteriorada de la central nuclear, que ya tenía la mitad de sus reactores inactivos, casaba a la perfección con aquel abandono. De vez en cuando llegaban a través de la niebla sus anuncios por megafonía, monótonos e ininteligibles.

En Dungeness siguen en activo catorce pesqueros a tiempo completo, aunque la naturaleza de la pesca ha cambiado drásticamente desde el declive del arenque y la caballa, y lo único que quedaba de la gran tradición de pesca con red en esa costa, desde Dungeness hasta Greatstone-on-Sea, era una pila de estacas de madera larguiruchas y reseca. Tres familias dominaban la pesca con red «de caldera» en esas playas: los Southerden, los Tart y los Gillett. Cada una tenía su zona, tramos de costa de unos ochocientos metros de largo y doscientos de ancho, donde colocaban sus redes en altos postes de madera como los que se ven en los cultivos de lúpulo de Kent. Cada tramo tenía unos ochenta postes de cinco metros de largo, clavados un metro en la arena. Durante la marea baja, los pescadores iban a la playa con una carreta tirada por un caballo y colgaban en los postes las redes, parecidas a las que se usan en los entrenamientos de críquet. Formaban así una trampa enorme, que atrapaba bancos enteros de peces en la «caldera», una red circular situada en el centro, que a veces bullía de peces frenéticos cuando la marea bajaba.

Unos ocho hombres esperaban en la orilla, con el caballo y la carreta listos, a que la marea empezase a bajar. Cuando aún quedaba un metro de agua en la caldera, entraban al mar con sus chubasqueros, salabre en mano, y cargaban los peces vivos en la carreta. Entretanto, otros hombres hacían la ronda de las redes de los postes y llenaban sus cestas con los peces que se habían quedado colgados de las branquias y boqueaban desesperadamente. A veces había demasiados para recogerlos todos antes de que la marea dejara paso a la arena, y soltaban las redes para que los peces pudiesen escapar. Cuando había pescas desmesuradas, los pescadores colocaban varias cestas en lo alto de un poste que clavaban en la zona más elevada de la playa. Así, los vigías apostados en Romney con sus catalejos podrían enviar el número exacto de caballos y carretas de apoyo para recoger el pescado. La caballa era el pez estrella, y las mujeres se encargaban de empaquetarla y enviarla a Billingsgate con el tren que salía de Lydd por las tardes. Los espadines y las caballas más pequeñas se vendían en la zona, y los pescadores se quedaban los arenques para ahumarlos. Ese tipo de pesca estuvo en su apogeo a principios del siglo xx, aunque Ed Gillett y sus hermanos siguieron hasta 1953.

Decidí acercarme en coche a Camber Sands, trece kilómetros al oeste por la costa, para tomar un almuerzo tardío mientras la bruma empezaba a despejarse y revelaba una preciosa tarde soleada y de temperatura agradable. A las dos en punto estaba en pantalón corto en la terraza del Kit Kat Café, frente al mar. Lo primero que vi al contemplar la vasta extensión de arena resplandeciente fue a un anciano con un detector de metales y una pala. Se llevó una mano a los cascos con entusiasmo, como si acabara de enterarse de que había ganado la lotería. Hurgó de manera febril en una fracción diminuta de los billones de granos de silicio que constituyen la playa de Camber Sands, pero no encontró nada que mereciese la pena.

En cuanto le di el primer bocado a mi sándwich oí el crujido de la arena en la boca, como un acúfeno. La brisa marina la traía desde las dunas al café, donde los clientes disfrutábamos del veranillo de san Miguel de aquella tarde de viernes de finales de septiembre. Debía de haber unas doscientas personas en la playa, pero es tan sumamente grande que parecía vacía. Eran en su

mayoría gente de Kent, madres e hijos que se habían acercado para aprovechar el sol de la tarde. Yo parecía la única persona sin perro, y el único hombre sin un juego de llaves colgado del cinturón. Entre los perros y las llaves, aquello sonaba y recordaba a una jornada de convivencia de una empresa de seguridad. Al parecer, en Kent se llevaban los perros pequeños: había cairn terriers, caniches, perros salchicha y algún que otro Jack Russell.

Cuando bajó la marea, la arena de Camber se llenó de charcas, lagunas y riachuelos improvisados que serpenteaban a través de la playa rumbo al mar. En el café, todas las madres ocupaban las mesas de plástico blanco y se encendían cigarrillos que duraban unos quince segundos por culpa de la brisa. En la mesa de al lado habían puesto las deportivas encima de las servilletas para evitar que se volaran. La mía ya se la había llevado un minitornado. Un grupo de niñas rubias con botas de agua negras y en fila de a dos, dirigidas por su hermana mayor, que llevaba el mismo calzado, destacaba por su reconfortante anacronismo entre tantas deportivas Nike y camisetas de Oasis. En el cielo debía de haber al menos una docena de cometas. Un joven con pinta de tipo duro se me acercó con su dóberman, tirando de la correa cada cuatro pasos y gritando «¡Ven aquí!». Al mirar al suelo, reparé en que me había sentado justo al lado de un *tupperware* con una etiqueta que decía: «Agua para perros». Había ido allí con la esperanza de encontrar algo de paz, pero me sorprendió la complejidad de la banda sonora: los gritos de los hombres, el ladrido frenético de un labrador atado, el rugido de la máquina de expresos Gaggia dentro del café, el chillido de una cometa acrobática de la marca Peter Powell que caía en picado y el susurro constante y seductor del mar lejano.

Me quité los zapatos y comencé un paseo descalzo de dos horas y media por la orilla de la playa, con el agua entre las rodillas y los tobillos durante buena parte del trayecto, mientras bajaba la marea. Como si la inmensa libertad que se extendía ante ellos no les transmitiera seguridad, la mayoría de la gente se quedaba en las inmediaciones del café, y apenas había recorrido unos cientos de metros cuando me vi completamente solo. La batalla de Inglaterra se había librado en el cielo que se reflejaba en esa arena húmeda y resplandeciente, abarrotada de lombrices. Pensé en los aviones

heridos que habrían regresado a través del canal de la Mancha para caer en picado en estas playas, en desesperados aterrizajes de emergencia que doblaban sus hélices como pétalos de margaritas gigantes. Antes había visto varios motores y hélices de esos antiguos aviones rescatados de la playa, apoyados en la pared de una cabaña de Romney Marsh como crucifijos destrozados: monumentos a sus pilotos y tripulantes desconocidos.

Elegí una montañita de arena seca, donde dejé la mochila y los zapatos y me puse el bañador, y me acerqué al agua para explorar lo que desde lejos parecía un tanque medio sumergido, pero que resultó ser un arrastrero naufragado con casco de acero. En esa zona, la playa tiene entre trescientos cincuenta y cuatrocientos cincuenta metros de ancho, y con la marea baja hay que caminar bastantes metros más por el agua antes de que sea lo bastante profunda para nadar. Esta, de color marrón por la arena revuelta, parecía algo más caliente que en Dungeness, pero seguía estando fría. Cuando me llegaba por la cintura empecé a nadar para examinar el barco oxidado. Estaba engalanado con jirones de algas y tachonado de percebes, y había un cormorán solitario encaramado en el puente de mando. Las olas de cresta blanca rompían en el banco de arena en el que debía de haber encallado.

Seguí nadando hasta llegar a mar abierto. Cuando me giré hacia la playa, distinguí a lo lejos a dos operarios, que antes había visto manejando un martinete en un muro de contención y que ahora se acercaban a toda prisa por la arena. Empecé a nadar hacia ellos y parecieron titubear; luego siguieron acercándose, pero dieron definitivamente la vuelta cuando salí del agua y me dirigí a mi toalla y mi ropa. Me avergonzó caer en la cuenta de que habían creído que iba a hacer como John Stonehouse, o el ficticio Reginald Perrin: dejar la ropa en la arena y desaparecer para siempre. Me acerqué hasta donde estaban, a punto de reanudar su trabajo, para disculparme y darles las gracias. Mi intuición no había fallado, aunque también les preocupaba que nadara con esas corrientes y que me hubiese alejado tanto; además, me confesaron que les había picado la curiosidad.

La historia de Stonehouse es una de las mejores y peores en los anales de la corrupción moderna. El parlamentario laborista por la circunscripción de Walsall desapareció el 22 de noviembre de 1974, un mes antes que lord

Lucan, y sus dos vidas quedaron curiosamente conectadas. Se denunció la desaparición de Stonehouse, al que dieron por ahogado en una playa de Miami, donde había ido en un sospechoso viaje de negocios para intentar salvar de la quiebra inminente a varios bancos en apuros. La última vez que lo habían visto se estaba metiendo en el agua, y la policía encontró su ropa en la playa. Los periódicos empezaron a publicar noticias sobre su presunto asesinato a manos de la mafia, y en Miami Beach encontraron un misterioso «abrigo de cemento» vacío. Se decía que había formado parte de una red de espionaje checa, y se confirmó que Harold Wilson, con el sentido del humor que lo caracterizaba, había mandado pichar el teléfono de Stonehouse mientras era ministro de Correos y Telecomunicaciones. La mujer del parlamentario, Barbara, afirmó que su marido tenía la costumbre de adentrarse solo en el mar, y estaba convencida de que se había ahogado.

Hasta que, justo antes de Navidad, la policía de Melbourne arrestó a Stonehouse, que viajaba por Australia con dos pasaportes falsos a nombre de un tal Markham y un tal Muldoon, que resultaron ser dos de sus antiguos electores de Walsall, ya fallecidos. Stonehouse, que usaba el pasaporte de Markham y vivía haciéndose pasar por Muldoon en un piso a las afueras de la ciudad, acudía con frecuencia a la oficina central de correos de Melbourne para comprobar su apartado postal.

Entretanto, otro caballero inglés alto y de aspecto distinguido, con el pelo negro y problemas de dinero, también había desaparecido. Todos los cuerpos de policía del mundo estaban sobre aviso para buscar a Lucan, en especial en Australia. Y la policía de Melbourne se había limitado a hacer lo que cualquier cuerpo habría hecho en esas circunstancias: mandó vigilar los apartados postales de la oficina de correos. Cuando vieron entrar con paso elegante a un caballero inglés alto, de aspecto distinguido y pelo encerado, no dieron crédito a su suerte. Lo arrestaron en el acto y, al llegar a comisaría, Markham/Muldoon/Lucan/Stonehouse las pasó canutas: al verse obligado a dar explicaciones por tener un pasaporte y un piso con sendos nombres falsos, su declaración sonaba kafkiana, y no le quedó más remedio que confesar que era un parlamentario fugitivo para convencer a la policía de que no era lord Lucan.

El naufragio estaba señalado con un tótem, y otros tres cormoranes de aspecto lúgubre habían vuelto para posarse de forma simétrica en sus brazos, uno a cada lado de la señal triangular de «Peligro» y otro encima. Las aves parecían arrugadas, y probablemente lo estuviesen, porque pueden vivir hasta cincuenta años. Cuando llegaron la puesta de sol y la marea baja, dos personas aparecieron en la gran playa desierta: la primera entró en el agua con lo que parecía una colchoneta doble, y la segunda, armada con una pala diminuta, se puso a excavar en busca de lombrices de tierra a la velocidad de un ave.

—Se mueven como un rayo —me dijo—. Hay que tener maña.

Le pregunté qué iba a pescar, y me dijo que él no pescaba: le atraía más el desafío de cazar lombrices de tierra, que luego repartía entre sus amigos. La colchoneta doble resultó ser una enorme red para pescar gambas, con la que su dueño rastrillaba el fondo de arena: después de cada pasada, la vaciaba en un barreño y, si encontraba alguna gamba, se la echaba por encima del hombro a un cubo de plástico que llevaba atado a la espalda. Al rato se le sumó un segundo pescador salido de la nada, también pertrechado con todo el equipo, que mantuvo una distancia respetuosa.

De pronto, en la arena brillante empezaron a aparecer por doquier figuritas que parecían pintadas por Lowry e iban de aquí para allá, picadas por la curiosidad de descubrir lo que la marea baja había dejado en la playa. Alguien había grabado un bonito círculo con un palo en ese enorme lienzo en blanco. Cogí un trozo de caoba dura, casi petrificado por el agua salada y desgastado por la arena, y lo sopesé. Era sólido y frío, casi tan negro como el carbón, y estaba salpicado de motas anaranjadas por el sulfato de hierro presente en el barro o en la arena en que había estado enterrado. Quizá hubiese formado parte de un rompeolas o un muelle. Al transportarlo tres o cuatro kilómetros en la mochila y luego dejarlo en mi taller de Suffolk para que se secase lentamente, volví a conferirle cierto peso, por así decirlo. Esos supervivientes de madera son señales de esperanza. Decidí convertirlo en una lámpara para una amiga a la que le encanta escribir de madrugada, a la deriva en un mar de papeles; un pequeño faro de escritorio para ayudarla a encontrar su rumbo.

La arena estriada era un reto para los pies, como caminar kilómetros y kilómetros por un tejado de hojalata. De vuelta al Kit Kat, pasé al lado de una hilera de casas de playa resguardadas entre las dunas; varias estaban vacías o en ruinas. Me llamó la atención un bungalow con paredes de tablas, tejado de madera, una ventana mirador y varias cristaleras que daban a la playa. El jardín estaba cercado e invadido por los glaucios, las coles marinas y las clavelinas de mar, plantas costeras de la zona. Me colé por un hueco en la cerca y eché un vistazo por una rendija entre las tablas que tapaban la cristalera. La escena me recordó a la de la señorita Havisham. La casa debía de llevar treinta años abandonada, pero cuando corrí las cortinas vi varias raquetas de tenis sobre la mesa, y la puerta abierta de un armario revelaba unos cuantos jarros de Marmite y mermelada Robertson's originales. Dos casas más allá, la influencia de Derek Jarman se había extendido desde la otra punta de la costa, y encontré un jardín jarmanófilo completo a escala real, con montañitas de guijarros, enormes vigas de madera vapuleadas por el mar y colocadas en vertical como megalitos; objetos varios de hierro oxidado, piezas de barcos, grasa, trozos de soga alquitranada tendidos como serpientes y plantas silvestres nativas en arriates de guijarros. El espíritu juguetón del jardín encajaba a la perfección con la atmósfera de aquel patio de recreo desierto e infinito. A nadie le sorprendería ver allí, un día cualquiera de verano, a Saint-Exupéry y al Principito bajando de un avión ligero en un espejismo sobre la arena caliente.

LOS SOMERSET LEVELS

Somerset, 14 de octubre

La bici de Bob estaba apoyada en la cancela. Vi su silueta agachada en la otra punta del huerto, recogiendo las manzanas de sidra que se habían caído con el viento para meterlas en sacos. Cuando me acerqué a la puerta de la caseta de madera, una ráfaga de gorriones salió volando de la prensa de sidra. En invierno, Bob limpiaría el polvo de las bandejas de madera y engrasaría los gigantescos ejes en espiral para volver a poner en marcha la prensa de la granja. Durante la guerra, la caseta de la sidra se había convertido en un pub oficioso, donde se servía «valor étlico» a los pilotos de los Spitfire destinados en el aeródromo al otro lado de los campos. Sidra, pan y mantequilla, eso era lo único que servían. Bob me contó que siempre deja que las manzanas se caigan antes de recogerlas. Eran manzanas Kingston Black, justo las que quería llevarle a un amigo suyo que vivía en Dowlish Wake, a unos kilómetros por la carretera. Con diecinueve sacos llenaría un barril.

La magia del tiempo de octubre había vuelto a cautivarme para poner rumbo al oeste, a la acuosa llanura litoral de los Somerset Levels, donde unos amigos tienen uno de esos pequeños y tradicionales huertos que antaño se veían en las granjas de toda la Inglaterra rural. La gente pasa como un rayo por las autopistas de los Levels y apenas repara en las praderas llanas, las filas prietas de sauces desmochados, las antiguas torres de las iglesias, las plantaciones de mimbreras, las marismas rezumantes, los pequeños huertos,

los ríos serpenteantes y las vacas. Sigue siendo un paisaje medieval, y la llaman «la tierra de los árboles trémulos» porque flota en una balsa de turba sobre el terreno pantanoso, y cuando un camión grande pasa por la carretera todo tiembla.

En un tramo salvaje del Isle, a kilómetro y medio del puente de Ilford, río arriba, me topé por casualidad con una poza perfecta. El cuadradito de madera encastrado en la orilla indicaba que era un punto de pesca; el número 38. Alguien había convertido esa cuenca reparada en un sillón natural de juncos y tierra compacta. Un riachuelo rápido con lecho de grava se vertía en una poza imprevista de tres metros de ancho, y las hojas de los sauces caídas al río se elevaban desde las profundidades como los cebos para lucios, girando y brillando bajo la luz del sol.

La intimidad de ese rincón inesperado suponía un grato contraste con el espacio amplísimo de la playa de Camber Sands, y decidí darme un chapuzón. Río abajo había visto huellas frescas de nutria en el barro de la orilla: si las nutrias consideraban que el río estaba a su altura, sabe Dios que también estaría a la mía. Después de arrancar unas cuantas ortigas de la zona por la que iba a entrar, me senté en el suelo para ponerme los escaupines de neopreno, y me pinché. Aparté unas cuantas hojas de lampazo y volví a intentarlo. Me lancé directo a la poza profunda, pero estaba tan sumamente gélida que solo pude dar unas cuantas vueltas como un cohete, con la respiración entrecortada, y salí escopetado. Luego llegó la sensación de euforia, fundida con el alivio de volver a notar el sol calentito secándome. De repente, todo parecía clarísimo y nítido. Los pequeños granos blancos de fertilizante resplandecían en la tierra marrón oscuro recién gradada, y una celosía de frágiles umbelíferas se recortaba, brillante, contra el cielo azul.

Luego descubrí por qué el agua estaba tan fría: más arriba, el río atravesaba un bosque sombreado. Seguí un canal de drenaje que cruzaba los campos entre sauces y alisos, preguntándome cómo demonios podría fluir a menor altura que el río. Los Levels, con sus bombas y esclusas, están repletos de ese tipo de misterios: hay agua por doquier. Bob me había contado que antes la gente se bañaba por toda la región. Él lo hacía en el Red Bridge de Isle Abbots, y al lado de la estación de bombeo de Ilton. En todos los pueblos de

la zona hay un «camino de las ranas», con un letrero que dice: «Esta carretera puede inundarse». De hecho, a orillas del Westport Canal conocí a una mujer que me dijo que, en su infancia, había tantas ranas en las praderas de su pueblo que los hombres se ceñían las perneras con cuerdas para que no se les metiesen en los pantalones.

Ese paisaje velado está repleto de senderos medievales y antiguas cañadas para los rebaños. Al anoecer, salí paseando de Fivehead por Swale Drove, rumbo a la marisma neblinosa. *Swale* es una palabra antigua que significa «agua turbulenta», y también es la raíz de *swallow*, sustantivo con el que el inglés designa al pájaro de vuelo agitado, la golondrina. Bajo la luz mortecina solo se veía el brillo tenue de la tierra fresca recién arada. Avancé apartando las lianas de zarzamora que colgaban de los setos que había a ambos lados del camino hundido, a tres metros de profundidad, que descendía hacia el páramo y el río; con los campos por encima de mi cabeza. Primero vi el ocaso rosa y violeta, como un cardenal, y luego el resplandor anaranjado de Taunton, a lo lejos. Solo se oía el claqueteo de una bomba de agua, a más de un kilómetro. Ya estaba lo bastante oscuro para perderse; y, aunque los letreros de madera grabada eran preciosos, haría falta calcarlos para poder leerlos. A la entrada de Swell Court Farm, un cartel indicaba un camino y rezaba: Antigua iglesia. Cuidado, tenemos dos pastores alemanes juguetones. Todos los álamos tenían colgadas de las ramas cestas gigantes con muérdago, que en la oscuridad podían confundirse con enjambres de abejas. Al observar los Levels, aún podía distinguir el trazado de los ríos y canales de drenaje, plateados bajo la capa de neblina.

El miércoles por la mañana, al despertarme, vi que el paisaje seguía inundado por la niebla, en la que flotaban las torres de las iglesias y los árboles. Al cabo de un rato se evaporó, dejando paso a una mañana azul y radiante, y aproveché para nadar en uno de los canales de drenaje rectos y larguísimos de las afueras de Hambridge, que atraviesan como espejos de cuerpo entero los pastos llanos de West Moor. Tenía unos cuatro metros y medio de ancho por metro y pico de profundidad. Ese fue un baño más pausado: el agua negra, a la que le daba el sol, estaba menos fría que la del río. Mis brazadas creaban una ola de proa que mecía los juncos de los

márgenes, y las anguilas se revolvían en el barro. Desde el agua vi Burrow Hill, y el árbol solitario en la cima de la escarpada colina. Había una silueta diminuta en un columpio colgado de una de sus ramas, recortándose contra el cielo azul.

Mientras mi cuerpo seguía quemando calorías después del baño, subí corriendo a lo alto de la espectacular colina, donde el hombre del columpio, que tenía un par de cabras blancas pastando en las inmediaciones, me ofreció amablemente subir. Desde ese columpio hay una de las mejores vistas de Inglaterra: los Levels se extienden kilómetros y kilómetros en todas las direcciones, hasta que los campos y los ríos desaparecen en la neblina. Balancearme en el aire, cuando ya venía con el espíritu elevado después del chapuzón frío, era como flotar sobre la tierra, como hacemos a veces en sueños.

En las faldas de Burrow Hill se encuentra Pass Vale Farm, una granja donde Julian Temperley hace sidra y la destila para obtener «brandy de manzana», como él lo llama, porque los franceses no le dejan ponerle Calvados. Pasé a verlo y nos bebimos unas copitas de sidra y brandy de manzana en su fresco granero, mirando hacia la puerta bañada por la luz, que enmarcaba al perro pastor en el redil, los huertos, las plantas de muérdago y los pollos, estirando las alas y asándose al sol. Julian me contó que los sidreros no hablan mucho entre ellos: guardan sus secretos como oro en paño.

Lo que no es ningún secreto es que en Inglaterra hemos perdido una parte enorme de nuestros huertos, que siguen desapareciendo a una velocidad alarmante. En los últimos treinta años, el área total que ocupan se ha reducido dos tercios en todo el país. En Somerset, más de la mitad de los pequeños y tradicionales huertos de las granjas ha desaparecido desde 1945. En Combe Florey, el pueblo de Auberon Waugh, los antiguos perales sucumbieron al arado hace diez años. Y Devon, el condado vecino, ha perdido el 90 % de sus huertos en cuestión de veinte años. Gran parte de la culpa la tiene la conversión agrícola: los granjeros descubren otros cultivos que dan más dinero; y, para más inri, hasta 1988 el Ministerio de Agricultura les estuvo concediendo subvenciones para arrancar los árboles. Sin embargo, hoy día muchos de estos pequeños huertos se destruyen para dejar paso al desarrollo.

Por lo general, los terrenos se encuentran en pueblos o ciudades pequeñas, y tienen el tamaño ideal para construir una o dos casas. Ironías de la vida, a menudo los dueños acaban llamando a esas residencias Orchard Close («Cierre del Huerto»).

El carácter y la diversidad de los viejos árboles frutales constituyen una parte esencial de la identidad de un lugar. Para hacer frente a esa crisis, la gente está empezando a plantar huertos comunitarios, y cada vez exige una mayor variedad de fruta local en sus tiendas. Como me indicó Julian Temperley, no somos ni la mitad de fieles a nuestras manzanas que los franceses a las suyas. Cuando ve manzanas francesas a la venta en los pueblos y ciudades de Somerset, se imagina cómo reaccionarían los franceses al ver manzanas inglesas en sus tiendas. «¡Prenderían fuego a la tienda!» Aunque puede que la situación esté cambiando. Cerca de Dowlish Wake, un granjero ha plantado diez hectáreas de manzanas de sidra y ha firmado un contrato de veinticinco años con Bulmers para suministrárselas. Las Kingston Black, las mejores manzanas de sidra, son ya tan escasas que su valor ha pasado de las cuarenta a las ciento cincuenta libras por tonelada —en Herefordshire hay un hombre que cosecha doscientas toneladas al año y al que le va muy bien—. Mientras tanto, se ha generado un acalorado debate entre los cultivadores de manzanas, divididos entre quienes podan las ramas para crear árboles con el centro hueco y quienes prefieren que sus manzanos tengan forma de árbol de Navidad; como en *Los viajes de Gulliver*, con los partidarios de cascar los huevos cocidos por el lado ancho o por el lado estrecho.

A poco más de tres kilómetros por la carretera, al otro lado de Kingsbury Episcopi, conocí a Brian Lock, que tiene ocho hectáreas de mimbreras en las marismas. En su caseta guardaba haces de mimbres de dos variedades, Belgian Red y Black Maul, apilados y ordenados por longitud. Me contó que había aprendido a nadar en el estanque de un molino del río Parrett, al otro lado de sus campos. En su momento, todo el mundo se bañaba en el río:

—En verano, todos los padres iban con sus hijos. Éramos un porrón de gente. —Se lanzaban desde las palas del molino de agua, y se quedaban flotando en la superficie para observar a las anguilas en el fondo del estanque

—. Nos gustaba acercarlos anzuelos con cebos, esperábamos a que picasen y empezábamos a nadar con la anguila en el sedal. —Hace un par de años, en un día caluroso, salió a dar un paseo con su perro por la marisma y se le ocurrió quitarse la ropa y bañarse desnudo, como cuando era un crío—. También nos bañábamos en los canales de drenaje —me dijo—. Nos bañábamos en todas partes.

En la década de 1930, en el colegio de Charlton Mackrell, un pueblecito a casi diez kilómetros de allí, en el trimestre de verano los alumnos y las alumnas daban clases de natación en el Cary en días alternos. Un granjero había construido una pequeña presa en el río con tablas, para que se formase una poza lo bastante profunda; y, cuando acababa de bañar a sus ovejas, empezaban las clases de natación. A los chiquillos les parecía de lo más normal salir del agua con una o dos sanguijuelas enganchadas, pero todos los niños del pueblo aprendían a nadar. Walter Long, el director del centro, entregaba a sus jóvenes nadadores un precioso diploma pintado a mano y una pequeña cantidad de dinero.

Había quedado con Bob en que esa tarde lo llevaría a Dowlish Wake para ver a un amigo con el que tenía que hablar sobre la recogida de las manzanas de sidra. Peter Hansford lleva años haciendo sidra en Oxenford Farm, y en su momento llegó a vender más de ochenta litros al día al New Inn, en el pueblo. En el campo había un tractor azul, enganchado a una correa que se perdía en el interior de la caseta para accionar la máquina de cortar manzanas. Nosotros también entramos.

En la caseta de la sidra del señor Hansford reinaba una atmósfera casi religiosa. Estábamos entre hileras de toneles oscuros, iluminados únicamente por una bombilla de sesenta vatios, colgada de una viga del techo llena de telarañas, y por la poca luz que se colaba por la puerta. Cada barril tenía entre ciento ochenta y doscientos treinta litros. Justo a nuestro lado había una fila de nueve, colocados sobre travesaños de madera, sin tocar el suelo. El señor Hansford extrajo un poco de ese néctar oscuro de uno de los barriles con grifo y nos ofreció media pinta a cada uno. Estaba viscoso, frío y fuerte; luego notamos de golpe el sabor de la fruta. Es probable que también fuese nocivo, pero me encantó, y no tardé en pimplarme un segundo vaso. Le

pregunté qué manzanas usaban para hacerlo.

—A este lo llamamos «Cóctel de mil sabores» —respondió el señor Hansford.

Antiguamente, la caseta era una sala de ordeño, pero ahora estaba dominada por una prensa de sidra gigante, situada en un extremo; justo debajo había un barril cortado, desde el que se distribuía el zumo a los otros barriles. Esa prensa había sustituido a la original, sobre la que había dos barriles de queroseno. Al parecer, uno de ellos debió de tener una fuga, y ya no hubo forma de quitar el olor a queroseno de la sidra. Al final, tuvieron que acabar quemando la prensa contaminada. En la otra mitad de la caseta había varias pilas de sillas, mesas sobre caballetes y una gran máscara de carnaval en la pared. Baco andaba por allí, dormido entre las sombras.

EL CAZ DEL MOLINO

Norfolk, 23 de octubre

Ya había vuelto a Anglia Oriental, y un día de cielo despejado, que siempre es un regalo en otoño, decidí cargar la bicicleta en el coche y pasar la tarde en Norfolk. Aparqué en Aylsham y me lancé sobre dos ruedas en busca de una poza del río Bure. Según el intrigante soplo que había recibido, se trataba de la poza predilecta de la familia de George Barker, y estaba tan escondida, al final de unos caminos serpenteantes, que, si lograba encontrarla, podría bañarme en la paz más absoluta. La llamaban John's Water, aunque nadie sabía por qué. El sol bajo de finales de octubre, que bañaba suavemente los caminos, proyectaba mi sombra pedaleadora varios metros por delante.

El anochecer me pilló atravesando el tramo del valle del Bure que pasa entre las fincas de Blickling y Wolterton Hall. Un velo de neblina cubría las praderas de riego, unos metros sobre el suelo, y se extendía por los sotos de alisos. Fue descendiendo por el valle, a través de los árboles y los setos, hasta el cuadro de mi bicicleta. Continué varios kilómetros por la carretera serpenteante, vadeando la neblina, hasta llegar a un molino solitario, pegado a un puente de ladrillo rojo de doble arcada. El vigoroso caz del molino pasaba a toda velocidad por debajo de una de las arcadas, y su agua turbulenta se adentraba con decisión en una poza amplia y oscura, formando tenues remolinos entre los espesos juncos y berros de los márgenes. La escena podía ser un cuadro de Constable. Había llegado a John's Water.

Apoyé la bicicleta en la pared de un cobertizo para carretas, me quité la ropa —había prescindido del traje de neopreno, aunque me alegraba de llevar el bañador y los esarpines— y metí los pies en el agua helada. Apenas cubría en el lecho de grava fina de la orilla, pero se iba hundiendo hacia el centro del estanque del molino. Al poco de lanzarme al agua ya no hacía pie, y nadé con la corriente hasta la desembocadura del caz del molino, debajo del puente. Me puse justo delante, y la fuerza del canal me arrojó río abajo, hacia una zona menos profunda, tapizada de algas. Seguí nadando por un agua que, si me ponía de pie, me llegaba a la altura de los muslos, como el hielo con una botella de champán en su cubo. El río estaba engalanado con trenzas de ranúnculo acuático, de un verde tan intenso que no me habría extrañado encontrarme en cualquier momento con Ofelia yacente en el lecho, rodeada de guirnaldas de flores blancas propias de otra estación. Estaba nadando en un témpano de hielo, pero todo era tan cristalino, tan dulce y exuberante, que no tardé en entrar en calor; luego di media vuelta y regresé a la poza, ora nadando, ora caminando por el agua rizada, arrancando hojas de berro a mi paso. Allí crecía uno de los mejores cultivos de berro silvestre que había visto, y por supuesto recogido, en mi vida: se agolpaba en los márgenes del río oscuro como cúmulos de nubes verdes. Di otras dos vueltas a la poza, surcando los rápidos del caz del molino, bajo los efectos del cóctel opiáceo que mi cerebro y mi cuerpo habían vertido en mis venas congeladas.

Al caer la noche, me senté en una de las viejas carretas del cobertizo para beberme el chocolate caliente que llevaba en un termo mientras oía los graznidos en falsete de las gallinetas entre los juncos, los chasquidos de un chochín inquieto y el estruendo continuo del caz del molino.

* * *

Había vuelto a Suffolk para prepararme para pasar el invierno en la casa: cortar leña, recibir el pedido de aceite para la calefacción y desarrollar mis notas delante de la chimenea. En el tiempo habían anunciado la primera ola de frío y, como cualquier habitante del campo, aquella noche volví a casa

alarmado y salí, avanzando a trompicones en la oscuridad, para cubrir con mantas el capó del tractor, meter el coche al granero para que no estuviese a la intemperie y dar a los gatos una ración extra de comida. La puerta de la cocina parecía un colador: el aire frío de la noche se filtraba por cada grieta y agujero de la madera podrida. A medianoche aún estaba peleándome con un rollo de cinta americana, parcheando la vieja puerta hasta que acabó pareciéndose al revoltoso protagonista de *Travesuras de Guillermo* cuando le pide a su hermana que le cure la cara después de una pelea.

A la mañana siguiente había empezado a llover con fuerza, y un camión cisterna apareció en mi jardín. El conductor bajó de un salto y me regañó por el estado del camino bacheado que atraviesa el parque y llega hasta mi casa.

—Tu caminito se las trae, macho, no está para un camión ¡Mira! Una de las luces de arriba se ha ido a tomar por culo y tengo todos los retrovisores torcidos. —Aún no había acabado de disculparme y prometer que iba a podar los árboles cuando empezó una diatriba contra mi tanque de aceite—. Al fontanero que te hizo eso habría que pegarle un tiro. —Empecé a sentirme profundamente incompetente. El día anterior, sus jefes habían echado a dos conductores por la escasez de pedidos—. Y hoy van y nos entran mil. —Luego, clavándome una mirada elocuente a través de la lluvia, que caía a cántaros, siguió hablando—: Los cabronazos esperan a la primera helada para hacer los pedidos. Luego todos se cagan por la pata abajo y te dicen que es urgentísimo, que casi se les ha acabado el aceite. Entonces llegas y aún les quedan por lo menos cuatrocientos cincuenta litros en el tanque, a los muy cantamañanas. Este verano nos hemos pasado una semana entera en el aparcamiento rascándonos la barriga, no ha llegado ni un pedido. Es de traca.

Trabajaba para la que en su momento fue una pequeña empresa de la zona, de trato afable, pero que recientemente había sido adquirida por un conglomerado nacional.

—Son unos cerdos; se comportan como unos cerdos. Te los cruzas por el aparcamiento y ni siquiera te miran. Y a la mínima que hagas algo mal te ponen en la reserva, y en el próximo turno no sales. Ya me dirás tú qué sentido tiene llevar así un negocio. Con la edad que tengo, debería darme igual, pero me hierve la sangre, no lo puedo remediar.

Se montó en el camión, aún cabreado, y en cuanto empezó a alejarse la rama de un árbol que crecía pegado al camino le arrancó un espejo retrovisor. El camión se tambaleó y dio un frenazo en seco que no prometía nada bueno. Cuando me acerqué, el conductor estaba en un charco, con los trozos de espejo en la mano.

—No me lo puedo creer —dijo, mirándose en los cristales rotos como Ricardo II, y con unas perspectivas laborales por el estilo. Lo invité a pasar a casa a tomar un té.

El terreno estaba demasiado húmedo para cavar, así que decidí ponerme a remover el compost —desde detrás de la pila se tienen las mejores vistas del foso— para variar, en vez de pasarme el día al escritorio, observando las gotas de lluvia deslizarse por los cristales. Podría decirse que la elaboración de compost es una versión agotadora de la cocina, y a menudo desprende un vapor gratificante. Había cogido la costumbre de usar periódicos en descomposición, y tenía una pila enorme que dejaba bajo la lluvia para que se empararan bien. Es mucho más fácil hacerlos trizas cuando están mojados; y, por supuesto, siempre hay que romperlos en la dirección de la fibra del papel. En ese sentido, los periódicos son exactamente iguales que los árboles.

De vez en cuando, una historia interesante interrumpía la tarea: «La Confederación de la Industria Británica cifra la limpieza de la contaminación en cuarenta millones de libras»; «¿Qué ha sido de nuestro río en tan solo un año?»; «Los pájaros del parque municipal están en peligro»; «Blair pone restricciones a los derechos de los senderistas». Me sentaba de maravilla hacer añicos las noticias de desastres medioambientales y convertirlas en compost; reciclar las malas noticias. El secreto para que los periódicos se descompongan bien es que siempre estén húmedos, y hay que colocar entre ellos capas de suculentas ortigas, consueltas, hierba cortada y estiércol. El foso se beneficia directamente de mi compostaje: como no uso fertilizantes artificiales en mi jardín, no se filtran al agua nitratos ni fosfatos que la contaminen. Sin embargo, el compost también se beneficia del foso: las algas que había dragado en verano con la cabeza del rastrillo se estaban descomponiendo. El compost es un ser vivo variado, que necesita respirar y que lo rieguen. Y aun en pleno invierno, cuando todo parece muerto, puede

estar lleno de calor simbólico. Es fundamental para la ecología de un jardín orgánico, y yo estoy completamente volcado con el mío.

Después de la paliza a trabajar, empapado de sudor, me di un chapuzón incandescente en el foso acribillado por la lluvia: nadé hasta el avellano, más o menos la mitad de un largo, y vuelta. Luego crucé el jardín trasero dando saltitos y, en cuanto entré en la casa, con el cuerpo rosáceo y humeante, me puse delante de la chimenea. Mientras escuchaba la lluvia fuera, contemplando las llamas, soñé con la sauna que algún día construiría al lado del foso: un caldarium rural. Lo único que hacía falta era una pequeña cabaña de madera bien aislada, con una caldera calentada con una estufa de leña, y un cartel de «Natando Virtus» encima de la puerta. Para lo que se llevaba en Europa o en tiempos de los romanos, no era una idea tan descabellada. Hace no mucho me hospedé en la casa que unos amigos alemanes, muy respetables, tienen en Austria, y cada santa tarde, antes de tomarse el té, toda la familia salía en tropel de la sauna y rodaba desnuda por la nieve.

PISCINAS DE PINGÜINOS

Londres, 2 de noviembre

En ningún momento había pretendido que la mía fuese una expedición exhaustiva de las pozas de todo el país, pero, sentado delante de la chimenea, revisando mis notas y mis mapas, una omisión muy obvia me llamó poderosamente la atención: no había nadado en casi ninguna ciudad, y apenas había metido un dedo del pie en el agua de Londres. Parecía lógico enmendar esa carencia de inmediato, catando las aguas urbanas en los meses de invierno. Así pues, me trasladé a mi nido de la gran ciudad, un piso que tengo en Chalk Farm, para nadar en la capital: empecé en los famosos estanques de Hampstead Heath, para luego pasar a las piscinas descubiertas de Parliament Hill Fields y Tooting Bec, la piscina del Real Club del Automóvil de Pall Mall, los baños turcos de Ironmonger Row, los baños de Marshall Street Baths y el centro deportivo Oasis de Covent Garden. El Támesis ha cambiado mucho desde que, una noche, un intrépido amigo mío nadara a solas entre las barcazas atracadas en Butler's Wharf. Ahora, las ordenanzas de la Autoridad Portuaria de Londres prohíben bañarse en el río. Además del peligro que entraña el tráfico fluvial constante, la propia agua, aunque ya no esté tan contaminada como antes, aún puede afectar gravemente a la salud. Eso sí, en las paredes de las oficinas de la Autoridad Portuaria aún hay fotografías de preciosas señoritas bañándose en la antigua playa del Puente de la Torre, y en la arena de Greenwich Beach hubo bañistas y puestos de helados hasta la

década de 1940. El Ayuntamiento se encargaba de llevar cargamentos de arena a las playas fluviales.

Siempre que podía me desplazaba en bicicleta, el complemento natural de la natación, y mi selección de piscinas fue hartamente aleatoria, aunque había un claro sesgo a favor de las descubiertas. Las posibilidades de nadar al aire libre en Londres son cada vez más reducidas. Ya solo quedan tres piscinas descubiertas en la ciudad: la de Tooting Bec, la de Parliament Hill Fields y la de Brockwell Park. Y la única oportunidad de nadar en aguas salvajes la representan los estanques masculino, femenino y mixto de Highgate, en Hampstead Heath, y el lago Serpentine de Hyde Park. Al margen de las tres o cuatro piscinas públicas descubiertas que quedan, no hay tu tía; a no ser que tengas la suerte de que te inviten a una piscina particular, como me había pasado a mí, en Highgate, un mes antes.

Mi amiga Lucy se había mudado recientemente de una casa del siglo XVI en Walberswick a un elegante piso en la cuarta planta de uno de los edificios más emblemáticos de la década de 1930: el famoso High Point, diseñado por Berthold Lubetkin, en Highgate. Lucy es una excelente nadadora, y me preguntaba cómo llevaría esa abrupta pérdida del mar. Unos meses antes había admirado en secreto su arrojo y su pasión mientras nos alejábamos juntos, con ella a la cabeza, de la playa de Walberswick, nadando mar adentro sin descanso, en línea recta hacia el horizonte. Yo di todo lo que tenía para seguirle el ritmo, suponiendo, craso error, que pararía más pronto que tarde y daría media vuelta. Ya estábamos flotando en las grandes olas de Sole Bay, casi en alta mar, cuando Lucy, fresca como una lechuga, me preguntó si me parecía bien que volviésemos a casa para tomar un té. «Mujer, ya que estamos, vamos a seguir hasta Ámsterdam», dije, tragando saliva y dando las gracias por ver al menos la costa lejanísima de forma intermitente, sobre las crestas blancas de las olas. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir en un cuarto piso de Highgate?

Encontré la respuesta cuando, asomándome con cautela, eché un vistazo por el balcón vertiginoso. Al mirar al jardín del edificio, vi el agua centelleante y rizada de una piscina en un rincón, detrás de las pistas de tenis. Lubetkin, que también era el diseñador de la Piscina de los Pingüinos del zoo de Londres,

estaba firmemente convencido de la influencia civilizadora de la natación, y la piscina era un elemento fundamental para el novedoso concepto de High Point. En consonancia con las ideas modernistas que fomentaban el ocio al aire libre y la exposición a la luz del sol, fuente de la vida, los residentes de las tres torres blancas de pisos dispondrían de su piscina descubierta climatizada, donde podrían reunirse y relacionarse con sus vecinos en un ambiente informal e incluso juguetero, muy parecido al de los pingüinos del zoo. Una piscina descubierta en la puerta de casa es el antídoto perfecto para el interior confinado, y aun claustrofóbico, de un piso: en un mundo ideal, todos los bloques de pisos y las urbanizaciones tendrían piscina. Me he dado cuenta de que muchos de los bañistas habituales de la piscina de Parliament Hill Fields viven en los bloques de ladrillo rojo cuyos espléndidos balcones floridos miran a la piscina desde el borde de Hampstead Heath. Muchos nadan entre las siete y las nueve de la mañana, cuando la entrada es gratis.

Después de cenar, cogimos las toallas, cruzamos el vestíbulo gigante, digno de transatlántico, y atravesamos el jardín por un camino serpenteante de cemento, parecido a las rampas en espiral de los pingüinos del zoo, esquivando las ramas de los sauces llorones. La piscina aguardaba en silencio, humeante en la noche, iluminada únicamente por un tenue foco en un extremo.

Entramos en el agua oscura justo después de medianoche. La luna estaba ahí detrás, pero había demasiadas nubes para verla. Con la nariz a ras de esa agua lujosa, nadamos bajo la fina cortina de vapor ascendente que flotaba unos centímetros sobre la superficie. Las mismas calderas que proveen de calefacción central a los pisos climatizan la piscina, uno de los servicios básicos que se ofrece a los inquilinos. Abre el 1 de mayo, y aquella era la última oportunidad para bañarse antes de que cerrase al día siguiente por el invierno. Medía unos catorce metros de largo y tenía forma rectangular, como todos los diseños de Lubetkin: las habitaciones, las puertas, las ventanas e incluso el mostrador de la portería. Tener un piso que dé a la piscina, justo encima de los vestuarios, ha de ser el no va más para un nadador. Los inquilinos de High Point valoran muchísimo su piscina, y pueden nadar a cualquier hora del día o la noche.

Está rodeada de árboles y bordes herbosos, y sus adoquines de piedra de York son más benévolos con los pies que las típicas losas de hormigón. Casi todos los vecinos de High Point la usan. Las señoras judías de chaquetas rojas con grandes botones dorados bajan por las tardes, igual que el famoso arquitecto que tiene un piso de Lubetkin como quien tiene un cuadro de Stubbs o Hockney. Hay una breve lista de reglas: «Prohibidos los juegos de pelota, prohibidos los perros...». No se me ocurre mayor placer que nadar a la intemperie, en plena noche y en un agua calentita, cuando el aire está helado. Es como estar bien arropado en la cama en una noche gélida y tener la ventana abierta de par en par. La sensación se intensificó cuando una ligera llovizna empezó a tamborilear sobre la superficie. Nuestras cabezas entraban y salían con sigilo del agua, y solo el golpeteo de las olas de proa contra el desagüe del extremo profundo delataba nuestra presencia. Me imagino que los vecinos del piso que hay justo encima estarán acostumbrados a los bañistas, como quien vive al lado de las vías y ya no le molestan los trenes.

La Piscina de los Pingüinos de Lubetkin, construida tres años antes que el edificio, en 1934, no solo fue la primera obra de arquitectura moderna británica que protagonizó titulares y cautivó el imaginario colectivo, sino que probablemente siga siendo, con mucha diferencia, la piscina más emocionante construida en toda la historia. Pero es que, además, se trata de un valiente experimento sobre vivienda compartida en una pequeña comunidad de aves cuyo aspecto y comportamiento es muy parecido al humano. Aquella noche me marché de High Point con la firme determinación de ir a verla en persona.

* * *

El domingo por la tarde crucé Regent's Park en bicicleta hasta llegar al zoo y, de camino a la Piscina de los Pingüinos, pasé al lado de un gorila que meditaba dentro de un barril de plástico, como Diógenes. Allí estaba el famoso recinto elíptico, con sus elegantes rampas blancas de hormigón curvado, resplandeciendo bajo el sol. Me abrí paso entre la multitud para

mirar a través del arco del proscenio de ese teatro vivo y ver a los pingüinos: estaban tomando el sol en esmoquin, en las rampas gemelas y espirales, construidas en voladizo, que causaron tal sensación en el mundo arquitectónico cuando se inauguraron en 1934. El ingeniero Ove Arup fue el encargado de la obra, lo que indica su gran implicación en el proyecto de Lubetkin. Ambos demostraron que el hormigón armado tenía un espectacular potencial como forma nueva y poética de construir, pues podía fluir y girar en espiral como el agua. Cada una de las estrechas rampas solo tiene entre ocho y quince centímetros de grosor; y, a pesar de no contar con ningún punto de apoyo en sus catorce metros, puede soportar el peso de veinticuatro personas distribuidas de manera equilibrada sobre ella. Esa asombrosa innovación técnica y la elegancia de la Piscina de los Pingüinos debieron de impactar sobremanera al público de la época. Las líneas nítidas, el carácter diáfano y la sencillez abstracta de la construcción permitían entrever las posibilidades que ofrecía la vida, para la gente y también para los pingüinos, en ese nuevo entorno moderno.

Se trataba de una exhibición arquitectónica en varios planos. Lubetkin acababa de fundar su empresa, Tecton, y la Piscina de los Pingüinos y la Casa del Gorila fueron sus dos primeros encargos. Estaban deseando mostrar cómo funcionarían sus nuevas ideas. Sin embargo, en otro plano, el diseño de Lubetkin expresaba su convicción de que un zoo debería recrear «el ambiente de un circo». Al igual que sir Peter Chalmers-Mitchell, a la sazón secretario de la Sociedad Zoológica, Lubetkin concebía la relación entre los animales del zoo y los visitantes como la que se establece entre los artistas y su público. Las rampas y las escaleras, al igual que la piscina central, pretendían destacar los dos aspectos enfrentados del comportamiento de los pingüinos que, en opinión de Lubetkin, más gustarían a la gente: sus andares cómicos y su pericia natatoria.

El recinto es un escenario; un escenario abstracto y surrealista, para más señas. Lubetkin había vivido en París y conocía a Picasso, Braque y Cocteau. Uno de sus encargos en la ciudad francesa, en 1927, había consistido en diseñar un club nocturno, el Trapèze Volant, para el artista circense, ciclista acrobático y actor de cine Roland Tutin. El club, con su poste, sus anillas y su

trapecio, era uno de los favoritos de los entusiastas surrealistas, y el equipo se usaba todas las noches. Hace ya mucho tiempo que se demolió, pero las fotografías te transportan de inmediato al circo, o a las jaulas de los monos de los zoos modernos. Huelga señalar los claros paralelismos entre la concepción del zoo como espectáculo de Lubetkin y la posterior evolución de los documentales sobre la «vida salvaje».

Se ha escrito mucho sobre la arquitectura de esa piscina vanguardista, pero entre las numerosas referencias a la geometría euclidiana, las dobles hélices y el constructivismo, apenas se menciona a los propios pingüinos. Lubetkin era un racionalista marxista, educado en la Rusia prerrevolucionaria, por lo que no cabía esperar que abrigase ideas románticas sobre los animales. En 1933 había completado su diseño original de la Casa del Gorila del zoo de Londres en el sorprendente plazo de entrega de cuatro días, por lo que no tuvo tiempo para investigar sobre gorilas todo lo que su perfeccionismo le debía de exigir. Pero, además del estatus de la piscina como edificio protegido y obra maestra indiscutible en miniatura, ¿qué les parecía a los pingüinos?

Había treinta y ocho inquilinos cuando fui a verlos. Eran las dos de la tarde y, a excepción de unos cuantos nadadores serios, la mayoría estaba tomando el sol en las rampas u holgazaneando cerca de sus casetas. Con esos trajes elegantes, las propias aves parecían diseñadas por el arquitecto. La mejor forma de describir su natación es como un vuelo subacuático. Se caen al agua (decir «lanzarse» sería excesivamente generoso) y se impulsan a toda velocidad con sus aletas, usando las patas como timón. La piscina elíptica solo llega a la altura de las rodillas del cuidador en las zonas más profundas, y apenas cubre quince centímetros en las orillas. En estado salvaje, los pingüinos pueden llegar a sumergirse treinta metros. Sin embargo, como apuntó uno de los cuidadores, «eso implicaría un montonazo de agua que habría que limpiar». Los pingüinos tienen forma de torpedo, y se dice que inspiraron el diseño de los submarinos modernos. Con sus franjas blancas y negras, al nadar parecen delfines. Pero los mejores nadadores son los pingüinos papúa del zoo de Edimburgo, que salen del agua con un salto a toda velocidad, como las marsopas, para tomar aire sin perder el impulso.

Los pingüinos del zoo de Londres no son reales ni emperadores, como

mucha gente se espera. Son una especie sudafricana, de patas negras y relativamente cortas, y a la mayoría los crían con biberón. Uno de sus cuidadores, Paul, me contó que a veces la vida en la piscina parece una telenovela. Los conoce a todos por su nombre:

—A algunos los saludas; otros son tus colegas, y también los hay que no se pasan de simpáticos. A veces Ulrika pica más de la cuenta, mientras que Jessica y Roy serían incapaces de matar una mosca.

Suelen emparejarse para toda su vida, y hay parejas consolidadas que comparten caseta alrededor de la piscina: Arnold y Vicky están en la n.º 2, Kojak y Felicity en la n.º 3, Spikey y Wanda en la n.º 4. A Wanda el nombre se lo puso Michael Palin, quien la adoptó y paga su mantenimiento. Spikey tiene veintisiete años, edad provechosa para un pingüino. Sobrevivir entre doce y quince años no está nada mal en estado salvaje, pero en el zoo viven más tiempo. Beatrice es la mayor, con treinta y tres años, mientras que Blind Pugh, el favorito de Paul, había muerto una semana antes de su veintiocho cumpleaños.

—Vivía en la caseta n.º 6 —me dijo— y lo encontraron tirado al lado de la n.º 5. Estaba volviendo a casa cuando su corazón dejó de latir, sin más. Tuvo muy buena vida. Fue un ataque cardíaco fulminante, así que ni siquiera se enteró.

A veces, entre los pingüinos de la piscina también hay excepciones a la monogamia. Como si estuviera hablando de su propia familia, Paul me confesó:

—Tuvimos una hembra, Dios la tenga en su gloria, que no era monógama. Hookbill era una fresca, le gustaba ir de flor en flor, e incluso acabó ayudando a incubar los huevos de otra hembra.

Otro pingüino, Bog, estaba emparejado con Jodie, a la que tuvimos que llevar al hospital del zoo porque contrajo una infección fúngica. La cuestión es que Bog creyó que había muerto, y estuvo de luto, pero luego empezó a cortejar a un par de viudas, Heidi y Gabriella: había redescubierto los placeres de la vida pingüina. Como era un macho disponible, varias de las hembras jóvenes sin pareja también se interesaban por él. Cuando Jodie por fin volvió del hospital, el pobre Bog no sabía qué hacer. Se pasaba las tardes

tomando el sol con Heidi en la rampa; luego bajaba a la orilla de la piscina para quedarse un ratito con Gabriella, que ya estaba incubando dos huevos. Después volvía, titubeante, con Jodie, al otro lado de la piscina. Como me dijo Paul: «El pobre estaba muy confuso».

Otro de los cuidadores, David, me contó que a todos los pingüinos les gusta nadar juntos a primera hora de la mañana, y otra vez a última hora de la noche, o por las tardes, si no hay nadie. Cree que su comportamiento cambia cuando se quedan solos. Además de entrar en el agua para zamparse los peces que les echan a la hora de comer, parecen nadar alegremente en la piscina, arriba y abajo, para hacer ejercicio y divertirse, igualito que nosotros.

Los nidos de los pingüinos son aún más modernistas que el propio Lubetkin: los construyen con un estilo *nouvelle cuisine*, disponiendo cuidadosamente capas de tres guijarros y un palo. El arquitecto insistió mucho en que el «Árbol del Cielo» se conservase allí, al lado de la piscina. Y no le faltaba razón, porque es un precioso representante de la naturaleza que contrasta con las líneas frías de su arte racionalista. Además, como indican los cuidadores, el árbol también es la fuente de las indispensables ramitas que cualquier pareja de pingüinos necesita para su nido. Se pasan horas debajo, como los clientes de John Lewis, hasta escoger la idónea. La tasa de fertilidad entre los pingüinos es baja por naturaleza; aun así, los encargados del zoo consiguen que eclosionen dos o tres polluelos al año. Entre los últimos en llegar están Rudolph, Tinsel y Noel, y sospecho que Paula Yates se encarga de ponerles nombre. (Lubetkin se habría opuesto a tanta sensiblería: cuando se trasladó a una granja de Gloucestershire, en 1939, se negó a poner nombre a sus cerdos, a los que llamaba por números.)

La Piscina de los Pingüinos es una metáfora arquitectónica tan irresistible que la revista *Mother and Child* no pudo evitarlo y ató cabos en noviembre de 1938:

Cuántos londinenses se han asomado por la barandilla de esa piscina, meditabundos, envidiando a los pingüinos al verlos atravesar como flechas el agua azul o subir torpemente por la preciosa rampa inclinada, y se han preguntado con tristeza por qué los seres humanos no podemos disponer, como los pingüinos, de un entorno tan adaptado a nuestras necesidades.

Al día siguiente, el agua profunda y natural del Estanque Masculino de Highgate estaba bastante más fría que la de la acogedora piscina de High Point a finales de septiembre. Es un maravilloso segundón para disfrutar de un buen baño, por detrás del Estanque Femenino de Highgate. Y hago esta afirmación con la autoridad que tiene la opinión de varias amigas mías que nadan ahí con asiduidad (Solo mujeres, reza un cartel imponente). Sostienen que sus aguas tienen que ser las más puras porque su estanque es el más alto de una serie descendente, y está alimentado directamente por el manantial de la colina de Kenwood. Hay muchas y sorprendentes octogenarias que nadan en ese estanque a diario; de hecho, el único accidente en los últimos años se produjo cuando una de las ancianas se pinchó con la verja al intentar colarse a deshoras.

La gente lleva más de noventa años bañándose en el Estanque Masculino, que no tiene nada que envidiar a ningún club de Londres en lo que a conversación, ambiente y cordialidad se refiere. Y, en cierto sentido, es un club más de Londres, aunque se encuentre en las antípodas de la exclusividad. La entrada, por supuesto, es gratuita, y para acceder se pasa al lado de un banco situado en la colina herbosa y soleada, con una inscripción grabada en memoria de un bañista al que sus amigos del Estanque Masculino llamaban «Carpa Dorada». En verano, el parque se convierte en una especie de punto de encuentro gay, más colorido si cabe. Allí pueden encontrarse todas las facetas de la vida humana, aunque no son los Sutro Baths de San Francisco, donde en las décadas de 1970 y 1980 se organizaban fiestas de «*boogie* bisexual» los viernes por la noche. En el recinto vallado, en el que se reúnen los nadadores serios y los amantes de la piel bronceada, la desnudez es de rigor. Un cartel avisa: «Solo se puede jugar al volante con permiso del socorrista». Hay quien toma el sol tumbado en una toalla sobre el suelo de hormigón y hay quien lee; hay quien juega al dominó y hay quien hace pesas. El bañador es obligatorio en el agua, y también en los trampolines, aunque ya no queda ninguna plataforma alta. El Highgate Diving Club se reunía aquí en los años treinta para practicar los saltos de cabeza desde una plataforma de diez metros. El 16 de agosto de 1930, sus miembros y los del Highgate Lifebuoys participaron en el primer carnaval acuático del parque, una

exhibición ante diez mil personas, y ejecutaron sus especialidades: los medios tirabuzones, los saltos a horcajadas y los carpados, los saltos encogidos y de cabeza, y los mortales con voltereta hacia delante.

Cuando entré en el recinto a la una y media, la universidad de la natación estaba en pleno período lectivo, y no pude evitar comparar esa escena con la que había visto en la Piscina de los Pingüinos el día anterior. Seríamos una docena en total. Dos taxistas estaban enzarzados en el eterno debate sobre la temperatura del agua con unos sesentones de Hampstead.

—Hoy parece que dentro del agua hace más frío porque la temperatura del aire es agradable —decían.

—En realidad, lo que enfría el agua en esta época del año es la duración de las noches —intervino un anciano de bigote blanco, llegado desde la otra esquina—. Los días son demasiado cortos para que vuelva a calentarse.

—El estanque baja a unos cuatro grados y medio en invierno, y ahí se queda —apuntó otro.

Todos coincidían en que, una vez que baja de los diez grados, apenas se nota la diferencia. Esa era, claro está, la versión para amantes del agua de uno de los cimientos de cualquier sociedad civilizada: la conversación sobre el tiempo.

Caminé por el muelle hacia el estanque. Cubre bastante, hasta seis metros, y el agua está verde, suave y fría. Es completamente natural, y las autoridades toman muestras con regularidad para analizar su pureza. Más que fría, estaba helada, y empecé a dar brazadas frenéticas, nadando en un círculo enorme que rodeaba las boyas donde los socorristas amarran su barca de remos. Luego pasé al lado de un par de fochas impertérritas y volví a la escalerilla: salí del agua sintiéndome «apuntalado», como dicen por aquí. En verano, cuando está más caliente, es un sitio precioso para bañarse con más parsimonia en sus márgenes arbolados.

Terry y Les, los dos vigilantes, estaban tan tranquilos en la ventana mirador de su caseta, que daba al estanque. En la pared había una fotografía de la pareja sobre el hielo, en el centro del estanque, y otra donde unos bañistas chapoteaban en un agujero abierto en el hielo. Los propios socorristas se meten en el agua al menos una vez por semana, «para no perder la

costumbre», y rescatan entre ocho y diez personas al año; «rescates auténticos, no falsas alarmas». La mayoría de los bañistas habituales, entre cincuenta y sesenta, acuden a primera hora de la mañana. Muchos tienen ya ochenta y pico años, pero aparentan sesenta. Todos se meten en el agua fría, y cuando está gélida nadan como un rayo los quince metros escasos que separan los dos muelles del estanque y salen con las mismas. Terry y Les coinciden: «Lo importante es darse el chapuzón».

AL VAPOR

Londres, 4 de noviembre

Como propietaria de Hampstead Heath, la Corporación de la City de Londres también posee y gestiona los estanques de Highgate, y se encarga de su mantenimiento sin coste para los bañistas. Solo por eso se merece todo el reconocimiento del mundo, pero también por respetar la decisión de no cerrar la piscina descubierta de Parliament Hill Fields, ni en verano ni en invierno, para que podamos nadar gratis desde las siete hasta las nueve de la mañana. Se trata de una de las pocas piscinas realmente espectaculares que nos quedan.

Al día siguiente, de buena mañana, entré con otros veinte o treinta bañistas habituales, y durante un momento glorioso, unos segundos de sosiego en el trajín, tuve los sesenta metros de agua para mí. La soledad duró un único y maravilloso largo. Los socorristas me doblaban en número, y la magnífica piscina resplandecía en el cénit de su belleza. La fantástica fuente con forma de helado, en un extremo, centelleaba bajo el sol, y en las gradas de hormigón reinaba un clima de expectación, como en un anfiteatro. Crucé a nado el agua fría y limpísima, y cada brazada esbozaba un arco perfecto de burbujas diminutas: todo estaba en equilibrio.

Cuando los nadadores hablan de que un agua es rápida o lenta, se refieren a cosas así. La ausencia de pequeñas olas, o de otros bañistas, supone que puedas moverte y respirar a un ritmo perfecto, y la música se apodera de

todo. La mente y el cuerpo se sumen juntos en un gozo puro y natural, y los largos parecen nadarse solos. La sangre canta, el agua cede; entras en un estado de gracia, que con cada brazada es más profundo y gratificante. Te sumerges y te acurrucas en el agua, como si llevaras toda la vida viviendo en ella, como si hubieras nacido de ella, y los pensamientos fluyen con ligereza y suavidad mientras nadas de un extremo a otro de ese mundo azul. La sublime expresión «sentirse como pez en el agua» surge de momentos como ese; o la palabra griega *ékstasis*, que significa «estar fuera de tu propio cuerpo» —exactamente lo que consigues al nadar en agua fría—. Si al salir de la piscina nos sentimos levitar, es porque estamos flotando sobre nuestro yo corporal.

La belleza de una piscina radica en su sencillez gráfica, que enmarca los complejos y exquisitos contrastes del mosaico de ondas serpenteantes y opalescentes proyectado en el fondo. Lo que ves cambia a tal velocidad que tus ojos no acaban de percibirlo. Quedas deslumbrado en todos los sentidos: lo que percibes no es tanto el agua cuanto la luz, y cómo el agua juega con ella. Desde la aparición de David Hockney todos miramos las piscinas de otra forma. Allí donde Courbet pinta una ola, Hockney pinta una salpicadura, o los coletazos de una manguera en un jardín. Sus piscinas son al mismo tiempo eróticas e inocentes, igualito que las reales.

También existe afinidad entre las piscinas y los jardines de césped. Ambos son simulaciones de la naturaleza, cuyo ingrediente esencial —el estado salvaje— se ha filtrado cuidadosamente para eliminarlo. Se asemejan a la vida, pero no están vivas: el jardín se ha reducido a una sola especie de hierba; el agua de la piscina ha sido neutralizada. Ambos son grandes símbolos de estatus: los productores de Los Ángeles se sientan «al borde de la piscina» a leer guiones; el presidente da un discurso desde el jardín de la Casa Blanca. Además, las piscinas y los jardines de césped exigen un trabajo de mantenimiento ininterrumpido: en California, después de hacerte «la piscina», tienes que contratar a un cuidador para que saque las hojas con el salobre y lo tenga todo en orden. Asimismo, los dos exigen una cantidad ingente de recursos hídricos y productos químicos: en los Estados Unidos, el siseo de los aspersores de los jardines en verano supone un importante

problema medioambiental, al igual que la demanda de agua dulce para las piscinas. En todos esos sentidos, un jardín o una piscina particular son como un coche.

Sin embargo, las piscinas también resultan profundamente atávicas. Lo notas en cuanto pasas por el torniquete: los gritos se encuentran en la frontera entre el terror y el éxtasis. Oyes algo parecido cuando dejas a los niños jugar con la manguera en el jardín. En la piscina, ese impulso a hacer ruido es una especie de grafiti acústico, una respuesta al eco luminoso de nuestra voz, que rebota en la pared invisible de aire húmedo; un aullido de alivio colectivo al desprendernos de la ropa y las ataduras que conlleva. Supongo que por eso las piscinas están llenas de reglas arcanas, por cuyo cumplimiento vela el estridente silbido del socorrista.

Un verano yo mismo fui socorrista en la piscina descubierta de Wealdstone, en la misma carretera de la Railway Tavern, el garito donde los Who dieron sus primeros conciertos. La piscina sigue allí, vacía desde hace cinco años, cuando el Ayuntamiento la vendió a una empresa llamada Relaxion. Todas las piscinas descubiertas de mi juventud han corrido la misma suerte. La piscina de Kingsbury, a escasos kilómetros de allí, se convirtió en una escuela de equitación, y luego en un centro de jardinería. La piscina de Mill Hill, al parecer, desapareció sin dejar rastro. Y la de Finchley Road se hundió bajo unos grandes almacenes. En la laguna de Ruislip Lido la natación es cosa del pasado, y en Kenilworth, donde el tío Laddie me enseñó a nadar, aún hay una pequeña piscina al aire libre al lado de la nueva piscina cubierta, pero no es más que una caricatura simbólica de sus antiguos días de gloria.

El olor a lejía en el hormigón húmedo de los vestuarios de Parliament Hill me llevó de golpe a la piscina de Wealdstone. Llegábamos a las siete en punto, media hora antes que los bañistas más madrugadores, para limpiar la piscina con una antigua aspiradora acuática y dejar como los chorros del oro los vestuarios y los baños, la tarea más ingrata. Como era un socorrista de casta baja, me correspondía pasar la primera hora de mi jornada laboral con un cubo metálico lleno de lejía y un cepillo de mango largo, que iba perdiendo las cerdas en el potente líquido alcalino. Me metía con mi cepillo en esos lugares fríos, húmedos y sombríos para quitar los escupitajos, los

chicles y las gominolas derretidas, y llevarme las toallas y los bañadores húmedos que habían dejado en el suelo. Aunque lo más importante para Fred, el encargado de la piscina, a cuyas órdenes estaba, y que había completado la travesía del canal de la Mancha, era mi cometido extra: armado de cepillo y cubo, patrullaba entre las lúgubres hileras de los vestuarios en busca de pintadas. El encargado quería que su piscina también estuviera impoluta en su cabeza.

Cada cubículo era una cueva, en cuya insólita intimidad su ocupante podía dar rienda suelta a los instintos primitivos que lo habían hecho gritar en la piscina, remontarse al cavernícola que llevaba dentro y dibujar sus objetos de deseo en las paredes de caoba oscura, igualito que sus antepasados en la cueva de Lascaux. Y si los artistas de Lascaux pintaban a sus animales favoritos, el Hombre o el Niño de Wealdstone garabateaba versiones primitivas de genitales, masculinos y femeninos. Nunca había cuerpos enteros, siempre eran miembros sueltos, como las cabelleras de los indios o los trofeos de caza: la cola del zorro, la pata de la nutria, la cornamenta del ciervo. La Mujer o la Niña de Wealdstone era aún más activa, si cabe, dentro de su confesionario húmedo. Resultaba imposible borrar por completo muchas de esas inocentes obras de arte, y con el paso de los años se habían ido acumulando las capas, creando un interesante efecto *collage*: cada cubículo era una crónica del deseo, un Club de los Miembros Solitarios.

Fred, el encargado, entrenaba a gente que quería hacer la travesía del canal de la Mancha: acudían a diario para una sesión matutina y nadaban muchos kilómetros por semana, espoleados por los exabruptos ariscos de su instructor, arrodillado al borde de la piscina. También llevaba otra piscina descubierta que había en la colina de Harrow, y a veces nos mandaba a mi compañero Roy y a mí hacer nuestro turno allí. Esa piscina también ha desaparecido, pero era preciosa, con su jardín, su puesto de algodón de azúcar y sus plataformas para saltar. El mejor momento era a primera hora de la mañana, cuando la piscina estaba sumida en la calma más absoluta y cada chasquido del torniquete se oía hasta en los trampolines, mientras el sol dibujaba pequeños arcoíris en el agua pulverizada de las mangueras con las que humedecíamos el suelo. Los profesores de Harrow iban muchas mañanas

a darse un chapuzón temprano, lejos de los chiquillos, y uno se pasaba el rato paseando alrededor de la piscina mientras leía *The Telegraph*. Fred se quedaba en la oficina que había al lado del torniquete o estaba fuera, en la piscina de Wealdstone, y los socorristas teníamos un vestuario solo para nosotros, con un banco al sol en la puerta, donde leí todo *Middlemarch* y buena parte de *Dombey e hijo*. Me aterraba tener que salvar a alguien, por si fallaba, y, aunque creo recordar que ayudé a varias personas en apuros moderados, tengo claro que no salvé ninguna vida. Aunque sí me percaté de que, cuando pasaba cualquier cosa, a Roy se le metía de repente algo en el ojo, o desaparecía en la caseta sin previo aviso. Una vez que se echaba aceite para tomar el sol, ya no le gustaba mojarse.

No tardé en descubrir que nuestra caseta era el cuartel general del hampa de la zona, donde el concesionario del algodón de azúcar y su liga de caballeros se reunían para planear sus golpes, como el robo nocturno de cigarrillos en el cine del barrio. Durante sus reuniones, nos invitaban amablemente a Roy y a mí a desalojar la caseta, aunque no éramos unos soplones y nunca dijimos ni pío sobre nuestros afables compinches de los bajos fondos. Siempre creí que les habría resultado más cómodo celebrar sus encuentros en la piscina, donde sería imposible oírlos con el estruendo general.

En los años cincuenta y sesenta, las visitas a la piscina siempre iban acompañadas del temor ante la posibilidad de contraer alguna enfermedad, sobre todo polio, cuando había brotes y verrugas. Había cestas de acero para la ropa, un dispensador de cera Brylcreem para el pelo en la puerta del vestuario y, en la cafetería, Wagon Wheels y Penguins, bizcochos recubiertos de chocolate y caldo de carne Bovril. Y siempre, por doquier, niños tiritando. Los días que tocaba natación en el colegio, el olor a ropa mojada impregnaba la clase, y la humedad se filtraba para dejar manchurroneos de tinta en los libros de ejercicios que llevábamos en la mochila.

Al menos nos dejaban llevar bañador. En el colegio de un amigo, quienes no sabían nadar tenían que bañarse como Dios los trajo al mundo, y no se ganaban el derecho a ponerse el bañador hasta que aprendían. En su día, en el colegio privado de Bedales, en Dunhurst, obligaban a niños y niñas a bañarse desnudos y juntos hasta los doce años, cuando se graduaban y pasaban al

instituto. Para entonces, muchas de las alumnas ya casi estaban en edad de merecer, y varios amigos que estudiaron allí a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta recuerdan pasar una vergüenza indecible cuando acababa la clase de natación y tocaba salir de la piscina. Para aparente desconcierto del profesor de Educación Física, había largas filas de chavales tumescentes que se quedaban escondidos en la piscina mientras las jovencitas, que ya no eran unas chiquillas, se ponían la ropa. Daniel Defoe dejó constancia de la naturaleza fundamentalmente erótica de las piscinas en su descripción de los baños mixtos de Cross Bath, en la ciudad de Bath, en 1724:

Las damas y los caballeros fingen guardar las distancias, y cada cual mira para su lado, pero aquí también es habitual verlos mezclados, como en los King and Queens Baths, aunque no con tanta frecuencia. Como es una piscina estrecha, conversan con libertad, charlan, se hacen carantoñas, juramentos y, a veces, el amor. Y, después de pasar una o dos horas entretenidos, llaman a sus cocheros y vuelven a sus casas.

De la piscina popular de Parliament Hill Fields me fui directo a la selecta piscina de Pall Mall. El agua suave y sedosa que iba a encontrarme esa noche estaba varios grados por encima, en todos los sentidos. En el invernadero de naranjos del Palacio de Buckingham hay una preciosa piscina que usan sobre todo la princesa Margarita y otros miembros de la familia real, y habían denegado con un tacto exquisito mi solicitud para bañarme en ella. Así pues, cogí mi bici en Chalk Farm y me dirigí al Real Club del Automóvil, en el número 97 de Pall Mall, con mi clásica mochila de lona gris en la que guardaba el bañador y las gafas. Cuando la dejé en el guardarropa, el portero la cogió estirando bien el brazo y la dejó al lado de una fila de maletines negros relucientes. El edificio es inmenso y majestuoso, y al verlo no cabe ninguna duda de que los coches están en el mismísimo centro del poder y la influencia de este país. Atravesé el vestíbulo palaciego y me reuní con mi anfitrión, Michael, un abogado con el que había pasado unos días caóticos en la Bretaña, ayudándolo a hacer sidra, hacía un par de años. Para en el club varias veces por semana, de camino a su casa en Mayfair, y también juega un partido de squash todos los sábados por la mañana.

Había oído hablar de aquellas magníficas piscinas y baños de vapor, y una

vez había visto la piscina principal en *The Fishing Party*, un clásico de los documentales de Paul Watson sobre la nueva moralidad que se instauró con la llegada de Margaret Thatcher. Cuando nos cruzamos con el *maitre* en las escaleras, insistió en llevarnos al sótano para enseñarnos el vanguardista sistema de purificación del club. El agua recibe un tratamiento francés, con ozono, en vez de cloro, de manera que la piscina es mucho más ecológica. El sistema acaba con los estragos del cloro y genera un agua que no irrita los ojos, la nariz, el pelo ni la piel. No veía la hora de lanzarme a la piscina, pero antes nos asomamos a los baños turcos. Varios hombres envueltos en toallas, guardando un estricto silencio, leían en sus sillas reclinables o sudaban tumbados en unos cubículos recubiertos de caoba.

La piscina era alargada y verde, de techo alto y majestuoso estilo bizantino, y tenía columnas de mosaicos turquesa y un amplio suelo de terrazo. Los acabados eran de mármol, y una tibia lluvia pulverizada caía al agua en el extremo menos profundo. Las columnas resplandecían con un brillo serpentino, y una atmósfera de opulencia romana lo impregnaba todo. Aquello podría estar perfectamente en Herculano, o ser una de las termas de Diocleciano. Había dos caminos de madera alrededor de la piscina: verde para quien llevara zapatos y azul para quien fuese descalzo. Al igual que en los baños turcos, reinaba una atmósfera sosegada y contemplativa, y en el agua había hombres y mujeres. Tenía espacio de sobra para hacer largos o conversar. Michael y yo hablamos sobre las recetas con anguilas, la natación en el mar de Cornualles, los baños de lodo en spas pirenaicos y sus primeros intentos de nadar en los baños públicos de Bolton. Que la piscina estuviese a rebosar y el agua cayera por unas discretas rejillas que rodeaban todo su perímetro era fundamental, pues transmitía una sensación de libertad y una agradable unidad arquitectónica. No te sentías tanto como un pez en una pecera.

Lo más interesante era la tranquilidad que reinaba en el ambiente; podíamos hablar sin levantar la voz. Además de la grata ausencia de cloro, esa agua espléndida estaba a la temperatura perfecta. Un par de miembros veteranos ocupaban sendas tumbonas al borde de la piscina y observaban a los nadadores entre cabezada y cabezada. Antes de salir, dejamos los bañadores

en una minisecadora; luego atravesamos una sala alargada, rodeando una mesa enorme cubierta de periódicos, y nos dirigimos a la comodidad del bar para tomarnos una cerveza en un sofá de cuero delante de la chimenea. Se me ocurren bastantes formas peores de culminar un baño.

A la mañana siguiente, cogí la línea norte en Chalk Farm y, después de bajar en la parada de metro de Tooting Bec, atravesé paseando el parque de Tooting Common hasta llegar a la Tooting Bec Lido. El tamaño descomunal de esa piscina descubierta me sorprendió. Mide noventa metros de longitud por treinta de anchura, por lo que solo hay que hacer once largos para nadar un kilómetro. No es de extrañar que los nadadores del canal de la Mancha y los triatletas entrenen allí las distancias largas, porque es la piscina más grande de Londres con diferencia. Luego reparé en la colorida fila de vestuarios que había pegados a la piscina, con puertas rastafaris. Eran rojas, verdes y amarillas, y los colores bailaban en el agua. Una fuente resplandecía como el hielo en el otro extremo, delante de la cafetería. Varios miembros del South London Swimming Club, que dirigen la piscina, me recibieron con una taza de té. La afable atmósfera de la Tooting Bec Lido, casi familiar, y la implicación de todo el mundo fueron evidentes de inmediato.

El club se remonta a 1906, cuando cuatrocientos desempleados excavaron y construyeron la piscina original. Con sus más de quinientos miembros, entre ellos las doscientas «Sirenas de Bec», debe de ser uno de los grupos de bañistas más nutridos y emprendedores del país. En 1991, cuando se amenazó con el cierre de la piscina en los meses de invierno, se mantuvieron firmes y negociaron con vehemencia con el Ayuntamiento de Wandsworth para hacerse cargo de la gestión de la piscina descubierta cuando acabase la temporada de baño. Los miembros del South London Swimming Club adoran los baños en agua fría, y rompen el hielo si es necesario para poder nadar un ancho; además, todos los años hacen carreras en Navidad y Año Nuevo. (Yvonne Wood ganó la carrera femenina de 1995, a sus setenta y tres años.) Si la temperatura de la piscina es de cuatro grados o más, nadan dos anchos. Si es inferior, solo uno. En los meses de invierno reciben a unos cincuenta

bañistas al día, y en los días calurosos de verano los clientes pueden ascender hasta los seis mil.

La piscina estaba unos quince grados más fría que la del Real Club del Automóvil, y me sorprendió sobremanera la resistencia del personal, que apenas parecía sentir el frío —algunos eran claramente nadadores de larga distancia en pleno entrenamiento—. Nunca me ha importado que los nadadores de crol me superen en número mientras hago mis largos a braza, aunque en Australia, como explica Ken Worpole en su libro *Cerca del río*, el estilo braza se considera, al parecer, poco masculino. En su primera visita a Australia y a sus piscinas, empezó a notar que siempre era el único hombre que nadaba a braza, y preguntó el porqué.

—Porque en Australia, Ken, los estilos tienen un clarísimo sesgo de género —le respondió su anfitrión, un sociólogo.

* * *

«Necesito un buen baño de vapor», dice uno de los personajes de la obra de teatro *Al vapor*, de Nell Dunn. Como el cuerpo me pedía exactamente lo mismo, después del chapuzón en Tooting Bec salí del metro en Old Street y me acerqué paseando a los baños turcos de Ironmonger Row Baths, fuente de inspiración original para la obra de Dunn. A diferencia de los baños de vapor monásticos del Real Club del Automóvil, Ironmonger Row era un auténtico mentidero. Todos íbamos con las grandes toallas blancas que nos habían dejado en recepción, como los romanos. Cuando entré en aquella sala cargada y húmeda, un irlandés invisible acaparaba la atención contando chistes. Estábamos todos muy juntos, y debíamos de recordar a una versión cosmopolita del dibujo que David Hockney hizo de Richard Neville y compañía, los tres acusados del juicio contra la revista *Oz*, desnudos. En el baño turco hay espacio para unas ocho personas; diez si se aprietan. Estábamos sentados en fila, frente a frente, como jornaleros que van al trabajo en la parte de atrás de una furgoneta o viajeros de metro en cueros. El vapor se eleva desde el suelo, a través de los listones de madera. De vez en

cuando, unos fuelles invisibles lanzan nubes a la oscuridad goteante, y empieza una conversación, o alguien cuenta un chiste. Luego reina el silencio, interrumpido por una voz espontánea salida de la niebla, cuyo origen concreto a veces cuesta determinar. Solo se distinguen tenues siluetas rosas o negras.

El anonimato y la igualdad de la desnudez que propicia el vapor cegador parece ejercer una influencia liberadora. Es como una reunión de cuáqueros, pero profundamente libre y hedonista. Cada cual hace algo: unos se enjabonan, otros se untan el cuerpo con ungüentos. John, el irlandés bromista, le dice a su vecino:

—Échate de esto; es un exfoliante. Te deja la piel suave como la seda.

El joven de enfrente, un repartidor en bicicleta, tiene unos abdominales de hierro corrugado, de los que se ven en los anuncios de vaqueros, y para de contar. John le pregunta:

—¿Es verdad eso que dicen de que es imposible tener una tableta de chocolate si bebes, aunque solo sea los sábados por la noche?

Sigue una detallada conversación sobre las técnicas y las condiciones para tener una tableta de chocolate, mientras que, en el rincón más caluroso, en el extremo más alejado de la puerta, un tunecino alto se enjabona una y otra vez de la cabeza a los pies, murmurando palabras de ensalmo. Nadie sabe si es religión u obsesión, y a nadie le importa.

La gente va y viene, moviéndose de forma ritual entre el baño de vapor, la ducha, la piscina fría y el caldarium; disfrutando de las sensaciones salvajes que acompañan a los extremos. En la piscina del Real Club del Automóvil había duchas con alcachofas gigantes cromadas. Allí, en cambio, al lado de las duchas había mesas de masaje de mármol, donde un grupo de mecánicos negros pasaba el rato chismorreando sobre sus amigos, en un tono de voz que se elevaba sobre el siseo y las salpicaduras del agua caliente:

—Tiene una mujer fetén y un montón de coches, pero está a nada de mandarlo todo a la mierda; y la cuestión es que lo sabe, dice que es su destino. Si es que se le ve en la cara: es incapaz de controlarse.

El frigidarium está extraordinaria y ofensivamente frío: se baja por unos peldaños de piedra a ese profundo caldero de dolor, que se convertirá en el

mayor de los placeres al pasar al caldarium inminente. Hay un enorme grifo frío de latón abierto al máximo, del que mana a borbotones una cascada gélida, llegada de la red de suministro que pasa bajo el asfalto de las calles Shoreditch y Hackney, justo encima. Allí estás en uno de los ríos secretos de Londres.

Antaño, muchísima gente de Islington y Hackney acudía a los baños públicos para lavarse y hacer la colada. Ahora, el énfasis se pone más bien en el placer y el bienestar físico, aunque no eran pocos los hombres que estaban afeitándose, echándose champú o frotándose para quedarse limpios como una patena. Estoy absolutamente convencido de que esa experiencia debería ser mucho más accesible, por el mero hecho de que es fantástica para la salud. Los tratamientos con agua en spas o centros de salud ofrecen unos beneficios enormes como medicina curativa, pero su mayor potencial radica, sin lugar a dudas, en la medicina preventiva. Los baños con agua caliente son una parte fundamental de la cultura japonesa, y en su momento la mayoría de los barrios tenían su *sentō* o baño público. Hoy día ya no quedan demasiados, pero aún son muy populares, sobre todo entre la gente trabajadora y, en los últimos tiempos, entre los jóvenes. Muchas de las personas que visitan Japón piensan que el calor excesivo de sus baños —que a veces alcanzan los cincuenta grados centígrados— demuestra que los nipones están adaptados, por genética, para soportar las temperaturas altas. En realidad, es cuestión de aclimatarse, y me consta que alternar alegremente las piscinas muy calientes y muy frías es una experiencia estimulante. La filosofía de los baños consiste en acostumbrarse a un extremo para que se convierta en la norma. Que merezca o no la pena depende de si consideramos que el agua caliente puede producir un inmenso placer mental y físico. La limpieza es igual de beneficiosa que el relax y la estimulación para renovar el alma urbana.

La mayoría de las personas que acuden a Ironmonger Row son clientes habituales, por el mero hecho de que, por unas pocas libras, se obtiene una experiencia extraordinariamente placentera. Son esa gente que, en *Al vapor*, Josie define como «los hombres y las mujeres normales y corrientes que llevan toda la vida viniendo a los baños a darse un chapuzón, hacer la colada o reunirse, envueltos en vapor, para relajarse y echar el rato». La próxima vez

que paséis por allí y veáis a alguien bajando a Ironmonger Row con cara de estar en el séptimo cielo, ya sabréis el porqué.

En *Al vapor*, las bañistas llevan a cabo una ocupación de su piscina y baños turcos en escena, para salvarlos de la amenaza del cierre. Un día de la semana siguiente, a media tarde, había quedado para jugar el último partido de waterpolo en Marshall Street Baths, en el Soho, antes de que cerrasen los baños por un controvertido plan del Ayuntamiento de Westminster para privatizarlos y vender el terreno, donde se construirían bloques de pisos. La idea de los promotores era reabrir la piscina como parte de un gimnasio privado, cuyos miembros disfrutarían de unos «servicios preferentes». Los bañistas en pie de guerra me habían invitado a sumarme a ellos después de leer un artículo a favor de la natación que había escrito para un periódico.

La piscina pública de Marshall Street siempre ha sido muy valorada por los vecinos del Soho y por los oficinistas y dependientes del West End, y muy pocos de los nadadores que iban a la hora del almuerzo o a última hora de la tarde podrían permitirse la cuota de un club privado. Los jugadores de waterpolo y los usuarios habituales habían formado un grupo de presión para oponerse a la privatización y asegurarse de que la piscina seguía abierta para todo el público. Mientras deambulabas por el Soho en un día caluroso, podías mirar por las puertas del edificio, abiertas de par en par, para contemplar el elegante techo abovedado, como en una estación de trenes francesa, y ver a los nadadores haciendo sus largos de rigor al nivel de la calle. La de Marshall Street es una de las piscinas cubiertas más bonitas del país. Habida cuenta de que la natación es el deporte más practicado en el Reino Unido, me parecía increíble que Londres siguiera privatizando piscinas tan valiosas y apreciadas como esa.

La sesión de waterpolo arrancó con un entrenamiento intenso, en el que nadamos varios anchos a un ritmo endiablado. Luego comenzó el partido del deporte más rápido, brusco y exigente habido y por haber, una melé de estilos —crol frenético, braza seca e incluso mariposa— con la que los jugadores perseguían el balón de un lado a otro de la piscina. Para ganar se necesitaba

un arrojo temerario, una aceleración de cohete y no tener el más mínimo escrúpulo. Era como el mercado de valores. Los goles se anotaban a una velocidad desconcertante, en una vorágine de agua blanca pensada para camuflar todas las faltas flagrantes que se cometían por doquier bajo la superficie. Dicho así, podría sonar como algo exclusivamente masculino, pero había jugadores de ambos sexos practicándolo con un placer desinhibido.

El último partido acabó, pero no así la batalla de los bañistas para convencer al Ayuntamiento de Westminster de que reabriese Marshall Street Baths como una piscina pública asequible, en la que todo el mundo estuviese en igualdad de condiciones. Entonces llegó el fiasco: el promotor del terreno se echó atrás, y dejó los baños cerrados y a los bañistas tirados y secos. El Ayuntamiento de Westminster aún se niega a aprobar la subvención necesaria para garantizar que el edificio tenga futuro como piscina pública. Quizá los bañistas deberían buscar la colaboración del fotógrafo Tom Merrillion, cuya preciosa exposición de imágenes captadas en los Moseley Road Baths de Birmingham, y expuestas recientemente en el West Midlands Arts Centre, contribuyó a evitar que el Ayuntamiento de Birmingham cerrase la piscina.

El invierno había llegado para quedarse, y ya hacía un anochecer gélido cuando salí a Marshall Street y zigzagueé entre el tráfico con mi bicicleta para darme un segundo chapuzón en la piscina descubierta Oasis de Covent Garden. Cuando llegué a la puerta, en la esquina de Endell Street, tenía la cara entumecida: eran las condiciones perfectas para bañarse al aire libre.

Me acerqué a la piscina por una alfombrilla de fibra de coco colocada con gran acierto sobre los adoquines helados. El aire mordía, pero el agua estaba cociéndose a unos humeantes veintinueve grados. Sobre la superficie flotaba una densa neblina de lana que difuminaba las luces y se reflejaba en la garita de cristal del socorrista. Pero hacía demasiado frío para estar allí sentado: él o ella (no se veía nada) caminaba lentamente de un lado a otro de la piscina, abrigado o abrigada con una parka gruesa encima del chándal y un bañador varias capas por debajo, como una *matrioska*. A nuestro alrededor, Londres

respiraba, latía y zumbaba bajo el cielo naranja. Mientras nadaba a espaldas, mirando hacia arriba, veía los balcones de los pisos de protección oficial; las oficinas iluminadas, donde la gente seguía delante de las pantallas, al lado de las ventanas, y, más arriba, el cielo negro estrellado, atravesado de cuando en cuando por un avión. Como nadador, en ese momento me sentí conectado a la vida cotidiana de una forma que me resulta imposible experimentar en una piscina cubierta. Había llegado en bicicleta, con las piernas como motor, y contemplaba las estrellas desde el lujo insuperable de una piscina descubierta climatizada en el corazón de Londres. Aquello parecía el cénit de la civilización. Sin embargo, no se trataba de una exclusiva piscina privada: bastaba tener el carné de ocio del Ayuntamiento de Camden para entrar por una libra. Junto con la de High Point, diseñada por Lubetkin en Highgate, esa debía de ser la mejor piscina de Londres en invierno. Resultaba emocionante nadar, libre y salvaje, en el centro de una gran ciudad, respirando el aire gélido y punzante de noviembre, con el cuerpo envuelto por el calor de la piscina. Otros bañistas surgían de la niebla y pasaban a mi lado en silencio. Solo se oía el golpeteo del agua y el zumbido murmurante de la ciudad invisible, al otro lado de las murallas de pisos y oficinas. A escasos metros de distancia, podía ver a más bañistas a través de la oscuridad y las paredes de cristal de la piscina interior. Ahí dentro se estaría calentito, pero no hay calor más grato que el de una piscina climatizada en una noche helada. Flotar en ese espacio irreal, entre los extremos del frío y del calor, se parece tan poco al mundo físico al que estamos acostumbrados que te sientes suspendido en el tiempo.

El baño fue hipnótico, muy parecido a como imagino que será en algunas piscinas moscovitas. Yuri Luzhkov, el alcalde de Moscú conocido como «el Constructor», volvió a levantar la catedral de Cristo Salvador, demolida por Stalin en 1931, para convertirla en una piscina cuyas cúpulas doradas resplandecen hoy día sobre el centro de Moscú. Esa sería una de mis prioridades en el corazón del invierno ruso. Judith, a la que había conocido en verano y con la que había nadado en el Avon, cerca de Evesham, me había contado que una vez se había bañado en una piscina descubierta climatizada de Moscú, detrás del Museo Pushkin. Te asignan como vestuario un pequeño

cubículo decorado con macetas de geranios, desde el que se accede directamente a la piscina buceando a través de una especie de gatera bajo el agua. Cuando Judith estuvo allí, la temperatura ambiente era de veintiocho grados bajo cero. El pelo se te congela, y alrededor de la piscina se acumulan la nieve y los témpanos de hielo, pero el agua está caliente y humeante. Luego tienes que acordarte del número de tu cubículo, para evitar colarte por la gatera que no es. Emerges en tu vestuario, te cambias y vuelves a las calles congeladas.

Pasé un buen rato nadando entre la niebla, y luego me fui al cine.

LOS TIRITONES DE WALBERSWICK

Suffolk, 25 de diciembre

Había invitado a un grupo de amigos a celebrar el final de mi viaje dándonos un chapuzón en el mar del Norte el día de Navidad. Aunque, cuando llegamos a Walberswick, el tiempo tenía muy poco de festivo: llovía a cántaros y unas olas del color de las bragas sucias bañaban la playa. Habíamos quedado a las once en punto en la Cabaña Escondida, un bungaló a orillas del mar con paredes de tablas y guijarros y una sala de estar sorprendentemente grande, caldeada por una estufa de leña que te dejaba grogui. Mis amigas Lucy y Madeleine lo habían alquilado para una semana, y el olor dulce de la sopa de cebolla, que ya hervía al fuego, me recibió en cuanto entré, dejando atrás la lluvia horizontal, y me uní al grupo congregado al calor de la estufa. Entre ellos estaban Tim y Meg, una pareja que se baña todo el año y que tiene una cabaña en la playa de Southwold, en una hilera de casitas tranquilas con nombres de monarcas ingleses. La suya se llama «Karl». Tim me dio la mala noticia de que, por primera vez en muchos años, iba a tener que saltarse su chapuzón navideño en el mar del Norte por una leve gripe. No obstante, todos los demás ya llevaban el bañador debajo de la ropa y estaban listos para cambiarse rápidamente a orillas del mar.

Aparte de Tim y Meg, ninguno de nosotros tenía la costumbre de hacer esas cosas, pero se me había ocurrido comenzar en Walberswick algo parecido a los «Tiritones de Hove» originales, un club fundado a principios de la década

de 1920 por un puñado de bañistas invernales que aún sigue reuniéndose el día de Navidad. Me había animado al leer uno de sus primeros informes anuales, escrito en febrero de 1931, que incluía un pasaje inspirador:

Hace diez años no había Tiritones. Hace diez años la natación seria en invierno estaba en punto muerto en nuestro distrito, y los baños de Hove cerraban sus hospitalarias puertas en las tardes invernales. Si la gente que se pasaba el día trabajando o los niños que iban al colegio querían nadar por las tardes, no les quedaba más remedio que recurrir al mar. Una noche de invierno, varios nadadores recién llegados a Hove contemplaron esa posibilidad y se echaron a tiritar, y dicha tiritera se ha extendido hasta llegar a casi el millar de personas unidas hoy en la vibración.

Después de mirar por última vez la pequeña y vanidosa estufa de leña, nos encaminamos hacia la playa bajo la lluvia oblicua y punzante, que un curioso viento del suroeste lanzaba contra nosotros. Aunque estaba frío, había cierta misericordia en ese viento, exento de la mordida de las típicas corrientes invernales llegadas directamente desde Rusia, que rodean las dunas de Walberswick en un abrazo de oso.

Cuando pisamos la playa y estuvimos cara a cara con el mar, todos los bañistas del grupo se rajaron de forma espontánea. Se trataba de un motín en toda regla, una deserción de los Tiritones de Walberswick al completo, pero ¿qué le iba a hacer yo? Me quedé solo, luchando contra el viento e intentando no perder el equilibrio sobre una pierna mientras me quitaba con torpeza los calzoncillos largos y me ponía el Speedo congelado. Los bañadores parecen ser especialmente sensibles a la humedad relativa de la atmósfera. Al igual que las algas que llevábamos a casa al final de las vacaciones y que colgábamos en la puerta trasera para que pronosticaran el tiempo, los bañadores respiran la humedad y se aferran a ella. Nunca acaban de secarse, aunque los dejemos delante de la chimenea toda la noche. Los calzoncillos se me enredaron en los tobillos y me tumbaron: di con mis huesos en los guijarros mojados justo cuando otras dos amigas más abrigadas, Virginia y Florence, aparecieron en la playa para darme ánimos: Virginia lucía un inmenso abrigo de ocelote falso; yo tenía la carne de gallina.

En cuanto me puse el bañador, no perdí ni un segundo en calarme con la lluvia torrencial y me adentré a grandes zancadas, con toda la determinación y la naturalidad de las que pude hacer acopio, en las olas caqui. El mar no

estaba tan frío como temía cuando me despertaba en plena noche, dándole vueltas al chapuzón, pero, aun así, al principio me hizo apretar los dientes y acordarme de la madre de Inglaterra. La presencia en la orilla de mis leales Tiritones suponía una gran dosis de moral o, en otras palabras, un gran disuasivo para no escurrir el bulto. Con todo, habría preferido que estuviesen en el mar conmigo. Cuando me sumergí por completo y nadé hacia el agua más profunda, sentí la embriaguez del frío ardiente y empecé a bracear como un desquiciado, casi surfeando con el cuerpo, con una energía desenfrenada. Un perro me vio y tuvo la feliz idea de sumarse a la diversión. Se acercó corriendo a la orilla, se mojó una pata y retrocedió *ipso facto*. Me quedé en el agua mucho más tiempo de lo previsto, e incluso me gané una modesta ovación cuando salí y fui recibido por las toallas abiertas y los jerséis calentitos que por lo general se les ofrecen a los chiquillos. Lo agradecí mucho, y las rodillas me brillaban con un resplandor violáceo mientras me unía al grupo de nadadores rajados que, aún con los bañadores puestos, volvía haciendo crujir los guijarros hacia las casitas de la playa, al otro lado de las dunas, donde nos esperaba la Cabaña Escondida y la sopa de cebolla de Lucy.

SOBRE HIELO

Suffolk, 1 de enero

El foso y los estanques se congelaron el día de Nochevieja, y a la mañana siguiente pisé el hielo para comenzar las labores de conservación del año que entraba, cortando las ramas colgantes y arrancando las zarzas. Aunque no pudiese nadar en el foso, al menos podía darme un paseo o patinar sobre él. Claro, habría podido abrir un boquete en el hielo a base de hachazos para darme un chapuzón de Año Nuevo, como hacen en los Estanques de Highgate o en la Tooting Bec Lido; pero no es muy prudente, por mucho que a uno le guste el agua, hacer ese tipo de cosas solo. En cualquier caso, se trataba de una oportunidad perfecta, que se daba muy rara vez, para animarme a pisar el hielo y hacer unas tareas que desde el bote resultaban bastante más incómodas.

El hielo estaba lleno de ondas, como la arena de Camber Sands con la marea baja, claro indicio del viento ártico que había soplado mientras el foso se congelaba. La superficie tenía demasiados baches para patinar sobre hielo, y aquí y allá se veían agujeros misteriosos, parcheados con una capa de hielo más transparente y negra, como una ventana que daba al agua que había debajo. Thoreau acostumbraba abrir esas ventanas en el hielo de la laguna Walden, y arrodillarse para ver el «tranquilo recibidor de los peces, invadido por una luz tenue, como filtrada por un vidrio esmerilado».⁸ [8]

Hace unos cuantos inviernos, invité a una docena de amigos a almorzar en

el foso congelado. Sacamos la mesa y la pusimos sobre el hielo, y acabábamos de empezar el postre cuando se oyó un crujido que lo atravesó de punta a punta como un rayo. Nunca en mi vida he visto a nadie levantarse tan rápido. Varios invitados saltaron de cabeza a los márgenes, entre gritos. Otros se quedaron tan panchos, copa en mano; estaban demasiado relajados para preocuparse, y, de hecho, el hielo aguantó perfectamente. Fue como una escena del *Titanic*. En otra ocasión, hice una hoguera sobre el hielo, que se pasó horas ardiendo sin conseguir derretirlo y abrirse paso hasta el agua. Luego barrimos las cenizas y patinamos sobre el rodal negro y congelado que había quedado.

La aventura de cada rama sinuosa, que se extendía sobre el agua en busca de la luz del sol, había creado líneas onduladas y serpentinadas que tardé mucho en decidirme a cortar. Tuve que recordarme la capacidad de los árboles para regenerarse. Luego hice la primera incisión. Trabajaba con una pequeña sierra de mano triangular: resulta sorprendente comprobar cuánto se puede conseguir con una de estas en un solo día. En efecto, las sierras de mano tienen la ventaja insuperable de no hacer ruido y permitir trabajar a un ritmo humano. La dictadura desenfundada de la motosierra parece ensordecernos y nublar todo rastro de juicio o raciocinio. Una motosierra es perfecta para las tareas mecánicas, como cortar troncos, pero te priva del mayor placer de trabajar en el bosque: la posibilidad de escuchar los sonidos naturales que te rodean. La conciencia de que el hielo podría no durar mucho tiempo me vino muy bien para concentrarme, y al final de la jornada había cortado una buena pila de leña para el invierno siguiente. La guardé en un cúmulo de piedras hueco que había construido en el margen, imitando al escultor Andy Goldsworthy, cuyas mejores obras están elaboradas en muchos casos con hielo. En verano me recordaría el frío, y el lúpulo salvaje treparía sobre las piedras. Una parte del foso seguía rodeada de árboles, pero ya no lo oprimían. Podía respirar mejor. Al anochecer, preparé una hoguera con las ramitas secas de la maleza y me calenté al fuego.

[8]8. En Henry David Thoreau, *op. cit.*

RUMBO AL MAR

Corría finales de septiembre, habían transcurrido dos años y pico desde el chaparrón en el foso durante el que había concebido por primera vez mi viaje anfibio, y dieciocho meses desde mis primeras brazadas en las islas Sorlingas. Me había pasado el verano redactando mis diarios en el escritorio y nadando con frecuencia en el foso, que me ayudaba a despejar la mente y hacía más lúcidos los recuerdos y las impresiones de mis viajes. Cuanto más escribía, más echaba de menos mis aventuras, y anhelaba nadar una vez más a través del condado, empezando en mi foso y acabando en el mar.

Me levanté temprano, en la penumbra de esa mañana de otoño, atravesé el jardín húmedo en pijama e hice varios largos en el foso, donde la neblina flotaba a quince centímetros de la superficie. Llevaba gafas y metía la cabeza en el agua con cada brazada, y los cúmulos de lentejas de agua que chocaban con el cristal me recordaban a los modelos de moléculas construidos por Crick y Watson en su laboratorio de Cambridge a principios de los años sesenta. Era un amanecer frío y gris, y el agua helada me espabiló de golpe, sumiéndome en un estado anímico acuático con el que encarar la jornada que tenía por delante. Había trazado una suerte de línea telúrica que atravesaba el mapa de Suffolk: comenzaba en mi foso y unía todos los cuerpos de agua nadables en una «corriente subterránea» que se extendía cuarenta kilómetros hacia el este, rumbo al mar de Walberswick. Esa sería mi ruta, una especie de homenaje a John Cheever y a *El nadador*. En vez de caminar o correr como

Ned Merrill en el relato (o Burt Lancaster en la película), yo iría en bicicleta, confiando en poder completar el viaje en un solo día, con las piernas como motor.

Después de desayunar, empecé a pedalear y crucé el parque del pueblo, cubierto de una densa niebla. A pesar del halagüeño pronóstico meteorológico, ahí iba yo, con las dos luces encendidas a las ocho y media de la mañana, preguntándome a santo de qué estaba haciendo aquello. Mi ruta procesionaba por varias de las iglesias más hermosas de Suffolk: Mellis, Yaxley, Eye, Horham, Stradbroke, Laxfield, Ubbeston, Huntingfield, Walpole, Bramfield, Blythburgh (que probablemente sea la más elegante del país) y, por último, las magníficas ruinas de Walberswick. Si la neblina se despejara, sus torres de sílex se recortarían contra el horizonte como hitos que indicaban el camino al mar.

No tardé en llegar a Eye; dejé la bici apoyada al lado del puente de la abadía, que cruza el río Dove, y me descolgué por el margen hasta una poza que había a los pies del puente de ladrillo, escondida de la carretera por el parapeto, donde se bañaban las chicas del antiguo instituto de Eye. Dos cuerdas raídas y con muchísimos nudos seguían colgando de la rama de un alto pino silvestre. Estaba mentalizándome para el chapuzón ritual cuando un par de martines pescadores, que discutían con gran estrépito, pasaron como flechas a mi lado y por debajo del puente. Con el sobresalto de los pájaros entré en el agua, y con el del agua salí en menos que canta un gallo, para volver a la neblina, que en comparación con el río estaba caliente, atravesada por unos rayos de sol que empezaron a disiparla mientras ascendía por Dragon Hill hasta Stradbroke de un largo tirón. Mi ruta pasaba por Horham, donde Benjamin Britten tenía una casita a la que le gustaba retirarse para huir de las interminables visitas en Aldeburgh y poder componer. Siempre fue un amante de la natación, y tenía una piscina de plástico en el jardín.

Cuando llegué a Stradbroke, ocho kilómetros más adelante, estaba deseando sentir el calor de la piscina del pueblo. Aquel era un sitio que había tenido la sensatez de construir el centro de salud, la piscina cubierta y el ayuntamiento puerta con puerta, como si quisieran confirmar que la natación puede mejorar enormemente la salud y la vida social. Dentro, veinte mujeres

de Suffolk, de pelo gris y bañador negro, se lo estaban pasando pipa haciendo aquaerobic, como en el bingo. Hice mis largos en una calle lateral de la pequeña piscina de veinte metros, con el agua a veintiocho grados, en compañía de dos nadadores del pueblo, y me sorprendió la informalidad y la tranquilidad que reinaban en el lugar. Allí es donde los habitantes de Stradbroke van a relajarse, hacer ejercicio, contarse chismorreos y demorarse en la intimidad del vapor, bajo el chorro de la ducha caliente. Los recién nacidos aprenden a nadar desde el primer día, como quien dice, y a los niños mayores les enseñan a deslizarse por el agua como esquimales en sus kayaks de colores alegres, que cuelgan en vertical por todas las paredes como crisálidas.

Ya era media mañana cuando salí de la piscina, y el sol había ahuyentado la niebla. Pasé al lado de un anciano que estaba desbrozando un canal con una hoz, como tiene que ser, y a orillas de la carretera había una mesita con frascos de mermelada casera en venta. En Laxfield, varias personas vendían manzanas a la entrada de sus huertos, y en los bordes destacaban las milenramas y los botones de oro que habían tardado en florecer. Desde el pub Low House, al lado del cementerio, seguí el joven río Blyth por un carril estrecho y serpenteante que descendía casi cinco kilómetros por el valle de Ubbeston, a través de un túnel de viejos carpes, avellanos, arces campestres y robles, bombardeado a mi paso por bellotas, castañas, manzanas silvestres y, en un momento dado, incluso nueces. En ese tramo del condado hay tantas colinas que, cuando alcanzas la cima de una con tu bicicleta, puedes estar a la misma altura que la torre de la iglesia que asoma por detrás de la siguiente. Todos los tractores estaban aprovechando el día y atacaban los rastros pálidos con sus enormes arados de diez cuerpos, pintando las suaves colinas de marrón contra el perfecto cielo azul.

A la una en punto ya había atravesado el pueblo de Heveningham y, mientras bajaba a toda velocidad por Cock's Hill pasando por numerosas zonas verdes, entre venerables robles con cuernos de ciervo, por fin atisé la mansión de Heveningham Hall, bañada por una luz que le confería un esplendor palladiano: se erigía en una colina herbosa y contaba con un lago infinito que centelleaba y lanzaba destellos bajo el sol. Crucé el terreno por

un sendero y busqué un lugar tranquilo en la orilla oeste para dejar mis cosas. No había nadie en las inmediaciones, y los dueños, que me habían dado permiso para bañarme, no estaban. Mientras me enfundaba el traje de neopreno, tuve un momento de titubeo y me cuestioné la sensatez de nadar los casi dos kilómetros y medio de lago solo. Sin embargo, hacía un tiempo perfecto, ya no podía avisar a nadie con tan poca antelación y, llevando el traje de neopreno, era muy poco probable que me diese un calambre o me enfriase.

Nadé directo hacia el centro, a una isla con árboles. Me sentía de maravilla. El agua era verde y cristalina y, como llevaba gafas, podía ver la neblina translúcida de millones de algas y animales microscópicos iluminados por el sol, y, aquí y allá, tramos de finas vallisnerias que se estiraban hacia el techo del lago, como en el truco de la cuerda india. No tardé en entrar en el trance que marcaba el ritmo, esa sensación como de pez de la que puedes pasar un buen rato sin percartarte. Te inclinas hacia el agua y notas que su dulzura equilibrada te eleva, y así te deslizas sobre la superficie. El secreto radica en respetarla, pero nunca temerla, para poder relajarte y sentir las moléculas que se mueven a tu alrededor mientras nadas. Esa capacidad de sentir el agua constituye la base del entrenamiento de Gennadi Touretski, que prepara a los nadadores olímpicos australianos. Según cuentan, estudia el movimiento de los peces y cree que lo que forja a los campeones de la piscina no es la potencia muscular, sino la eficiencia. Touretski aconseja a dos de los nadadores más rápidos del mundo, Alexander Popov y Michael Klim, que actúen como los peces, que sientan el agua para encontrar el camino que ofrezca la menor resistencia. Johnny Weissmüller, nadador olímpico y Tarzán en la primera película, ya había reparado en la importancia de la sensibilidad en el agua cuando entrenaba en el Illinois Athletic Club en la década de 1920: «Estudié cómo impulsarme mejor con las manos y los antebrazos. El agua es escurridiza, pero puedes agarrarla si sabes cómo perseguirla».

Mientras rodeaba a nado la isla arbolada, una garza alzó el vuelo y se adelantó con un aleteo perezoso, hasta posarse en la orilla para descansar. Cosa que repitió una y otra vez, guardando siempre ciento treinta metros exactos conmigo, con tal precisión que podría usarse para medir distancias.

Cuando sir Joshua Vanneck compró la mansión de Heveningham Hall en 1752, mandó construir un nuevo edificio de estilo clásico, diseñado por sir Robert Taylor, alrededor del original. En la marisma que había a los pies de la colina, en cuya cima se erigía la casa, se excavaron dos estanques que eran alimentados por el Blyth. La mansión original, Grand Hall, se había construido alrededor de seis robles gigantes que, supuestamente, sostenían el tejado con las ramas a medida que crecían. Los guardabosques y los propietarios rurales de la zona colgaban en ellos sus redes, cinturones, ballestas y sillas de montar. Unos años más tarde, en 1782, los Vanneck contrataron los servicios de Capability Brown para que rediseñara el paisaje que rodeaba la mansión. Los dibujos originales de Brown muestran que planeaba unir y ensanchar los dos estanques para convertirlos en un lago mucho más grande, que se extendiese dos kilómetros y medio, desde la mansión hasta el pueblo de Walpole, siguiendo el curso del río Blyth hacia el este. Sin embargo, Brown murió seis meses después de entregar su diseño; y, aunque el parque se construyó, el nuevo lago nunca llegó a excavarse. Ya en la Primera Guerra Mundial, a uno de los dos lagos originales lo llamaban «el Lago Muerto» porque se había llenado de lodo. Luego se convertiría en una marisma, en la que crecían alisos y sauces.

Y en esas condiciones estaba Heveningham Hall cuando el señor y la señora Hunt, sus actuales dueños, acabaron comprándola hace dos o tres años. La mansión se encontraba en un estado calamitoso después de que Michael Heseltine la vendiese en nombre de Inglaterra a un hombre de Dubái, cuyos años como propietario estuvieron marcados por terribles accidentes que afectaron a los exquisitos interiores originales diseñados por James Wyatt. La biblioteca de Wyatt quedó destruida casi por completo en un incendio que se extendió por el ala este, varias chimeneas de Wyatt desaparecieron misteriosamente y el dubaití no pudo pagar los plazos de la hipoteca a su banco suizo. Luego murió en la bancarrota, de manera que ese tesoro de la arquitectura palladiana inglesa fue a parar al administrador concursal.

Felizmente, los nuevos dueños decidieron recuperar la noble tradición de Vanneck de no reparar en gastos. Se propusieron devolver a la mansión su

antiguo esplendor, y completaron el gran plan de Capability Brown creando el lago extendido, tal y como él lo había diseñado dos siglos antes. Fue un proyecto inmenso. Para el drenaje del antiguo lago, la empresa encargada compró la cinta transportadora que se había usado en la construcción del Eurotúnel para sacar la tierra y el lodo a medida que se excavaba. En una de esas chapuzas típicas de los albañiles, diez hombres se pasaron tres semanas montando la colosal máquina hasta que cayeron en la cuenta de que estaba del revés: podía llevar barro al lago, que no sacarlo. Luego dedicaron otras dos semanas a desmontarla y volverla a montar bien. El lago que resultó de aquello se extiende hasta casi llegar a Walpole, y la idea es excavar más pronto que tarde el tramo que queda hasta el pueblo.

Mientras nadaba, iba tarareando para mis adentros *The Bold Navigator*, una vieja canción que solían cantar los peones de obra, y me imaginaba a Capability Brown con sus pantalones bombachos de seda, esbozando sus planos, y pensaba en el inmenso coste en esfuerzo humano que habría supuesto excavar a mano lagos por el estilo en Holkham, Blickling, Blenheim o Chatsworth, o incluso los estanques originales de Heveningham Hall. Y pensaba en los peones acampados en chabolas; en los ejércitos de carretillas y de palas; en los puentes y los viaductos sobre charcos de barro infinitos; en los hombres que corrían detrás de sus carretillas, encerrados entre los mangos, pasando por tabloncillos precarios. El lodo extraído se había acumulado para plantar parques con retoños, tal y como indicaba Brown en su plano. Allí podía apreciarse mejor que en ningún otro sitio el aspecto que debían de tener las grandes mansiones del siglo XVIII, antes de que alcanzasen la madurez que vemos hoy.

Tuve que usar la concha vacía de un mejillón de agua dulce que saqué del barro para abrir la barrita energética, cuyo envoltorio de plástico ponía a prueba la fuerza del consumidor; me la había comprado en la tienda de bicicletas y la llevaba guardada en un escaño. Seguí nadando con energías renovadas, hundiendo la cara en el agua dulce, oyendo bajo la superficie el estruendo de mis exhalaciones rítmicas, canto de ballena desafinado, como si todo el lago fuera una caja de resonancia. Cuando me acerqué a Walpole, en el tramo final, varios rascacielos de algas se erigieron desde el fondo del lago,

y unos dedos verde pálido me cachearon mientras los atravesaba nadando para salir a la orilla.

—¡Hombre, pero si es el agente 007! —dijo uno de los tres conductores de tractor con los que me crucé de vuelta a la mansión, con el traje de neopreno goteando. Estaban preparando las sembradoras y las rastras de los arados para sembrar una pradera de flores silvestres crecidas en la tierra excavada y acumulada a orillas del lago. Hablaban con orgullo de la vida salvaje que ya empezaba a verse por el lago; y, mientras pasaba de largo, un ostrero alzó el vuelo en la orilla, quejándose con gran estridencia.

Después de almorzar al borde del agua, fui en bicicleta a Walpole, y de ahí a Bramfield. Seguí pedaleando hasta el páramo de aulagas de Westleton, y de repente vi la iglesia de Blythburgh, allende una ciudad porcina con casetas de hojalata construidas sobre varias hectáreas de barro donde los cerdos tenían libertad de movimiento. El primer plano, quién sabe por qué, resaltaba la nobleza de la torre de la iglesia de Blythburgh, que preside el pueblo con sus reflejos y su techo repleto de ángeles tallados, y el estuario y las marismas del Blyth, ahora inundados por la marea alta. En la guerra civil inglesa, los soldados de Cromwell se habían tumbado boca arriba en la nave para intentar derribar a los ángeles a tiros, pero lo único que consiguieron fue herirlos, y los agujeros de bala siguen ahí hoy día.

Cuando llegué a la A12 me sorprendió la violencia abrupta del tráfico. Tenía que soportarlo ochocientos metros; luego cruzaría la carretera y me alejaría de allí. Los atronadores camiones pasaban como rayos, sin apenas dejar espacio, golpeándome con su estela. De repente sentí una vulnerabilidad que no había conocido en el agua. Me acordé de cuando Ned Merrill intenta cruzar en bañador la autopista de cuatro carriles, bajo unas nubes que amenazan tormenta, y tiene que aguantar las burlas de los coches que pasan:

Si ese domingo por la tarde hubieras salido a dar un paseo en coche podrías haberlo visto, casi desnudo, como un pasmarote en la cuneta de la Ruta 424, esperando una oportunidad para cruzar. Podrías haberte preguntado si era víctima de una jugarreta, si se le había roto el coche o si, sencillamente, era un tontaina. Descalzo entre la basura de la autopista —latas de cerveza, jirones de tela y neumáticos reventados—, expuesto a todo tipo de ridiculizaciones, daba una lástima indecible.

Se trata de un punto de inflexión de la historia, en el que te das cuenta de que Merrill lo ha perdido todo, de que solo lleva un triste bañador, de que cuando llegue a su casa ya no habrá casa. Estará atrancada con tablas, vacía. Entonces, el protagonista se pregunta: «¿En qué momento esta broma, este jueguito, esta auténtica payasada se volvió seria?». Sabe que no puede dar marcha atrás, porque «había cubierto una distancia que hacía imposible su regreso». Para los cánones de la A12, mi viaje parecería un dislate sin lugar a dudas. Sin embargo, fue desde el principio una empresa completamente seria, aunque a veces quizá surrealista; y, a diferencia del trágico Merrill, sentía que todos aquellos baños me habían enriquecido.

Enfilé una avenida arenosa y atemporal flanqueada por robles, llena de agujeros de conejos, hasta llegar a una granja lejana, en lo alto de un promontorio que se adentraba en las marismas de Blyth. Eran las cuatro y media. Había llegado justo a tiempo para pillar la marea alta y meterme en el agua desde un muelle de madera de treinta metros, construido en el promontorio hacía varios años para el rodaje de la película *Conspiración de mujeres*, de Peter Greenaway. El traje de neopreno no hacía falta, pues la marea salobre se calentaba al pasar sobre el lodo negro, enorme colector solar, a medida que subía desde el puerto de Walberswick. Me descolgué del muelle y entré en el agua del estuario, que cubría medio metro; entonces me impulsé sobre el fondo de lodo suave y fino hasta llegar a las aguas más profundas de un laberinto de canales de drenaje sumergidos. Dichos canales están señalizados con hileras de estacas de madera nudosa en las que el nadador incauto podría acabar empalado. Muchos están justo debajo de la superficie, así que me embarqué en una suerte de natación laberíntica que me hizo recordar el baño del primer día, en Bryher, y el «laberinto sorlingo» de piedras en la playa. Pero el agua estaba extraordinariamente caliente y deliciosa, como delicioso era el sensual poder sanador del lodo sedoso. Me adentré nadando en la marisma, siguiendo los canales más profundos mientras escuchaba el coro constante de las miles de aves marinas que abarrotaban el horizonte resplandeciente del río. Ahí es donde los bancos de mújoles acuden en verano para disfrutar de las aguas cálidas y poco profundas. Cogí un puñado de lodo, que estaba lleno de conchas ennegrecidas

de berberechos y de un millón de animalillos microscópicos invisibles.

Luego, en casa de mis anfitriones, mi amiga Meg, una de los Tiritones de Walberswick del día de Navidad, abrió el grifo rojo de la cocina y llenó varias regaderas, que fui vaciando una a una sobre mi cabeza en el jardín trasero para quitarme el barro, una gloriosa ducha caliente. Tim salió de su taller y se nos unió para tomar el té en el porche trasero. Iba con el tiempo justo para acercarme a Walberswick, al otro lado del páramo, antes de la puesta de sol.

Crucé en bicicleta el bosque en el que George Orwell hacía el amor con Eleanor Jaques, su vecina de Southwold, y entré en el pueblo pasando por la iglesia en ruinas donde le gustaba sentarse a leer. Dejé atrás el local del pescador Freddy («El sitio ideal para un pescado sin igual»). Eran las seis y cuarto, y el sol, que ya compartía el cielo con una luna nueva ruborizada, empezaba a ponerse. Atravesé como una bala la pequeña pasarela de madera, donde en verano celebran la competición anual de pesca del cangrejo, y dejé la tenue huella de las ruedas en los últimos doscientos metros de lodo seco y agrietado de la marisma de Walberswick. Escalé las dunas de arena y bajé corriendo a la playa desierta, quitándome la ropa a toda prisa para entrar en el mar.

Sentí el dulce cansancio de brazos y piernas y, lanzándome de cabeza a las olas, empecé a nadar hacia el horizonte intermitente, detrás de las crestas blancas. Había dejado la mochila y la ropa al lado de una bonita estrella de mar de guijarros en la playa, otro eco del laberinto sorlingo. Puede que al fin hubiera conseguido atravesarlo a nado. Cuando llegué a la relativa calma que reinaba detrás de la rompiente, miré hacia la orilla. Una neblina carmesí flotaba sobre el mar mientras el sol se ponía detrás de los tejados, al otro lado de las dunas de arena. A lo largo de la curva de la bahía, donde debería verse Dunwich, la costa se difuminaba en un púrpura profundo que ocultaba el bejín gigante de Sizewell B. Una de las mayores bellezas de esta tierra llana de Suffolk estriba en que, cuando estás nadando lejos de la orilla y las olas se levantan, la costa se esconde y te parece estar kilómetros y kilómetros mar del Norte adentro. La hoz anaranjada de la luna nueva pendía sobre las chimeneas en un cielo malva oscuro. Las hogueras de otoño resplandecían en

la neblina, y sus anillos de humo blanco se elevaban sobre ella. La playa brillaba con el avance del crepúsculo mientras la marea menguante tranquilizaba el mar. Me giré, y seguí nadando hacia las olas serenas.

AGRADECIMIENTOS

Jamás habría podido hacer este viaje, o escribir este libro, sin todos los ánimos y la inspiración recibida en el trayecto. Me gustaría dar especialmente las gracias a Kate Campbell y Terence Blacker por haber creído en el libro desde el principio y por haberlo promovido con tantísima generosidad. Jane Turnbull, mi agente, ha sido una fuente infinita de apoyo y jovialidad, y también quiero dar las gracias a todos los amigos cuyas aportaciones e ideas imaginativas sobre el manuscrito naciente han sido de un valor incalculable: Tony Barrell, Oliver Bernard, Sue Roe, Tony y Bundle Weston y Dudley Young.

Mi más sincero agradecimiento a quienes han apoyado la expedición, y el libro, con sus ideas, hospitalidad, inspiración y, de cuando en cuando, orientación hacia pozas secretas. Otros han nadado o han remado a mi lado, me han preparado baños calientes o me han transportado a costas recónditas, siempre con la mayor amabilidad. Quiero dar las gracias, en particular, a: Lydia Alexander, Meg Amsden, Steve y Liz Ashley, William Astor, Tony y Teresa Axon, David Baird, Caroline Booton, Jules Cashford, Mavis Cheek, John Clarke, Sue Clifford, John Cornwell, Paul Crampin, Geraldine Daly, Clive y Jayne Davies, Mervyn Day, Andrew Edwards, Gavin Edwards, Bidy Foord, Carol Freeman, Rob Fryer, Jeremy y Erica Hart, el difunto Maurice Hatton, Mike Hodges, Tim Hunkin, Carol Holloway, Jon y Lois Hunt, Robert Hutchison, Denis Johnson, J. D. F. Jones, Liz Kessler, Angela King, Caroline Kenneil, Carol Laws, Julie Llyn-Evans, Richard Mabey, Sid Merry, Tricia Mersh, Lucy Moy-Thomas, William y Alison Parente, Rob Parfitt, Megan Patterson, Brian Perman, Saranne Piccaver, Olivia Pomp, Andrew Sanders,

Judith Smyth, Mark Thompson, Michael Tomlinson, Stephen Turner, Adrian y Margaret Turton, Errollyn Wallen, Mike y Kate Westbrook, David Whatley, Jules Wilkinson, John y Fleur Wilson, Ken Worpole, Sarah Young y Caroline Younger.

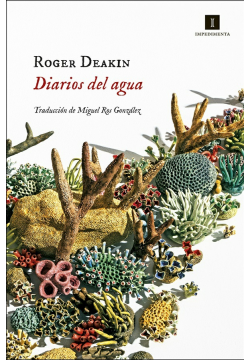
Soy incapaz de dar las gracias una por una a las decenas de personas que me ayudaron en mi búsqueda del folclore acuático de sus respectivas regiones, pero estoy particularmente agradecido a Mick Andrews, Jenny Davies, Pop y Pearl Day, Don Dewsbury, Ruby Hulatt, Tony Pinner y June Shrubbs en Cambridge y los Fens; a Gladys Adams en Harleston; a Robert Moss en Suffolk; a Amy Harvey en Chagford; a Bill Mitchell en Cornualles; a Evelyn Buckland en Somerset; a Jenny Cavender y Elizabeth Gale en Bridport, y a Ailsa Wilson y Richard Hoseason Smith en Escocia. Gracias también a los clubes de natación y a las piscinas que me hicieron sentir tan bienvenido, en especial en Diss, Farleigh Hungerford, Hathersage, Henleaze, Highgate, Ingleton, Marshall St., Parliament Hill Fields, Penzance y Tooting Bec; a Paul Kibbett y David Robinson, del zoo de Londres; a Val Russell y Robin Freeman, de la biblioteca de Winchester; a David Beskine, de la Asociación de Senderistas, y al doctor Mike Ladle, del Institute of Freshwater Ecology.

En el departamento editorial, me gustaría dar las gracias a Roger Alton por empujarme a la zona profunda al invitarme a escribir un primer artículo sobre natación para *The Guardian*; a Jonathan Burnham, de Chatto, por encargarme el libro, y a Rebecca Carter por su meticulosa y paciente edición de un texto que a menudo serpenteaba y a veces se desbordaba —cualquier omisión o error que haya quedado es cosa mía—. También quiero expresar mi respeto y agradecimiento a Charles Sprawson, autor de un clásico moderno sobre natación, *Haunts of the Black Masseur*. Y, por supuesto, aunque huelga decirlo, es evidente que le debo mucho a John Cheever y a su relato *El nadador*.

Los siguientes textos son algunos de los que aparecen citados en este libro: *The Swimming Song*, canción escrita por Loudon Wainwright III © 1973 Snowden Music Inc., (usada con permiso. Todos los derechos reservados); *El tercer elemento*, poema de D. H. Lawrence, usado con permiso de Laurence

Pollinger Ltd. y los herederos de Frieda Lawrence Ravagli; un extracto de la elegía de Ted Hughes en la misa por Henry Williamson, usado con el amable permiso de los herederos de Ted Hughes.

Diarios del agua



Inspirado por «El nadador» de John Cheever, el escritor Roger Deakin se lanzó en 1996 al foso que rodeaba su casa en Suffolk y se propuso recorrer las Islas Británicas a nado. Playas, piscinas rocosas, ríos, arroyos, pantanos, estanques, lagos y lidos. Diques, fosos, acueductos, cascadas, canales y canteras inundadas. Deakin recorrerá su país a nado contemplando la vida desde la perspectiva de las ranas, y será detenido por alguaciles fluviales, interceptado por los guardacostas, confundido con un suicida, e incluso estará a punto de morir engullido por un remolino en las Hébridas. Una oda al inconformismo, la imaginación y la libertad de vivir de un modo pleno, un viaje personal inolvidable, una audaz celebración de la magia del agua que se ha convertido en

un verdadero clásico moderno.

Deakin, Roger. Nació en Watford en 1943. Se graduó en Inglés en Cambridge, donde fue uno de los protegidos de Kingsley Amis. Empezó a producir y dirigir documentales, incluyendo dos de la BBC Radio 4 sobre la restauración de su caserío de Suffolk, Walnut Tree Farm. En 1999, saltó a la fama con «Diarios del agua», que cuenta su viaje por los ríos, pozos y mares británicos , que inspiró otro documental de la BBC y que inauguró la práctica del Wild Swimming en el Reino Unido. Murió en 2006 de un tumor cerebral. Póstumamente aparecieron sus otras dos grandes obras, «Wildwood» y «Notes from Walnut Tree Farm».

Título original: *Waterlog*

Edición en ebook: mayo de 2019

Copyright © Roger Deakin, 1999

Copyright de la traducción © Miguel Ros González, 2019

Imagen de cubierta: «Aqueduct» © Courtney Mattison, 2016

Fotógrafo: Glen McClure para el Virginia Museum of Contemporary Art

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika y Raquel García Rojas

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-18-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Diarios del agua

1. El foso
2. Busca y encuentra en la playa
3. Los señores de la mosca
4. Un río para la gente
5. Nadando con las anguilas
6. En Nadar-dos-pájaros
7. Resacas y rayos de luna
8. Borrow y Thoreau
9. Las piscinas perdidas de las Malvern
10. Natación tribal
11. Carreras de salmones
12. El Red River
13. Cruzando el Fowey
14. La bombardera de Blandford
15. Un mundo pequeño
16. Extinciones
17. El estuario del Wash
18. Natando Virtus
19. Un encuentro con las náyades
20. Nadando con los ángeles
21. El descenso a Hell Gill
22. Caliente y frío
23. El remolino de Orwell
24. Un castillo en el aire
25. El meandro
26. El vuelo de las golondrinas
27. Los papeles de Jaywick
28. Grandes esperanzas

29. Un baño en el canal de la Mancha

30. Los Somerset Levels

31. El caz del molino

32. Piscinas de pingüinos

33. Al vapor

34. Los Tiritones de Walberswick

35. Sobre hielo

36. Rumbo al mar

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Roger Deakin

Créditos